

BOURGET

LA ETAPA

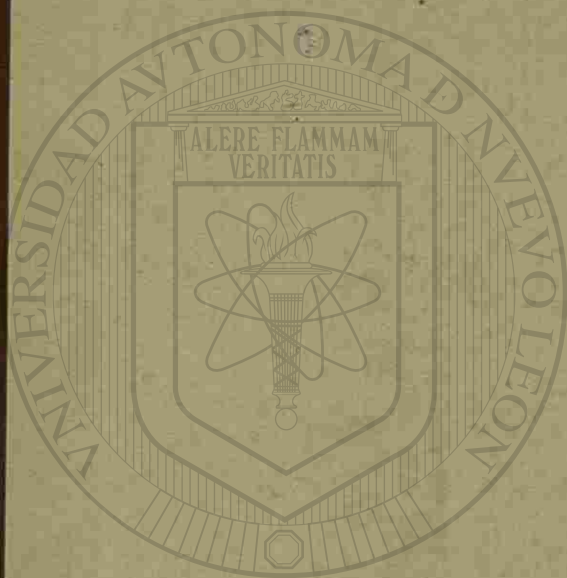
P02199

E88

ERIAL D



1020026137



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA ETAPA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Autor B 772/4
Núm. An. 29794
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó _____

PAUL BOURGET

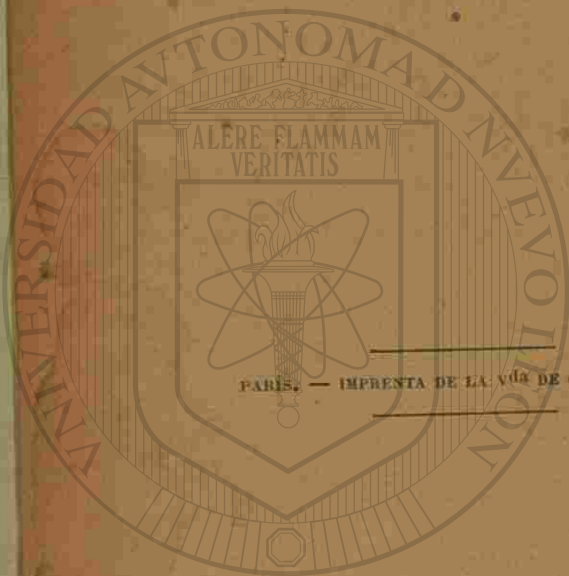
DE LA ACADEMIA FRANCESA

LA ETAPA

TRADUCCIÓN

DE

F. SARMIENTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTESEMEY, MÉXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIBRERÍA DE LA VÍA DE CH. BOURET

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo

1903

Propiedad del Editor.

29794

098281

848
B

QQ2199
E88



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA ETAPA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
UN ENAMORADO. 1625 MONTERREY, MEXICO

La calle de árboles del jardín del Luxemburgo en que Juan Mennerón se había puesto en acecho, está situada en la parte de aquel vasto paseo que más ha cambiado en estos últimos años, en la esquina de las calles de Assas y de Auguste-Comte. El grupo de construcciones modernas en que están instalados el liceo Montaigne, la escuela Colonial y la de Farmacia, ha modificado y vulgarizado por completo el pintoresco aspecto de aquel rincón de París, ya muy alterado desde el fin del Imperio por la desaparición de la Pépinière. Pero por mucho que lo hayan estrechado y a pesar de la vulgaridad de los edificios nuevos, aquel viejo jardín, dibujado por De Brosse, conserva todavía, aún en sus parajes más desfigurados, yo no sé qué encanto italiano. Parece que la nostalgia de la Toscana, que decidió a María de Médicis a crearlo, flota al rededor de aquellos estanques, de aquellas terrazas y de aquellos mármoles. En esta época de teléfonos y de automóviles, en la que nadie tiene tiempo para nada,

sólo en aquel sitio de París se tiene alguna probabilidad, de encontrar un enamorado soñando indefinidamente y de modo que esa ocupación poco moderna parezca natural debajo de aquellos frondosos plátanos y á pocos pasos de aquella fachada almohadillada en la que la desterrada de Florencia quiso encontrar un recuerdo del palacio de Pitti. Los blancos bustos de los poetas que una graciosa fantasía concejalesca ha diseminado por las platabandas, protegen con sus sonrisas indulgentes las perezas sentimentales de los paseantes, estudiantes en su mayoría, que pierden así en locos ensueños las horas debidas á un urgente y árido trabajo. Todo en la actitud y en la fisonomía de Juan Monnerón denunciaba hasta la evidencia las dos condiciones del galán joven legendario del barrio latino, es decir, que era un enamorado y un estudiante. Era aquel día el 1.º de noviembre, que caía en jueves, y aunque hacía una mañana muy fresca de otoño, Juan permanecía en el banco de madera en que se había dejado caer, más que sentado, sin hacer caso de la humedad penetrante de la atmósfera. La fiebre de la espera, que hacía relucir sus pupilas oscuras, bastaba para calentar sus miembros, cuya estructura se revelaba como poco espléndida bajo el delgado paño de un gabán de entretiempos muy ajado y que debió comprarse, como las demás prendas del traje, en algún almacén de ropas hechas. Pero si el joven estaba todo lo mal vestido que puede estarlo un muchacho pobre y predispuerto al olvido del mundo exterior por la absorción cerebral, había en cambio en su persona un aire de superioridad que quitaba á su apariencia todo carácter vulgar. Sus gruesas botas no conseguían ocultar la elegancia de los finos pies. Sus manos, delgadas y nerviosas, salían de unos puños desfilachados, pero poseían unos bellos

dedos ágiles de intelectual. Bueno es observar que el joven tenía todos los derechos á ese nombre, que hay que seguir empleando á pesar del abuso que se ha hecho de él, pues es el solo que conviene á cierta especie de hombres, víctimas, unas veces admirables por su nobleza y otras detestables por su arrogancia, de un constante abuso del pensamiento. Juan era hijo de un profesor de retórica del liceo de Luis el Grande y él mismo disfrutaba en la Sorbona una pensión para el estudio de la filosofía. Su sombrero se había ajado de correr de la Facultad á las bibliotecas bajo el sol y los chaparrones, pero cubría una frente ancha y como iluminada por el pensamiento. Aquella cara demacrada acusaba precoces sufrimientos soportados por un temperamento enérgico. El color empobrecido revelaba una existencia estrecha, una mesa medianamente servida, un exceso de esfuerzo mental sin la suficiente reparación física, acaso grandes preocupaciones y dolores morales ocultos. Sin embargo, la humedad de aquellos ojos oscuros, la sana frescura de los labios, la fila intacta de los blancos dientes y el espesor del rizado cabello castaño, indicaban reservas de profunda vitalidad. Aquel joven se desarrollaría con un poco de descanso en la alegría y en el bienestar.

¿Le sería concedido alguna vez ese descanso? ¿La suerte le daría ese rayo de felicidad del que tenía una necesidad casi animal?... La melancolía de esa duda sobre su destino estaba retratada en la comisura de sus labios, en los que había entusiasmo y amargura, voluntad y desanimación. Juan Monnerón iba á cumplir veinticinco años, período en el que esos estados contradictorios coexisten naturalmente. El alma del joven está ya bastante castigada por la realidad para comprender que este mundo es, como ha dicho un sabio, « un nego-

cio brutal » y no lo suficiente para ajar la flor de su delicadeza nativa. La conciencia de su fuerza se estremece en él y tiene miedo de las decisiones irreparables. Para emplear una metáfora enteramente contemporánea, sabe que es una cabeza de línea y que su porvenir de dicha ó de desgracia depende de la dirección que se dé á las agujas hacia tales ó cuales vías. Si las incertidumbres de carrera y hasta de convicciones pueden revestir en ese momento de la vida un carácter de violencia casi trágica; ¿qué será cuando se trata á la vez de un problema de conciencia y de un problema de corazón? La simple enunciación del problema en que se encontraba Juan hará comprender qué tempestad interior le conmovía mientras acechaba con mirada de loca ansiedad la puerta del jardín que estaba enfrente de él. Juan amaba á una joven y se creía amado por ella. Su único, su apasionado deseo, hacía muchos meses, era el de casarse con ella y se estaba preparando á poner él mismo entre los dos un obstáculo irremediable. La había pedido en matrimonio y el padre había puesto á su consentimiento una sola condición á la cual Juan debía dar respuesta en aquella fecha del 1º de noviembre. Si era « sí », los jóvenes estaban prometidos. Y en lugar de eso el estudiante estaba resuelto á responder un « no » que le desgarraba de antemano el corazón. Habiendo adoptado una resolución cuya consecuencia era la renuncia voluntaria de su más dulce esperanza, ¿qué exigía la razón? Que lo prudente era tener aquella conversación de ruptura con el señor Ferrand, que era el nombre del padre de la joven, sin volver á ver á Brígida, que así se llamaba ella. Por una inconsecuencia en la que todos los que han amado reconocerán el gusto innato en los amantes de hacerse daño en el sitio más herido del corazón, como si el

sufrir por el objeto amado fuese todavía una dicha, Juan había ido á apostarse en aquel rincón del jardín, en el que estaba casi seguro de encontrar á la muchacha. Había calculado que en aquel día, víspera del de los difuntos, el padre y la hija debían de haber ido al cementerio de Montparnasse á visitar la sepultura de la madre de Brígida. El señor Ferrand tenía otra hija casada con un oficial y que vivía en la calle de *Notre-Dame-des-Champs*, y esa hija habría sin duda ido al cementerio con su padre y su hermana, los cuales era probable que la acompañasen á su casa, en cuyo caso, para ir á la calle de *Tournón*, donde habitaban, tenían que pasar seguramente por el Luxemburgo. Por eso Juan estaba allí hacía más de una hora torturándose de impaciencia y de desesperación, repitiéndose que era insensato espiar así la aparición de aquella con quien le estaba prohibido casarse, demostrándose que no podía, que no debía, en efecto, casarse con ella bajo la condición impuesta por el padre, deseando que la joven no hubiese ido al cementerio ó volviese por otro camino, y exclamando ante cada silueta de mujer que desembocaba por la calle Bara: « Es ella » ó « no es ella » con grandes latidos del corazón. Todas las cosas á su alrededor se armonizaban con la melancolía apasionada de que se sentía más y más invadido á medida que transcurrían los minutos. El cielo estaba velado y como tendido de nieve, con grandes nubarrones negros que corrían sobre aquel fondo grisáceo empujados por un rudo viento que arrancaba á los plátanos grandes cantidades de hojas secas y las dispersaba por el musgõ abrasado por el último estío y por la precoz helada. Los geranios que bordeaban las platabandas agitaban sus últimas flores todavía rojas, pero retorcidas y ajadas. Y Juan no veía más que transeúntes que andaban

de prisa á causa del frío, vestidos casi todos de telas oscuras y que iban también al cementerio ó volvían de él. Todo contribuía á anonadar al enamorado en aquella tenebrosa decoración de principio de otoño. ¿Cómo no había de comparar su angustia presente con la felicidad que le hubiera inundado, bajo esos mismos árboles de hojas amarillentas y ante aquel áspero cielo, si hubiera querido, si quisiera, puesto que aún no había pronunciado el «no» fatal? En ciertos momentos apoyaba la mano en la frente, con un ademán de despecho y repetía en alta voz una sencilla frase, siempre la misma, la frase de un hombre que opone la energía de su voluntad ó una irresistible tentación:

— No. No puedo. No puedo...

Para evitar todo error y caracterizar en seguida el drama íntimo en el que la respuesta de Juan al padre de Brigida iba á ser un episodio decisivo, hay que explicar inmediatamente la naturaleza de la cláusula impuesta por el señor Ferrand y contra la cual se revolvía el joven. La insistencia del uno y la rebelión del otro se referían á un punto que no hubiera sido objeto de cuestión hace algunos años entre personas de condiciones tan semejantes y llamadas verosíblemente á pensar lo mismo sobre los actos esenciales de la vida de familia. Víctor Ferrand, en efecto, pertenecía, como Monnerón, al mundo universitario, había sido camarada del padre de Juan en la Escuela normal y lo era en París, pues ocupaba una de las dos cátedras de filosofía en el liceo Enrique IV. Pero para los franceses de hoy, como lo ha probado una reciente crisis (1), el vivir juntos, ejercer el mismo oficio, par-

(1) El autor se refiere al asunto Dreyfus, N. del T.

ticipar de las mismas obligaciones y de los mismos placeres, no es ya tener la misma alma. Los franceses no tienen ya costumbres, en el sentido cívico de esta hermosa palabra. Las costumbres no implican solamente un sistema de hábitos comunes, sino que exigen una conformidad entre los corazones y entre las inteligencias. Los dos profesores habían partido de los dos puntos más opuestos del mundo social para llegar, bajo una etiqueta oficialmente idéntica, á la oposición más radical de sentimientos y de ideas. El uno, José Monnerón, hijo de un labrador de Quintenas, en la Ardeche, había hecho sus estudios en el liceo de Tournón y después en el de Lyon, hasta ser recibido en la calle de Ulm. Llegado, gracias á los concursos, á cierta posición en el profesorado, su carrera ofrecía el tipo cumplido que preconizan las doctrinas de nuestra democracia. El hijo del labrador se había hecho á fuerza de puños un funcionario importante que no debía nada más que á sí mismo y al Estado. Monnerón tenía, por otra parte, á mucho orgullo su origen y un agradecimiento fanático al orden de cosas que había hecho de él un burgués en unos cuantos años de obstinada labor. Era un ejemplar absoluto del jacobino en esta fecha de 1900, ó sea del jacobino simplemente, pues para cualquiera que no se deje engañar por las diferencias de fraseología, es sorprendente la identidad de espíritu entre los sofistas sangrientos del 93 y sus sucesores, más benignos y acaso más peligrosos. La continuación de este relato mostrará en detalle la naturaleza de las teorías revolucionarias de Monnerón, su relación con la historia de su vida y su influencia en la familia. Digamos solamente, para que se comprenda la crisis que atravesaba su hijo, que el catedrático radical y librepensador había educado á sus hijos

fuera de toda especie de religión. « No tengo derecho, decía, de enseñar hipótesis no comprobadas á seres sin defensa contra sus primeras impresiones. El profesor había llevado su sistema hasta el extremo y ninguno de sus hijos había sido bautizado. El señor don Víctor Ferrand es muy conocido por su notable libro *La tradición y la Ciencia* para que sea necesario exponer aquí los principios de ese discípulo de Bonald y de Le Play, que es uno de los jefes más visibles de la filosofía católica en la universidad. Procedente de una familia de propietarios angeyinos y bastante rico para no depender de su sueldo, aquel franco cristiano no ha disimulado nunca la integridad de sus convicciones y justo es confesar que la República las ha respetado. ¿Cómo un hombre semejante había podido admitir en su intimidad á un Juan Monnerón? Esta aparente inconsecuencia será comprendida por todos los que han estado cerca de un verdadero profesor como aquel, de uno de esos directores de inteligencias dominados por el gusto y por la pasión del talento joven. Los educadores de raza experimentan emociones de inventores y de artistas al descubrir en un escolar de diez y siete años los primeros síntomas de la superioridad futura. El señor Ferrand pertenecía á esa raza y de ahí su amistad con Juan. Antes de ser nombrado para el liceo Henry IV, Ferrand había sido suplente en el de Luis el Grande, donde el joven estaba acabando sus estudios, le había tenido por discípulo y se había interesado por aquella naturaleza distinguida que ciertos desacuerdos íntimos con el medio en que vivía hacían muy patética. En aquella época acababa de morir la mujer del profesor de filosofía y Ferrand, solo con su hija, no había vigilado las relaciones de ésta y aquel discípulo favorito con los prudentes recelos que hubiera tenido una

madre. Acaso también su cariño hacia Juan le había hecho cerrar los ojos ante un sentimiento naciente, del que había visto que Brígida participaba. Otro motivo, justamente el que debía servir de obstáculo á esa unión, se la hacía desear más vivamente. El lector había comprendido que se trata de la religión. Aunque el estricto respeto del deber profesional hubiera siempre impedido á Ferrand el transformar su clase en un instrumento de propaganda, sus convicciones católicas eran demasiado conocidas y estaban unidas por lazos demasiado estrechos al conjunto de sus ideas para que algunos discípulos no tuviesen la tentación de interrogarle. El prejuicio, pérfidamente puesto en moda en el siglo diez y ocho, permanece hoy mismo tan vivo; la antinomia entre las creencias y la razón es tan generalmente admitida, que la coexistencia en una gran inteligencia de una alta cultura y de la fe desconcierta como una anomalía paradójica. Juan Monnerón en particular tuvo que asombrarse más que nadie al ver una actitud intelectual que contradecía tan violentamente las teorías aceptadas, respiradas más bien, en la atmósfera paterna. Nótese que Ferrand no era tan sólo tradicionalista en religión, sino también en política, y no hablaba de la Revolución más que empleando la fórmula de Le Play sobre « los falsos dogmas del 89 ». La apasionada curiosidad que excitaba en Juan el encuentro de ideas tan diferentes de las suyas, sus atrevidas preguntas, su ardor por forzar las respuestas, toda aquella fiebre comunicativa de una joven conciencia que se investiga á sí misma, habían arrastrado á Ferrand á discusiones que le inspiraron al principio algunos escrúpulos. Después aquellos debates le habían interesado tanto ó más que á su discípulo. Entre aquellos dos pensamientos se había creado una

de eras relaciones casi imposibles de definir porque no tienen término análogo. La inteligencia de cada uno había llegado á ser para el otro un campo de acción casi necesario y sus conversaciones, en apariencia tan abstractas, pues nunca hablaban más que de ideas, tomaron un calor y casi una aspereza de combate. La funesta guerra civil, á que sirvió de pretexto más que de causa un escandaloso asunto judicial, los separó un momento hasta enfadarlos, pero después de un año entero de ausencia y de silencio, Juan volvió sencillamente un día á casa de su maestro y éste le acogió con los brazos abiertos. Mas los dos hombres, desde aquella época, se abstuvieron precisamente de tratar los asuntos que más los apasionaban en otro tiempo. Ferrand, sin embargo, no dejó de examinar á su discípulo con su fina mirada, pues muchos síntomas le demostraban que aquella conciencia seguía estando inquieta y turbada y que en ella se estaba realizando un trabajo de transformación. Durante aquel periodo fué cuando descubrió un novelesco despertar del amor en el corazón de Juan y en el de su hija, y no hubiera sido, como era, un creyente penetrado de fe á lo José de Maistre en la constante acción de la Providencia en nuestros asuntos privados, si no hubiera visto en esa mutua atracción un medio de que Dios se servía para conquistar un alma. Así, cuando Juan se decidió á hablarle de sus sentimientos por Brigida, el padre estaba persuadido de que ese paso suponía en el joven una evolución definitiva. Pedir la mano de la hija de Ferrand era obligarse á un matrimonio religioso y este matrimonio suponía que Juan se hiciese católico. Después, interrogando al joven, Ferrand había visto con estupor que éste, engañado sin duda por el profundo respeto que su profesor mostraba siempre hacia la sin-

ceridad de las convicciones contrarias á las suyas, había alimentado la ilusión de un enlace celebrado en la iglesia, pero, á modo de los matrimonios mixtos, sin verse obligado á adoptar la religión de la esposa. El filósofo no era hombre de contentarse con semejante compromiso, más difícil que cualquiera otro de hacer aceptar por Roma sin motivos imperiosos, que no existían en aquel caso. Ferrand no había visto en esto más que la prueba de un defecto muchas veces observado en su discípulo: la incertidumbre. Y había, respondido al enamorado de Brigida que no daría su hija más que á un católico declarado. Su sorpresa fué mayor aún cuando vió en Monnerón un real movimiento de espanto al solo pensamiento de un acto tan grave y tan influyente en las profundidades de su conciencia. ¡Le había creído tan preparado y tan próximo á una adhesión definitiva á lo que él creía la verdad, y le encontraba tan perplejo y tan vacilante!... El joven había pedido ocho días para reflexionar y el padre se los había concedido. Aquel 1º de noviembre era el último día del plazo.

Conocemos ahora el secreto de la profunda angustia que dominaba á Juan en aquella fría mañana y en aquel banco solitario del jardín del Luxemburgo. Aunque estuviese hacia algún tiempo atraído hacia las ideas de su antiguo maestro á consecuencia de toda una evolución interior, y acaso más de lo que él mismo suponía, el paso le parecía tan definitivo y tan solemne... Aquel bautismo á los veinticuatro años era una ruptura tan grande con todo su pasado y con el medio en que vivía. Veía tales conflictos y uno, sobre todo, de tal naturaleza... Y, por otra parte, las razones que le acercaban á las creencias del señor Ferrand dejaban en él tanto campo á la duda... En una palabra, le había sido impo-

sible decidirse en el sentido hacia el cual le impulsaba su corazón. Su mismo amor había sido un obstáculo más, pues Juan se había preguntado si el atractivo que ejercían sobre él las ideas del padre de Brígida no tenía por causa, sin que él mismo se diera cuenta, el sentimiento que le inspiraba la hija. La probidad intelectual tiene sus enfermedades de escrúpulos, como la otra. Resuelto á retirar su petición por no aceptar una cláusula á la que no podía someterse en conciencia, su violento dolor aumentaba todavía la energía de esa resolución. La idea del esfuerzo se asocia fácilmente á la del mérito en las almas delicadas, siempre dispuestas á reprocharse lo que les agrada y á estimarse por lo que les cuesta trabajo. ¡Y cuánto le costaba á Juan renunciar para siempre á la amiga cuya gracia iba á irradiar dentro de un momento en aquella decoración de otoño y de tristeza si sus cálculos eran exactos!

Y lo eran. Los enamorados tienen á su servicio un don de adivinación casi infalible que se parece á las visiones del genio. El principio es idéntico, pues consiste en las facultades de lógica llevadas á un grado superior por la observación aguda y la idea fija. Brígida Ferrand se aproximaba, en efecto, en aquel momento al rincón del jardín en que Juan la estaba esperando. Si la magia de intuición que había decidido al joven á apostarse al lado de aquella puerta se hubiese exaltado hasta la doble vista; si hubiera podido traspasar con los ojos de la carne la manzana de casas que se levantaba delante de él, hubiera visto á la que amaba siguiendo con su padre la acera de la calle de Notre-Dame-des-Champs. Ambos venían de acompañar á la señora de Fortier, la hermana casada, y se preparaban á doblar la esquina de la calle Bara, que desemboca pre-

cisamente enfrente de donde estaba Juan. Y acaso su energía no hubiera resistido un minuto si hubiera podido, no sólo verla, sino oírla hablar de él con su padre. Juan sabía bien, aunque nunca había dicho á Brígida sus sentimientos, que la joven los había adivinado, y creía saber, á pesar de su reserva, que no le desagradaba. No se había atrevido á imaginar la verdad, que Brígida le amaba tanto como él á ella, y, sobre todo, ignoraba que el señor Ferrand fuese el confidente de ese amor y que no hubiese ocultado á su hija ni la petición de Juan ni su propia respuesta. Aquella entera sinceridad del padre con la hija tenía peligros muy evidentes y dependía de la naturaleza un poco excepcional de las relaciones que los unían. Brígida Ferrand era de la descendencia de Antígona, de aquella «hija del anciano ciego» la más pura creación del genio antiguo, que une á la feminidad de la abnegación un vigor de inteligencia casi masculino, tan tierno para sentar en los olivares de Colona al infortunado que va guiando, y tan atrevida, para afirmar ante un juez inicuo la existencia de «esas leyes no escritas, inmutables, que nadie sabe de dónde han nacido». Encargada á los quince años de reemplazar á su madre en el hogar de un padre al que quería tanto como admiraba, Brígida había querido convertirse para aquel hombre superior, más que en una mujer de su casa, en una compañera de pensamiento, muy humilde y muy modesta, pero que le ayudase sin embargo á soportar la soledad de la viudez. El sistema había empezado por pequeños servicios, como los de copiar los manuscritos del filósofo, transcribir para él notas y apuntes, leerle por las noches en alta voz artículos de revista cuyos títulos tomaban en los labios de aquella joven raros aspectos de paradoja. La herencia, ayudada por el cariño, le habían hecho com-

prender las ideas del profesor y participar de ellas. Ese gusto profundo y esa comprensión de las cosas de inteligencia eran también las que le habían hecho interesarse por Juan. Aunque su instinto de mujer le hiciese evitar cuidadosamente todo aspecto de marisabidilla, y aun teniendo, por reacción, un tanto de coquetería en su alarín, su cara traducía aquel exceso ó, más bien, aquella anomalía de cultura. La expresión de su semblante indicaba más edad que sus facciones. Con líneas de una regularidad casi clásica, era menos bonita que bella. Al rededor de su boca, tan joven sin embargo, y en la mirada de sus pupilas, con ser tan azules, flotaba un no sé qué de grave y de sereno. Era bastante alta, con una cabeza algo pequeña, de forma oval y coronada por admirables cabellos rubios. Su cutis, transparente y muy claro, palidecía ó se enrojecía á la menor emoción de un modo que revelaba en aquella niña, precozmente iniciada en las teorías más abstrusas de la psicología y de la metafísica, la más viva y espontánea sensibilidad. Esos dos lados de su naturaleza, demasiado reflexiva y demasiado emocionable al mismo tiempo, se encontraban en la conversación que tenía con su padre aquella mañana y que había comenzado en el umbral mismo de su hermana mayor. No bien se despidieron de ella, que no conocía hasta entonces sus asuntos, Brigida preguntó:

— ¿Está usted contento de mí, papá?... Como se ve, el tradicionalista participaba, sobre la cuestión del tuteo, de la opinión de su maestro Bonald, el cual ha escrito, con su austera ironía: «No sólo se tutea al padre y á la madre, sino que esta costumbre es cómoda para toda la casa, pues dispensa á los padres de autoritaridad y á los hijos de respeto...» Este pequeño detalle dará el matiz del carácter y del modo de ser de Ferrand,

cuya amabilidad procedía de una cortés pero soberana dignidad. Sí, insistió la joven, le había á usted prometido hace ocho días no hablarle más de Juan Monnerón y estar me tranquila. Estar es la primera vez en esta semana que he pronunciado su nombre, he estado tranquila por completo y sigo estándolo hoy por la mañana. Acabo de pedir á mi madre que interceda allá arriba para que las cosas pasen como yo deseo... Es como si ella me lo hubiese prometido... ¡Ah! padre mío, cómo compadezco á los que no tienen fe... ¿Cómo viven con sus muertos? Y no vivir con sus muertos es como no tener familia. Cuando pienso que él no ha conocido hasta ahora las profundas algrías que dan las prácticas religiosas, estoy por tenerle lástima...

Á medida que Brigida hablaba, mostrando al desnudo sus esperanzas y su amor, podía ver contraerse con un pliegue de preocupación la frente y la boca de su padre. Ferrand era un hombre de cincuenta y tres años, robusto y con una palidez en la cara ocasionada por su existencia demasiado sedentaria y que contrastaba fuertemente con la negrura del cabello y de la barba, en la que empezaban á destacarse algunos hilos de plata. En su fisonomía un poco gruesa, pero de finas facciones, se veía la potencia y la sutilidad. El conjunto recordaba vagamente el célebre retrato de los Oficios, que pasa por representar á Leonardo. Su expresión era tan noble que hacía olvidar una imperfección que hubiera desfigurado otra cara cualquiera; una emoción infantil le había desviado el ojo derecho. Aquella mirada biza concordaba con su fisonomía abstraída del mundo exterior, como vuelta hacia adentro é iluminada por la serenidad ardiente de las convicciones profundas. El acento de su hija, más que sus

palabras, acababa de probarle una vez más que no había estado bastante prudente y que hubiera sido mejor no anunciarle el paso dado por Juan antes de tener su respuesta sobre el punto todavía en suspenso. Para Brigida era indudable que esa respuesta no ofrecía duda, pero Ferrand, en cambio, se daba cuenta de que si el enamorado no había acertado por sí mismo el plazo de los ocho días era porque estaba sumido en una vacilación cada vez mayor. El profesor presentía ya la resolución definitiva de Juan, de la que él tampoco dudaba al principio, y temía la impresión que podía producir en su hija.

— Mi pobre Brigida, le dijo, pretendes que estás tranquila y acabas de hablarme con una exaltación que me daría miedo si no supiera que eres animosa cuando hace falta. Según tú, la respuesta que hoy esperamos será ciertamente como queremos que sea. ¿Y si fuera, no obstante, lo contrario? ¿Y si, en el último momento, las ideas que han impedido á Juan aceptar desde luego la condición que le hemos puesto fueran las que vencieran...? Yo también, continuó, creo en una misteriosa influencia de los muertos sobre los vivos y que ellos y nosotros podemos hacernos mucho bien. Ese es el sentido de la fiesta de hoy y de la comunión de los santos. Pero creo también que la decisión suprema de una voluntad depende de ella sola. No te he ocultado que en las circunstancias que han traído las cosas al punto en que están he creído ver un designio oculto, una invitación de Dios á esta alma...? Acudirá el alma á la llamada? Esto es lo que ni tú ni yo podemos saber, hija mía.

— Usted teme mi pena si sufriese un desengaño, padre mío, dijo Brigida con una sonrisa conmovida y confiada, pero puedo sufrirlo. Usted mismo me ha

dicho que la incredulidad de Juan no era más que ignorancia y le ha aplicado con frecuencia, delante de mí, aquella hermosa frase del cardenal Newman: « *Yo nunca he pecado contra la luz.* » Juan sabe ahora, después de haber discutido tanto con usted. Todas sus objeciones han sido disipadas y usted le ha comunicado todas sus reflexiones. Le ha probado usted la religión; ¿cómo no ha de creer en ella?...

— La religión no se prueba, replicó el filósofo; te lo he dicho también con frecuencia. Se dan razones para creer, lo que no es lo mismo. Una conversión no es una obra enteramente intelectual, pues entonces todo el mundo creería ó no creería nadie. Se cree con todo el ser; con la inteligencia, ciertamente, pero también con el corazón y con la voluntad. Hay personas á quienes no gusta creer, que no quieren creer, y que llegan á obscurecer hasta convertir en completas tinieblas lo que para tí y para mí es evidencia y luz. Cuando Juan era mi discípulo, vi más de una vez abrirse su inteligencia hacia la fe y ser detenida en ese impulso por la voluntad. ¿Quién sabe si sucede hoy lo mismo?

— Pero, dijo la joven, su paso al pedir mi mano fué sincero, y si quiere casarse conmigo — y subrayó la palabra al pronunciarla — debe querer todo lo puede ayudarle, como no fuera algún acto contra la conciencia...

— ¿Y si piensa estar en ese caso? respondió Ferrand, y al ver un gesto de asombro de su hija, añadió: ¿Olvidas que entre él y nosotros está su padre?... Comprendeme bien. Sé perfectamente que el padre no le negará su consentimiento. De no ser así, no hubiera yo dejado á Juan que formulase siquiera su petición. Conozco á mi antiguo compañero y sé que para él es punto de honor el dejar á sus hijos absoluta-

mente libres. No ha querido hacerlos bautizar para que eligiesen siendo mayores con entera independencia. Cree sinceramente que nunca ha influido sobre ellos, lo que no impide que el día en que Juan vaya á decirle : « Me caso en la iglesia y soy católico » la noticia sea para él una quiebra, una bancarrota de la educación moral que ha dado á su hijo. No hay verdadera neutralidad en ciertos puntos. Monnerón se cree tolerante y es un fanático á la inversa. La religión es para él el peso muerto del pasado, un legado de superstición de una humanidad inferior, á la que odia tanto como ama á todo lo que él cree progreso y razón. Al ver á Juan volver á aquellos errores, su padre sufrirá cruelmente y Juan lo sabe. Tú, que hablas de conciencia, ahí tienes el obstáculo que puede turbar la suya.

— Me había usted dicho, repuso la joven después de un silencio, que el señor Monnerón padre no era religioso. Pero no se trata aquí de indiferencia, sino de odio... ¿Es posible? ¡ Él, un hombre tan honrado!...

— Lo es, en efecto, por muchos conceptos. Y, sin embargo, tienes razón, no es con las partes elevadas de su ser con las que siente así. Su excusa es que no se da cuenta de los móviles á que obedece su odio. Es uno de los puntos en que su familia está enferma en él, y la Francia enferma en su familia. Sigue la ilación y tú, que conoces tan bien mis ideas sobre el principio de continuidad, que es lo que la iglesia llama reversibilidad, encontrarás en este caso una confirmación muy significativa. La familia Monnerón ha cometido la primera falta en el abuelo, que era un simple labrador. Tenía un hijo muy inteligente y quiso hacer de él un burgués. ¿Por qué? Por orgullo. Aquel día despreció su casta y encontró un cómplice en el Estado tal como le ha hecho la revolución. Todas esas leyes bajo las

que vivimos hace cien años y cuyo espíritu es nivelar las clases, igualar para todas el punto de partida, facilitar al individuo los ascensos inmediatos fuera de la familia, no son leyes sanas y generosas, sino leyes de orgullo. ¿Á que sentimiento han obedecido los Monnerón en el colegio? Al orgullo. ¿A cuál en sus exámenes? Al orgullo. Por eso no ha creído y ha pensado en contra de nuestra tradición religiosa, creyendo que obedecía á la razón. Es el verdadero representante de una época cuya aberración consiste en querer que cada generación vuelva á empezar la sociedad. Su falta de religión es como su radicalismo, y la prueba es que no vive con sus muertos, como tú decías hace un instante. Su pensamiento y su voluntad van contra su raza en vez de ser su prolongación. Pero está escrito que no se pedirá á cada cual sino lo que ha recibido. Por esto, Monnerón es un hombre honrado con las ideas de un sectario y por esto la conversión de su hijo, si se realiza, le conmoverá como una apostasía...

— ¿Admite usted, sin embargo, que esa conversión es una necesidad para el alma de Juan? ¿Cómo explica usted entonces que el hijo de tal padre tenga esa nostalgia de Dios? Es su frase de usted... Usted la emplió no hace ocho días en nuestra gran conversación...

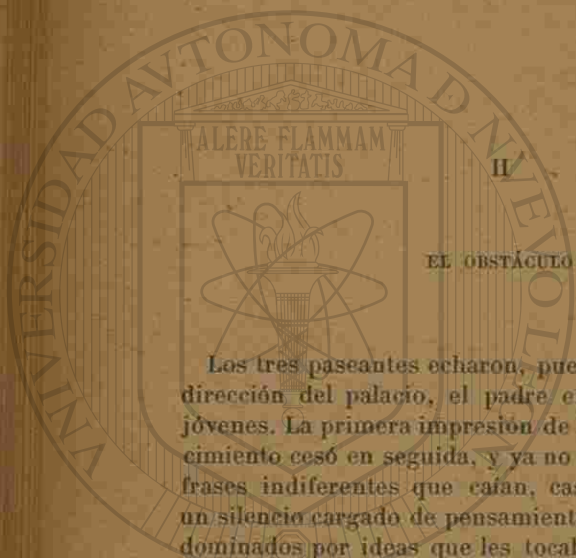
— En esto, hija mía, tocas á un gran misterio. Es un hecho indiscutible que hay un atavismo moral, como hay un atavismo físico, una herencia de las ideas y de los sentimientos de nuestros abuelos. ¿Por qué esa herencia se manifiesta en un individuo y no en otro? El problema no es más soluble que el de la desigualdad de los talentos, ó sencillamente de la salud, entre hermanos nacidos de los mismos padres y en condi-

ciones idénticas. Lo que hay de cierto es que Juan Monnerón está trabajado hace años por ese atavismo que nunca atormentó á su padre. La buena raza de labradores de que procede se subleva en él y á pesar suyo, contra el error paterno. Ese hijo de jacobino tiene continuas vueltas hacia la vieja Francia. Quisiera amar á la nueva y todo le separa de ella. Ese hijo de un incrédulo se ahoga en su negación. Ha nacido de un funcionario y de un desarraigado y no sueña, cuando se abandona á sus gustos, más que con una familia establecida, con costumbres locales y tradicionales, con un medio apegado á la tierra. Esa lucha secreta dura en él desde que le conozco y fué la causa de que me interesara por él durante su año de filosofía. No he conocido nunca un joven cuyo malestar demostrase más completaminte qué mortíferos son para un espíritu recto y para un corazón puro los sofismas del mundo revolucionario... Después te amó y vi crecer ese sentimiento, así como observé que tú también participabas de él, y me pareció que la dicha de ambos podía estar ahí. Hoy me pregunto si me habré engañado, puesto que la lucha interior de que Juan era víctima á los diez y ocho años continúa á los veinticinco á pesar de ese amor...

— No, padre mío, respondió Brígida tocando con la mano el brazo de Ferrand; la lucha no continúa y la dicha está ahí... Y añadió, indicando al joven con un gracioso movimiento de cabeza; también *él* está ahí... Acababa de ver á Monnerón, et cual á su vez la había conocido y levantándose de su banco con esa torpeza, tan commovedora para una mujer que ama, de un hombre que espera hace mucho tiempo y que quiere aparentar que está allí por casualidad. Aunque las preocupaciones del señor Ferrand fuesen muy grandes

y el profesor considerase muy importante la conversación cuya inminencia anunciaba la presencia de su antiguo discípulo, no pudo menos, él tampoco, de sentirse enternecido por aquella cortedad del enamorado. En la atmósfera de tensión intelectual en que vivía y en que hacía, por contagio, vivir á su hija, aquella niñería de Juan, sorprendido en su espera y excusándose con frases torpes, era un soplo de juventud y de espontaneidad. Aquellas explicaciones, balbuceadas al acercarse á Ferrand y á su hija, denotaban un embarazo tan cándido, que el padre sonrió y dijo en tono de inocente broma :

— ¿ No va usted á ninguna parte?... Pues mejor... Va usted á acompañarnos á casa.



Los tres paseantes echaron, pues, á andar juntos en dirección del palacio, el padre en medio de los dos jóvenes. La primera impresión de broma y de enternecimiento cesó en seguida, y ya no cambiaron más que frases indiferentes que caían, casi sin respuesta, en un silencio cargado de pensamientos. Los tres estaban dominados por ideas que les tocaban muy de cerca al corazón para poder decirlas y que les quitaban la fuerza para sostener cualquiera otra conversación. Ferrand comprendió en seguida, al ver la cara cerrada y sombría de Juan, que la venida de éste á su encuentro no significaba la fácil conformidad que había supuesto Brígida. El tierno optimismo de la joven no resistió tampoco á aquella fisonomía contraída ni, sobre todo, á la mirada de angustia en que Juan la envolvía de vez en cuando. Y era que al verla andar cerca de él, con su esbelto talle, con aquel perfil de línea tan dulce y tan reflexiva, con aquellos hermosos ojos azules á los que asomaba el alma, se le aparecía como más encantadora todavía y más digna de ser amada únicamente y para

siempre. El hombre superior de que era hija no se había nunca mostrado más afable ni más atrayente, sólo por su modo de respetar las emociones que adivinaba en los dos enamorados. Era verdaderamente el padre que Juan se hubiera elegido, la gran persona mayor á quien poder decir todo lo que tenía que ocultar á su padre, las incertidumbres y las turbaciones enterradas en el fondo de su corazón... El viento continuaba arrebatando las hojas de los plátanos y la pesada gravitación del cielo de otoño envolviendo de melancolía las estatuas lavadas por la lluvia, las flores heladas y el palacio descolorido por el tiempo. El estudiante podía ver una imagen de su suerte actual en aquella visión de felicidad que pasaba, pasaba... para desaparecer, no dejando más que una siniestra y solitaria decoración de invierno. Y de nuevo le asaltaba la tentación de no dejar marcharse aquella dicha y de no aceptar aquella soledad. Bastaba una palabra... y no podía ni debía pronunciarla. Todos los motivos que se había dado durante aquellos ocho días de tan apasionado y escrupuloso examen de conciencia, se levantaban en el fondo de su alma á cada ademán de la joven. Cuanto más le encantaba Brígida con su gracia inteligente y delicada, más veía él la felicidad asegurada, si quería, y más le mandaba resistir la voz interior y no sacrificar los razonamientos á una emoción ni un principio obligatorio á un goce, por arrebatador que fuera. Y aquella tormenta íntima se desencadenaba en él mientras pronunciaba, como Ferrand y Brígida, palabras insignificantes sobre los pequeños incidentes de aquella interminable travesía del jardín. Aquella violencia, dolorosa para los tres aunque en grados desiguales, pues en el joven era desesperación y en sus interlocutores solamente ansiedad, no cesó hasta que

llegaron á la casa de la calle de Tournón y Brigida dejó á los dos hombres frente á frente en el despacho. Aquella vasta y alta habitación atestiguaba, como el patio y como la escalera, que el hotel, hoy dividido en varios departamentos, había sido en el siglo diez y ocho una de aquellas anchas moradas hechas á propósito para una gran familia burguesa opulenta y sencilla. La noble decoración de aquella pieza, los coronamientos de las ventanas y de las puertas, la forma de la chimenea con el escudo de su marco, databan de mediados del siglo diez y ocho. Cuatro grandes cuerpos de biblioteca acentuaban con las severas encuadernaciones de sus viejos libros aquel aire de otro tiempo. La habitación estaba iluminada por dos altas ventanas que daban á un balcón suspendido sobre los restos de un jardín. El único objeto de arte que adornaba aquel despacho, preparado para la meditación y que parecía hecho á la medida de la potente fisonomía del filósofo, era una copia antigua del retrato tan inteligente, tan humano y tan francés, de Arnaud d'Andilly, hecho por Felipe de Champaigne. En cuanto entró Ferrand invitó á su discípulo á sentarse y después de hacerlo él también al lado de la mesa, le preguntó :

— ¿Me trae usted la respuesta ó quiere tomarse todavía algunos días?

— Se la traigo á usted, dijo Juan. Ocho ó quince días más no la cambiarían nada, puesto que una vez pasados me encontraría en las mismas condiciones y ante el mismo obstáculo.

— Entonces, si no comprendo mal, es « no », dijo Ferrand después de un silencio.

— Es « no » repitió el joven en voz baja, firme y triste. He reflexionado y luchado mucho en estos ocho días. ¡ Hubiera deseado tanto venir hoy á usted para

decirle: Estoy pronto á recibir el bautismo. Condúzcame usted ante el sacerdote que haya elegido... Pues bien, no puedo...

— Lo esperaba, respondió Ferrand. Mientras hablaba el joven, el profesor había apoyado el codo en la mesa cargada de papeles y puesto la frente en la mano, en una actitud de pena en la que Juan podía ver hasta qué profundidad herían sus palabras al padre y al creyente. — Si hubiera usted respondido « sí » no hubiera vacilado ni ocho días ni un minuto. No soy ciego y sé cuánto y hace cuánto tiempo quiere usted á Brigida.

— ¡ Si la quiero! exclamó Juan, y aquella especie de tierna piedad con que le había hablado Ferrand hizo de repente que su corazón se abriera y que de su boca brotasen palabras apasionadas. ¡ Si la quiero! repitió. Por lo menos usted no me desconoce y me compadece... Darle mi nombre, vivir siempre con ella, fundar con ella un hogar, trabajar á su lado y para ella, tratar de tener un poco de talento y acaso un poco de reputación á causa de ella, ¡ ah! esa hubiera sido mi vida y la reparación de todo lo que hasta ahora haya podido sufrir... Y usted á su lado, sosteniéndome y apoyándome con su gran inteligencia, hubiera sido para mí la felicidad. Para que renuncie á todo esto puede usted adivinar que hay un obstáculo por encima del cual no puedo pasar. Y cuenta que no hago á usted reproche alguno por la condición que me ha impuesto. Si usted no existiera, Brigida me la impondría también, seguramente, y tendría razón, como usted la tiene. Los dos obran ustedes según su conciencia. Yo tengo que obedecer á la mía, que no me permite hacerme católico...

— ¡ Deme usted la mano, hijo mío! dijo Ferrand. El acento de su antiguo discípulo le había producido una vez más la emoción particular que nace en las almas de

los verdaderos apóstoles, al contacto de ciertos espíritus incrédulos, á los que ven tan hermosos y bien templados que quisieran comulgar con ellos en una fe igual, y tratan de atraerlos. ¡La tentación era demasiado fuerte y tan instintiva!... Persuadido de que obraba solamente por la dicha de su hija, el profesor no sospechaba que era también el deseo de conquistar aquella inteligencia lo que le hacía en aquel momento insistir con esa insinuante dulzura que es el don de los maestros. Deseaba, continuó, que la resolución de usted fuere otra. Si acogí su petición como lo hice, puede creer que fue porque veía en este matrimonio todas las probabilidades de dicha para Brigida y porque le quiero á usted también mucho. Se lo he probado en muchas ocasiones y no puede dudarle. A causa de esta amistad y para que pudiera usted siempre venir á mí sin recelo, he evitado en estos últimos años los puntos en que mis convicciones habieran podido violentar las suyas. Esa misma amistad me permite hoy decirle: Usted hace una cuestión de conciencia el negarse á la sola condición que le pongo para su boda. Pero una cuestión de conciencia lleva consigo un pro y un contra y se puede discutir. Usted la ha discutido ya consigo mismo y puede haberse engañado, haberse creado obstáculos imaginarios ó no haber visto claro en su pensamiento. Suponga usted que no soy el padre de Brigida, sino, sencillamente, su antiguo profesor de filosofía al que viene á consultar el caso en que se encuentra. ¿Quiere usted dejarme hablarle como entonces le hablaría?... ¿Sí?... Pues bien, ¿puede usted definirme, marcarme bien el punto exacto de su escrúpulo?

— El punto exacto, respondió Juan, es que no creo, sencillamente, y que pedir el bautismo en esas condiciones sería mentir y no por silencio, como hacen tan-

tos católicos de nacimiento que, habiendo perdido la fe, se casan en la iglesia. Esos no tienen más que callarse sus dudas, como yo pensaba callarme las mías cuando creía que la ceremonia religiosa sería para mí lo que es para un protestante ó para un judío que se casa con una católica. Aunque ella no lo fuera me vería yo en la necesidad de hablar y declarar que el sistema de ideas en que he sido educado es falso, de lo cual no estoy bastante seguro, y que el contrario es verdadero, de lo que no estoy más convencido. Hacerme católico es una profesión de fe, un acto positivo, una afirmación. ¿Me estimaría usted, querido maestro, si afirmase públicamente lo que no creo?

— No, respondió Ferrand, pero ¿es verdad que usted no cree?... Acaso confundí usted dos cosas muy diferentes, que deben seguir siéndolo: lo que un médico de nuestro tiempo, que es también un gran cristiano, el profesor Grasset, y después otro sabio, todavía no cristiano, pero que comprende las creencias, Jules Soury, han resumido tan bien al distinguir las certezas del laboratorio de las del oratorio... ¿Hace usted verdaderamente esa distinción? Piensa usted que no cree porque no se encuentra respecto de las verdades religiosas en una actitud mental idéntica á la que tiene con relación á las verdades físicas y químicas, por ejemplo. Pues yo tampoco me encuentro en esa actitud. Los dogmas de la iglesia de que estoy más persuadido; el pecado original, la encarnación, la resurrección, la presencia real, no tienen para mí la misma claridad de evidencia que la ley de la composición del agua. ¿Y qué prueba esto? Que el objeto de la verdad religiosa no es el mismo que el de la verdad científica, sencillamente, y que las facultades empleadas no son las mismas... El error de los racionalistas, selo he dicho

á usted muchas veces en otro tiempo, consiste en querer reducir uno de los tipos de certeza al otro. Cuida usted de que no sea también ese su error en el caso presente. ¿Quiere usted una prueba de que tiene mucha más fe de lo que usted mismo supone? Pues está en que ha vacilado cuando le dije que no daría mi hija más que á un católico práctico. Esa vacilación me ha aterrado, pues he previsto que, en usted, el hombre nuevo no vencería al antiguo. Pero el nuevo existe, puesto que ha habido lucha, y ese hombre nuevo es un creyente...

— Es uno que ha esperado creer, replicó Juan. La distancia es grande del uno al otro. Sí, he dudado, querido maestro, y es que todo en mi corazón era cómplice de esa esperanza, y que mi razón, en lugar de oponerse, me inclinaba á ella. He repasado en espíritu esos problemas, durante esta semana, por todos los caminos que usted me ha enseñado cuando los discutíamos juntos. Confieso que, racionalmente, no tengo nada que responder á sus argumentos, lo que prueba que lo que me falta es la fe, tal como usted la entiende, ó sea la adhesión viviente del fondo del ser. Admito con usted que la ciencia no puede ir más allá del orden de los fenómenos y que tropieza con lo incognoscible en cuanto quiere buscar el porqué de las cosas en lugar del cómo. Admito que ese incognoscible es real, puesto que está en la raíz de toda realidad. Admito que, estando el consecuente envuelto en el antecedente, lo incognoscible debe poseer, virtualmente al menos, todo lo que constituye lo real: la inteligencia, el amor y la voluntad. Admito aún que ese principio de inteligencia, de amor y de voluntad es lo que la gente sencilla llama Dios. Admito que ese Dios, así concebido, debe de haberse manifestado en la historia humana. Como esa historia es actual y presente, ad-

mito que esa acción de lo incognoscible está actualmente mezclada con ella. Admito que de todos los hechos que caen bajo la observación, el cristianismo es el que llena más exactamente las condiciones que nuestro razonamiento nos muestra *á priori* como habiendo debido ser las de una acción divina. Voy más lejos aún. Reconozco que entre las formas diversas del cristianismo, la más completa es la que remonta por su tradición al fundador y á sus apóstoles, es decir, el catolicismo. Admito todo esto, pero como una construcción intelectual de la que permanezco enteramente fuera y de la cual siento que no formo parte. Es una hipótesis más ingeniosa, más probable, si usted quiere, que otras muchas, pero esa probabilidad es para mí ¿cómo decirlo? una probabilidad muerta, que no toca á ese último punto de la persona en el que se elabora la convicción. ¿Dónde ve usted en esto la fe?...

— ¿Dónde la veo? En el hecho, ante todo, de que haya tenido usted que destruir en sí mismo tantos prejuicios para admitir solamente la probabilidad de que me habla. Los argumentos que usted emplea proceden de mí y me parecen, en efecto, irrefutables. Si no se hubiera usted sentido como ahogado en las doctrinas de negación en que ha crecido, no se hubiera tomado siquiera el trabajo de examinar esos argumentos que no son nuevos, pues Pascal los había empleado. ¿Por qué se ahogaba usted sino porque ciertas porciones desconocidas de usted mismo sentían la necesidad de una vida religiosa? ¿Por qué se adhirió usted tanto á mí cuando entró en mi clase? Porque mis ideas, tan contrarias á las suyas, despertaban en usted ciertas huellas secretas. Es usted un francés, es decir heredero de una larga serie de generaciones de hombres y mujeres que durante siglos han sido católicos. Se mueve

usted y respira en una sociedad impregnada de costumbres católicas. La lengua que habla y en la que piensa es católica puesto que es romana. El catolicismo está en usted á pesar de usted mismo, en lo que los filósofos de hoy llamarían su parte inconsciente. No puede usted estar de acuerdo con lo más íntimo de sí mismo si no es católico, y ese acuerdo lo ha deseado usted apasionadamente desde que empezó á pensar, sin saberlo, como un líquido desea su nivel y oscila hasta que lo encuentra. Cuando ha querido usted fundar un hogar ¿ en qué joven se ha fijado? En una católica. El encanto que ejerce sobre usted mi Brígida consiste en su alma, en ese alma que le ha hecho la iglesia que usted dice que le es extraña y exterior... ¿ Extraña? Sí, extraña al « yo » ficticio de que le ha revestido á usted una enseñanza que pretende libertar á la persona separándola de sus tradiciones. Es la locura de un jardinero que pretendiera libertar sus árboles separándolos de las raíces... ¿ Exterior? Entre usted, pues, en la iglesia y se quedará asombrado de lo que descubrirá en sí mismo sin que sepa que existe... Lo que le es exterior en este momento es su propia persona, pero Dios la quiere y la tendrá. Tiene usted las dos virtudes con que Dios marca las almas elegidas: la humildad y la buena voluntad. Dios le perseguirá á usted hasta que le haya conquistado...

El filósofo se levantó para pronunciar estas palabras, en las que se traducía á pesar suyo el misticismo de su pensamiento, y se puso á pasear por el despacho con la cara iluminada por una llama de pasión religiosa tan intensa, como si en vez de ser un simple profesor de instituto al fin del siglo diez y nueve, hubiera sido uno de los doctores de la reforma católica del diez y siete, un contemporáneo de aquel Arnauld

cuya efigie presidía aquella conversación, lo que no dejará de parecer extraño en esta fecha de 1900 y en París. ¿ Pero lo era realmente? Cuando se pertenece, como los dos hombres que hablaban, á la raza de los que Platón decía ya que van á la verdad « con toda su alma » ¿ no es natural que en un acto tan grave como un matrimonio y la creación de una familia, no vieran tan sólo una cuestión de intereses, de conveniencias, ni, siquiera, de atractivos sentimentales? Aquellas ideas tan teóricas al parecer les habían puesto á los dos en un grado de emoción extrema. La voz del maestro, en particular, se había hecho casi sorda al predecir la conquista por Dios del alma de su discípulo. Su exaltación continuaba, y el profesor se detuvo delante de Juan, que seguía sentado, le puso la mano en el hombro y le dijo con la mirada fija en sus ojos:

— ¿ Comprende usted ahora por qué no acepto su respuesta como definitiva? Quiero que se tome el nuevo plazo que me ha rehusado. Sé que no debe hablar así un padre á quien le vienen á pedir su hija, pero ni usted ni yo estamos en las prácticas convencionales, sino en la profunda verdad. Vamos á adoptar una resolución que pesará sobre toda la vida de usted y de mi hija, y es preciso, cualquiera que sea, que no dejemos nada en el aire y que reine en nuestra conversación la más absoluta franqueza...

Se interrumpió un minuto, como si vacilara antes de pronunciar alguna palabra muy grave, y dijo con firmeza:

— Es preciso que conozca usted lo que ya ha podido sospechar por varios indicios. Sepa, pues, de un modo cierto y definitivo que Brígida le ama, hijo mío. En nombre de ese sentimiento pido á usted que reflexione antes de sacrificarse los dos á una ilusión sobre sí

mismo que le asombrará cuando la luz se haga en su espíritu. Conozco á mi hija y le conozco á usted. Ninguno de los dos cambiará de intención. Supongamos, pues, que no hemos dicho nada y que sigo esperando la respuesta sobre la condición que le impongo. Me dará usted esa respuesta dentro de dos ó tres meses, ó de un año. He hecho mal de fijar con usted un plazo tan corto. ¿Acepta usted ahora?

— ¡Ah! querido maestro... ¿Qué bueno es usted! ¡Y cuánto daño me hace, sin embargo! exclamó Juan. Y con la cara entre las manos, como si le agitara una crisis de insoportable sufrimiento, rompió á sollozar. El filósofo, espantado ante aquel inexplicable acceso, no encontró para calmar al joven más que las frases que se dicen á un niño enfermo:

— Vamos á ver, Juan, sea usted razonable... Vuelva usted en sí... ¿Qué pasa? ¿Qué ha comprendido usted?

El enamorado levantó la cabeza y dejó ver las mejillas llenas de lágrimas y la boca contraída por la emoción.

— Seré franco, señor Ferrand, dijo. Sí, acaba usted de hacerme mucho daño, pero no tiene culpa alguna. No le he dicho más que uno de los escrúpulos que se levantan entre mi dicha y yo: el escrúpulo de ideas, que sería ya muy poderoso, diga usted lo que quiera. Pero hay otro y ese es invencible. Cuando usted lo sepa se inclinará ante él. ¿No ha adivinado usted que se trata de mi padre?

— Sí, respondió Ferrand, y se lo he dicho á Brígida. ¿Le ha hablado usted del paso que dió y de nuestra conversación?...

— No, como tampoco de nuestras largas discusiones de otro tiempo sobre los problemas religiosos, ni de

mis dudas é investigaciones. Mi padre no conoce todo ese trabajo de mi inteligencia. ¡Ah! señor Ferrand — y la agitación del joven aumentó al hacer aquella confidencia sobre el drama más secreto y más amargo de su corazón — su sinceridad de usted me obliga á decirselo todo yo también... Pero es tan duro!... ¡Voy á tocar en mí mismo tan ocultas llagas!

— ¡No las toque usted! exclamó Ferrand con singular viveza. Había tenido siempre cuidado de no hablar del padre con el hijo, y de repente temía una requisitoria contra su antiguo camarada que en aquel momento no quería oír — Ni siquiera conmigo, añadió, debe usted quejarse de su padre.

— ¿Yo, quejarme? respondió Juan dolorosamente. No, señor Ferrand, nunca he tenido ni tendré un solo reproche contra mi padre. Si mis relaciones con él son á veces muy crueles para mí, no es culpa suya sino mía. Me he acostumbrado hace muchos años á no mostrarme jamás á él como soy, y estoy expiando esa mentira de silencio con la imposibilidad absoluta de explicarnos ya sin desgarrarnos el corazón. Usted le conoce y sabe lo entero que es en sus ideas y lo sensible de su carácter. Aun siendo muy distinguido, el campesino está muy cerca en él. Por la regularidad de su vida y de sus relaciones de funcionario, no tiene ese don de leer en las almas que usted posee y que debe á tantas causas. Usted tenía una familia y un país, ese Anjou, al que tanto dice usted que debe. Pero él, tenía sus padres en Quinquenas, hizo sus estudios en Tournón, se preparó para los exámenes en Lyon, se casó en Niza, mi hermano ha nacido en Besançon, yo en Nantes, mi hermana en Lille, mi otro hermano en Versailles, y vivimos en París. ¿Somos del Centro, del Mediodía, del Este ó del Oeste? Ni mi padre ni nosotros lo sabemos.

Su país, su medio, su realidad son sus ideas. Desde muy joven he sentido que *no me vela*, ni *vela* á mis hermanos, ni otra cosa que sus pensamientos. Y esa ceguera tiene mucho de voluntaria. No sólo no ve la vida, sino que no quiere verla, porque la realidad sería para él demasiado cruel. En política ha sido siempre republicano con una fe religiosa en los principios del 89, como usted sabe. Por mucho que los hechos le demuestran que cuanto más se hunde la Francia en el parlamentarismo jacobino, más enferma está, él quiere ignorarlo. Su oficio de funcionario le ha conducido á una vida de trabajo encarnizado para asegurar nuestra subsistencia, sin haber tenido tiempo jamás para hacer un libro, él que adora las Letras. También quiere ignorarlo, como quiere ignorar que su familia no es una familia, que estamos en el aire, sin apoyo, sin verdadera atmósfera, sin certezas. Hay días en que me siento pueblo por todas mis fibras y me volvería á labrar la tierra si pudiera, pero mi hermano Antonio está ya embriagado por París y no sueña más que con el lujo y el placer. Nuestro padre no quiere verlo, como no quiere ver que mi hermana tiene horror á la existencia de maestra de niñas á que la destina... Cuando los síntomas de estos desacuerdos saltan á la vista ó cuando los políticos de su partido cometen acciones demasiado sucias, yo, que le conozco bien, veo que se reconcentra en sí mismo y que se va del mundo real al de las ideas. Es un hombre muy desgraciado y que no lo conviene consigo mismo. Cuando yo tenía quince años encontré en los *Souvenirs*, de Michelet, una anécdota sobre el padre de este escritor, pobre impresor arruinado, que le ponía sobre sus rodillas cantando una romanza de la época:

Mi hijo será mi consuelo...

¡Si usted supiera, querido maestro, cuántas veces me he repetido ese verso desde aquel día!... Es verdad que en aquella época fui su consuelo. Juzgue usted. Mi hermano había sido siempre un mal estudiante. Yo era de los primeros en mi clase, tenía cierto gusto por el latín y el francés y participaba de todas las ideas de mi padre. Usted me las ha conocido, aunque ya entonces no las tenía todas. Mi evolución data de la lectura del libro de Taine sobre los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Mi padre me le vió en la mano y me dijo: « ¿Estás leyendo ese libelo? Es de un señor que tuvo mucho miedo por sus rentas el 71... » No le cito á usted esa frase tan injusta más que para hacerle comprender hasta qué punto se vuelve irascible ese hombre excelente cuando se trata de los puntos que son dogmas para él. Uno de ellos es la fe en la Revolución y otro es el odio á la Iglesia. Como nunca le he hablado de ellos, se complace en creermé igual á él en sus entusiasmos y en sus aversiones y nunca he tenido valor para desengañarle, aunque mi excusa está en que muchas veces se han apoderado efectivamente de mí sus ideas ú otras semejantes. Debo ser verídico hasta el fin. Cuando usted, querido maestro, me atribuye simpatías por el catolicismo, se engaña. Me atrae, no lo niego, pero es solamente por reacción, porque es el orden, porque representa el único correctivo eficaz contra la anarquía intelectual y sentimental en que me agitó y en que veo agitarse á los míos. Mi pensamiento, mi cerebro, van hacia él, pero mi simpatía está en otra parte, está en las utopías revolucionarias, á pesar de que veo que son errores á cada esfuerzo que hago para servirlos. Sé lo que hay que esperar de los políticos que hablan de justicia, y recientemente he visto en esa *Unión* de la calle de *Saint-Jacques*, en la que unos camaradas y yo

habíamos soñado en fundar algo como los *settlements* ingleses y americanos, lo que encuentran fuera de sí mismos y en sí mismos los hombres de letras que quieren ir al pueblo. Yo también he querido hacerme ilusiones como mi padre, para estar con él, para ser su *consuelo*. ¡Cuántas veces me he dicho que no debía abandonarme al amor de Brigida! Sabía bien cuánto sufriría mi padre viéndome su yerno de usted, cuyo espíritu detesta hasta el punto de haber querido cambiarme de liceo para que no fuese á su clase. Amé á pesar de todo á Brigida. No podemos mandar á nuestros sentimientos, pero sí á nuestros actos. Y ahora que conoce usted la verdad, querido maestro, le desafío á que me aconseje que me convierta á una religión de la que dudo, para satisfacer el más personal de los sentimientos y sabiendo que esa conversión desesperará á mi padre, en el momento en que está acaso amenazado de una horrorosa prueba... Pero de esto no digó más... He dicho ya lo que tenía derecho á decir para suprimir entre nosotros todo error. ¿No tengo razón al no aceptar ese nuevo plazo que usted me ofrece tan generosamente y al renunciar á un sueño que no puedo realizar á ese precio?... Se calla usted, pero su silencio y su cara me responden bastante...

El padre de Brigida, que había escuchado en reconcentrado silencio, dió á la conversación la única conclusión que requería:

— Se engaña usted sobre la significación de mi silencio, Juan. No me ha dicho usted nada nuevo ni hecho más que darme detalles que precisan lo que yo había ya presenciado. El malestar que usted me describe no viene de su padre de usted ni de usted mismo. Ambos son ustedes víctimas del impulso democrático tal como le comprende y le padece nuestro país, donde se ha

tomado al individuo por unidad social. Estáis pagando el error francés que no es, en el fondo, más que un desconocimiento de las leyes de la familia. Pero no se trata ahora de filosofar. Debemos terminar esta conversación por un convenio positivo. No acepto de usted ninguna respuesta definitiva en este momento. Pero tengo, como padre, el deber de velar sobre el corazón de mi hija. Usted ha faltado a su deber, permítame que se lo diga, ocupándose de ella y dejándoselo adivinar, cuando no estaba seguro de sí mismo. Había puesto á su boda con mi hija una condición y sigo poniéndola en este momento: si un día vuelve usted á pedirme la mano de mi hija ha de ser después de haber hablado á su padre de usted con entera verdad. Si no he comprendido mal, ve usted la probabilidad de una gran pena para sus padres. Respeto la reticencia y no pregunto nada. ¿Piensa usted que en ese día podrá prestar á su padre un socorro moral tan eficaz como si se hubiese siempre mostrado á él tal como es? No me responda usted... Añadió conteniendo con la mano á Juan, que se disponía á hablar; es inútil. ¿Tengo su promesa en cuanto á sus relaciones con nosotros?

— Serán lo que usted quiera que sean, señor Ferrand... Y si he sido imprudente...

— Lo más cuerdo es que suspenda usted sus visitas á mi casa y que evite el encontrarnos, en la medida de lo posible...

— Obedeceré.

— Bien, dijo el maestro, y él también tuvo en los labios una frase que no pronunció. Los dos hombres estaban en pie y se miraban con profunda tristeza. Ferrand rompió el primero el silencio y ofreciendo la mano al que deseaba ardientemente tener por hijo, le

despidió con una palabra en la que á pesar suyo temblaba el temor de perderle para siempre :

— Nos lo hemos dicho todo. Adiós y espero que hasta muy pronto.

— Adiós, querido maestro, respondió Juan, adiós... y salió del despacho sin volver la cabeza.

Ferrand se quedó inmóvil unos minutos y absorto en una reflexión tan profunda, que se despertó de ella como de un sueño cuando oyó que se abría la puerta. Era Brígida, que, sabiendo que su padre estaba solo, no había podido contener su impaciencia. Su linda cara presentaba los colores de una emoción que en vano la joven trataba de dominar...

— Se ha marchado y usted no me llama... Tiene usted malas noticias que darme. No acepta.

— No, Brígida, no acepta.

— ¿Y es por el motivo que usted había previsto?

El padre inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— ¿Ha hablado al señor Monnerón y éste no consiente?

— No le ha hablado, temiendo que sólo su vacilación le hiciese mucho daño. Si tú conocieras la extraña relación de ese hijo con su padre, no le guardarías rencor por su timidez...

— No se lo guardo, respondió la joven.

Al oír las palabras : « No le ha hablado » Brígida había palidecido y sus párpados se habían agitado sobre las profundas pupilas. Con voz algo alterada por la angustia dijo :

— Quisiera hacer á usted una pregunta, padre mío, y que usted me respondiese con entera franqueza, por mucho daño que su respuesta pueda hacerme... Acaba usted de hablar con él á fondo ¿verdad? y de leer en su corazón. ¿Cree usted que me ama? ¿Sí ó no?...

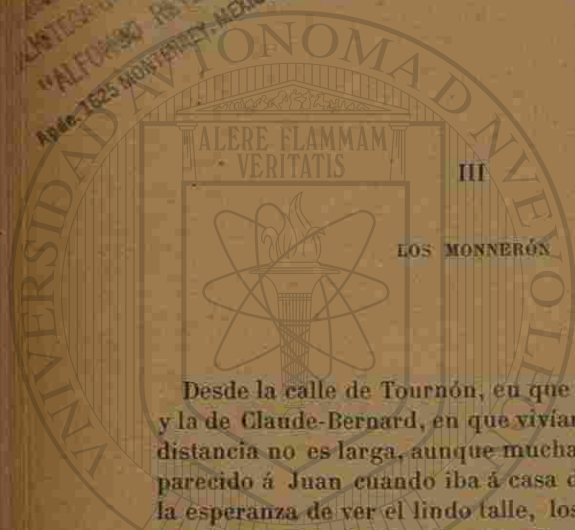
El padre vaciló un segundo, pero después, con la decisión de un hombre que de una vez para siempre ha establecido su punto de apoyo en la verdad, por peligrosa que sea, respondió :

— Sí, Brígida, creo que te ama.

— ¡Ah! gracias, padre mío. Acaba usted de darme la fuerza de esperar todo lo necesario. Ahora prometo no hablar más de este asunto. Estará usted contento de mí. Sabré llevar mi cruz.

El padre conocía demasiado á su hija para no saber que cumpliría aquel compromiso de silencio como le había observado durante los ocho últimos días. Y sabía también que á través y á pesar de ese silencio, el alma de su hija seguiría siendo para él tan transparente como lo era en aquel instante. Una comparación involuntaria le hizo entonces acordarse de los impenetrables silencios de Juan para con su padre, y atrayendo á su hija para hacerle una caricia, exclamó : ¡Pobre Monnerón!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Avda. 1825 MONTERREY, MEXICO



Desde la calle de Tournón, en que habitaba Ferrand, y la de Claude-Bernard, en que vivían los Monnerón, la distancia no es larga, aunque muchas veces se lo había parecido á Juan cuando iba á casa de su profesor con la esperanza de ver el lindo valle, los ojos azules y la amable sonrisa de Brígida. Al salir de aquella conversación que en su pensamiento equivalía á una ruptura definitiva, ¡qué corto le pareció aquel camino! Hubiera querido que las dos casas estuviesen separadas por leguas y leguas para no encontrar tan pronto la morada paterna, todavía conmovido hasta el fondo de su ser por las palabras que había dicho y que había oído. El sacrificio á que se había resuelto tan penosamente suponía un esfuerzo contra naturaleza. No se doma el impulso espontáneo del amor con ideas abstractas como él acababa de intentarlo, sin una sublevación de todas las energías instintivas, tan poderosas en un corazón de veinticinco años. ¡Brígida le amaba! Su padre se lo había dicho, y aquella certeza, ya indiscutible, de

un sentimiento en el que había siempre creído sin estar verdaderamente seguro, acababa de desesperar al joven. ¿Qué iba á pensar Brígida al saber que después de haber pedido su mano se había retirado por tal motivo? Siendo tan piadosa ¿se explicaría el escrúpulo á que había inmolidado la dicha de los dos? La joven vería en él un enemigo de todo lo que ella creía y respetaba y dejaría de amarle, si no le olvidaba sencillamente por no verle y por encontrar otro hombre de su misma fe religiosa que se casase con ella. Y una imagen precisa hasta la alucinación se dibujó ante la vista del enamorado: la de Brígida yendo al altar con un hombre que no era él. Entonces se reprodujo en su mente este razonamiento que ya se le había presentado muchas veces durante aquellos ocho días:

— ¡Pero estoy loco para echar á perder mi vida por una quimera! Un acto religioso en el que no se cree, no es nada. ¿Por qué no someterme á una formalidad, legítima si el catolicismo es verdad ó absolutamente vana si es falso, siendo así que esta sumisión aseguraría mi dicha? ¿Qué me respondería mi padre si le plantease este dilema? ¡Él se ha casado en la iglesia!...

Juan Monnerón se acercaba á su casa cuando se pronunció mentalmente esta frase que le volvió á la conciencia de lo que eran los suyos y de sus personalidades. Aquel matrimonio religioso permanecía en el recuerdo de José Monnerón como una prueba de la tiranía del régimen imperial sobre los funcionarios. Se verificó en 1869, en Niza, el mismo año en que el profesor salió de la Escuela normal. Monnerón no tenía fortuna y se casaba con una muchacha pobre. La presión de su futura suegra, el respeto de su prometida hacia las conveniencias burguesas, el temor de las se-

29794

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

verdades administrativas, todo había contribuido á que el jacobino hiciera una concesión que no se renovó cuando el nacimiento de sus hijos. En la conversación que acababa de celebrar con Ferrand, Juan no había hecho más que medias confesiones. Había declarado sus dudas en materia religiosa y no había protestado cuando su maestro le indicó la verdadera causa del malestar de su familia, combatida por un atavismo católico y por la incredulidad de un padre que razonaba con rabia contra sus tradiciones. Había dicho su imposibilidad de confiar á los suyos el fondo de su alma. Había aludido al afán de lujo y placeres de su hermano, sin principios sólidos en que apoyarse, y había llegado hasta hablar de su hermana con una reticencia inmediata, pues de ese lado esperaba la amenaza contra la dicha de sus padres. En cambio no había pronunciado siquiera el nombre de su madre. Y sin embargo, entre las fisonomías que temía encontrar dentro de unos minutos reunidas en torno de la mesa de familia, ninguna le recordaba más tristezas que la de aquella madre. La mujer de Monnerón pasaba por buena á causa de su expansión meridional, pero Juan sabía que no le amaba, así como estaba cierto de que á los elementos de desorganización de la vida de su padre, la madre había añadido uno, el más funesto: la influencia de una esposa instintiva y poco inteligente, vanidosa y sin talento de ama de casa. Aquel hijo de labrador, convertido en « caballero » por la suerte de una instrucción de librería, no había tenido quien le guiase en la elección de mujer en el estrecho círculo á que le reducía su falta de fortuna. Por otra parte, idealista é inexperto, no había buscado en su elección más que condiciones sentimentales. Durante sus años de París permaneció absolutamente casto, por varias razones:

trabajo encarnizado, timidez física, escrúpulos morales. Así pues, era inevitable que se dejase seducir por la primera joven en cuya intimidad le hiciesen vivir las circunstancias, y de este modo, habiendo entrado como huésped en una familia de Niza que alquilaba dos habitaciones de su casa, se casó con la hija de sus patrones. Ana Granier, que así se llamaba la esposa, era en realidad una naturaleza honrada, pero muy vulgar, de inteligencia corta y corazón estrecho, educada por una madre indolente y por un padre equivoco que había hecho veinte oficios, desde el de director de un colegio hasta el de garibaldino, pasando por los corretajes en aceites, las especulaciones sobre terrenos y las habitaciones amuebladas. No hay para qué decir que la hija no tenía dote y que el marido pudo considerar como uno de los raros sucesos dichosos de su destino la muerte de sus padres políticos, cuyo activo bastó apenas para enjugar el pasivo, pues de otro modo hubiera estado obligado á sostenerlos sin recursos para ello. Juan no sabía más que á medias estos detalles de la boda de su padre, pero sí conocía muy bien el modo de ser actual de su madre, su incuria en el cuidado de la casa, su falta de respeto al dinero tan penosamente ganado por su marido y que ella malgastaba por vanidad y por desecido, siempre entrapada con los criados y con los proveedores y, como dice graciosamente el pueblo, desnudando á un santo para vestir á otro. En cambio encontraba siempre medio de presentarse muy ataviada en « sus días de recepción », en una sala de lujosa apariencia, gracias á ese genio del « quiero y no puedo » que la gente del Mediodía conserva hasta en sus épocas de mayor escasez. Mientras tanto, una criada volandera se preparaba á servir por toda comida al profesor, rendido de can-

sancio y necesitado de reparación, un guisote quemado. Todo lo dura que su madre había sido para Juan y para su hija Julia, que reproducían exactamente el tipo de su padre, había sido blanda y mimosa con el hijo mayor, Antonio, guapo mozo que se parecía a ella, y con el pequeño Gaspar, verdadero truhan del Mediodía, que sabía dominarla con sus gracias y al que la buena señora estaba convirtiendo, sin saberlo, en un resuelto tunante. No hubiera sido Juan el sensitivo y el observador que era si no hubiera visto esos defectos de su madre ni experimentado al verlos un secreto rubor, pues era su madre y la quería á pesar de todo. Cada vez que echaba de ver en él aquella imposibilidad de verla sin sufrir, le parecía que aquella impresión involuntaria y oculta era un verdadero parricidio moral. Aquella misma mañana, á medida que se aproximaba á su casa, sentía cierto remordimiento al darse cuenta de que entre toda la familia cuya presencia temía afrontar con su corazón desgarrado, la figura más desagradable era la de aquella mujer de cuya carne procedía y á la que su padre había amado cuando era joven.

— ¡ Como yo amo á Brígida ! pensaba. ¿ Es posible ? Sí, no hay más que mirar su retrato de novia. Era encantadora, pero ha pasado mil trabajos en detestables condiciones y su marido no ha tenido tiempo, ni fuerza ni dinero, dinero sobre todo, para educarla. Somos unos pobres diablos que hubiéramos debido quedarnos en Quintenas á labrar la tierra hasta que hubiéramos podido reunir un pequeño capital. ¡ Ah ! ¡ No habitar esta ciudad ni esta casa !...

Este suspiro acababa de serle inspirado por la comparación mental de la vieja morada, tan sencillamente burguesa, en el noble sentido de este epíteto, en que habi-

taba Ferrand, y el gran cuartel *modern style*, lleno de adornos y esculturas á la docena, con sus ventanas de colores pintados y su aire de falso semilujo, en el que la vanidad de la mujer de Monnerón los tenía instalados. Estos pisos de dos mil cuatrocientos francos abundan en París y no había ciertamente ningún lazo necesario entre el origen de los Monnerón y la elección de su departamento. Juan sentía, sin embargo, al subir la escalera, que aquella casa era la decoración inevitable de su condición social. Los enormes edificios de aquel género, con su aparato de poco precio, la falsa comodidad de sus pisos, todos idénticos, estrechos, sin un armario, sin un rincón donde guardar los objetos, donde « durar » en fin, ¿ serían tan abundantes si no fuesen la imagen misma de una sociedad que multiplica las pequeñas rentas, las pequeñas posiciones, el bienestar efímero y las parodias de elegancia ? La instalación de una familia en un sitio y no en otro parece un detalle insignificante y, sin embargo, Juan comprendía que el haberse instalado sus padres allí y no en otra parte no había sido arbitrario. En una crisis de intuición imaginativa, el joven veía que aquel incidente minúsculo estaba determinado por los dos grandes fenómenos nacionales que el señor Ferrand llamaba « el error francés » : la manía igualitaria y el funcionalismo. ¿ Cómo dudar de que su maestro tenía razón, cuando él mismo era víctima de esos errores ? Tanta era su angustia en aquel minuto, que al llegar al descansillo de la escalera, inmóvil en la lúgubre claridad verdosa de aquella obscura mañana, más triste todavía con la escasa claridad de aquella escalera sin aire, estuvo tentado por no llamar y huir á la calle, más hospitalaria que el hogar de familia. Por fin, en un acceso de energía, oprimió el botón y — este rasgo

acabará de pintar aquella cándida juventud todavía impregnada de reminiscencias escolares — se citó mentalmente un verso de un poeta desconocido, citado por Marco Aurelio é impregnado de fatalismo: « *Tu no eres más que un esclavo y no tienes la palabra...* »

Una ironía del azar, que no podía hacerle gracia en su presente estado de ánimo, quiso que en el momento mismo en que Juan se hacía á sí mismo aquella heroica cita, una voz respondiese en el interior de la casa un « ¡Ya voy! ¡Ya voy! » en el que reconoció el acento de arrabal que afectaba su hermano el pequeño. La puerta se abrió y dejó ver la cara maliciosa, de ojos viciosos, del joven Gaspar. El colegial con licencia del liceo Luis el Grande, se había levantado de la mesa sin quitarse la servilleta, con el tenedor en la mano y sin dejar de comer el enorme bocado que se metió en la boca para salir á abrir, y gritaba desde la antesala:

— ¡Ves, mamá, como tenía razón? Es el padre Juan, que acude al comedor... Mejor hubieras hecho de yantar en otra parte, porque las chuletas son de corcho y las patatas están crudas. El almuerzo es hoy asqueroso. Parece que estoy en el colegio...

El discípulo del bonaldista Ferrand, el enamorado de la fina y pura Brigida, el admirador del prudente emperador Marco Aurelio, no respondió nada á aquel recibimiento del colegial, ajado ya á los quince años, y que le saludaba con aquellas frases argóticas sin que la madre le corrigiera, en la iniquidad de sus preferencias por el niño mimado, ni el padre, que presidía el almuerzo con su bondad habitual. El comedor era una pieza esquinada, caldeada por una estufa de loza adosada á la pared, y que se alumbraba por un *bow-window* perfectamente incómodo y lleno de pintarrajos. Dos escuálidas plantas verdes perecían en él, faltas de

riego, y en las paredes, vestidas de papel imitación de cuero rameado, había unos grabados que daban idea de los gustos incoherentes del universitario jacobino, idílico y letrado. Uno de los cuadros representaba á Rouget de Lisle cantando la Marsellera en casa de Monsieur Dietrich; otro, los pastores de Nicolás Poussin: *Et ego in Arcadia*; otro, la sesión de la Asamblea en que Thiers fué proclamado libertador del territorio, y dos arcos de triunfo romanos, enviados por un antiguo discípulo en misión en Roma. Había también cuatro retratos; los de Víctor Hugo, Michelet, Julio Ferry y Gambetta, que completaban aquella decoración menos incoherente, sin embargo, que el grupo de fisonomías que rodeaban la mesa. José Monnerón era un hombre de baja estatura y sus hombros estrechos y su espalda un tanto cargada indicaban que no había hecho ningún ejercicio hacia cuarenta años. Era un temperamento enteramente plebeyo para el cual refinarse era destruirse. Había sin embargo en aquel hombre de tez amarillenta y aspecto enfermizo señales de una naturaleza superior; los ojos, por ejemplo, profundos, dulces y soñadores, que iluminaban con su poesía una cara macilenta y ajada, coronada por cabellos blancos á los cincuenta años y encajada por una barba gris. Su sonrisa cándida y casi infantil acusaba un alma joven, el alma de sus ojos, entusiasta y capaz de magníficas ilusiones. Enfrente de aquel jefe de familia, víctima de la vida y de sus ideas y vencido por el exceso de trabajo mercenario, pero tan inteligente y tan vibrante por todas las fibras de sus nervios cansados, estaba sentada la señora de Monnerón. Su cara engordada por la edad con una grasa pálida, que contrastaba con su cabellera absurdamente teñida, guardaba algunos restos de su antigua belleza. Tenía

magníficos dientes y facciones finas que, con su gordura, le hubieran dado fisonomía de muñeca sin su mirada impaciente y movible, irritable y desconfiada. Su frente estrecha y baja indicaba la falta de inteligencia y su boca, de un dibujo vago, acusaba la indolencia. Negligente y obstinada, apasionada y egoísta, era exactamente la mujer que indicaba aquella faz tan desagradable cuando se habían discernido en ella aquellos caracteres que parecen contradictorios y se corresponden por la misma lógica que une la sensualidad con la dureza y la bajeza con la vanidad. La mujer de Monnerón en pie tenía la misma estatura que su marido, pero sentada, su busto era más corpulento y aquella señora parecía verdaderamente la dueña de la casa. Y la diferencia de los dos esposos en el modo de vestir subrayaba todavía aquella antítesis. El profesor llevaba, invierno y verano, una levita negra lisa, cuidadosamente abotonada, que le hacía parecer más flaco y demacrado. Su mujer, en cambio, fiel á la tradición nicense, acumulaba en casa de las pequeñas costureras notas sobre notas por trajes recargados y vistosos. Aquel mismo día, pensando hacer visitas después de almorzar, se había puesto un vestido de paño lleno de trencillas y de tiras de falso astracán. Una de las formas de su prodigalidad era la imposibilidad de recibir un traje sin ponérselo en seguida y había transmitido ese gusto del lujo á su hijo Antonio, el cual ostentaba también en aquel almuerzo de familia una levita flamante que no tenía nada de común con la raída en que estaba envuelto su padre. El atavío del joven, sus botones de oro y su fino alfiler de corbata acusaban un presupuesto de gastos personales desproporcionado con sus recursos. Gracias á la protección de un diputado radical, camarada de Monnerón en la Escuela nor-

mal y exministro de Hacienda en el ministerio Bouteiller, Antonio había entrado como empleado en la casa de banca del célebre financiero Fermín Nortier, con el sueldo anual de mil ochocientos francos. Aunque vivía con sus padres y pagaba una mínima pensión, de la que le eximía con frecuencia la complicidad de su madre, aquel exiguo sueldo no justificaba en modo alguno las costumbres de aquel peligroso y guapo mozo, que frecuentaba los hipódromos, los *restaurants* de noche y los teatros de moda. Entre él y su padre estaba Julia, aquella silenciosa hermana cuyo modo de ser inquietaba á Juan. Julia se parecía más, físicamente, á su padre que á su madre. Delgada y ajustada en un traje de corte de sastre que exageraba todavía su delgadez, dejaba ver una cara muy delicada y regular á la que quitaba, sin embargo, la gracia juvenil cierta expresión cerrada y de mal humor. Su opulento cabello negro caía por los dos lados de su frente en dos espesos *bandeaux* que le ocultaban las orejas. El aspecto estético de aquel peinado y el carácter masculino de sus trajes indicaban la independencia de una muchacha á la que sus padres dejaban ir y venir sola, á la inglesa y á la americana, que ha seguido toda clase de cursos y leído toda especie de libros á la rusa y á la noruega, y que no siendo más que una pobre, hija de un pobre funcionario francés, se agita entre sus pretensiones y las duras necesidades de su existencia. ¡Qué bien conocía Juan aquella mala expresión de la cara de su hermana y cómo le inquietaba, así como los gastos exagerados de Antonio! ¡Qué bien había observado el tono precozmente canallesco de su hermano el pequeño y todos los detalles de la casa, como la incuria materna que se acusaba en el hule de la mesa, mal lavado, los vasos descabalados, los platos rotos, los cu-

biertos ennegrecidos y los cuchillos mellados ó bailando en el mango! Aquellos rasgos de bohemia poco pintoresca entristecían al joven, que hubiera habitado con delicia una celda blanqueada y comido con cubierto de palo. Era aquella una señal, entre otras mil, del aborto á que estaban condenados todos los esfuerzos de los suyos. Juan se sentó en la silla que había libre entre la de su padre y la de Gaspar y dijo para excusarse de su falta de exactitud:

— Mi reloj me ha engañado y como he ido más allá del Luxemburgo...

— Peor para ti, le interrumpió con acritud su madre; comerás lo que quede. No podemos hacer un almuerzo para cada persona que se retrasa...

— No tengo gran apetito y me bastará con lo que haya...

En este momento llegaba la criada con un gran plato de macarrones, que era el segundo del almuerzo. El primero había sido el de las chuletas y las patatas objeto del descontento de Gaspar, el cual, al ver aparecer la pasta, la saludó con esta exclamación:

— ¡Macarrones! ¡Magnífico! Si no tienes hambre, Juan, cédeme tu ración... Pero después añadió mirando al plato y haciendo un gesto: ¡Demonio! Están empanados y á mí no me gustan más que con tomate!

— No he sabido que salías, dijo Monnerón padre á su segundo hijo, haciendo seña al pequeño para que se callara, pero débilmente. Aquel excelente hombre había visto la dureza de la madre y la charla picaresca del pequeño colegial, pero, en vez de poner remedio, se contentó con refugiarse en las ideas abstractas y trató de llevar á ellas la conversación. Si lo hubiera sabido, dijo, te hubiera pedido que me acompañaras. He ido al Panteón, solo, en peregrinación laica. Estoy convenido

de que no destruiremos la iglesia: más que reemplazándola. Debemos tomar sus fiestas á los católicos y celebrarlas con su sentido racional. Yo quisiera que la República celebrase también sus santos, que están en el Panteón, los Carnot, los Baudin, los Víctor Hugo, los Michelet... ¡Qué hermosa página la de este último en su *Banquet*, sobre la necesidad de dar al pueblo fiestas que le hagan amar la República!...

— ¿Crees que los obreros no tienen bastantes ocasiones para holgazanear y emborracharse? Yo no... respondió Antonio. Una de sus costumbres era oponer á los entusiasmos de su padre axiomas de misantropía burlona, pronunciados desde la altura de su suntuosa corbata, mientras se aseguraba un monóculo no justificado por ninguna debilidad en la vista. Nada tocaba al profesor en lo vivo de su sensibilidad como ese pesimismo, en el que descubría la falta de fe en la bondad original de la naturaleza humana. « Sed lo que queráis, pero no seáis escépticos. » Esa extraña fórmula que le era habitual caracterizaba la actitud siempre afirmativa de aquel espíritu de ideólogo, incapaz de soportar ni el pensamiento tan sólo de la desilusión. El profesor replicó con voz casi irritada á la frase de su hijo:

— Si hay perezosos y borrachos en el pueblo, es porque el pueblo es demasiado ignorante y muy desgraciado. Dádle instrucción y bienestar y desaparecerán esos vicios. Por eso he aprobado á tu hermano cuando ha fundado, con sus amigos Dumesnil y Cremieu-Dax, la *Unión Tolstoi*. Este era el nombre que Juan y sus camaradas habían dado á su intento de universidad popular, menos por fetichismo que por evitar la palabra « santo » en el nombre primitivo de *Unión San Jacobo*. Sí, continuó Monnerón, no soy colectivista. Jamás he variado en esto. Mi fe está en la Declaración de los De-

rechos del Hombre y me atengo al artículo 17: « La propiedad es un derecho inviolable y sagrado. » Pero siempre aprobaré el socialismo que va al pueblo para ilustrarle...

Y al decir esto echó á su hijo preferido una mirada, que éste conocía muy bien y que significaba que Juan había logrado — ¡y á qué precio! — realizar el programa de la antigua canción: « Mi hijo será mi consuelo... » Aquella ternura, tantas veces sorprendida en los ojos del profesor, era la que siempre había contenido en los labios de Juan la confesión de sus divergencias íntimas. Esta vez aún la mirada venció. Juan sabía muy bien el vacío de aquella fórmula tan magnífica al pronunciarla: « Ir al pueblo » y conocía la completa inutilidad de esas relaciones ficticias entre trabajadores de la inteligencia y trabajadores manuales, en las que aquellos no hacen más que rebajarse sin levantar á éstos. El joven estaba á punto de separarse de la tal *Unión Tolstoi*, que sospechaba había sido una escuela de baja envidia, de necio orgullo y de destructora anarquía para los obreros que se habían inscrito en ella. De los dos amigos que su padre había nombrado, Salomón Cremieu-Dax le resultaba ya molesto en su trato, á causa de su despotismo de inteligencia y porque, á punto de hacerse cristiano, veía que tendria que chocar con aquel amigo de la juventud, que era un frenético judío. El otro, Ademar de Rumesnil, pertenecía á esa clase de nobles que las echan de intelectuales y creen librarse de todo prejuicio profesando deliberadamente las ideas más contrarias á su nacimiento y á su casta. Juan había sentido por él un verdadero culto y le había considerado como un genuino descendiente de los nobles de la noche del 4 de agosto, pero hoy que ya no creía en aquella funesta noche, en la que

empezaba á ver la más vergonzosa de las abdicaciones, no creía tampoco en su amigo Rumesnil, que, además, estaba mezclado en su imaginación, y de un modo atroz, á la cosa siniestra que temía y á que había aludido obscuramente en su conversación con Ferrand. Todo esto bastaba para no asentir sin reservas á los elogios que su padre hacía de aquella empresa, para él enteramente fracasada. Pero en lugar de esto, se contentó con no responder é inclinar la cabeza sobre el plato, para no levantarla hasta que oyó esta pregunta que el nombre de aquel amigo, de quien sospechaba la más vergonzosa felonía, sugirió á su madre:

— ¿No olvidarás, Julia, el hacer el encargo de Rumesnil?

— ¿Ha venido Ademar? preguntó con viveza Juan, y á pesar suyo miró fijamente á su hermana. Pero ésta no salió, bajo aquella mirada tan claramente interrogadora, del flemático mal humor que ocultaba su belleza. La madre fué la que respondió con esa precipitación del que no tiene tranquila la conciencia y se adelanta á un reproche posible:

— Sí, ha venido, y me extraña que no le hayas encontrado. Te ha estado esperando largo rato. Yo estaba ocupada y le he dejado decir á Julia el objeto de su visita.

— Se trataba de la U. T., dijo la joven, usando esta especie de abreviatura tomada de las costumbres anglosajonas y que denunciaba el origen extranjero de esas agrupaciones peligrosas en las que algunos jóvenes burgueses juegan á los apóstoles sin inquietarse por las consecuencias. Quería encargarte, continuó Julia, que seas exacto esta noche, pues parece que la discusión es muy importante.

La joven se calló, cortada por una risita del apreciable

Gaspar, al que esta vez dijo su madre con verdadero enfado :

— Te he dicho mil veces que es de muy mala educación reirse sin saber por qué. ¿Qué tiene de gracioso lo que ha dicho tu hermana?

— Nada, dijo el muchacho, que sabía muy bien hasta donde podía ir con su madre. Es ese nombre de U. T. el que me ha hecho gracia.

— Se trata de un asunto bastante delicado, dijo Juan dirigiéndose á su padre con cierta precipitación, como si los tres incidentes que acababan de surgir : el recado de Rumesnil dado por su hermana, la confusión de su madre y la risa del pequeño, le hubieran puesto nervioso. Uno de los sacerdotes de París que más se han ocupado en los problemas sociales, el padre Chanut, ha escrito á Cremieu-Dax para pedirle hacer en la U. T. una conferencia sobre el Cristianismo y la Ciencia.

— Supongo que no habréis aceptado, dijo vivamente Monnerón.

— ¿Cómo habíamos de rehusar? ¿Cuál es el primer artículo de nuestra Unión? « Una casa en la que los hombres de cualquier situación se reúnen para cuidar de su mutua educación moral y social. » Y el segundo: « La asociación es independiente de todo carácter político y religioso. » Hemos tenido en el comité una reunión muy calurosa. Algunos, y especialmente mi primo Riouffol, se han opuesto á la idea, y Cremieu-Dax ha dejado la votación para esta noche. Él opina que se debe admitir al padre Chanut y en apoyo de su opinión ha citado la frase de Robespierre á Couthon cuando éste le pedía que escribiese á los ejércitos: « ¿ Pero en nombre de qué?... »

— En nombre de la razón y de la libertad, dijo Mon-

nerón vivamente. Y, al ver el asombro pintarse en la cara de Juan, insistió : Ciertamente. Ese señor Chanut, como cura, cree en la revelación y en lo sobrenatural, luego abdica su razón y por consecuencia no tenemos que discutir con él, puesto que ha empezado por renunciar á su libre derecho de discusión. Que abandone su sotana de sacerdote y venga á decirnos : « No creo y deseo saber », y entonces entra en el derecho común de la humanidad, ó que nos deje en paz. Y lo mismo en cuanto á la libertad. No tenemos para qué dársela en nombre de nuestros principios á una gente que nos la rehusaría en nombre de los suyos. Los liberales han incurrido en ese error y ¿ adónde los ha conducido? Á la ley de 1850 y al restablecimiento de los jesuitas. Esto es lo que yo hubiera respondido á Cremieu-Dax. Su debilidad me extraña. Yo le creía más enérgico, pero como es judío habrá temido que le acusen de prejuicios religiosos. Esas concesiones nos pierden. Empecemos por conquistar la libertad y la practicaremos después.

— No puedo pensar como tú, padre, respondió Juan, sacando por primera vez fuerza de sus convicciones, que eran las de Brigida, para contradecir á su padre. Y tú mismo debes observar tus principios de respeto á la conciencia individual, ¿ Por qué no nos has hecho bautizar? Porque estimas que la convicción de cada cual es un dominio en el que los demás no deben entrar...

— Por eso no impediré jamás á los curas Chanut é tener las convicciones que les convengan, respondió el profesor con voz irritada. Pero que se las guarden y no se sirvan de ellas para provocar la guerra civil de las almas. ¿ Quieres que te diga por qué ese señor Chanut quiere ir á vuestra casa? Sabe muy bien que no os convertirá ni á Cremieu-Dax, ni á Rumesnil ni á ti,

pero quiere dividiros y lo logra, puesto que ya estáis en discusión por su causa. La congregación es diestra y está bien informada. Ahora quiere parar este golpe de las universidades populares, que le da miedo. El simple instinto de tu primo Riouffol ha tenido más razón que vosotros...

Aquel Riouffol era un pariente en tercer grado de los Monnerón, procedente también de Quintenas, pero sin haber abandonado la blusa por la levita. Era un hábil obrero encuadernador, un gran lector de periódicos y uno de esos autodidácticos apasionados por las cuestiones sociales, que tanto abundan actualmente. Riouffol no se había dado á conocer hasta que encontró á Juan en la *Unión*; éste le llevó á su casa y dió así motivo á uno de los mayores rencores de la mujer de Monnerón que no encontró de su gusto semejante visita. Así fué que, en aquel momento, se apresuró á aprovechar la ocasión para dirigir á su hijo unas cuantas frases desagradables:

— ¿Has disputado con él, Juan? Confíesalo. Ya te lo había prevenido. Tú no tienes ya muy buen carácter y él es un anarquista. Soy hija de un garibaldino y mujer de un buen republicano, pero detesto á los anarquistas y ese es uno.

— Y si no lo es, lo será, dijo Antonio con su ironía acostumbrada. Rumesnil y Cremieu-Dax hacen para ello todo lo posible yendo á hacer conferencias sobre la fraternidad y la justicia con gabanes de nutria y berlinas de cinco mil francos. Si yo fuera Riouffol les diría: Devolved ante todo el dinero. Nada de pieles, ni de títulos, ni de carruajes, ni de millones, y después hablaremos. Si no lo dice, lo piensa, y no le falta razón.

— Nunca Ademar ni Salomón han ido á la *Unión* en

coche, dijo Juan con acento tan irritado como el de su padre. Ambos tienen demasiado corazón y demasiado tacto para eso...

— Lo dejan en la esquina, que es peor... Además, vayan ó no en él á la *Unión*, lo tienen, así como poseen, el uno su hotel en la calle de Varennes y el otro su magnífica casa en la avenida Hoche y los quinientos mil francos de renta que el padre reunió en las minas. Todo el mundo lo sabe y Riouffol el primero. ¿En qué crees tú que está pensando sino en eso cuando encuaderna libros en su taller, por ocho francos diarios, con los que no hay para pagar el pienso de los caballos de esos señores?... Si yo estuviera en su lugar...

— Poco á poco, interrumpió el padre con una impaciencia de las más violentas; si Riouffol pensase como tú dices, sería muy culpable. En el día de las elecciones Rumesnil y Cremieu pueden llegar con sus coches de cinco mil francos ó de treinta mil, si gustan; su voto no tendrá más valor que el del encuadernador Riouffol ni que el del profesor José Monnerón. Nobles y plebeyos, millonarios ó pobres, obreros y letrados, todos somos iguales y todos nos sometemos al impuesto militar cuando tenemos la edad. ¿De qué se puede quejar Riouffol? ¿De no tener actualmente tanto dinero como esos señores? Pues que lo gane. Todo es accesible á todo el mundo, aquí como en América, donde los más grandes potentados de las minas y del petróleo han empezado por vender periódicos en las calles. ¿Qué era Gambetta? El hijo de un tendero de comestibles. ¿Qué era Bardeau? El hijo de un obrero de sedería. Y ambos habitaron palacios, trataron de igual á igual con los príncipes y los emperadores y tuvieron funerales nacionales. Yo mismo, hijos míos, que no soy gran cosa, dijo arrollando la servilleta y metiéndola

en un servilletero rajado, después de tomarse un café sin azúcar por economía; yo, que he trabajado mucho en mi vida, he estado siempre sostenido y regocijado por un sentimiento, el de ser un ciudadano libre en una gran democracia y no tener sobre mí más que los dueños que me he dado libremente con mi voto...

— ¿Y si hubieras estado en minoría? preguntó con burla Antonio, levantándose de la mesa.

— Hubiera tratado de convencer á mis conciudadanos y procurado estar en mayoría.

— ¿Y si no lo hubieras conseguido? insistió el joven.

— Me hubiera sometido á la ley del número.

— ¿Y hubieras obedecido á unos dueños sin habértelos dado libremente? repuso Antonio. Que obedezcas á uno, como en las monarquías, ó á muchos millones como en las repúblicas, pata, para hablar en el estilo de nuestro interesante Gaspar... Y al decir esta profesión de fe con su guasa habitual, tiró de una oreja al pequeño y se levantó, como hacía de ordinario en cuanto acababa de comer. Además, añadió, ya conoces mis opiniones en política. Creo, con uno de nuestros más ilustres hombres de Estado, que no existen palabras en la lengua francesa para despreciar la política como se merece...

— El joven salió del comedor sin que su padre, en cuya cara se había retratado un verdadero dolor, tuviera tiempo para contestarle. Juan, que había visto aquella penosa impresión, siguió á su hermano hasta su cuarto y le dijo:

— ¿Por qué has tratado así á papá? No te vayas sin hablarle un rato de otro modo...

— No tengo tiempo, contestó Antonio, quitándose la levita con vueltas de seda con el mismo cuidado con

que un caballero antiguo se quitaba la armadura. En seguida se puso á lavarse la cara y las manos con agua fuertemente perfumada y añadió: Coge mi cartera en el bolsillo de la levita; allí encontrarás un retrato. ¿Lo tienes? Mirale; es la muchacha con quien tengo cita á la una y media y voy á llegar tarde. Comprenderás que prefiero ir á buscarla á discutir con papá tonterías como los derechos del hombre y el sufragio universal, que me tienen sin cuidado. Me duele oír á este pobre hombre, que trabaja como un caballo para no dejarnos un céntimo, felicitarse por haber vivido cuarenta años engañado por las farsas electorales. En cambio, mira á Barantín. Comprendo que él celebre la república, el progreso, las clases obreras y toda la letanía, porque al menos sabe aprovecharla. Hay la historia de cierto cheque que no es muy brillante, pero tiene un hotel en Passy, coche por meses y guapas queridas, lo que no le impide hablar á todas horas de las *calumnias de la prensa inmunda*. Yo no me quejo de esto, pues si Barantín no estuviese bien con la alta banca no tendría yo mi plaza. Pero, en fin, tranquilízate. Hoy no como en casa, pero mañana, en el desayuno, te prometo servir á papá una degollina de jesuitas y comer curas como si fuesen manzanas... Ahora está fumando su pipa y no se acuerda ya de lo que he dicho. Dame mi levita y devuélveme el retrato. ¿Qué te parece mi amiga?

Juan entregó á su hermano la fotografía después de mirarla durante todo ese discurso. Representaba, en efecto, una hermosa mujer en postura provocativa y, aunque joven, ajada ya por el vicio. La expresión de la mirada, la impura sonrisa y el lujo exagerado de su atavío revelaban claramente que aquella criatura era una entretenida. ¿En qué condiciones podía estar en relaciones con aquella mujer un amante de tan exiguo

recursos como los del hijo de Monnerón? Juan no se atrevió á pensarlo ni á preguntárselo á su hermano. Pero le acometió de nuevo su habitual aprensión angustiosa sobre el porvenir de aquel muchacho, que le miraba con ojos de una impudencia y de una fatuidad singulares.

— Es muy guapa, dijo solamente. ¿Quién es?

— Eso... es un secreto, dijo Antonio guardándose el retrato. Y al limpiar el sombrero de copa con un cepillo suave, había en su cara tal expresión de contento, que Juan aprovechó la ocasión para hablar con él de la sospecha que le mortificaba, no como una amenaza para mañana, sino presente, y le dijo en el momento en que Antonio se ponía el sobretodo:

— Siento que te vayas, porque hubiera querido hablarte á fondo de una cosa...

— ¿De qué? dijo Antonio, cuyos ojos se velaron.

— De Julia... respondió Juan mirando fijamente á su hermano. ¿No has reparado que Rumesnil le hace la corte?

— Eso, allá ella, querido, respondió Antonio. Y mientras en su boca se dibujaba una sonrisa imperceptible, sus ojos se aclararon, como si antes hubiera temido otra pregunta, sobre sus gastos, sin duda, y sobre los medios de sufragarlos. Sí, añadió, á mí no me gusta que nadie se meta en mis asuntos y empiezo por no meterme en los de los demás... Por otra parte ¿qué mal habría en que Julia se casase con tu amigo? Mejor sería eso para ella que el irse á desasnar á las jóvenes vírgenes de Carpentras ó de Brive-la-Gaillarde. Nuestra hermanita sabe defenderse mejor que tú y tan bien como yo. Ambos sabemos que en el mundo no hay más que una ley: la lucha por la vida. Julia *struggle for life* á su modo. ¿Quieres seguir mi consejo? Pues no te

ocupes de esa historia, porque lo echarías todo á perder...

— Había adivinado, pensó Juan, y no insistió. Aquí pasa algo que Antonio favorece, pues se ha sonreído cuando le he nombrado á Rumesnil. Pero si Ademar quisiera realmente casarse con Julia no se ocultaría de mí como lo hace... ¿De dónde vienen ese lujo y esas alhajas de Antonio? ¿Dónde ha encontrado á esa mujer? ¡Oh! Es preciso que prevenga á mi padre. Cuando yo hago por él el mayor de los sacrificios tengo derecho á impedir que los demás le asesten golpes demasiado duros. Solamente él tiene bastante autoridad para interrogarlos á los dos y saber...

Y con esa resolución se dirigió al despacho, para lo cual tuvo que atravesar el salón en el que Julia, creyéndose sola, estaba tocando en el piano una pieza de su elección. Juan conoció antes de entrar una de las polonesas de Chopin, y como no la había oído tocar hacía mucho tiempo, se quedó asombrado al notar la apasionada energía con que Julia ejecutaba esa febril melodía del más febril de los maestros. Al ruido que hizo al abrir la puerta, la pianista se calló de pronto y en seguida sus dedos recorrieron el teclado y tocaron un aire de café concierto vulgar y canallesco.

— ¿Por qué no continuas esa magnífica pieza? preguntó Juan. ¿Te estorbo?

— ¿Tú? respondió la joven cerrando el piano y levantándose. Nada de eso; tengo que salir con mamá y me voy... No tengo más que cinco minutos para ponerme el sombrero...

Las relaciones de Juan con su hermana habían llegado á ser extremadamente frías y violentas. El joven se había permitido hacer á Julia algunas observaciones sobre sus lecturas con la torpe severidad de un moralista de veinte años, y había tropezado con un mal humor

que continuaba desde entonces y se había aumentado en los últimos meses.

— ¡Julia! dijo Juan, pero la joven volvió hacia él unos ojos tan altaneros y tan impenetrables, que su hermano no acabó la frase.

— ¿Qué hay? preguntó Julia.

— Nada, respondió Juan viéndola salir de la sala, y pensó: No me respondería y sólo conseguiría alejarla más de mí. Hay que advertir a mi padre... Y como si la casualidad se complaciera en multiplicar los incidentes que formaban comentario á su coloquio con Ferrand, el joven vió en una butaca, cerca de la puerta del despacho, un libro de cubierta malva que sin duda había dejado olvidado Gaspar, al que hacía poco había llamado su madre. Era una novela de título equivocado y que obtenía en aquel momento uno de esos éxitos de escándalo que serían la vergüenza del París actual si todas las épocas no hubieran conocido otros iguales, enterrados hoy en el olvido.

— He aquí un pretexto para empezar la conversación, pensó Juan. Y cogió el volumen para entrar en el despacho de su padre. El profesor estaba fumando en el cuartito que le servía de biblioteca, al que él llamaba « el pensadero », y leyendo un minúsculo volumen que era el *Esquilo* de la edición Boissonade. Al alcance de la mano tenía los libros que leía con más frecuencia y cuya enumeración bastará para definir aquel espíritu contradictorio de visionario poco razonable y de delicado hombre de letras. Eran el *Esquilo* y el *Sófocles* de la misma edición, un *Virgilio*, y, al lado, el *Contrato social* de Rousseau, *La Justicia en la Revolución y en la Iglesia*, de Proudhon, los *Castigos* de Hugo y, contraste supremo con esos tres monumentos revolucionarios, *Los Caracteres*, de La Bruyère.

— ¿Eres tú, Juan? dijo á su hijo levantando la cabeza, y dejó ver un semblante como transfigurado, en el que no aparecía ya ni el fanatismo de la discusión del almuerzo ni la tristeza producida por las brutales contestaciones de Antonio. En aquellos ojos libres de sus cuidados y en aquella boca dichosa sonreía el alma del artista aplastado por la vida, imposibilitado de escribir y de revelarse, pero indestructible y siempre capaz de nobles ensueños. Ya ves, dijo, he aprovechado este día de fiesta para coger el *Orestes* y pienso pasar con él toda la tarde... ¡Qué poesía la estos griegos y que vulgar es todo á su lado!... Oye este pasaje sobre Menelao en el abandono: *Decorado por el recuerdo de la que está más allá de los mares, va errante como un fantasma por su palacio. Hermosas estatuas lo rodean y aumentan su dolor. Pues una estatua no tiene ojos y sin la mirada no existe el encanto del amor...* ¡Qué exacta, qué humana es esta necesidad de amar á lo que puede responder, á lo que puede sentir, á lo que puede saber que es amado!... Y después ¿te acuerdas? El autor acaba de comparar á Elena con un leoncillo educado en una casa y que al principio halaga porque tiene hambre... ¡Qué rasgo! Y después se revela la fiereza y la bestia feroz mata y devora... ¡Qué poeta! Dice de la mujer: « *Alma serena como la calma de los mares...* » Es toda la gracia y todo el peligro de las mujeres... Es toda la gracia y todo el peligro del Mediterráneo... Hay que haber conocido aquel mar luminoso para comprender á los poetas griegos. Cuando leo versos semejantes me veo ya retirado en el país de tu madre, cerca de Niza. Todos vosotros estaréis colocados. Tú serás profesora de Facultad, en Aix, acaso. Tu hermana habrá salido ya de Sevres y será independiente como profesora de un liceo de niñas. Gaspar será

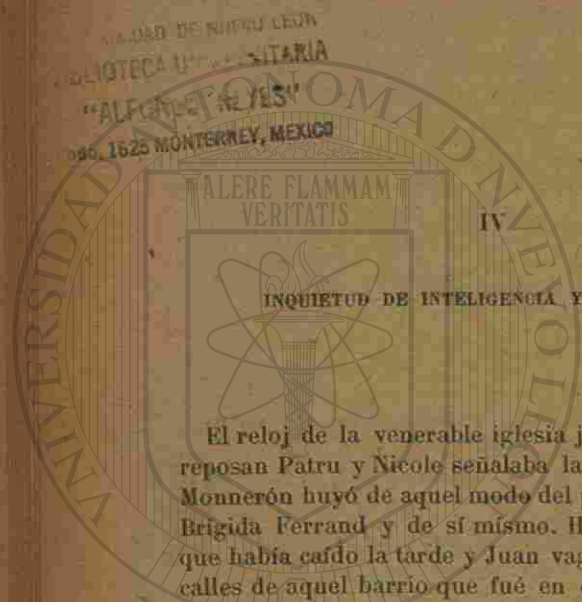
profesor de Ciencias; este chico tiene una disposición asombrosa para las matemáticas. Antonio será jefe de una de las secciones de la Gran Banca. Todos seréis dichosos y yo, que no tendré ya nada que hacer, leeré todos los años los poetas griegos de cabo á rabo. Recuerdo una frase de nuestro maestro de la Escuela normal: « ¡Ah señores! ¡Qué canallas eran estos griegos, pero qué talento tenían! » Para mi ninguno vale lo que el viejo Esquilo y me gusta pensar que era, como Víctor Hugo, tan buen ciudadano como gran poeta. *¡Alma serena como la calma de los mares!...* Toma, léeme este pasaje en voz alta...

Y tendió á Juan el volumen qui había permanecido en sus bolsillos desde el día en que le compró de lance en una librería de viejo. El joven se puso á declamar los versos griegos y el padre á decir las frases que sabía de memoria. ¿Cómo tener el valor necesario para despertar al visionario de aquel sueño inconsciente? ¿Cómo atravesarse á arrojarle en el mundo real si aquel sueño era voluntario á fin de refugiarse en el mundo ideal para no sufrir los desgarrones del otro? Al pronunciar con los labios las palabras del texto griego, Juan escuchaba una voz interior que le repetía aquel otro verso más humilde é indigno del *Agamenón* y del genio antiguo:

Mi hijo será mi consuelo...

He aquí por qué, cuando salió del despacho de su padre, media hora después, no había hablado ni de la intriga que sospechaba en Julia, ni del fondo peligroso de la existencia de Antonio, ni del libro obscuro olvidado por Gaspar en una butaca de la sala, ni de sí mismo, sobre todo, ni de la trágica discusión de conciencia y de corazón de que era víctima. ¿Para qué? se decía,

como tantas otras veces. Y salió de casa para andar indefinidamente y engañar con el movimiento la desesperación de que se sentía poseído, más definitiva y más irremediable que la de por la mañana... Por un movimiento maquinal iba desgarrando las páginas de la novela corruptora cogida á su hermano y arrojándolas al arroyo. Era la única acción de que era capaz, mientras la imagen de Brigida le acompañaba, tan presente y tan lejana, tan viva y tan muerta para él. De este modo llegó al extremo de la calle *Claude-Bernard* y se encontró delante de la vieja iglesia de *Saint-Medard*, en la que los fieles entraban y salían. El joven se detuvo un momento con los ojos fijos en el pórtico, pero en seguida volvió la espalda y se metió por la avenida de los *Gobelins*, pensando: No, no tengo derecho para aceptar el ofrecimiento de Ferrand y causar esta pena á mi padre, siendo así que no creo. Y la prueba de que no creo está en que no pienso ir á pedir al dios de Brigida ayuda y consuelo. ¡Y, sin embargo, sufro mucho!...



El reloj de la venerable iglesia jansenista en la que reposan Patru y Nicole señalaba las dos, cuando Juan Monnerón huyó de aquel modo del pórtico tentador, de Brigida Ferrand y de sí mismo. Hacía mucho tiempo que había caído la tarde y Juan vagaba todavía por las calles de aquel barrio que fué en otro tiempo el *fau-bourg Saint-Marcel* y que se desborda hoy hasta los fuertes de Ivry y de Bicetre. Aquella marcha interminable por las aceras, delante de las tabernas llenas de alegres consumidores de vuelta de los cementerios, era muy a propósito para aumentar en él aquella sensación de « ¿para qué? » la más insoportable acaso para un joven de aquel calor de corazón y de inteligencia. La evidencia que impone en seguida el espectáculo de los barrios populares de París al que los recorre, como Juan, sin preocupación, es, en efecto, más de desanimación que de lástima. Al ver aquellos individuos sentados en las mesas de las tabernas y de las pequeñas fondas, se comprende que el obrero francés no constituye, como

lo pretende el charlatanismo político, una clase aparte. En los días de fiesta como aquel, el obrero está vestido como un burgués. Los cigarrillos que fuma son los mismos que el burgués compra por treinta céntimos en los mismos estancos. Las raciones que come en los fonduchos son iguales á los platos que el burgués manda hacer á su cocinera y están regados con el mismo vino. Después de comer se procura las mismas dispepsias con el mismo café y la misma copa de licor. Los periódicos que lee son los mismos, así como los embriones de ideas que cambia con sus comensales. La única diferencia está en el decorado. La mesa de la taberna no tiene manteles y á veces ni servilletas. Pero no bastan tales defectos para establecer entre la blusa y la levita esa línea de demarcación que los socialistas se atribuyen solemnemente la misión de borrar. Y á esta primera evidencia se añade otra en seguida. El obrero francés no es, como pretenden sus aduladores, el ser intacto y primitivo en el que duermen grandes reservas de fuerza para rejuvenecer nuestra sociedad envejecida y reparar su decadencia. Este obrero no es un salvaje, sino un civilizado de mediana especie, llegado, salvo algunas excepciones, al desarrollo máximo que puede soportar. Ni hay que compadecerle, pues su destino es, suave comparado con el de muchos pequeños comerciantes; ni que despreciarle, pues es inteligente y su nivel moral no está más bajo que el de los demás de su época; ni que ensalzarle, pues ese nivel no es muy alto y no puede serlo más, dada la edad de la raza. En cambio hay que temerle, pues mucha gente práctica con él el abominable programa del agitador alemán que decía: « Conviene enseñar al pueblo que es desgraciado » y al darle el derecho de dirigir él solo los negocios del Estado, puesto que constituye las mayorías,

prodigioso error que hará de la Francia en los siglos futuros la ilota de la historia, se le ha proporcionado el medio de asestar á la civilización golpes irreparables. Entristece sobre todo, cuando se contempla esa enfermedad muestra de la especie humana, el pensar que el esfuerzo secular de nuestra historia ha venido á parar, con la complicidad de todos los charlatanes electorales, á la soberanía de semejantes incompetencias. Esta observación es siempre amarga, pero lo es más aún cuando á la prueba del aborto nacional en las capas profundas de la vida popular, se añade el convencimiento de un aborto igual en las capas más elevadas. Este era el caso del hijo de José Monnerón. Juan andaba, andaba indefinidamente, buscando, entre las infinitas caras que se cruzaban con él por calles y callejuelas, fisonomías verdaderamente felices, sanas y fuertes, sin encontrar más que caras nerviosas y causadas, vulgares muchas veces y, más aún, degradadas. Juan miraba sobre todo con intensa emoción á los padres y á las madres que pasaban arrastrando un niño de la mano y con otro en los brazos. Las admirables virtudes de buena voluntad que representa la aceptación de las cargas de familia en las clases laboriosas, le enternecían hasta hacerle llorar. « ¿ Para qué? » repetía, asimilando á aquella gente con su padre y muy tentado de tratarlos, como á aquel, de engañados por la sociedad, de tal modo su impresión de una radical insuficiencia de la vida francesa contemporánea le hacía sentir la inutilidad de todo esfuerzo hacia la duración para el que nace en esta mediana y senil democracia. Por el contrario, ante las tabernas en que numerosos alcohólicos alternaban en una baja crápula con despreciables mujercuelas, se sentía tentado, él, que se había asociado con los fundadores de la *Unión*

Tolstoi para fundar una fonda de temperancia, por pensar; « Esos están en la fija » y recordaba las bajas paradojas de su hermano Antonio. Juan se sentía invadido y como anonadado por una percepción casi física del desarreglo universal. Hasta en esta edad de fuerzas desperdiciadas y de tentativas inciertas había, sin embargo, existencias llenas y completas, nobles y equilibradas, ricas al mismo tiempo de pasado y de porvenir. Una de ellas era la de Ferrand. ¿ Para qué, también, puesto que no podía asociarse á ellas? Y el enamorado evocaba el delicioso fantasma de Brigida en un espejismo de dulzura inaccesible y desesperante. ¿ Por qué no había sido educado como ella, en las mismas ideas y en el mismo medio de costumbres y de creencias? Entonces no hubiera sido una quimera el proyecto de fundar un hogar con aquella niña pura, ensueño ideal que había dado calor á su corazón, y no hubiera tenido que romper con toda la educación de su juventud para asentar la dicha de su edad madura, ni que renegar de su padre y de sus amigos al crearse una nueva familia... Mientras tanto una niebla acre se cernía sobre la ciudad con el crepúsculo de aquel triste día. Los faroles de gas, no bien encendidos, repartían por la atmósfera brutales manchas de luz é iluminaban por trozos desiguales las fachadas de las casas. La vitalidad de la calle se hacía más grosera y, por contraste, más dolorosa todavía la angustia del joven; tan dolorosa, que llegó un momento en que no pudo soportar aquel coloquio con su melancolía y, no queriendo volver á su casa, recordó de repente la cita de aquella noche en la *Unión Tolstoi*.

— Es á las ocho y media, pensó consultando el reloj, y son las siete. Si Cremieu-Dax estuviese comiendo en su *restaurant*... Me haría bien hablar con él...

No bien había acudido á su mente el recuerdo de aquel amigo, con el cual tenía, sin embargo, relaciones bastante difíciles, cuando cesó de vagar con aquel paso incierto é indeciso que había empleado toda la tarde, y se dirigió resueltamente y á buen paso por la avenida de *Choisy* y por la de Italia hacia el trozo del *faubourg Saint-Jacques* comprendido entre la calle de la *Tombe-Issoire* y la de Humboldt, pues allí era donde tenía alguna probabilidad de encontrar á su amigo. El futuro heredero de los millones ganados en las minas del África del Sur por el viejo Cremieu-Dax, abandonaba con frecuencia el hotel suntuoso y la mesa de príncipes de la avenida Hoche, para ir á comer por un franco en el local que Juan llamaba muy exactamente « su *restaurant* », que era el de la fundación de temperancia de que ya hemos hablado. Cremieu-Dax, en efecto, había instalado aquella casa de comidas popular y constituido para fundarla una sociedad de mil acciones á veinticinco francos, de las que él solo había suscrito ochocientas, Rumesnil ciento, y los miembros más acomodados de la *Unión Tolstoi*, el resto. Juan había distraído cien francos de su escaso presupuesto para tomar cuatro. Cremieu-Dax era también, por otra parte, el que había fundado la tal *Unión* con el mismo profundo sentido de las condiciones positivas. El *restaurant*, gracias á aquel pequeño capital, cuyo interés, según los estatutos, no debía exceder del 2 por 100, podía dar á los obreros comidas á 80 céntimos y á 1 franco cuyas materias eran sanas y preparadas higiénicamente. El consumo de las bebidas alcohólicas estaba en él prohibido. « *En nombre de la humanidad futura y consciente, no beberás.* » — Esta divisa, pintada en enormes caracteres en todas las paredes del establecimiento, formulaba su verdadero es-

píritu, así como las cuatro palabras que encabezaban los prospectos de la *Unión Tolstoi*: « Naturaleza, Ciencia, Progreso, Justicia » condensaban su pensamiento inspirador. Cremieu-Dax, que había presidido á la elaboración de los estatutos, había hecho aceptar como primer artículo, y esto sólo prueba la lucidez práctica de su talento, que el número de socios de la *Unión* fuese limitado. Había querido la asociación pequeña para que fuese viable. La *Unión* comprendía una junta directiva de siete fundadores, cada uno de los cuales debía llevar veinticuatro socios, por mitad trabajadores intelectuales y manuales, de los que debía responder. De las 175 personas así reclutadas no había una con la que él no sostuviera un contacto personal, y con ese objeto comía casi siempre en el *Restaurant de Temperancia*. La muestra contenía sencillamente ese rótulo, y, debajo, el precio de las raciones, la más cara de las cuales costaba 35 céntimos.

La imagen de aquel joven tan rico, tomando, por devoción á sus ideas, una comida de asceta, se había fijado de pronto en la imaginación de Juan. Apresurarse hacia aquel rincón en que el fundador de la *Unión Tolstoi* estaba dando, sólo con su presencia, aquella humilde pero fuerte lección de sinceridad socialista, era para el enamorado de la piadosa Brigida Ferrand dejarse de todo lo que había huido durante aquel penoso día y marcharse lejos, muy lejos, de aquella con la que se había prohibido á sí mismo casarse. Era escapar al prestigio del maestro de la calle de Tournón y correr hacia otra influencia, que hacía seis meses tenía casi olvidada, después de haberla aceptado al principio con entusiasmo. Ya en el colegio, Cremieu-Dax había empezado á ejercer sobre Juan Monnerón el hipnotismo de un carácter firme y lógico sobre una

voluntad movable y muerta. Aquel ascendiente había sido completo hasta que entraron en la clase de filosofía, en la que la enseñanza de Ferrand reveló á Juan necesidades de su alma que él no conocía. De este modo, las dos tendencias contradictorias que hacían tan incoherente su naturaleza: el sentimiento tradicional heredado de sus abuelos labradores y la pasión revolucionaria inspirada por su padre, se habían encontrado encarnadas en aquellas dos personalidades que alternativamente le atraían, sin que pudiera identificarse ni con la una ni con la otra. Así se lo había dicho á Ferrand con esa lucidez ineficaz que, con sus vacilaciones interiores, hacía de él un ejemplar acabado del joven de nuestra época. Por mucho que el instinto se uniera en él al razonamiento, y la experiencia pública á la privada, para demostrarle que desde 1789 la Francia se parece á un hombre que empezase indefinidamente una suma por dos y dos son cinco para encontrar siempre el mismo resultado falso, Juan seguía sufriendo el invencible atractivo de lo que podemos llamar la poesía de la Revolución, por muy contradictorios que parezcan esos términos cuando se ha visto la pobreza de las teorías políticas propagadas bajo esa mágica etiqueta. Esa poesía existe, sin embargo, y basta para explicar que tantas generosas sensibilidades se hayan dejado y se dejen aún seducir. La poesía de la Revolución existe en un estado lírico del pensamiento, que no admite que las ideas puedan equivocarse ante los hechos, y en un estado heroico de la voluntad, que se lanza fuera del pacto social para tratar á toda costa de realizar ese acuerdo de la idea y del hecho. Juan sabía hacía mucho tiempo, por haberlo experimentado á su alrededor, qué mortífero es para cada uno de los grupos que lo componen, ese lirismo

no comprobado de la inteligencia y ese heroísmo desordenado de la voluntad, pero, aun sabiéndolo, no podía desprenderse de ese espejismo y experimentaba á pesar suyo la necesidad de exaltación respecto de los problemas sociales de la que Cremieu-Dax era un notable representante. El iniciador de la *Unión Tolstoi* pertenecía á la raza de los judíos apasionadamente idealistas como José Salvador y James Darmesteter, por no citar más que dos de los más característicos, en los que revive el ardor de los profetas que fueron el orgullo de Israel. Salomón Cremieu-Dax procedía de una familia del Mediodía de Francia que remontaba á los judíos expulsados de España por Fernando el Católico á fines del siglo quince. Como todos los judíos de la península Ibérica, tenía la cara afilada, los miembros ágiles, los huesos delgados y esos profundos ojos negros en los que arde todavía la llama del sol oriental. Tenía también en alto grado sus cualidades fundamentales, las que han proporcionado á esa raza de excepción una invencible persistencia en medio de tantos desastres: una inteligencia flexible y ágil, una rara facilidad de asimilación, una increíble potencia de trabajo y esa singular combinación de entusiasmo y de paciencia, de frenesí y de cálculo, que se reconoce ya en ciertas figuras típicas de la Biblia. Después de haber sido en el colegio uno de los más brillantes alumnos de su generación, Salomón había entrado en la Escuela Normal y héchose primer agregado de filosofía. Actualmente estaba preparando una tesis cuyo título sonaba á paradoja unido al nombre de un famoso especulador: *Del fundamento psicológico de la idea de propiedad*, libro que debía tender á una justificación científica de la hipótesis colectivista, enteramente en armonía con las convicciones que Juan le conocía desde la infancia. Cre-

mieu-Dax había hecho suya, siendo muy joven, la tesis que Salvador y Darmesteter desarrollaron con tal acento de entusiasmo, ó sea la identidad de los dos conceptos en que se inspira la historia de Israel y los dos en que se resume la sociedad nacida de la Revolución: « Dos grandes dogmas, ha escrito el autor de los *Profetas de Israel*, forman el judaísmo entero: la unidad divina y el mesianismo, es decir, la unidad de la ley en el mundo y el triunfo terrestre de la justicia en la humanidad. Estos son los dos dogmas que á la hora presente iluminan á la humanidad en marcha en el orden de la ciencia y en el orden social, y que se llaman en lenguaje moderno, el uno unidad de fuerzas y el otro creencia en el progreso. » Juan había oído con frecuencia á su amigo citar esa frase y añadir á tal « credo » comentarios en los que reconocía las ideas de su padre, pero amplificadas y sublimadas en una síntesis que no vacilaba en unir á Moisés con Dantón y el *Deuteronomio* con la *Declaración de los Derechos*. ¿No ha escrito Darmesteter, á propósito de una pastoral del obispo de Chartres sobre el primer libro de Salvador: « La revelación ha tenido el mismo lenguaje en la cima del Sinaí que en los salones del siglo diez y ocho y Moisés es un convencional hablando en lo alto de la montaña? » Por muy profunda que fuese, sin embargo, la fe revolucionaria de Cremieu-Dax, había permanecido en el dominio de la teoría hasta la crisis nacional de 1898, que marca una fecha en la historia secular de nuestras discordias civiles. Entonces fué cuando el joven filósofo millonario se arrojó á la lucha con un fronesi frío, muy diferente del vago humanitarismo que en la misma época reinaba en los medios universitarios. Juan Monnerón había cedido á aquella moda de enternecimiento por los motivos que dijo á Ferrand, y Ademar de

Rumesnil por *snobismo* intelectual. El socialismo de Cremieu-Dax se fundaba en razones más fuertes. Su perspicaz golpe de vista había descubierto en los últimos sucesos un indicio del trabajo de desilusión que lleva á las clases medias francesas del lado de sus tradiciones originales y las separa, lenta y seguramente, de los principios del 89. Y en su culto fanático por esos principios, Salomón había adoptado valerosamente la táctica común á todos los que, como él, practican por instinto la fórmula: « *Perscat mundus, fiat Justitia...* » Se había hecho socialista colectivista, para poner, según él decía abiertamente, « la fuerza del pueblo al servicio de las ideas que la burguesía defiende hace cien años y que ahora abandona. » Cuando se le recordaba qué cerca están el salvaje y el civilizado en las épocas de insurrección, las matanzas de septiembre, las jornadas de junio y, muy próxima á nosotros, la *Commune*, respondía con una cita virgiliana que dejada traslucir el alumno de la Escuela Normal en el discípulo de Karl Marx: « *O passi graviana!*... » Y en sus labios flotaba nerviosamente una sonrisa de singular ironía, en la que se leía el recuerdo de las persecuciones y la audacia intelectual de una raza que, habiendo sufrido mucho y conocido los peores extremos de la suerte, no tiembla ante la perspectiva de ciertos trastornos, menos terribles que sus antiguas miserias.

Tal era el personaje superior y desconcertante, tan próximo á él por ciertos lados y tan lejano por otros, cuya presencia deseaba Juan Monnerón al final de aquella tarde de agonía, tan apasionadamente como la había evitado durante varias semanas. Cuando llegó al « *Restaurant de Temperancia* » experimentó por su amigo uno de esos accesos de cariño admirador que hacía mucho tiempo no sentía, y en su angustia, hu-

biera sufrido una verdadera pena si al empujar la puerta no le hubiera visto sentado á su mesa habitual, cerca de la entrada, para ver á todos los que iban. Aunque el *restaurant* era público, el rigor de su reglamento sobre el alcohol alejaba á los transeúntes y sólo concurrían á él los miembros de la *Unión*. Cremieu Dax los conocía á todos y cambiaba con todos frases que se referían solamente á sus lecturas, pues, por principio, se abstenía en su apostolado de toda caridad que no fuera intelectual. «En la U. T., decía con frecuencia, no hay ricos ni pobres; no hay más que conciencias.» Cuando entró Juan le vió desgarrando una hoja de su cuaderno y dándosela á un hombre de cabello gris, vestido con decencia, pero pobremente.

— ¡Ah! Eres tú? preguntó á Juan con visible frialdad. Y añadió mientras el obrero se alejaba:

— Es un plomero que me ha pedido una lista de los libros que debe leer. He querido indicarle novelas, para empezar: los *Miserables*, *Resurrección*; pero él me ha dicho: «No, deme usted libros de ciencia. Demasiado me han mentido. Quiero la verdad...» Cuando todo el pueblo piense como este hombre, habremos dado un gran paso; y cuenta que no es un joven, sino un hombre de cincuenta años...

Aquella energía de una personalidad resuelta y sistemáticamente lógica consiguió misma era lo que Juan había ido á buscar. Su corazón, sin embargo, se cerró en seguida y á su impulso de hacia un momento sucedió un molesto malestar, con esa prontitud que llevan consigo las acciones reflejas en la sensibilidad de los jóvenes. Le había bastado para ese cambio la primera mirada y el primer apretón de manos de su amigo y oír el sonido de su voz. Aquella reserva de Cremieu-Dax para con él contrastaba demasiado con su propio

entusiasmo y, aunque estaba muy justificada, Juan no podía comprender su causa. El hijo del profesar tenía en su carácter un rasgo que denuncia el origen plebeyo en muchos advenedizos: la falta de igualdad en su modo de tratar á los amigos. Sin darse cuenta de ello obedecía en su trato á las impresiones del momento, y de todas las faltas contra el saber vivir ésta es la más inofensiva para los demás, pero la más peligrosa para el que la comete. «Hay uno que no olvida, y este es el olvidado» ha dicho el agudo moralista Luis Depret. Hacía meses que Juan no había ido á comer ni una sola vez al *faubourg Saint-Jacques*, después de haber hecho allí casi todas sus comidas durante mucho tiempo, cambio que había ofendido á su camarada. En circunstancias ordinarias era susceptible hubiera conmovido á Monnerón, que hubiera visto en ella, además de una profunda amistad, la instintiva y justificada desconfianza de una raza objeto de tantos odios. Pero entonces tenía los nervios demasiado excitados para que no se los crispase la menor contrariedad, y respondió, con gran asombro suyo, pues eran otras sus intenciones al ir al *restaurant*:

— ¿A eso llamas un gran paso? Nos quejábamos ya de la semiciencia de los bachilleres, que no hace más que volverlos más tontos y más desgraciados. ¿Qué serán los proletarios instruidos? Ni siquiera cuartas partes de bachiller... La cosa promete...

Después de haber lanzado aquella sequedad, extraordinaria en tal sitio y en la boca de una de los fundadores de la U. T., Juan se dirigió al ventanillo en que vendían los bonos de raciones. Cremieu-Dax había imaginado aquella pequeña oficina central para evitar las molestias y los gastos del servicio. El consumidor pagaba allí previamente los platos que había escogido en

la lista, y recibía bonos que él mismo iba á cambiar en otro ventanillo de la cocina por las raciones ya preparadas en los platos. Despues de haberse así servido solo, llevaba á un mostrador la vajilla vacía. Mientras estas operaciones había cesado el acceso de impaciencia de Juan, el cual llegó hasta sentir un pequeño remordimiento al ver que la fisionomía de su amigo, de fría que estaba, se había puesto contraída. Una arruga de descontento se había formado entre sus negras cejas, que se juntaban sobre su nariz aguileña, y el modo con que amasaba entre los dedos, un tanto nudosos, una miga de pan, demostraba que su mal humor era, al menos, igual al de Juan. Reinó entre ellos un momento de silencio hasta que Cremieu-Dax miró á Juan bien de frente, con la imperativa sjeza del que quiere terminar una situación équivoca, y le dijo á media voz, para que no lo oyeran los veinte clientes que estaban comiendo:

— Ya sé por qué has venido esta tarde, Monnerón... Hace tiempo que lo preveía...

— ¿Que preveías qué? respondió Juan. Y una oleada de sangre emparpuró su cara. Hubiera sido insoponible para él que su amigo hubiera adivinado su amor á Brígida Ferrand, y esa sola impresión le probaba hasta qué punto estaban separados Salomón y él. En otros tiempos no tenía otro confidente para los más ligeros conatos de sentimientos novelescos que atravesaban su imaginación de joven.

Juan recobró la calma al oírle continuar:

— Me traes tu dimisión de la *Tolstoi*...

— ¿Yo? exclamó Juan. ¿Cómo puedes creer?...

— Por muchos síntomas, aunque no fuera más que ciertas frases como la que acabas de pronunciar. Si las piensas realmente, no estás ya con nosotros. Desde el 6 de agosto no has venido por aquí. No te acuso por ello,

pues lo encuentro natural, pero deduzco que si hoy vienes es porque tienes un motivo. Además, sé que tus preocupaciones están en otra parte. Me han dicho en la biblioteca de la Sorbona que no pides más que libros de apologética católica. El martes último leíste las *Herejías* de san Irineo; ¿Eh? ¿Estoy bien enterado? Has vuelto á casa de Ferrand, donde ninguno de nosotros ha puesto los pies desde el 98. No digas que no; os he visto juntos en el Luxemburgo la semana pasada... Confésalo; quieres dejarnos.

— Si así fuera, respondió Juan con una vivacidad que revelaba su protesta contra la inquisición de que era objeto, no tendrías que interrogarme sobre eso, sino que sería yo quien hablaría el primero. Leo lo que me place. Veo á quien me conviene. Y si estoy aquí esta noche es porque Rumesnil fué esta mañana á mi casa para recordarme la discusión sobre la conferencia Chant y advertirme que sería borrascosa. Sabiendo el interés que tienes en este asunto he querido ponerme de acuerdo contigo... Y me pagas bien...

Se produjo otro silencio que Cremieu-Dax rompió otra vez el primero al decir, envolviendo á su amigo en una mirada de cariño:

— Perdóname, Monnerón, si te he ofendido. He hecho mal y lo reconozco. Eres tan leal, que estoy seguro de que si cambiaras de campo, sería yo el primero que lo sabría. Lo he creído así y ya sabes que no puedo ser indiferente cuando se trata de nuestra Causa. El momento es solemne. Si hoy se realiza la alianza entre los trabajadores manuales y los trabajadores espirituales, estará fundado el porvenir y habremos ganado siglos en pocos años. Nuestra pobre U. T. no es más que un pequeño grupo de los que se están formando á estas horas. Pero del éxito de esos treinta ó cuarenta grupos

depende el triunfo en la batalla. Que se desbande uno de esos grupos, otro después y otro luego, y es como un regimiento que huye. Eso basta para provocar el pánico. Por eso me desesperaba la idea de perderte. Pero te quedas. No hablemos más de eso y perdóname... Vamos a preparar la discusión de esta noche... Vuelvo en seguida...

Al acabar su discurso, se levantó con el pretexto de ir a dejar sus platos en el mostrador, pero en realidad para cortar la conversación. Por mil pequeños indicios había adivinado que su amigo no estaba a gusto en la sociedad que él había fundado y que era toda su vida. Después de haber temido su dimisión le había obligado a una declaración terminante y Juan seguía siendo socio de la *Unión Tolstoi* y socio activo, puesto que se tomaba interés por la conferencia Chanut. Cremieu-Dax se atenía a ese dato positivo con ese agudo sentido del hecho, heredado del hombre de negocios que era su padre y puesto al servicio, por un raro contraste, del más exagerado colectivismo. Juan conocía esa tendencia particular de aquel espíritu y estaba seguro de que fiel al adagio latino: *quieta non movere*, su camarada no hablaría ya de los puntos que era inútil tratar inmediatamente. Pero había adquirido la prueba de que su pensamiento no escapaba a la vigilancia que su amigo ejercía sobre sus colaboradores y especialmente sobre aquel a quien más quería. Después de todo, Juan le había dado ese derecho asociándose a una obra de la que el iniciador hablaba con tan absoluta fe, mientras que él se había prestado a ella sin interesar el fondo de su corazón y como un experimento de filantropía que debía prolongar su acuerdo con su padre. Una vez más se sentía víctima de su incapacidad para afirmarse clara y virilmente en una personalidad simple y con-

creta. Era como un árbol que se inclina a impulso de los vientos porque no tiene bastante tierra al rededor de sus raíces, mientras miraba a Cremieu-Dax darle el espectáculo de un hombre consecuente con sus ideas, porque está de acuerdo con su origen y sabe verdaderamente lo que quiere. Sus brillantes ojos de árabe estaban risueños por un motivo muy humilde, pero nada lo es para un sectario si sirve a su partido.

— He pedido coliflor en ensalada y ya no hay. Se hacen siempre cuarenta raciones de cada plato, y esto prueba que a las seis de la tarde se han servido cuarenta comidas. Ya recuerdas que en agosto no teníamos más que quince. Hemos, pues, ganado, veinticinco en tres meses. La cosa sube. Y después, me gusta que un plato tenga aceptación, pues el cocinero los elige para que, en lo posible, los camaradas encuentren aquí lo que no pueden hallar en otra parte. ¡Y pensar que con un *restaurant* como el nuestro en cada calle habríamos curado la plaga del alcoholismo! Supongo que no negarás que esto es un progreso...

Aquella fue su última alusión a la frase de escepticismo que tan vivamente había afeado a Juan, el cual no pudo menos de comparar aquel gozo optimista con el acceso de misantropía que él había experimentado aquella tarde ante las tabernas del *faubourg Saint-Marcel*. Monnerón miró a su alrededor como para buscar motivos para asociarse a las impresiones de su amigo. ¡Ay! Las fisonomías de los obreros que estaban comiendo y bebiendo líquidos higiénicos hacían revivir en él aquel sentimiento desesperado que se traducía en la fórmula: «¿Para qué?». ¿Cómo participar de la alegría del utopista, cuando estaba viendo que todos aquellos obreros, evidentemente honrados, como lo probaba su esfuerzo de sobriedad, y deseosos de per-

feccionarse, como lo probaba su esfuerzo de cultura, tenían los ojos más inquietos aún y más sombríos que los otros, las facciones más contraídas y más duras, y un descontento más áspero y más amargo en sus frentes y en torno de sus bocas? Ni una sola de aquellas caras era pacífica y dichosa. Juan Monnerón conocía la causa, pues sus largas conversaciones con Ferrand se la habían enseñado. Sabía que aquellos cerebros de cuartas partes de bachiller, como él había dicho, padecían una intoxicación mental, más temible que la otra, producida por las mismas manos que se esforzaban por curarles la del alcohol. Sabía que todos aquellos oscuros pensamientos estaban envenenados por las dos ideas más falsas cuando se pretende encontrar en ellas la regla de la vida: la Justicia absoluta y la Felicidad universal. Todo el bien que un Cremieu-Dax y sus semejantes pretendían hacer a aquellos hombres, era nada al lado del mal que les producía una doctrina establecida al revés de las leyes verdaderas del orden social... Y, de repente, una alucinación de la memoria llevó a Juan muy lejos de aquella sala poblada de caras atormentadas y llenas de odio. El joven se vió en el despacho de la calle de Tournón y oyó que el tradicionalista, con su noble fisonomía llena de serenidad, le decía: « En moral, toda doctrina que no es tan antigua como la sociedad es un error. Porque la sociedad no es una creación convencional del hombre, sino un fenómeno de la naturaleza que existe según unas leyes interiores que debemos reconocer para someternos a ellas. Dos de esas leyes, comprobadas desde el origen de las edades, son la desigualdad y el dolor. El hombre tiene al mismo tiempo dos aspiraciones, comprobadas también a través de los siglos: la justicia y la dicha. La Revolución ha desconocido esas dos leyes y por eso ha abortado

lastimosamente. El paganismo desconoció esas dos aspiraciones y por eso no pudo durar. Sólo el cristianismo interpreta la desigualdad y el dolor y les da un sentido de justicia y esperanza. Establece jerarquías y consuela. Toda obra social realizada fuera de él, cree sembrar el amor y la paz y recoge la sublevación y el odio... Solamente un cristiano puede ayudar al pobre sin humillarle y animarle sin mentirle, pues no le dice: Eres ó serás un *igual*, sino yo soy tú *semejante*... » Prudentes palabras que habían perseguido con frecuencia a Juan cuando sus visitas al *faubourg Saint-Jacques* y que seguían persiguiéndole en este momento. El joven deletreaba en la pared la inscripción: *En nombre de la humanidad futura y consciente...* y sentía la absurda grandilocuencia de esa fórmula declamatoria. ¿La humanidad? ¿Qué vana abstracción!... ¿Futura? ¿Otra abstracción!... ¿Consciente?... ¿De qué, cuando la mejor parte de nuestro ser, la más rica, la más fecunda, es precisamente ese genio oscuro, heredado de nuestra raza y que nunca se conoce por completo? Y el joven recordaba el crucifijo que se encontraba en el despacho de Ferrand en vez de aquellas palabras vacías de sentido. ¿Qué claridad hubiera llenado todas aquellas almas! ¿Qué pacificación hubiera descendido a todas aquellas frentes! Entonces no hubiera podido aplicar su « ¿para qué? » al generoso esfuerzo de su amigo. Pero el crucifijo no estaba en la pared, las almas que Juan podía descifrar en aquellas caras estaban llenas de sombra y aquellas frentes cargadas de rencor por una suerte mal aceptada. El mismo no estaba al lado de Ferrand para dejarse invadir por los elluvios de aquel fuerte pensamiento ni para oír hablar a sus muertos, que todos habían creído, por la boca de aquel creyente. Estaba sentado a la misma mesa que

un irreconciliable enemigo del pensamiento de Ferrand y de la fe de sus antepasados, y participando por su sola presencia á una tentativa hecha por un extranjero contra el genio de su patria. Cremieu-Dax resumía por anticipado la sesión de la junta directiva de la *Unión Tolstoi* á que iban á asistir.

— Tiene para mí la mayor importancia, decía, que el padre Chanut hable en la *Unión*. Nada más que viniendo á discutir con nosotros, hace acto de adhesión al criticismo y en esto somos sus maestros. Además quiero que nos conozca. Cuando me ocurrió la idea de la U. T., recordarás que te dije que pensaba en nuestra educación tanto como en la de nuestros camaradas obreros. En esto está mi principio: una cooperativa de mentalidades. Ir al pueblo para darle y para recibir de él lecciones. Tengo la idea de que á nuestro contacto ese sacerdote se quedará asombrado, y esos asombros son el comienzo de la duda y de la libertad. Chanut sueña con convertir á la U. T. ¿Si fuéramos nosotros los que le convirtiéramos?... Porque, en fin, si algo se parece á lo que eran en Roma los primeros cristianos, somos nosotros... ¿De dónde salió su religión? De pobres y pequeñas sociedades de libertos y de esclavos, como estos, y de filósofos, como nosotros...

— Olvidas la persona de Cristo, interrumpió Juan.

Cremieu-Dax miró á su compañero casi con la misma mirada que le había dirigido cuando le preguntó si le llevaba su dimisión y otra pregunta le vino á los labios, pero no la formuló. Decididamente no quería hablar con Monnerón de cierto asunto, pues en lugar de recoger esas palabras que pedían una controversia, se puso á explicarle con su lucidez ordinaria los motivos que tenían los otros cinco miembros de la junta directiva para votar en pro ó en contra de la conferencia del padre Chanut.

— Somos tres contra tres, dijo para concluir. Rumesnil es, pues, el que debe decidir. ¿Qué te ha dicho?

— No le he visto, respondió Juan. Fué á casa cuando yo no estaba.

— ¡Ah!... dijo sencillamente Cremieu-Dax. Y con voz más rápida, como para corregir aquella involuntaria expresión de asombro, añadió: Yo he tenido más suerte que tú pues hablé con él largamente, anteayer, de la cuestión. Es muy opuesto á la conferencia, pero con él no se sabe nunca á qué atenerse. Rumesnil no piensa por sí mismo, sino contra su clase. Que haya encontrado en casa de uno de sus parientes del *fau-bourg Saint-Germain* un duque anticlerical ó un marqués volteriano, si todavía queda alguno, y le verás votar en pro del padre Chanut... Me río de esto, pero, en el fondo, es triste...

— Eres muy severo con él...

— ¿Qué quieres? dijo Cremieu-Dax encogiéndose de hombros, no estimo á las personas que no ponen sus acciones de acuerdo con sus actitudes morales.

— ¿Á propósito de qué dices eso?

— Á propósito de nada y de todo. En relación con las mujeres, por ejemplo, Rumesnil continúa la abominable moral de su casta, que consiste en considerar la galantería como un *sport* agradable y en permitírsele en todas las ocasiones. Yo me atengo al viejo Kant: *Obra de modo que trates á la humanidad en tu propia persona tan bien como en la persona del prójimo, siempre como fin, jamás como medio*. Por otra parte, en esto se resume mi juicio: si yo fuera casado, no le recibiría en mi casa. ¿Has visto cómo me contrariaba la idea de que querías salirte de la *Unión Tolstoi*? Pues si él se marchara me daría un placer... Pero vámonos; son las ocho y media.

Al pronunciar estas palabras, que denotaban tan poca estima hacia su compañero común, Cremieu-Dax consultó el reloj. ¿Se levantó para que Juan no leyese en sus ojos un secreto que había sorprendido y que quería ocultar?... Aquel equívoco discurso era una campanada de atención á la desconfianza de su amigo? ¿Ó no hacía más que expresar la natural repulsión de un joven enteramente casto, como él, hacia el libertinaje de otro? Rumesnil, en los intermedios de sus fervores socialistas, se jactaba de tener por todas partes fáciles aventuras. Esas preguntas surgieron á la vez en el pensamiento del hermano de Julia Monnerón, que estuvo á punto de exclamar: Tus palabras tienen otro sentido. Explicálas. ¿Qué sabes? ¿Se trata de mi hermana, verdad?... Pero se dijo á sí mismo: Si sabe algo me ha dicho cuanto podía decirme. Si no sabe nada, voy á darle noticias indiscretas. ¿Pero qué hay aquí? ¿Qué hay aquí?... Á todo esto, los dos habían dejado el *restaurant* y recorrían los cien pasos que le separaban de la U. T. Sí, ¿qué sabía aquel amigo perspicaz cuya fuerza de observación había notado Juan siempre que no se trataba de sus quimeras socialistas? ¿Qué sabía? Monnerón le miraba á su lado, delgado y enfermizo. La fiebre del pensamiento era demasiado fuerte en aquel organismo ya cansado por el abuso del trabajo y que no vivía más que una vida nerviosa. Pero precisamente aquel exceso de vida interior había ocasionado en él intransigencias de conciencia que daban á sus juicios cierta autoridad entre sus amigos. Los tales juicios podían ser atrozmente parciales, como siendo de un estrecho sectario, pero estaban siempre fundados en una convicción. ¿De dónde venía aquel evidente desprecio por el carácter de Rumesnil? Sin duda la manía de estar al corriente, de no

encontrarse atrasado, de no profesar la opinión del día, daban al aristócrata un tinte algo ridículo de vanidoso y de *snob*, que se manifestaba ya en los tiempos en que Ademar asombraba á sus condiscípulos de Luis el Grande con sus trozos de prosa decadente y sus versos sin rima y sin medida, á fuer de perfecto y refinado imbécil de 1894. Cremieu-Dax se reía entonces de él, pero ya no era la ironía la que le había dictado la frase: Si yo fuera casado, no le recibiría en mi casa; juicio terrible entre amigos de la infancia. El haber pensado en voz alta delante de Monnerón sobre ese punto particular le había conmovido á él mismo. ¿Por qué? ¿Por qué al llegar á la casa en que estaba instalada la *Unión* se volvió de pronto hacia su compañero con una mirada que era menos de cariño que de lástima? Cremieu-Dax le cogió la mano y le dijo:

No puedes figurarte lo contento que estoy por tenerte á mi lado esta noche... Te quiero mucho, Juan, mucho, mucho... Y añadió para poner la fuerte emoción de que estaba poseído al servicio de su obra: te conservaremos con nosotros, ya verás...

— Yo también te quiero mucho, respondió Juan con voz ahogada. Aquel apretón de manos tan ferviente y tan cordial le resultaba á la vez muy dulce y muy amargo. Muy dulce porque le probaba que á pesar del inevitable divorcio intelectual que se preparaba entre ellos y que Cremieu-Dax presentía, habría algo que no moriría de su común juventud, aquel núcleo viviente de su primera amistad. Muy amargo, porque aquel vivo movimiento de su amigo implicaba una causa que no podía ser su visita al *restaurant*. Para que aquel fanático de las ideas abstractas hubiese tenido semejante efusión con Juan, era preciso que le compadeciese profundamente. ¿Por qué? No era por su amor á

Brígida, pues sólo el hecho de haber nombrado á Ferrand probaba que no lo sabía. No era su relación con su padre ni su miseria moral que él ignoraba y que, aun sabiéndolas, no hubiera comprendido. Aquella compasión no podía venir más que de una certeza de la detestable intriga cuyo criminal misterio había sospechado Juan por tantos indicios. Su emoción al interpretar así la actitud de su amigo fué tan fuerte, que le volvió á acometer la tentación, casi irresistible, de decirle sus sospechas para tratar de cerciorarse al fin... Iba á hablar acaso, cuando una llamada que venía de un coche parado en la puerta les hizo volverse á los dos en el momento de entrar. Era precisamente Ademar de Dumesnil, que saltó de su berlina de círculo y corrió hacia ellos diciendo:

— ¿ No llegó tarde?... ¡ Qué suerte ! He comido en el *Agrícola* de prisa y corriendo y me he burlado en grande de uno de mis primos que quería pasar la noche conmigo. Le he dicho á dónde iba... ¡ Amigos míos ! Si hubierais visto su cara... Á nuestra edad, le dije, tú vas á *Varietades* á aplaudir á Hortensia en la *Bella Elena*... Nosotros preferimos *Tonybee-Hall*... ¿ Querréis creer que no había oído nunca ese nombre ? Se ha casado con una americana y he tenido que enseñarle que nosotros, los franceses, llegamos los últimos en nuestros tímidos ensayos. Cuando le he enumerado los *settlements* de los Estados Unidos, hubierais debido estar allí para verle. Catorce en Chicago, repeta, diez en Boston, diez y siete en Nueva-York... Es inaudito, inaudito... ¡ Y á eso llaman clases directoras ! ¡ Qué piedad !

V

LA UNIÓN TOLSTOI

Los tres camaradas habían empezado á subir la escalera mientras Ademar pronunciaba su discurso con ese aturdimiento y esa volubilidad que parecía la natural expansión de un personaje ligero, al mismo tiempo que de una abstracta ideología, como era la nobleza francesa del siglo diez y ocho. Dumesnil tenía la fisonomía espiritual de los nobles filósofos de aquella época, un aspecto vivo, ojos claros y superficiales de una singular movilidad y boca glotona y risueña. Era alto, de fino talle, muy rubio con una tez blanca y rosada de señorita, sedoso bigote y un aire insolente en todo su aspecto al mismo tiempo que una gracia irresistible cuando quería agradar. Sus bellas facciones, que habían atraído á Juan cuando eran compañeros en Luis el Grande, aumentaban ahora su malestar. Cuanto más amable encontraba á su antiguo condiscípulo más temía que sus frecuentes visitas á la calle de Claude Bernard, para las que su amistad había servido de legítimo pretexto, hubiesen sido peligrosas para un corazón

que le tocaba muy de cerca... ¿Era posible que aquel amigo de la niñez tuviese con su hermana relaciones, no ya criminales, pero ni siquiera clandestinas? Cada vez que ambos se encontraban, esa sospecha, acaso injusta, producía á Juan una especie de rubor, y él era entonces el que aparecía cortado como un culpable, mientras que Rumesnil guardaba con él ese aire de seguridad que aumentaba sus dudas y sus escrúpulos. Aquella noche, sin embargo, Juan creyó notar que los ojos azules de su amigo se fijaban en él con cierta vacilación, que había en su apretón de manos cierta reserva y que su locuacidad disimulaba alguna confusión. Creyó ver también que al verlos juntos Cremieu-Dax se había puesto más nervioso. Pero ya habían llegado al primer piso y entraban en la modesta antesala de la *Unión Tolstoi*, la cual ocupaba dos pisos unidos por una escalera de caracol. El de arriba contenía dos alcobas en las que permanecían los dos residentes de semana, y otras pizcas calificadas de despachos de consulta. Algunos estudiantes de derecho, de medicina y de filosofía se ponían allí á la disposición de sus camaradas. El cuarto de abajo se componía, además de la antesala, de una gran sala, que debía de haber servido para alguna pequeña industria y era actualmente sala de conferencias y de asambleas generales, y otras dos pezas más pequeñas que servían de biblioteca y de despacho de la junta directiva. El único lujo consistía en una serie de fotografías puestas en las paredes blanqueadas y que reproducían cuadros de maestros. Rembrandt estaba allí representado por su *Lección de Anatomía*, su *Ronda de noche* y sus *Sindicos*; Rubens por *Elena Fourment* y la *Batalla de Thermadón*; Rafael por el *Incendio del Burgo*, el *Parnaso* y la *Escuela de Atenas*; Mantegna por la *Familia de los Gonzaga* y su *Parnaso*; Botticelli

por la *Primavera*, el *Nacimiento de Venus* y el *Centauro*; Velásquez por las *Lanzas* y las *Hilanderas*. La vasta cultura cosmopolita de Cremieu-Dax, que había recorrido todos los museos de Europa, se conocía en el carácter tan consciente de aquella elección, que también revelaba el error inicial de la obra intentada en aquel sitio. Para comprender y sentir verdaderamente los genios contradictorios que se revelaban en aquellas paredes hacía falta un grado de cultura inconciliable con la servidumbre cotidiana de un humilde oficio. El mismo error imposible de corregir, pues estaba en el principio mismo de aquella tentativa antífisica de democratizar las dos aristocracias esenciales: el Arte y la Ciencia, se encontraba en los programas de las conferencias que figuraban al lado de las fotografías y en los que se lía una tabla de materias de la más extravagante enciclopedia: *La Política religiosa de Luis XIV.* — *Epicuro.* — *Una fantasía pseudocientífica: la idea de raza.* — *El proceso de Calas.* — *Principios del cálculo de las probabilidades.* — *El pensamiento y la materia.* — *La doctrina de la evolución.* — *Baudelaire.* — *El sentimiento de la infancia en la pintura italiana* (con proyecciones). — *Las fábulas de Fedro y su significación política.* — *La circulación de la sangre.* — *Colbert.* — *Los milagros en el paganismo.* — Estos títulos y otros semejantes atistiguaban la orgía de conocimientos insimilables á que estaban invitados los miembros de la U. T. y la ilusión de una utopía es tan fuerte cuando se apodera de un pensamiento con la cooperación de un instinto hereditario, que Cremieu-Dax, tan científico y tan escrupuloso, y que odiaba la inexactitud hasta el punto de haber hecho un curso de filología griega, después de su salida de la Escuela, sólo para comprender mejor á Aristóteles en el texto, consideraba admi-

rable la tarea de aproximaciones que suponía aquella grosera vulgarización. La « niebla » de la Justicia extrañaba aquella inteligencia y la conducta, como á todas sus víctimas, á la locura de la igualdad, mortífera para la vida bajo todas sus formas, principio de rebajamiento universal en las costumbres, de degradación en las inteligencias y, tarde ó temprano, de sangriento desorden en los actos. El nombre de Monnerón, estudiante en la Sorbona, figuraba entre los conferenciantes. Juan había hablado la última vez sobre la *Moral estoica*, asunto que le gustaba. A fuerza de profundizar los *Pensamientos* de Marco Aurelio, había acabado por descubrir en ellos lo que también se encuentra en Goethe y en todos los genios verdaderamente cósmicos: una vía de conciliación entre las ideas de puro racionalismo, de las que él procedía, y las creencias hacia las que se encaminaba. La resignación de los estoicos dice al universo: « Si no eres la obra de los dioses, te acepto porque es inútil luchar contra ti. Si eres la obra de los dioses, te acepto porque eres el orden. » ¿Qué hace el cristianismo sino coger el alma en ese punto de sumisión y añadir: « Hay un espíritu detrás de ese orden, que responde á la buena voluntad con el amor? » ¡Ay! aquello que el joven sentía con tanta fuerza no había podido comunicárselo á su auditorio de indoctos, incapaces de seguir la ilación de una dialéctica ni de comprender el planteamiento imparcial de un problema. Se había quejado á Cremieu-Dax de esas deplorables condiciones y su amigo le había respondido con una de esas fórmulas que interponía entre él y las más evidentes realidades cuando se trataba de la *Unión*: Hay un desperdicio en este momento, es cierto, pero no debemos tenerle en cuenta. Estamos inaugurando una humanidad superior y no hemos salido del comienzo.

¡Pero qué porvenir!... » Cremieu-Dax veía aquel porvenir, vivía en él y en su cara se realizaba realmente la metamorfosis de una vida nueva, en cuanto respiraba el aire de la *Tolstoi*, por uno de esos fenómenos de autosugestión casi milagrosos de los que no se sabe si reír ó llorar. En aquella misma noche y aunque su tierna amistad por Juan le hubiera hecho casi insupportable, sospechando lo que sospechaba, la hipocresía de Dumesnil, su manía fué más fuerte que todo en cuanto entró en el local. El rico judío empezó por consultar el libro en que se inscribían los socios qui iban durante el día, y haciendo un cálculo mental tan rápido como su mirada, dijo á Juan:

— Cuarenta y siete. Menos que en el *restaurant*. No han venido tampoco tantos como el domingo, pero debe consistir en la visita á los cementerios.

No hizo comentario alguno para no suscitar entre su amigo y él una discusión sobre un punto que toca muy de cerca á la vida religiosa, pero un ligero movimiento de cabeza indicó la secreta irritación que experimentaba siempre que chocaba con alguna de las tradiciones católicas. Un detalle significativo dará idea de la energía de sus prejuicios, no sólo contra la Iglesia, sino sobre todo contra su fundador, al cual hubiera gritado de buena gana, como Darmesteter, el versículo de Isaias: « *Ergo vulneratus es sicut et nos, factus es similibus nostri...* » Entre aquellas reproducciones de obras de arte escogidas por él, no había un solo asunto cristiano. En cambio su fisionomía se llenó de gozo cuando entró en la biblioteca y consultó las listas de pedidos. En todo el día no se habían dado más que libros relativos á las cuestiones sociales y á la filosofía de las ciencias.

— Es curioso, dijo al hacérselo notar á su compa-

nero; punca piden ya libros de historia, la que es buen síntoma, pues su poder está en la fe en la vida y la historia es la escuela de la duda. Estoy convencido de que la democracia pide síntesis y hay que dárselas.

— ¿Aunque no estén comprobadas? Juan tuvo esta respuesta en la punta de la lengua, pero conmovido aún por el cambio de frases afectuosas de hacía un momento, no expresó lo que pensaba. ¿Qué le importaban, después de todo, las inconsecuencias de aquella fundación en la que nunca había creído absolutamente? Lo que le interesaba era el enigma de las maneras de Rumesnil, era el secreto que creía leer en sus ojos tan claros de mirada y tan velados de expresión. Aquel secreto, en realidad, podía no ser grave. Que Ademar hubiera sido sencillamente un poco demasiado obsequioso con la muchacha; que se hubiese hecho amar casi sin saberlo; y que después de notarlo, estuviese turbado por su imprudencia y se acusase de ella como de una falta de amistad; ¿no explicaba esto la actitud de Julia y la de su camarada? ¿Hacía falta para nada recurrir á los inicuos cálculos que Antonio atribuía á su hermana? Y en este caso ¿merecía Ademar las crueles severidades de su amigo común? Semejante aventura sería, ciertamente, dolorosa, pero, al menos, no habría en ella nada deshonroso para nadie.

Juan daba vueltas en su mente á esta hipótesis, tan explicativa y más consoladora que la otra, cuando un cuarto de hora después se sentó á la gran mesa redonda de la junta directiva de la U. T. Según la regla, se empezó por elegir por sorteo un presidente que fué Rumesnil, el cual empezó por leer el acta de la reunión anterior.

— ¿No hay observaciones que hacer sobre el acta? preguntó Rumesnil... Queda aprobada. Y ahora, cama-

radas, vamos á discutir de nuevo, y esta vez definitivamente, la proposición del señor cura Chanut. No necesito decirnos cuál es, pero llamo vuestra atención sobre la importancia del acuerdo que vamos á adoptar y que servirá de precedente en esta casa. Esta sesión suplementaria es una gran sesión...

— Reclamo, entonces, *la Internacional*, dijo una voz ruda, la de Riouffol, el primo de Monnerón. El obrero encuadenador tenía una estrecha y larga cara de fanático bilioso, con enormes facciones, como talladas á hachazos, pelo negro y ojos muy pequeños y de un negro intenso, con un resplandor casi salvaje que acentuaba todavía el carácter animal de su fisonomía marcada de profatismo. Era muy inteligente, con gran disposición para la destrucción y la crítica. Añadiremos, para explicar su interrupción, que las reuniones solemnes de la U. T. empezaban siempre con un himno entonado por todos, costumbre introducida, como todas, por Cremieu-Dax, que siendo tan buen músico como erudito y literato, hubiera debido horrorizarse ante la melodía y la letra de la inepta canción que es la *Marseles* del socialismo contemporáneo. ¿Tenía motivos para no contradecir la proposición excéntrica de Riouffol, pues los cánticos estaban resacavados para las reuniones numerosas? Preparándose á combatirlo ¿quería probarle que era tan revolucionario como él? Ello fué que Cremieu-Dax fué el primero en entonar la canción:

... ¡En pie, condenados de la tierra!
 ¡Arriba, presidiarios del hambre!
 La razón truenca en su cráter,
 Es la erupción del fin,
 Hagamos del pasado habla rasa,
 ¡Multitud enclava, arriba, arriba!
 El mundo va á cambiar de base.
 No somos nada. Seámoslo todo.

La desgraciados que pronunciaban esa invocación digna de la antigua alquimia: « el mundo va á cambiar de base » se atrevían á apoyarse en la *Naturaleza*, esa universal conexidad de los acontecimientos que une todo lo que es á todo lo que ha sido y á todo lo que será. Tenían la palabra *Ciencia* á la cabeza de todos sus programas, y no vacilaban en comparar la razón, esa lúcida y fría investigación objetiva de las condiciones suficientes y necesarias, con la explosión ciega del fuego subterráneo en un volcán. Hablaban de *Progreso* y desconocían su principio mismo, que es el del desarrollo por continuidad, al vociferar esta llamada á la destrucción total: « Del pasado hagamos tabla rasa ». Pretendían servir á la *Justicia* y no veían que al proclamar el despotismo del número: « No somos nada. Seámoslo todo », glorificaban el más brutal abuso de la fuerza menos legítima por ser la más estúpida. ¡Y todos estaban de buena fe! Excepto Rumesnil, acaso, y aun este tenía una especie de sinceridad por efecto de la deformación intelectual que produce en los más resueltos comediantes una actitud prolongada. Él también estaba muy cerca de creer que los colectivistas inauguraban una humanidad nueva volviendo á la horda primitiva. De los siete jóvenes reunidos en aquella habitación, Juan era el único que comprendía la locura de aquel cántico de orates, y es justo añadir que su voz fué la única que no se unió á ese coro tanto más espantoso cuantas menos eran las voces que le componían. La primera vez que Juan había oído aquel canto de odio fué en una reunión pública, hacía dos años. Y aunque se le encogió el corazón no dejó aquella asamblea porque se dió la razón filosófica por la cual los ideólogos de todos los tiempos se han hecho cómplices de las peores salvajadas y que consiste en creer que siempre debe de

haber algún exceso en los primeros impulsos de la energía popular. Tal era también la opinión de Cremieu-Dax: « Nuestro primer deber es salvar el principio mismo de toda civilización: una humanidad ardiente ». Aquel día, aunque no decidido á romper definitivamente con un grupo cuya idea de mutualidad intelectual y moral le había seducido tanto, Juan no se dejó ya engañar por ese sofisma y no confundió la fiebre y la malsana quemadura con el benéfico calor de la vida. Cuando oyó esta copla final, tan vulgar como inepta:

Esta es la lucha final
Agrupémonos, y mañana
La Internacional
Será el género humano

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO BLANCO"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

el joven exclamó secamente:

— No somos un comité electoral. ¿Vamos á trabajar?

— ¡Trabajar! respondió Riouffol asestando á su primo una viva mirada de sus ojillos negros; sabemos lo que es eso tanto ó más que tú...

— El camarada Bobetiere tiene la palabra, dijo vivamente Rumesnil para impedir una respuesta de Juan; y silencio todo el mundo...

Bobetiere era un estudiante de medicina muy distinguido y á quien los profesores auguraban el más hermoso porvenir. El estudiante quería adquirir la especialidad de las enfermedades nerviosas, orden de conocimientos que debe, más que otro alguno, conducir al espíritu á la verdad social, pues nos hace tocar con el dedo la fragilidad del pensamiento, el equilibrio inestable de la voluntad y la irresistible y constante influencia hereditaria. Si el problema de la política con-

siste en hacer vivir juntos á los hombres, para un neurólogo debía reducirse á dirigir hacia el bien común y neutralizar para el menor mal posible á una mayoría de impulsivos, de degenerados y de candidatos á la manía. Pero Enrique Bobetiere no era sólo un alumno de la Salpêtrière, era también el hijo de un pastor protestante. En él, como en Cremiáu-Dax, el impulso de lo inconsciente era el más fuerte en cuanto se trataba de la cosa pública. Aquel muchacho lleno de dulzura y de paciencia, con una ancha cara germánica rodeada de cabellos bermejos, con ojos soñadores de un azul claro detrás de unas gafas, sentía en sí mismo un alma indomable de viejo hugonote cuando entraba en juego la Revolución, en la que veía el término, triunfal para él y para los suyos, de las luchas religiosas de los siglos diez y seis y diez y siete, cuyo recuerdo conservaba intacto. Rumesnil, que tenía gracia, decía que Bobetiere no pasaba nunca por debajo del balcón del Louvre sin mirar si Carlos IX le apuntaba con su arcabuz. Su familia había emigrado á Alemania en 1685 y no había vuelto á Francia hasta después del primer Imperio. Tampoco él tomaba parte en la política activa más que desde la crisis de 1898. Cuando Rumesnil le nombró, se puso en pie y con las dos manos apoyadas en la mesa y sin más movimiento que el de asegurarse los anteojos, empezó por recordar, con un acento en el que se adivinaba la sinceridad apasionada y su origen protestante, el destierro de los suyos á la revocación del edicto de Nantes, su vida en el extranjero, su constante nostalgia de la patria, su vuelta, los episodios de su vida de familia y una multitud de detalles que probaban hasta qué grado, aun siendo materialista, seguía perteneciendo á su religión por sus fibras profundas.

— Como veis, camaradas, concluyó, estoy en condiciones de saber lo que nos esperaba si la secta á que pertenece el señor Chanut recobrase el poder... Pero precisamente para conservar el derecho de anatematizar los procedimientos de intolerancia de que los míos han sido víctimas, trato á mi enemigo según mis principios y no según los suyos y, en este caso, voto por que la conferencia solicitada se verifique.

— Camarada Rumesnil, dijo Riouffol con su voz dura, ¿no podríamos tener aquí siempre el diccionario de Larousse? Querría consultar las letras P... y S... Y al ver que todos le miraban con asombro, añadió: Es para leer al camarada Bobetiere los artículos *Presbiterianos* y *Serpel*... Si vota por Chanut, está en su derecho, pero que no nos hable de la tolerancia de los curas y de los pastores...

— No niego que haya habido excesos de parte de los reformados, dijo Bobetiere, pero tú no negarás á tu vez...

— Negaré siempre que un cristiano declarado tenga nada que hacer con nosotros, interrumpió Riouffol. Pastores ó curas ¿qué me importa que llevéis levita ó sotana desde el momento en que enseñáis al pueblo la resignación? Nosotros le predicamos que se subleve. ¿Estás con ellos ó con nosotros? Habría que saberlo...

— No es esa la cuestión, dijo Rumesnil, interrumpiendo de nuevo al irascible encuadernador. ¿Tenemos un reglamento, sí ó no? ¿Hemos convenido en que en la *Tolstoi* se razonaría científicamente? Sí. Pues bien, el primer principio de un buen método intelectual es no estudiar varios puntos á la vez. Tenemos la opinión y el voto de Bobetiere. Da la tuya y tu voto sobre el mismo punto...

— ¿Mi voto? respondió Riouffol levantándose y su-

brayando sus frases con fuertes ademanes; es no, no y no... No somos aquí aficionados ni *dilettanti*. Somos trabajadores y tenemos algo que hacer. Nada de caraduras. El camarada Rumesnil ha hablado de método científico. Ahora bien, si hay una regla que ordena no estudiar más que un problema á la vez, hay otra que prohíbe estudiar problemas manifiestamente absurdos, como la cuadratura del círculo, por ejemplo. ¿De qué quiere hablar Chanul? Del cristianismo y de la ciencia. Sabemos en esto á qué atenernos, y nosotros, cuarto Estado, no tenemos tiempo que dedicar á semejantes tontunas. Somos proletarios que trabajamos todo el día y venimos aquí por la noche para convertirnos en hombres conscientes. Nuestras horas están contadas y no tenemos ni una que dedicar á ese fabulista. He dicho...

— ¡Y has dicho bien! exclamó irguiendo su alta estatura un joven de cabello muy largo echado hacia atrás, y cuya tez morena, ojos sombríos y voz cantante revelaban un origen meridional. Se llamaba Mario Pons y era de Tolón, donde su padre ejercía la profesión poco revolucionaria de escribano. Él también era oficialmente estudiante de derecho, pero en realidad no se ocupaba más que en la literatura. Había publicado ya dos tomos de versos compuestos de ese modo musical y teñido de simbolismo que ha prevalecido en estos últimos años, pero cargados al mismo tiempo de misticismo humanitario. Profesaba teorías de un esteticismo vagamente inspirado en Ruskin, sobre la necesidad de dar al pueblo una cultura artística para el decorado de las más humildes habitaciones y de los más pobres muebles. Su fórmula favorita era «el derecho de todos á la Belleza», como si esa Belleza (con una B de las más grandes) pudiera embotellarse y distribuirse

por medidas iguales en algún mostrador imaginario. Sí, repitió, has hablado bien, Riouffol; no tenemos tiempo de escuchar á ese histrión. Y después, aunque la mayoría decidiese dejarle venir á hablar aquí, yo pediría que le pusiese la condición de no venir con sotana. Y siguió haciendo una crítica, con pretexto de ese traje, sobre la fealdad del mundo cristiano y después un párrafo sobre los esplendores posibles del mundo industrial. Sus amigos conocían aquellos clichés sobre la poesía de las estaciones de ferrocarril y de las máquinas, sobre lo pintoresco de los carteles de anuncios, etc., etc. Pons no les perdonó ninguno y dijo para concluir: Recordad que no estamos aquí para hacer solamente obra de verdad, sino también de belleza...

— Á mí, dijo el vecino de Pons, poco me importa la fealdad del solideo con que Chanul cubre su microcefalia. Lo que me importa es lo que voy á explicar... He escrito unas frases en un papel... Ya sabéis que no soy orador... Era un obrero electricista llamado Boisset. Dotado de una fuerza de voluntad extraordinaria, se había instruido él mismo economizando en sus comidas para alquilar libros y privándose de dormir para leerlos, patético suspiro hacia un poco más de luz que, por una cruel ironía, había hecho de aquel autodidacta un cacógrafo desesperante. Lo ridículo de sus metáforas, que él creía efectos de estilo, la pretensión de las frases literarias que empleaba, mezcladas confusamente con terminos argóticos ó científicos, el tono de oráculo de sus lucubraciones, todo contribuía á hacer de las prosas que perpetraba de cuando en cuando perfectos ejemplos de cosas mal escritas. Lo más frecuentemente eran interminables cartas dirigidas, ya á un político que le había desengañado, ya á un pe-

riodista cuyo artículo le gustaba ó le desagradaba, ya á un conferenciante de la *Unión Tolstoi*, ó ya, sencillamente, á cualquiera de sus amigos. Á veces, como aquella noche, era una nota limada durante muchas horas para no dejar nada al azar. Ésta, que él empezó á leer con voz un poco vacilante, pues era tímido, empezaba con esta frase, de la que estaba tan orgulloso como pudo estarlo Arvers de su soneto: « Camaradas, la hora es solemne. Se trata de saber si nuestro grupo es de los que se quedarán atrasados y hemipléjicos en la podredumbre de una pasividad de *diletanti* ó en una liviandad melítica de indiferentistas divertidos, que reducirá nuestras mentalidades socialistas al rango de los encefalos de los erapulosos de la alta sociedad, saturados de hidrargiro... » Y durante diez minutos habló en ese tono, calificando al cándido Chanut de profeta cuitado, definiendo el catolicismo de « anticuada idolatría, digna de las alucinaciones fetichistas de las épocas euaternarias » y así sucesivamente, hasta declarar que « si el llamado Chanut quería tener la escupidera en la *Tolstoi* para expectorar en ella las deyecciones de su tuberculosis intelectual, es que tendría para ello sus motivos secretos... »

— ¡ Roma nos está mirando! decía, Roma, que quiere deslizarse entre nosotros para infestar de microbios nuestras virgenes energías revolucionarias. ¿ Os prestaréis á ello, camaradas, vosotros, que estáis hartos de ver, en la desigualdad social, cabalgar juntos las risas y los llantos y que conocéis el programa de los jesuitas y de la democracia cristiana, que consiste en curar las llagas sangrientas del proletariado con estopa narcotizada, para que se vuelva á dormir en el letargo comatoso de los esclavos para siempre privados de cerebro? »

Había algo de trágico en el grotesco y sincero esfuerzo de aquel primitivo que había trabajado heroicamente para llegar á aquel final « cuitado ». Solamente los vocablos médicos de que abusaba con aquella bufona torpeza, suponían una infinita paciencia para haberlos almacenado en su rebelde memoria. Si aquella pasión por instruirse hubiera estado encauzada en una vía resueltamente profesional, Boisselot hubiera resultado un *obrero superior*, mientras que no era más que un *burgués inferior*. Pero si todos no están llamados á aprenderlo todo ¿ donde está la Justicia? De ordinario, y como si creyeran que la lógica de su causa les obligaba á ello, los literatos como Cremieu-Dax y los sabios como Bobetiere aceptaban sin burla aquella fraseología de lisiado intelectual. Perdonaban al *minus habens* en favor de las cualidades de abnegación y de desinterés que le habían visto probar en tantas ocasiones. Pero Juan no podía tener aquella indulgencia, pues veía demasiado claramente en aquel ejemplar significativo la gran ley de que su padre, todos los suyos y él mismo eran víctimas. El electricista había ejecutado por su propia cuenta una intentona analoga á la que el abuelo, Labrador de Quintenas, había ensayado con su hijo José. Había pretendido prescindir del tiempo y creído en el beneficio inmediato de la instrucción. En los dos casos el aborto era igual. En la disposición en que se encontraba su sensibilidad exasperada, Juan soportó mal la identidad entre el anticlericalismo del obrero y el que había expresado su padre en términos menos extraordinarios pero igualmente inquisitoriales. Así fué que con una irritación mal disimulada dijo á su vez:

— Por lo que he podido comprender á Boisselot, éste considera que recibiendo aquí al padre Chanut seríamos víctimas de un peligroso intrigante. Yo no poseo

el verbo ni la elocuencia de nuestro camarada, pero sé que el *a, b, c* de la honradez consiste en respetar la propia firma. ¿Qué hay al pie de este programa?, y cogió un ejemplar que estaba sobre la mesa. Los nombres de nosotros siete. ¿Estamos comprometidos, sí ó no, á fundar una sociedad de educación mútua entre hombres de todas las condiciones? pues la mutualidad supone el cambio y el estado de sacerdote es una condición. Debemos, recibir á ese sacerdote bajo pena de faltar á nuestros compromisos. Y esas faltas lo son en todas partes contra la probidad...

— ¡Pido la palabra! dijo Riouffol, que había envuelto á su primo, mientras hablaba, en una mirada de desconfianza. Cuando el estudiante hizo aquella alusión desdeñosa á la fraseología del precedente orador, aquella mirada había expresado verdadero odio, y Cremieu-Dax, que había sorprendido la mímica del violento personaje, temió sin duda que contestase á la dura frase de Juan con otra más violenta que pudiera herirle. ¡Le veía tan cansado y tan disgustado de semejantes discusiones, en las que aparecía clara la inutilidad de sus esfuerzos!... Pretendían reformar el orden social y no se entendían para organizar una conferencia. Las echaban de altruistas y no hacían más que afirmar sus personalidades con una energía desesperada. El paciente judío aceptaba como un mal necesario aquellos mentís á su ideal, pero se daba cuenta de que su amigo podía sublevarse y salirse de la asociación con el primer pretexto. Cremieu-Dax se interpuso, pues, pensando atraer hacia él la cólera del encuadernador. Era también interesante que una energía como la de Riouffol permaneciese al servicio de la *Unión Tolstoí* todo el tiempo posible, y esto bastaba para que su fundador soportase los ataques que quería ahorrarse á su amigo.

— Dispensadme, dijo, el reglamento me autoriza á hablar. No tenéis más que mirar el título V, artículo 67... Sabía que Riouffol cedería en esto con el escrúpulo particular que los revolucionarios de aquel tipo ponen en observar la letra de los reglamentos, por una pedantería de pontífice que toma en serio los menores ritos de su sacerdocio. El encuadernador, en efecto, hizo un gesto de irritada aquiescencia mientras Cremieu-Dax empezaba á exponer su tesis, siempre la misma, que tenía el arte de hacer brotar de todos los debates con una sutilidad tanto más especiosa cuanto que el judío manejaba muy ingeniosamente el lenguaje metafísico. Esta será una de las observaciones que tendrá que hacer el cronista futuro de nuestras fantasías bizantinas, si se encuentra alguno para tan fastidiosa historia: el predominio tomado en la dirección del socialismo francés por los filósofos profesionales. Nada prueba más el vacío de un partido que se está haciendo peligroso por representar apetitos justificados por sofismas, que el hecho de dirigirse á los instintos más brutales con los argumentos más abstractos. — Me asombra, dijo Cremieu-Dax, que ninguno de los camaradas haya mencionado lo que llamaré, con Claudio Bernard, la idea directora de nuestra *Unión*, la que la coordina y hace de ella un organismo activo. Nos hemos propuesto realizar aquí, desde ahora mismo y entre estas cuatro paredes, la sociedad futura y vivir en ella plena y alegremente. Hacemos lo que el filósofo antiguo que probaba el movimiento andando. Somos empíricos á la manera de Pasteur, que no ha dado la teoría completa de la rabia, pero la ha curado. Se pretende que la ciudad futura es una utopía y nosotros hemos querido realizarla entre un pequeño número de personas, es cierto, y por pocas horas, también es

verdad. Pero realicémosla. Ahora bien, en la ciudad de Justicia ¿habrá exclusiones para las sinceridades contrarias? Evidentemente no, puesto que estará formada por el libre desarrollo de todas las individualidades. No queriendo dejar hablar á un hombre que viene á nosotros y al que debemos creer sincero, no realizamos ya la ciudad de Justicia y de Amor, sino la ciudad de Discordia, la ciudad Inicua, la que muestra su ferocidad fuera de esta casa y contra la cual protestamos todos los días...

— ¿Puedo hablar ahora? preguntó Riouffol, cuya larga cara se había oscurecido todavía al oír aquel discurso. El obrero se daba cuenta de su falta de cultura y sabía que esa laguna de educación era irreparable. También él se había instruido solo y mal por lecturas poco metódicas y cuando se encontraba delante del pensamiento brillante de aquel primo por cuyas venas corría la misma sangre, se irritaba y entraba en furor. De aquí procedían sus rebeliones casi animales contra unos argumentos que le parecían falsos y peligrosos sin poder argumentar en contra con fuerzas iguales. Por más que quería sublevarse, el prestigio de ciertas palabras era tan poderoso en él, que la sola mención del nombre de un Claudio Bernard, por ejemplo, ó de un Pasteur, le hipnotizaba de admiración. Ese conjunto de impresiones contradictorias le hacía con frecuencia enteramente irrespirable la atmósfera de la *Unión Tolstoi*. Entonces se levantaba y se iba sin saludar á nadie, lo que no le impedía volver al día siguiente á codearse con sus compañeros más instruidos que él. Los instantes en que les hacía frente eran para el pobre encuadenador los de una vida más intensa, pero nunca había estado tan excitado como en aquel momento, cuando Rumesnil le dió palabra.

— Por lo que he podido comprender, dijo adoptando la fórmula de Monnerón, Cremieu-Dax pretende que en la sociedad futura habrá sitio para el catolicismo. Yo no soy un licenciado en ciencias; soy un simple. Creía que la ciudad futura estaría fundada en la Razón y en la Ciencia. Esto me confunde...

— No he dicho que habrá católicos en la sociedad futura, replicó Cremieu-Dax con la dulzura que siempre empleaba para hablar con los obreros de la *Unión* y especialmente con Riouffol. Lo que he dicho es que en la Ciudad de Justicia todas las opiniones serán libres.

— Serán libres, pero no habrá católicos, continuó Riouffol. Es lo que quería preguntar. Así si queremos realizar desde ahora esa vida de la democracia, nada de caraduras en nuestra casa... ¿Te chocha mi frase, Monnerón? (Juan, en efecto, no había podido contener un gesto de impaciencia al oír de nuevo esa grosera fórmula.) La palabra no es bonita ni se emplea en vuestras universidades y vuestros colegios, pero es la que emplean los que os permiten tener esas universidades y esos colegios, esas bibliotecas y esos laboratorios... Y el día en que ellos quieran...

Y aquel ignorante idólatra de la ciencia se calló cerrando el puño con un ademán terrible. Los tres jóvenes de verdadera cultura que allí se encontraban, Juan, Cremieu-Dax y Bobetiere, pues Rumesnil y Pons no poseían sino una intelectualidad fantástica, pudieron sentir pasar sobre sus cabezas el soplo espantoso de los próximos vandalismos. ¡ Si ! ¡ Desgraciada obra secular de la humanidad reflexiva cuando los fanáticos de la Justicia choquen con la Inteligencia ! Por otra parte, la reunión se sentía poseída desde el principio por un malestar latente que la frase de Riouffol hizo estallar en exclamaciones apasionadas.

— En esos laboratorios trabajamos para vosotros... exclamó Bobetiere.

— Somos vuestros delegados en la ciencia, ni más ni menos, dijo Cremieu-Dax.

— Entonces ¿ por qué queréis imponernos un delegado de la ignorancia ? replicó Pons.

— Para instruirle, respondió Cremieu-Dax.

— ¿ Has inventado una geringa para inyectar la luz en la pía madre de un clerical ? dijo Boisselot.

— Las lecciones de cosas son las mas eficaces, respondió Cremieu-Dax con la misma seriedad que si la pregunta del electricista no hubiera sido hecha en aquel lenguaje ridículo. Yo mismo comprendí, visitando uno de los *settlements* de Manchester, la benéfica educación que las clases superiores pueden recibir de las inferiores.

— ¿ Ténian con ellos curas católicos los de Manchester ? preguntó Riouffol. Y añadió con una especie de amarga bondad, exasperado por aquella expresión de las clases superiores é inferiores : Yo pregunto porque no sé y trató de instruirme. Nosotros no hemos viajado; yo no he salido de París desde que fui soldado. *Ni siquiera he ido á Modderfontein.*

Para subrayar mejor el alcance de estas palabras, el obrero las dijo lentamente, mirando á Cremieu-Dax. Conviene advertir, á fin de que de se comprenda aquel brutal epigrama, que un periódico acababa de acusar al padre de Cremieu-Dax de una operación fraudulenta sobre la mina de aquel nombre. La alusión fué tan directa y, en aquel medio socialista, tan insultante, que todos se quedaron callados y miraron involuntariamente á Salomón, que se puso muy pálido, mientras salía de sus pupilas un relámpago de indignación. Pero la fuerza de voluntad fué más fuerte y su cara se

quedó tan impassible como si no hubiese oído. ¿ Qué pensaba Salomón de su padre y de las operaciones de Bolsa de que provenía la inmensa fortuna que debía heredar ? Nadie, ni el mismo Juan, lo sabía, y él no lo dejó adivinar tampoco ante el insolente ataque que había inspirado á Riouffol su fanatismo antirreligioso. Aquella escena muda no duró, por otra, parte, más que un segundo, pues Rumesnil se apresuró á cortar una discusión que había tomado un sesgo alarmante para su prudencia.

— Todos habéis emitido y justificado vuestra opinión, dijo. Yo debo justificar á mi vez la mía, con tanto mayor razón cuanto que no es la que era cuando nuestro último debate. Los argumentos de Monnerón y de Cremieu-Dax me parecen irrefutables. La necesidad de hacer honor á nuestra firma, por una parte, y por otra la de mantener su carácter á nuestra fundación, me determinan á votar por la conferencia Chanut, cualquiera que sea mi repugnancia hacia sus ideas... De este modo tenemos cuatro votos contra tres. Procedamos, pues, á la votación definitiva, á no ser que alguien quiera hacer observaciones...

Como siempre sucede en las discusiones muy vivas cuando uno de los contendientes se ha permitido alguna expresión muy fuerte, la excitación de hacia un momento se cambió en una paz de consternación. Todos los miembros de la *Unión*, nombre bien escogido, tenían prisa por cerrar un incidente que podía poner en peligro el porvenir de su obra. Cuanto más se les imponía la evidente imposibilidad de dar vida á aquella creación contra naturaleza, más querían conservarla con igual pasión aunque con puntos de vista tan diferentes. La proposición de Rumesnil fué, pues, aceptada, y una vez recogidos los « sí » y los « no » sin

más explicaciones, el joven noble levantó la sesión.

— Voy á prevenir al señor Chanut, dijo, y á pedirle que fije el día de su conferencia. Él había propuesto la semana que viene, en la que no tenemos más noche libre que la del miércoles. ¿Conviene ese día á la junta?... Está bien. Si el señor Chanut no tiene inconveniente, está convenido... Todos se levantaron de sus sillas y se dispusieron á salir de la sala. — Estarás contento de mí, dijo Rumesnil á Monnerón. He votado « sí » por tí y también por repugnancia hacia ese barbero de Riouffol. Si me llega á hablar como lo ha hecho á Cremieu-Dax, no sé lo que le hago... pero no lo hubiera soportado... Es verdad que...

No terminó. El noble, puntilloso en materias de honor como un refinado del antiguo régimen, había reaparecido en el idealista humanitario. Acababa de presidir una junta socialista y no por eso dejaba de ser el conde de Rumesnil con toda la insolencia de su « es verdad que... » La afectuosidad de la primera parte de su frase había tocado en Juan aquella llaga siempre pronta á sangrar en su corazón lleno de sospechas. ¿Por qué su camarada le manifestaba aquella deferencia si no tenía nada que hacerse perdonar? Detrás de aquel « es verdad que... » había descubierto el orgullo de un hombre de otra casta, tanto más ofensivo cuanto que no se expresaba por completo, y respondió :

— Yo tampoco se lo hubiera sufrido. Pero eso consiste acaso en que ni tú ni yo queremos á la *Tolstoi* como él... Cremieu-Dax ha pensado en su obra ante todo... Mira...

Habían entrado en la biblioteca y Monnerón designaba con los ojos á Rumesnil que estaba hablando con un obrero de cierta edad, que le pedía la explica-

ción de cierto pasaje de un libro. Salomón le escuchaba con una atención profunda. Riouffol, á algunos pasos, arrugaba entre sus manos un periódico que aparentaba estar leyendo, pero la mirada que dirigía por encima al grupo denotaba en él una lucha interior. ¿Sentía su increíble ultraje á un compañero de luchas? ¿Y qué compañero!... ¿Quería, por el contrario probar que aceptaba las consecuencias de su actitud y estaba pronto á todas las explicaciones? De pronto vió que Rumesnil y Monnerón le estaban observando y, dejando el periódico en la mesa, los miró él también cara á cara para desafiarlos y salió lentamente hacia la sala de conferencias. Cremieu-Dax no pareció verle, pero su fisonomía expresaba tal amargura y tal esfuerzo de voluntad, que Juan no pudo soportar el ver á Riouffol marcharse sin algún correctivo, por lo cual se lanzó en la misma dirección que su primo y le alcanzó en la antesala.

— Tengo que hablarte, le dijo cogiéndole del brazo con un movimiento brusco del que el obrero se desprendió diciendo :

— Y yo tengo que volver á casa. Si quieres que hablemos, no tienes más que acompañarme. Pero nada de juegos de manos...

Durante un segundo los dos primos se miraron cara á cara y al oír que alguien se acercaba se separaron con el pretexto de coger los sombreros y los abrigo y después bajaron juntos la escalera sin cambiar una palabra. Una vez en la calle, donde nadie podía oírlos ni interrumpirlos, Juan empezó :

— ¿Sabes que te has portado de un modo abominable con Cremieu-Dax?

— ¿Sabes, replicó Riouffol, que los cuatro os habéis portado de un modo abominable con la U. T. ?

— No se trata de la U. T., sino del insulto que no has temido lanzar á aquel de entre nosotros á quien más debíais respetar los obreros.

— Yo no respeto á los traidores, dijo Riouffol con gran violencia. Si, los traidores, pues él es quien ha aconsejado á Chanut que pida hablar entre nosotros. Por mucho que haga, Cremieu-Dax es cuñado de un marqués, pasa las veladas en los salones con hermosas damas desnudas y el pecho al aire, pero que piensan como los católicos, y quiere probar que no es uno de esos gazaños que molestan con sus principios y no transigen con el eterno enemigo. Es tolerante, ancho, liberal y abre á los curas demócratas — ¡ un cura demócrata, déjame reirme! — un rincón que los buenos papanatas del taller creíamos seguro. El día en que ese cura haya hablado entre nosotros, no habrá ya U. T. Nuestro grupo no es un locutorio, es una acción. Nosotros no somos tolerantes ni liberales y él, cuando no hablará, de eso me encargo yo. En cuanto á tu Cremieu-Dax, le he dicho lo que merecía, á mi modo. Yo no soy un educado ni un burgués, afortunadamente, pues veo cosas muy sucias en las casas de burgueses que frecuente... Y mirando á su primo con una expresión que daba á sus palabras una significación horrosamente personal, repitió: cosas muy sucias...

— ¡ Esta vez vas á explicarte! respondió Juan. Ya no se trataba de Cremieu-Dax ni del ultraje que como amigo había él deplorado. Si era á Julia y á sus relaciones con Rumesnil á quien Riouffol había querido aludir, tendría que decirlo y Juan sabría al fin la verdad que todo el mundo parecía conocer y él presentía. Cogió de nuevo al encuadernador por el brazo, tan vigorosamente que éste no pudo desprenderse, y exclamó: Vas á explicarte. Yo no tengo la paciencia de

Cremieu-Dax ni aquí estamos en la *Tolstoi*... Y empujando al obrero, con una fuerza decuplicada por la cólera, hacia la esquina de la calle de Cassini, añadió: No te dejes hasta que me digas si es de mí ó de alguno de los míos de quienes te permites hablar así. Estoy harto de tus insolencias y voy á darte también tu merecido y una buena lección á la vez.

— ¡ Estás loco! dijo Riouffol, cogiendo á su vez á Juan con la mano que le quedaba libre. No tengo ninguna explicación que darte. Si la deseas, ve á pedirselo al señor de Montborón...

— ¿ Al señor de Montborón? repitió Juan, cuyo asombro fué tal que soltó en el acto á Riouffol. ¿ Qué significa era broma?

— ¡ Ah! ¿ No conoces al señor de Montborón? continuó el encuadernador. Pues, sin embargo, es alguien que te toca muy de cerca. ¿ Y á la señora Ángela de Azay, la conoces? Pues es muy agradable el conocerla y muy útil; preguntásele al señor de Montborón... Después, dejando el tono burlón, su voz se hizo áspera y sorda para continuar: el señor de Montborón es tu hermano Antonio. Ese lindo señorito concurre con ese nombre á las carreras, á los *restaurants* de noche, á los garitos, y se deja mantener por la mujer publica de Azay, su querida y la de todo el mundo que tenga cincuenta lises. El señor de Montborón no los paga, los cobra... Toma informes, amigo. Haz como yo, vete á las carreras. El día en que descubrí al personaje tenía yo un buen garrote preparado para responder á las bandas de jesuitas, si gritaban. No chistaron, los cobardes, pero yo no perdí mi día, porque vi llegar á nuestro Antonio y a su amiga en un coche de lujo que era lo que había que ver. Me di el gusto de pasar por delante de él y saludarle. Los

seguí, porque veía venir el golpe de esta noche en la U. T. y guardaba ese recadito para ti... Dale la noticia á Cremieu-Dax, para que se la comuniqué á su papá... ¡El señor de Montborón! Eso suena bien para figurar en un consejo de administración al lado del yerno... ¿Tenía yo razón al decirte que en casa de los burgueses pasan cosas sucias? ¡Ah! ¿Querías dar una lección á Riouffol? Pues eres tú quien la ha recibido, amigo mío. Trata de aprovecharla, señor profesor.

Y después de este irónico adiós, que indicaba el mayor motivo de su odio, se alejó sin que Juan pensase ya en seguirle. Aquella salvaje denuncia hecha así, con tan duras miradas, en aquel rincón solitario, por aquel pariente de humilde condición y después de aquel día cargado de tristeza, había herido al joven en pleno corazón. No era aquel el golpe que esperaba, pero ¿no le recibiría también después? Por el momento, la sorpresa hacía que aquel fuera casi más doloroso. Juan no dudaba de la sinceridad ni de la veracidad de Riouffol, al menos sobre un punto; ese nombre de Montborón adoptado por su hermano para figurar entre la gente dudosa donde le había sorprendido el espionaje del pariente pobre. Es sabido que uno de los barrios de los alrededores de Niza se llama de ese modo y en él era donde José Monnerón había pasado las vacaciones de Pascua después de su boda, en una quinta perteneciente á la familia de su mujer. Y siempre le estaba nombrando, en la ingenuidad de sus ternuras retrospectivas. Era evidente que ese recuerdo se había fijado en la mente de Antonio cuando tuvo la grotesca idea de adjudicarse un título... No había en esto, sin embargo, sino una chiquillada más vulgar que despreciable y tampoco pasaba de ser una hipótesis la acusación lanzada por el obrero sobre las

relaciones de dinero que pudieran unir al joven con aquella mujer cuyo retrato le había enseñado. Pero aquella hipótesis era, por desgracia, una de las que Juan había imaginado para explicarse las alhajas y los gastos de Antonio. Éste le había dicho en diversas ocasiones: « He jugado á las carreras y he tenido buena suerte... » y otras veces: « He hecho este mes una pequeña especulación en la Bolsa, muy sobre-seguro... » Y ya el estudiante, muy estrecho en su modesto presupuesto, había temblado ante tales prácticas. ¡Qué inocentes eran, sin embargo, al lado de la infamia cuya posibilidad tenía que admitir, aunque todo se rebelase en su corazón contra ella! Quedaba, con todo, una posibilidad de duda y esto bastaba para resistir el choque. En cambio una cosa era cierta é indudable: el gozo cruel que Riouffol había sentido al pisotear á Juan en su hermano como había pisoteado á Cremieu-Dax en su padre. ¡Qué profundidades de rencor en aquella sensibilidad de un obrero que no perdonaba á sus primos el haberse hecho burgueses! La familia de que formaba parte estaba herida por el mismo motivo en los que habían subido y en los que no habían progresado. No se había desarrollado en su país y en todas sus ramas á la vez. Cediendo como siempre á la propensión de su espíritu que le hacía ver una gran causa general detrás de los menores accidentes de su destino, Juan volvió á casa de su padre sumido en esas reflexiones que le llenaban de una melancolía aumentada por el convencimiento de la mentira en que se basaba la *Unión Tolstoi*, de la que no esperaba, aun no estando con ella muy contento, ese repugnante resultado ni esa hostilidad feroz de los ignorantes á quienes sus amigos y él habían pedido, casi, perdón de su propia cultura y hacia los cuales

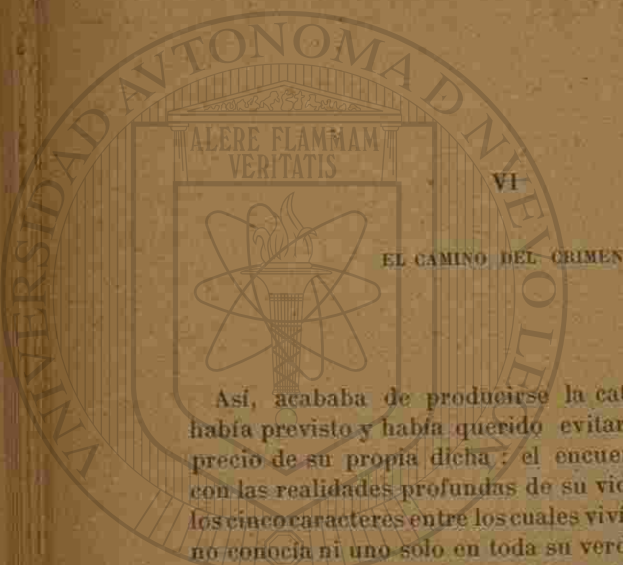
habían ido sus corazones tan sincera y generosamente. «El medio más seguro de aproximar á los hombres no es reunirlos.» Esta frase, pronunciada un día por Ferrand á propósito de las universidades populares, acudió á la memoria del joven como si oyera la voz del sabio que, en este punto como en los demás, había iluminado con tal claridad la vida social. Y al lado de su maestro vió Juan otro semblante... Allí estaba la verdad... allí la dicha... ¡Qué miseria, en cambio, la de su vida presente y cuántos puntos negros en su horizonte!... El estudiante andaba tan dominado por estos pensamientos, que no se dió cuenta del camino que llevaba y se encontró sin saberlo delante de su casa. Con el mismo paso de sonámbulo subió los cinco pisos y se quedó asombrado, al meter la llave en la cerradura, de oír unos pasos que se aproximaban, en los que creyó reconocer el modo de andar de su padre. Y en efecto, en cuanto abrió, vió á José Monneron en pie, con una lámpara en la mano como quien ha estado espionando el menor ruido de la casa, presa de la fiebre de una mortal impaciencia. La fisonomía ajada del profesor indicaba tal ansiedad y su turbación al ver aparecer á su segundo hijo fué tan extraordinaria, que Juan temió una espantosa desgracia.

— ¿Qué sucede, papá? preguntó.

Monneron se puso un dedo en la boca y volvió los ojos hacia la parte de la casa en que estaban las alcobas, para pedir á Juan que no hablase en alta voz. No quería, evidentemente, que su mujer y su hija pudiesen ni sospechar la conversación que iban á tener. Se dirigió por el pasillo á su despacho y, en cuanto estuvo solo con Juan, le dijo:

— ¿Qué sucede?... El señor Berthier ha venido á verme esta tarde — era el nombre del jefe de la casa de

banca en que estaba empleado Antonio. — ¡Ese señor acusa á tu hermano de una falsificación!... ¡Ah! Juan, qué tarde he pasado, sin nadie con quien hablar... ¡Nadie!... No he querido decir nada á tu madre sin haber hablado con él. ¡Le quiere tanto y es tan sensible! Antonio no ha comido en casa... Tú tampoco... He creído volverme loco... ¡Un robo y una falsificación!... Pero no es posible. No, no es verdad, no es verdad...



Así, acababa de producirse la catástrofe que Juan había previsto y había querido evitar por su parte al precio de su propia dicha: el encuentro de su padre con las realidades profundas de su vida de familia. De los cinco caracteres entre los cuales vivía, José Monnerón no conocía ni uno solo en toda su verdad y debía sufrir horrorosamente cuando se disipara la ilusión que alimentaba respecto de ellos. De pronto aquel optimista medio inconsciente y medio voluntario sabía una de esas cosas atroces que, una vez demostradas, abren los ojos a los más ciegos. Ciertas revelaciones son para todo un medio lo que la pauta puesta encima de la página criptográfica. Antes de colocar sobre la línea aquel cartón recortado, no se comprende ni una palabra. Después se lee fácilmente y con ella las demás. ¡Su hijo Antonio falsificador y ladrón!... ¿Cómo iba el profesor a soportar semejante revelación sin preguntarse el porqué? ¡Cuántas nuevas preguntas iban envueltas en las respuestas a ese porqué! Juan vió de repente el

derrumbamiento del castillo de quimeras en que se abrigaba la susceptible sensibilidad del funcionario mal casado, mal establecido en la existencia, mal informado sobre las leyes del mundo moral y social y resuelto a no reconocer sus errores para no desesperarse. Una vez más el instinto del « consuelo » fué arrojarse entre su padre y la realidad y Juan se hizo eco de una protesta sabiéndola infundada: Todo era ya claro para él. El amante de Ángela de Azay no podía vivir como vivía con sus recursos legítimos y los medios para tener dinero sin ganarle son limitados: era preciso que Antonio lo recibiera de alguien ó que lo robase. Riouffol le había acusado de recibirlo de su querida, pero sin pruebas. El jefe de su oficina le acusaba de haber robado, y éste no era, como el otro, ningún envidioso ni ningún fanático. Un hombre del carácter y de la posición del señor Berthier no podía haber hablado al azar. Este razonamiento irrefutable se imponía á la inteligencia de Juan con una de esas evidencias que se adelantan á la reflexión, lo que no le impidió decir á su padre cogiéndole las manos y obligándole á sentarse:

— ¡No, no! No es verdad... No es posible... Hay aquí algún error... Todo se pondrá en claro en cuanto hables cinco minutos con Antonio... Conozco á mi hermano y no es capaz de semejante acción...

— ¿Verdad que no?... exclamó Monnerón mirando á Juan con apasionada ternura, como si hubiera querido beber en los ojos de su hijo preferido una sugestión que todo su esfuerzo no llegaba á procurarle. — Eso es lo que me estoy repitiendo desde mi horrible conversación con el señor Berthier. Educado como lo ha sido en esta casa, donde no ha visto más que buenos ejemplos, no puede haberse vuelto un criminal de la

noche á la mañana. ¿Y por qué? Es un poco vanidoso, es cierto, y le gusta el lujo, pero gana mucho dinero. De sus ciento cincuenta francos al mes, da cincuenta á tu madre y se guarda ciento para sus gastos, lo que no deja de ser una suma. Siempre me ha dicho que ahorra una parte y le he dejado para que se acostumbrase á hacer economías. Tienes razón. En esto hay algún error... ¿Cuándo vendrá! Algún amigo le habrá retenido y á estas horas se estará divirtiendo. ¿Viste esta mañana cómo bromeaba? Son, sin embargo, ciertos los versos inmortales :

... Prima est hoc ultio quod se
Júdice, nemo nocens absólvitur...

¿Hubiera estado tan alegre, pregunto yo, teniendo sobre la conciencia el peso de una falsificación y de un robo? Antes de que saliera estuvisteis hablando. ¿Te dijo á dónde iba?

— Nada de eso, dijo Juan, y el rubor de esta nueva mentira le tiñó de rojo las mejillas. Hubiera sido peor aumentar las inquietudes de su padre con un síntoma cualquiera que denunciase una vacilación interior. — Pero, en fin, preguntó; ¿Qué ha dicho el señor Berthier? ¿En qué funda su acusación? Acaso entre nosotros dos veremos en seguida en qué se equivoca.

— ¡Ah! dijo el padre, no hago más que buscar ese punto y no lo encuentro... Acababas de salir, añadió como si estuviera viendo la escena, lo que indicaba una alteración prodigiosa en aquel literato abstracto que no vivía más que en sus ideas, y yo estaba leyendo mi *Orestes*, cuando la criada me entró la tarjeta del señor Berthier. «Viene á recomendarme algún discípulo, pensé. Celebraré el poder hacerle algún servicio, pues siempre ha sido bueno con Antonio». Pero desde que

entró y se sentó ahí, donde tú estás, adiviné algún asunto grave. «He querido hablar con usted, me dijo, antes de dirigir á mi presidente un informe que tendría para su hijo de usted las más terribles consecuencias...» Puedes figurarte cómo me quedé al oírle. Prescindiendo de sus frases halagüeñas sobre su consideración hacia mí y sobre el respeto de nuestro nombre, que fueron otras tantas puñaladas dado lo que vino después y que te repito textualmente: Un señor La Croix, un pintor aficionado, muy rico, cliente de la casa de banca, fué á ella el miércoles á dar una orden de Bolsa. Pasaba por París y aprovechó la ocasión para completar sus valores. Parece, según el señor Berthier, que viaja mucho y que deja acumularse los cupones de los depósitos sin colocar jamás el dinero, detalle que el banquero considera muy importante, ahora sabrás por qué. Eran las doce y media y muchos empleados, entre los cuales Antonio, habían salido. La Croix pidió la cifra exacta de su crédito, antes de dar la orden, y Berthier cogió él mismo el libro de cuentas corrientes y sacó la cifra de veintitrés mil francos. La Croix se extrañó, pues creía tener veintiocho mil, y ambos se pusieron á comprobar las sumas inseritas en los talones y las que figuraban en el libro. Éste contenía el asiento de un cheque de cinco mil francos cuyo talón estaba en blanco en el cuaderno. La Croix había visto que aquel talón estaba sin su cheque correspondiente, pero no había dado importancia al detalle, pensando que por distracción había arrancado aquel cheque con el de encima. En dos ó tres ocasiones había hecho la misma observación y explicado de igual modo análogas faltas. Berthier fué á buscar los documentos y encontró aquel cheque de cinco mil francos á nombre de un señor de Montborón que se lo había entregado á otro banco, el *Crédito departemental*,

el cual lo había cobrado en la banca Berthier. Ahora bien, La Croix declara que jamás ha oído pronunciar siquiera el nombre de Montborón, y reconoce que su firma está muy bien imitada, pero ha probado á Berthier, haciéndole examinar de cerca la letra, que la tal firma es falsa.

El desgraciado padre interrumpió aquí su cruel confidencia. Llegaba á un punto demasiado penoso y las lágrimas brotaron de sus ojos irritados por un asiduo y honrado trabajo. El ideólogo sólo había llorado en dos ocasiones que hacían referencia á sus candidas convicciones: en el entierro de Victor Hugo y cuando su amigo Barantín fué acusado de prevaricación; pero las lágrimas actuales salían de lo más profundo de su sangre de padre de familia que ve el deshonor posible de uno de sus hijos. Juan, pues, aunque aquel nombre de Montborón no le dejaba ni sombra de duda, dijo á su padre:

— Pero en todo eso no hay nada que acuse á Antonio. La Croix se ha dejado su cuaderno de cheques encima de una mesa, y cualquiera, un criado, por ejemplo, le ha robado uno, lo ha llenado y por no cobrarlo él mismo se ha hecho abrir una cuenta en un banco bajo el nombre de Montborón. Todo se explica de este modo.

— Esa ha sido la primera idea de Berthier, respondió Monnerón, y hasta ha rogado á La Croix que hiciese averiguaciones entre la gente de su casa. Como comprendes, ese error cometido en su oficina es un mal negocio para él, y estaba tan inquieto que, una vez solo, cogió el libro de cuentas corrientes para examinar minuciosamente la de aquel cliente. De pronto le chocó una particularidad. En dos ocasiones una cifra, de mil doscientos francos la primera vez y de tres mil la se-

cunda, estaba sentada en el *debe* y en el *haber* con pocos días de distancia. Era como si La Croix hubiera pedido esas dos sumas y las hubiera devuelto en seguida exactamente. Esa coincidencia de cifras tenía que ser casual y en tiempo ordinario no hubiera llamado la atención de Berthier, pero en este momento le dejó asombrado y juzga su sorpresa cuando se encontró con que los dos cheques llevaban el nombre de aquel Montborón al que La Croix no conocía siquiera. La consecuencia se imponía. Esos dos cheques debían de ser también falsos y el falsificador tenía que ser necesariamente persona al corriente de las cosas de la oficina. Al compensar así las sumas pagadas su objeto había sido mantener el total del depósito en la misma cifra, y se había servido de la cuenta referente al cliente que con más frecuencia estaba fuera de París y que menos costumbre tenía de comprobar sus cifras. Ante estas observaciones Berthier pensó: « Es uno de mis jóvenes empleados el que ha hecho la cosa para jugar. Ha probado la segunda vez con una suma más fuerte, ha ganado de nuevo y otra vez ha devuelto el dinero. Lo ha intentado la tercera vez con mayor cantidad y ha perdido ó bien la presencia inopinada del señor La Croix le ha impedido la restitución ». Aquí tienes la hipótesis que lo explica todo. Presta atención. Los jóvenes de la oficina son los que timbran los cuadernos de cheques de los clientes y esos cuadernos tienen veinticinco ó cincuenta. Nada más fácil que sustraer un cheque antes de entregar el cuaderno al cliente, el cual cree después en una distracción propia. Por otra parte, el rodeo imaginado de servirse de otro banco para hacer cobrar los cheques sin cómplices y como mecánicamente, bajo un nombre falso, denotaba una persona del oficio. Berthier pidió secretamente á La Croix la cartilla que posee

cada cliente, en la que la oficina copia en detalle, cuando ellos lo piden, las operaciones de su débito y de su crédito, y le comparó con una copia de la página correspondiente del libro. Entonces vió que éste no tenía huella alguna de los cuatro cheques sospechosos á nombre de Montborón. Ahora bien, hace seis meses es Antonio el encargado del servicio de los cheques y cinco semanas antes había puesto al corriente la cartilla de señor La Croix y debió anotar en ella la fecha y la suma de los cuatro cheques. No lo hizo, de esto no puedo dudar, pues Berthier me ha traído la cartilla de La Croix y la he comparado con la hoja del libro de cuentas corrientes... ¡ Ah! Juan, qué minuto pasó...

— ¡Padre mío! respondió el joven con una voz sin aliento. ¡ Mi pobre padre!... Una mezcla indescriptible de lástima y de veneración llenaba su alma, mientras el terror de la certeza absoluta é irrefutable le oprimía la garganta. No cabía la más pequeña duda. Las circunstancias concordaban unas con otras de una manera tan estrecha, que el joven no encontraba ya medio de asociarse á la rebelión de su padre contra la evidencia.

— En el primer momento, mi dolor fué muy grande y no pude hacer más que dar las gracias al señor Berthier, el cual me ha prometido no hacer denuncia alguna en veinticuatro horas para que yo pueda hablar á Antonio... Es un hombre excelente. Ya ves que tenía yo razón cuando te decía que hay hombres honrados en todas partes, hasta en la banca. Los pillos son la excepción y los hace malos la educación y la gente que los rodea. Por esto Antonio no puede serlo, no puede... Hay aquí una fatalidad que no comprendo. Tú, que le conoces y sabes lo afectuoso que es, ¿admites que hubiera ido á escoger ese nombre de Montborón que

esta unido en nosotros á tan tiernos recuerdos? Sólo esto prueba que es inocente... Y después ¿para qué quería ese dinero?... ¿Para jugar? Pero se trata de sumas enormes, tres mil, cinco mil francos, y en esas condiciones perder es la estafa y la prisión segura. ¿Cómo Antonio, tan inteligente, había de hacer semejante atrocidad? Todas las apariencias están contra él, convengo en ello, pero no creo en el hecho, no quiero creerlo. ¡ Estaba yo tan orgulloso de mi numerosa familia! Sin embargo, si mi hijo primogénito fuera culpable, yo sería el primero en pedir que se le castigase con todo el rigor de las leyes. Pero en nombre de mi larga vida de probidad tengo derecho á que se me den otras pruebas que simples apariencias, por contundentes que sean. Berthier no ha querido ir al *Crédito Departamental* á pedir datos sobre ese Montborón. Es para él cuestión de amor propio el no hacer daño á su casa de banca. Pero yo iré con Antonio y verán que no es él. Porque, en fin, ¿has oído hablar de algún crimen sin precedentes y sin motivos? Aquí no hay precedentes, y en cuanto á los motivos ¿puedes tú concebirlos, habiendo sido educado con él y como él?...

¿Cuánto tiempo hubiera durado este monólogo con el cual un padre en la agonía trataba de engañar la fiebre de aquella mortal velada, ante aquel hijo que no hacía más que inclinar la cabeza para indicar un asentimiento que su boca se negaba á pronunciar?... Un ruido que ambos percibieron con la misma opresión del corazón los dejó inmóviles el uno enfrente del otro, silenciosos y pálidos. La puerta de entrada acababa de abrirse y se oían en el pasillo los pasos de Antonio, un poco vacilantes á causa de la obscuridad y porque él no había comido en el *restaurant* de temperancia fundado por Cremieu-Dax. El joven entraba tarareando á media

voz una marcha húngara, recuerdo de la Exposición, y los versos espirituales de *Cirano*, todavía nuevos:

Esos son los *Cadets* de Gascuña
De Carbón de Castel-Jaloux...

Ofrecía un trágico contraste aquella alegría del joven y la profunda ansiedad con que le esperaban su padre y su hermano. No era posible el error. Aquella entrada tardía sucedía á una comida prolongada alegremente en casa de Angela de Azay, de donde el joven había tenido que desaparecer antes de las doce para dejar el puesto al protector oficial. Juan preguntó con un ademán á su padre si debía llamar á Antonio. El padre inclinó la cabeza en señal de asentimiento y el hermano menor salió al pasillo, donde pudo ver en seguida con qué ligereza aquel falsificador llevaba sobre la conciencia « el peso » de que había hablado su padre, citando al efecto — el oficio es una segunda naturaleza — el clásico pasage de Juvenal. La luz que salía del despacho dió de frente al joven que, con el sombrero de copa echado hacia atrás, el gabán abierto y la suntuosa corbata medio deshecha, estaba maseullando un puro. No estaba, sin embargo, bastante borracho para que la aparición de su hermano á aquella hora no le extrañase, y más aún la expresión involuntaria de la cara de Juan al decirle en voz baja pero temblando de indignación:

— Papá quiere hablarte en seguida: ¡ Ah! ¡ Falsificador! Papá lo sabe todo.

Antonio se quedó un segundo como aterrado al oír aquella frase cargada de tal amenaza, y despertó de repente de su borrachera. El instinto de la defensa animal, que se desarrolla en los criminales con el crimen mismo, le hizo erguirse, levantar la cabeza, ase-

gurar sus pasos y responder á su hermano con agresiva insolencia:

— ¿ Es una broma, verdad? Pues la encuentro pesada.

Y al decir estas palabras se dirigió sin embargo al despacho de su padre. De toda su persona se desprendía una atmósfera de mal lugar, mezclada con el olor del tabaco y de un fuerte perfume. Á medida que entraba en el radio de luz, las huellas de su orgía de aquella noche se hacían más visibles. La palidez de sus mejillas y de su frente indicaban un enorme cansancio, estimulado, sin embargo, por el sobresalto del peligro. Bien lo decía el brillo de su mirada y el acento casi altanero con que se dirigió á su padre en cuanto Juan cerró la puerta:

— ¿ Qué es lo que acaba de decirme Juan? ¿ Tienes que hablarme?... Aquí estoy.

— Sí, tengo que hablarte. He recibido hoy la visita del señor Berthier. ¿ Ese nombre no te hace adivinar de qué se trata?

— No á fe mía, respondió Antonio, y su cara tomó una expresión de arrogancia que hubiera denunciado la falta para cualquiera que no fuese el hombre cándido, á pesar de su cabello gris, con quien Antonio tenía que habérselas. Y aun en el caso de que José Monnerón no hubiera sido el sonámbulo ignorante de las cosas de la vida, era padre y las energías más íntimas de su sensibilidad imploraban una prueba de la inocencia de su hijo. Monnerón quiso encontrar esa prueba en aquella negación categórica y miró á Juan como para decirle: « Ya ves ». En seguida dijo á Antonio:

— No tienes realmente nada de que acusarte en tu servicio de la oficina?

— Nada que yo sepa, replicó el joven con la misma desenvoltura, y tuvo la impudencia de añadir: Me extraña mucho que si el señor Berthier tenía que hacerme alguna observación, no me la haya hecho á mí mismo en vez de venir á molestarte con semejantes miserias...

— No lo extrañarás, respondió el padre, cuando sepas qué grave es la cosa. El profesor invocaba ya las circunstancias atenuantes... para el acusador. ¡Cómo hubiera querido Juan, testigo lúcido y mudo de aquella ceguera de una parte y de aquel cinismo de la otra, poder decir á aquel hombre honrado: «¿Pero no ves esos ojos de tierra acorralada que espera el ataque? Mira esas facciones que expresan tan bien en este instante la brutalidad sensual... Escucha ese aliento fatigoso del embustero, á pesar de su audacia... Su garganta está oprimida y sus manos crispadas... Perdónale, pero atrevete á pensar la verdad...» Y él mismo se hacía cómplice de la mentira al callarse y escuchaba á su padre relatar al falsificador, que los sabía mejor que él, los detalles de su propia estafa. Antonio los escuchaba sin perder una sílaba. ¡Era una suerte inaudita el ser advertido de aquel modo! Á medida que el profesor hablaba, la fuerza de la evidencia se le imponía á pesar de todo y la fiebre de la duda, calmada un momento por la actitud resuelta del culpable, le abrasaba de nuevo el corazón. Ya sabes, dijo con acento desgarrador, la horrible sospecha que pesa sobre ti. ¡Ah! ¡Pruébame que no has hecho eso, hijo mío, pruébame!

— Nada más fácil, respondió Antonio, que durante aquel discurso se había reconcentrado en sí mismo, sin que se estremeciera ni un músculo de su cara. Juan midió por primera vez el estrago que la lujuria y la vanidad habían hecho en aquella alma. El simple y con-

movedor sufrimiento de aquel padre que le mostraba tan ciega ternura no despertaban ni un eco en el corazón del estafador, ocupado tan sólo del peligro en que se encontraba. Antonio acababa de imaginar un medio de ganar tiempo, con esa rapidez de concepción propia de un temperamento criminal y que explica cómo el crapuloso se convierte fácilmente en ladrón, por poco que la ocasión le impulse, y el ladrón en asesino. — Sí, repitió, nada más fácil, y digas lo que quieras, no puedo menos de guardar rencor al señor Berthier, pues con dos palabras hubiera yo reducido á la nada esa acusación... Es verdad que estuve encargado de poner al corriente la cartilla del señor La Croix, pero nosotros no contamos al señor Berthier nuestras tranquillas y él no nos ve cuando está encerrado en su despacho. Para acabar más pronto, cuando uno de nosotros hace una copia de ese género, uno de los compañeros le dicta, á cambio de la natural reciprocidad. Así pasó cuando copié la cuenta del señor La Croix. Un compañero me dictó las cifras y yo escribí lo que él me dictaba. Aquí tienes lo que yo hubiera explicado al señor Berthier si él me hubiese hablado... y lo que le explicaré mañana... No te alarmes, seré cortés, pero no me impedirás el decirle que ha carecido de tacto, lo que no me extraña en aquel elefante... Esta es la verdad, papá, te doy mi palabra... ¿Me crees?

— Sí, te creo, dijo el padre, te creo... Y dirigiéndose á Juan añadió: ¿Cómo no hemos pensado en esto, que era tan sencillo? ¡Qué peso me he quitado de aquí! Y se puso una mano en el pecho. ¡Un Monnerón falsificador y ladrón!... ¡No, no era posible!... Ya ves, amigo mío, continuó dirigiéndose á Antonio, ya ves que hay que ser siempre correcto hasta en las más pequeñas tareas... Porque, en fin, si en vez de venir aquí, como

lo ha hecho, el señor Berthier hubiera llevado á la justicia la cartilla falsificada, te hubieran prendido y nuestro nombre hubiera acaso salido en los periódicos. ¡Y qué disgusto para tu madre y tu hermana, tan sensibles!... Tú te hubieras justificado, pero hubiera habido escándalo en la prensa infame que trata de herir á la República en todos los funcionarios y que no ha retrocedido ante el honor de un Barantín... En fin, no eres culpable y me hace mucho bien el saberlo... Pero el compañero que te ha dictado la cuenta en tales condiciones, si no ha sido por distracción, y no puede serlo el error repetido, ha cometido una infamia... No me digas su nombre; prefiero no saberlo, ni solo digas á nadie, para dejarle la posibilidad de reparar su falta si se arrepiente. El que debe saberlo en seguida es el señor Berthier, para lo cual es preciso que mañana muy temprano vayas á su casa. No debes permanecer ni un día bajo semejante inculpación... ¡Ah! ¡Qué feliz soy!... ¡Ven, hijo mío, abrázame!...

— ¿Y le has dejado mostrarte ese cariño?... dijo Juan á Antonio un cuarto de hora después. El padre se había acostado, rendido por las emociones de aquel día, y los dos hermanos estaba reunidos en el cuarto del mayor, como por la mañana, pero ya Juan había trocado sus vagas sospechas por la certeza indignada del hombre honrado... Aquel abrazo del padre engañado al hijo indigno le había puesto fuera de sí. Delante de su padre la piedad filial le obligaba á callar, pero, ya solo con su hermano, no le quedaba más que el horror de haberse hecho cómplice con su silencio de aquella irrisión del más fiero y más generoso de los corazones. Que el hijo mayor, sabiendo la noble ingenuidad de su padre, no hubiera respondido á su abrazo con una confesión completa, era un crimen mayor que el del robo.

Así pues, toda la indignación de un creyente contra un sacrilegio se traslucía en la voz de Juan cuando siguió diciendo: ¡Es una infamia! ¿Me entiendes? ¡Una infamia! No trates de negar conmigo. Eres tú el que ha falsificado los tres cheques, tú el que ha devuelto el dinero dos veces para que no se supiera, tú, tú solo, el que ha falsificado la cartilla... ¿Quieres pruebas? Ese nombre de Montborón que figura en los cheques es el que has adoptado en la innoble sociedad que te rodea. Esa mujer, cuyo retrato me enseñaste, se llama Ángela de Azay. ¡Ah! Un representante de la noble familia de Montborón no puede vivir como un pobre y necesita dinero para representar su papel. Tú no has encontrado nada mejor que hacer que falsificar y robar. Si hubiera querido te hubiera confundido con una palabra. No lo he hecho por nuestro padre, pero te advierto que á mí no me engañas. ¡Ah! ¡Desgraciado! ¡Desgraciado!...

— Pues bien, sí, yo he fabricado los tres cheques, respondió Antonio con esa calma insultante que tenía el arte de afectar siempre que Juan criticaba sus acciones. Desde el momento en que su hermano conocía su nombre de guerra y el de su querida, era ya inútil negar. — Sí, yo he sido, repitió. ¿Y qué? He devuelto el dinero de los dos primeros y mañana devolveré el del tercero. Puesto que tienes la linda costumbre de espiar, entérate por tus polizontes. ¿A quién he hecho el más pequeño perjuicio? pregunto yo. He tenido ocasión de hacer tres pequeñas operaciones de bolsa enteramente seguras y necesitaba un adelanto, absolutamente cierto de devolverlo en breve plazo. He podido ser correcto en los medios de procurarme fondos, pero esto es una ligereza, ni más ni menos. Si tú estuvieras al corriente de la psicología de los hombres de negocios — y su acento tomó un dejo de ironía para

burlarse del vocabulario habitual de Juan — sabrías que esas operaciones son diarias en una ú otra forma. Ésta no habrá hecho daño á nadie más que á mí que tendré mañana una escena desagradable con ese estúpido de Berthier. En cuanto al nombre de Monnerón, eres asombroso al reprochármelo al mismo tiempo que calificas de innobles á las personas con quienes me place vivir. Creo que deberías felicitarme por no comprometer el nombre de Monnerón en una mala sociedad. No menos extraño te encuentro al vituperarme por mi actitud de hace un momento con papá, cuando no he hecho más que obrar como tú. El pobre hombre se hubiera dado con la cabeza en la pared por una irregularidad de la que yo pensaba borrar toda huella mañana temprano, y repito que así lo hubiera hecho si Berthier me hubiese hablado en vez de hacer tanto ruido, pues tengo el dinero para devolverlo, y la cuenta de La Croix hubiera estado perfectamente en regla. Financieramente lo ha estado siempre, pues un depositario de la casa no tiene derecho para disponer á la vista de más de quince mil francos. Para un pago superior tiene que avisar con dos días de anticipación. Si La Croix hubiera dado ese aviso, yo lo hubiera sabido forzosamente y hubiera restablecido en seguida el depósito. No hay, pues, motivo para que nos obsequemos con frases como las que acabas de dedicarme y por las cuales no te guardo rencor, pues prueban que eres un verdadero Monnerón. No dejan de tener gracia, por otra parte, en un socialista que pretende no creer en la propiedad...

— ¿Y las falsificaciones? exclamó Juan, á quien el insultante cinismo de su hermano acabó de exasperar. Sí, las falsificaciones, pues aun devolviendo el dinero, no has dejado de cometer tres, firmando cheques con

un nombre que no es el tuyo, lo cual lleva á presidio... Y después ¿qué hubieras hecho si el dinero se hubiera perdido? ¿Y si Berthier te denunciase á los tribunales por haber falsificado los libros de cuentas que estabas encargado de llevar? Porque también eso lleva á presidio ¿entiendes?

— Berthier no me denunciará, interrumpió vivamente Antonio, porque es responsable de la oficina y perdería su plaza. En cuanto á las operaciones, te he dicho veinte veces que eran seguras, tan seguras como que estamos aquí. He adoptado un medio incorrecto, ya lo he reconocido, pero no tenta otro, y si llegara el caso lo volvería á emplear. Yo no soy como él, dijo señalando á una fotografía de su padre, ni como tú. No soy un buen hombre ni me fio de palabras. Estoy harto de hacer lo que esos desgraciados que en la puerta de los grandes *restaurants* se contentan con oler lo que otros comen. Yo quiero ser de los otros y tener mi sitio en la mesa. Desde que tengo oídos no me hablan más que de democracia, de igualdad y del derecho de todos á todo, y después la tal igualdad se reduce á un pedazo de papel sucio depositado en la urna. Esta misma mañana me sirvió papá una vez más esa frase vacía de sentido. Á mí me tiene sin cuidado el tal papelucho. Soy un hombre de goce y un arrivista y llegaré como pueda, pero llegaré... Nuestra educación ha tenido de bueno que no estamos embarazados por un montón de estupideces sobre la otra vida. Sabemos que no hay más que una y esa, corta. Á ti te parece bien echarla á perder frecuentando los fastidiosos individuos de tu *Tolstoi*. Yo la quiero corta y buena, según una fórmula que me conviene absolutamente. Comprenderás que no me habrá hecho vacilar mucho el escribir siete letras « La Croix » al pie de un

cuadrado de papel, cuando se trataba de salir de un atolladero. Te he enseñado el fondo de mi alma. Piensa lo que quieras, pero no me fastidies más con tu moral. Yo conduzco mi automóvil a mi modo. He volcado; peor para mí. Pero ya me levantaré, puedes estar seguro. Y ahora, buenas noches...

Y tendió la mano a Juan, que se metió la suya en el bolsillo y respondió brutalmente:

— No.

— ¿No? pues a tu gusto, pero déjame dormir, porque estoy cansado...

— Bien sabes que todo lo que acabas de decirme es abominable, replicó Juan, y que si piensas realmente de ese modo, no eres más que un abyecto bribón...

— Ya te he dicho que no quiero que me fastidies con tu moral, respondió Antonio, á quien iba gauando la cólera á pesar de su flemma. Sus ojos lanzaron una mala mirada y añadió: Para que veas que soy más generoso que tú, yo no te acusaré el día en que vayas á presentar la lengua á Dios en una iglesia, para casarte con alguna católica que tenga un buen dote, como la hija de Ferrand, por ejemplo. Entonces te vendrá muy bien que yo me ponga entre papá y tú, y me pondré, porque soy un buen muchacho. Yo arreglaré tus asuntos. Pero mientras tanto, te repito, buenas noches...

¿Cómo aquel peligroso joven, que parecía tan absorbido por los placeres, había sorprendido el secreto de su hermano? Juan no se lo preguntó siquiera, de tal modo se quedó confundido por aquella brutal alusión á su delicada y tierna novela. Como todos los enamorados, había seguido su sueño sin cuidarse de que era observado. ¿Por quién? En primer lugar por Cremieu Dax. El fundador de la *Unión Tolstoi* había encontrado un día á Antonio y le había preguntado

con aquel espíritu de inquisición que le era habitual cuando se trataba del porvenir de su obra: ¿Qué se hace tu hermano? ¿No has notado que se ocupa mucho en cuestiones religiosas? Temo que ande de por medio alguna influencia clerical. ¿No tienes alguna idea de esto?... Antonio había hablado del asunto con su hermana y ésta le había respondido: Es posible, porque creo que está enamorado. Le he visto en el Luxemburgo con su antiguo profesor, Ferrand, y con su hija, y la echaba unos ojos... Y como esa Brígida es una santurróna... Después, Antonio, el que se atrevía á hablar de espías, había registrado el cuarto de Juan y había encontrado las iniciales B. F. trazadas cien veces distraídamente en la carpeta y en todos los papeles, y no le había hecho falta más para deducir que, en efecto, su hermano estaba enamorado de la hija de Ferrand. En las conversaciones de familia, José Monnerón mencionaba á menudo á su antiguo compañero de la Escuela Normal con una curiosa mezcla de respeto y de aversión, de desconfianza y algo de envidia, á causa de su independencia de fortuna. Y casi siempre la mujer del profesor daba forma á esos vagos sentimientos con alguna frase agria. ¡Calla! habíase dicho Antonio, este santo varón de Juan está «trabajando» á la pequeña Ferrand y á su dote, sucia interpretación de la que acababa de servirse contra el justo desprecio de su hermano como de un arma segura, pues Juan no respondió, y meneando la cabeza como quien se prohíbe á sí mismo una discusión degradante, salió del cuarto sin mirar al que le había insultado.

Apénas había salido por la puerta, cuando la cara de Antonio, sostenida por el orgullo y el desafío, se descompuso por completo. El terror de un hombre que se siente perdido se pintó en sus facciones alteradas, en sus

pupilas fijas, en la flojedad de todo su cuerpo, que se dejó caer de repente en una silla. La pálida claridad de la única bujía iluminaba con un tinte lívido aquella fisonomía en la que se leía la verdad que el joven había ocultado á su hermano como á su padre, aunque con distinta mentira. Ni había empleado el dinero de los tres cheques en operaciones de Bolsa ni había puesto al corriente la cartilla de La Croix al dictado de ningún compañero. El jefe de la casa, al que Antonio llamaba con una desenvoltura digna de su caballerosidad «ese elefante», había adivinado la verdad. Antonio se había hecho abrir una cuenta corriente en el *Crédito Departamental*, sociedad poco escrupulosa, bajo un nombre falso, y después había fabricado el primer cheque de mil doscientos francos con la idea de jugar, bien á las carreras, bien en un garito en que uno de los caballeros de industria que conoció en casa de Ángela le había presentado. Jugó á las carreras y en el garito y ganó en junto una suma enorme para él: nueve mil francos. Entonces devolvió á la cuenta La Croix los sesenta luises de la puesta y disipó en poco tiempo los siete mil ochocientos francos en regalos á su querida, cenas con ella y otras sesiones de juego menos dichas. Envalentonado por el primer éxito, reincidió y falsificó el cheque de tres mil francos. La suerte siguió siéndole favorable y ganó en la semana cerca de quince mil francos, y aleccionado por la experiencia, repuso el dinero del cheque y tuvo la cordura de no jugar el resto. Pero doce billetes de mil francos para una individuo como Ángela, eran lo mismo que un puñado de hierba para uno de los caballos de raza sobre los cuales había apostado. Y el empleado de la banca, que se había hecho pasar con su querida por un joven rico venido á París para estudiar alegremente la carrera de derecho,

tuvo que falsificar de nuevo al trasluz las siete letras de que había hablado á su hermano... Á pesar de su nueva vida, Antonio seguía siendo el nieto del paciente labrador de Quintenas, pues dividió aquella suma, ya más importante, y tuvo la prudencia de no jugar más que la mitad y sólo á las carreras, porque había observado que en el garito perdía siempre y sospechaba las trampas. La suerte entonces fué dudosa y nunca pudo restituir la cantidad íntegra. En una palabra, cuando volvió de improviso el señor La Croix, de los cinco mil francos no le quedaban más que unos setecientos. Pero Antonio no se inquietó gran cosa, pues en su oficina se saldaban las cuentas el 31 de diciembre, salvo el caso de petición del cliente, y no era probable que La Croix quisiera saber el total de la suya antes de esa fecha. En vista de lo cual, Antonio continuó su doble vida: hijo laborioso de un modesto profesor y amante preferido de una mujer elegante. Hay en el misterio y en el peligro tan poderosas excitaciones para la sensualidad, que el capricho del joven por aquella querida había tomado, después de sus robos, una acritud de pasión, hasta el punto de que ya estaba meditando intentar en otro depósito la misma operación que hasta entonces le había salido bien en el de La Croix. Pero el descubrimiento de Berthier hizo que todo se viniese abajo y aunque hacía un momento había afectado gran seguridad, las consecuencias judiciales de sus actos le habían helado hasta la medula de los huesos. Aun en el caso de que consiguiera devolver los cinco mil francos, sabía que estaba á merced de la buena voluntad de Berthier. Si no los devolvía, el negocio era claro: el juicio oral y el presidio.

— Setecientos francos, acabó por decir en alta voz. Setecientos francos... Tengo que encontrar cuatro mil

trescientos de aquí á mañana por la mañana. ¿Pero dónde?... ¿Cómo?...

Un camino de salvación se ofreció en seguida á su pensamiento. El rasgo de la naturaleza de Antonio que, sin freno religioso y sin apoyo de clase, había hecho París tan temible para él, era una sensibilidad violentamente campesina, ó lo que es lo mismo, un animalismo vulgar, pero vigoroso, en todas sus facultades. Su imaginación era enteramente positiva y concreta. Metido en aquel callejón sin salida, empezó por representarse físicamente y en su decoración habitual á todas las personas que podían ayudarle, y en primera línea á su querida. En el relámpago de una semiiluminación interior, volvió á ver la casa de la calle de Longchamp y la alcoba de Ángela, tapizada de muselina plegada. Se vió á sí mismo vistiéndose para volver á casa de su padre y la vió á ella saltando de la cama en el último momento para acompañarle hasta la puerta. Su delicioso cuerpo se dibujaba en un peñador de flácida seda lleno de encajes y de cintas. Sus pies desnudos, en los que se transparentaban las azuladas venas, jugueteaban en unas chinelas de cuero blanco forradas de armiño. Sus cabellos rubios y rizados le caían por la espalda y sus ojos azules se ahogaban en la languidez de su tierna locura de amor. Antonio sentía todavía en la boca la quemadura de sus labios rojos y la frescura húmeda de sus lindos dientes, mientras respiraba el aroma embriagador de que estaba como impregnada aquella carne de cortesana y que el joven sentía en sus manos y en su ropa. Al lado de aquella alcoba, en la que el ruido de las escenas amorosas más apasionadas se ahogaba en las alfombras habana y en las pesadas cortinas azules, estaba el cuarto tocador, que se pintó también en la imagina-

ción de Antonio, con los *bibels* de plata cincelada y la copa de oro y cristal en que Ángela dejaba sus alhajas cuando se desnudaba de prisa, como aquella noche al volver del *restaurant*. Entre dos besos, la joven se había quitado del cuello la sarta de gruesas perlas, hablando de la cual había dicho: ¡Si tuviera solamente tres como ésta! Aquel hilo de perlas estaba allí, en aquel mismo instante, y Antonio veía su oriente de un modo tan distinto como si hubiera estado en la pieza... No dependía más que de él el estar. Maquinamente sacó del bolsillo del chaiteco una llave suspendida de uno de los extremos de la cadena del reloj y que Ángela le había dado para que pudiera esperarla en su casa aunque no estuviera la doncella. ¿Si se fuese á la calle de Longchamp en aquel momento? El amante rico que la mantenía y al que él había cedido el puesto, era un casado que iba todas las noches á las once y media, al salir del teatro, y se marchaba á la una. El reloj marcaba exactamente las doce y cuarenta y nueve. Mientras iba hasta allí, sería la una y cuarto. Pasaría diciendo al portero un nombre cualquiera y entraría en el piso. Ángela estaría dormida y él cogería la sarta de perlas, con lo que estaba salvado... ¿Y si se despertaba?... Por un segundo apareció en los ojos del joven ese brillo homicida que ha pasado por los de tantos aventureros cuando estaban ejecutando lo que él empezaba tan sólo á concebir: un robo de alhajas en casa de una mujer galante. Pero Antonio era demasiado joven todavía y vibraban en él demasiado las voluptuosidades probadas con ella, para que todo su ser no se echase hacia atrás ante la horrible hipótesis de ser sorprendido por Ángela y de... No, no, la despertaría él mismo y le diría su desgracia. ¿Por qué no? También ella le amaba desde el día en que la encontró

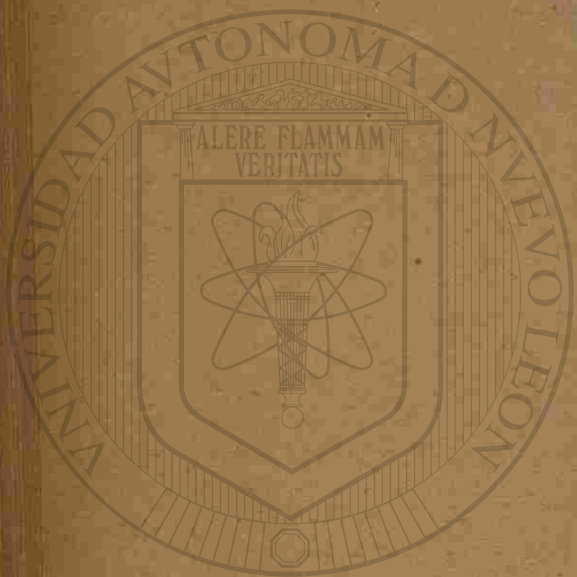
en las carreras y, puestos de acuerdo, se adjudicó por primera vez su fantástico vizcondado de Montborón. Lo demás había venido á través de mil episodios deliciosos de un sentimental libertinaje, que probaban que su juventud y su pasión habían hablado á los sentidos de aquella mujer... ¿Quién sabe? Si supiera la verdad, acaso la conmoviera el verle envuelto en una crisis tan trágica por culpa de su amor. ¿Qué eran cinco mil francos para una persona á quien su amante oficial daba sesenta mil al año, ó sea aquella cantidad todos los meses? Era el 4° de noviembre y Ángela debía de haber recibido su mensualidad aquella mañana... El amante de corazón se figuró de repente aquella escena de confesión humillante con una precisión que le hizo sentir toda su amargura, y su orgullo se sublevó ante tal idea.

— No, no, dijo de nuevo, y su reacción interior fué tan violenta, que se levantó y empezó á pasearse por el cuarto como una fiera enjaulada. No, eso no... No lo haré, al menos sin haber llamado á otras puertas... ¿Pero á cuáles? Por mucho que daba vueltas en la cabeza á esta cruel pregunta, no salía de ella ninguna respuesta que le mostrase una salida posible. Veinte proyectos desfilaron sucesivamente por su imaginación: ir á casa de La Croix, confesárselo todo y obtener que no le denunciase... ¿Pero, y si le hacía prender en el acto?... Suplicar á Berthier que le concediese un plazo de veinticuatro horas... ¿Pero qué habría adelantado después de ese plazo?... Marcharse á la casa de juego aquella misma noche con sus setecientos francos... Pero se los robarían de seguro... Llevar sus alhajas y las de su madre al Monte de piedad... Todo junto no valdría jamás cinco mil francos... En todas estas idas y venidas de sus ideas, Antonio no se ocupaba más

que de sí mismo, sin que á su dura y seca ansiedad se mezclase ningún remordimiento, egoísmo feroz que era, como el irrealismo de su padre y como la incertidumbre malsana de Juan, un resultado lógico de la falta de raíces y de madurez de aquella familia. Antonio lo había ya probado por la facilidad con que se adaptaba á todas las formas del mal é iba á probarlo más todavía intentando una de esas acciones malvadas de la vida, á las que no alcanzan las leyes, pero que manchan acaso la conciencia con un borrón más indeleble... Hacía una hora que estaba forjando y desechando proyectos más ó menos razonables, cuando una casualidad, el encuentro de sus ojos con un retrato que había en la chimenea, detuvo de pronto su marcha febril. En su pensamiento había aparecido un proyecto muy vago todavía y sumido en esa penumbra en que se difuminan los actos que traducidos desde luego en fórmulas concretas nos parecerían monstruosos. Después la conciencia se acostumbra á mirarlos de cerca y los adopta con una rapidez que los utopistas como José Monneron debían tener en cuenta antes de tocar á uno solo de los antiguos útiles de represión moral que nos ha legado la experiencia de los siglos. Entre un joven vanidoso y ligero, que era Antonio á los diez y ocho años, y el falsificador en que se había convertido ¿qué había mediado? La ojeada de una criatura vista en un hipódromo. ¿Y qué era lo que ahora, loco de terror, acababa de concebir?... El retrato que había en la chimenea era el de su hermana Julia. Antonio le cogió en la mano y empezó á mirarle indefinidamente, como si un resto de cariño fraternal luchase en él contra el paso abominable á que se sentía ya irremediablemente arrastrado.

¡Ah! dijo con los dientes apretados y dejando el re-

trato en su sitio, sería muy estúpido en no probar...
¡Rumesnil es rico!... ¡Vamos allá! ¡Ahí están los cinco
mil francos!



VII

LOS HERMANOS

Diez minutos después de haberse pronunciado á sí mismo esa frase de tan atroz significación, pues suponía el propósito de sacar el dinero de su deuda á un hombre que amaba á su hermana, Antonio estaba á la puerta del cuarto de Julia, por la que salía un rayo de luz. Abrió despacio y sin llamar y la joven lanzó un ligero grito de sorpresa. Aunque eran las dos de la madrugada, no estaba todavía en la cama ó, mejor dicho, las ropas descompuestas probaban que se había levantado y vuelto á encender la lámpara para escribir una carta de cierta importancia, pues el suelo estaba lleno de pedacitos de papel febrilmente desgarrados. Delante de ella había dos pliegos de papel cubiertos de escritura y su pluma estaba corriendo en la novena página. Al ver á su hermano guardó vivamente los pliegos en la cartera y dijo, como de costumbre, en voz un poco baja:

— ¿Qué ocurre? Te he oído entrar á las doce y, después, abrir y cerrar puertas y ruido de conversa-

ciones... Juan y tú no me habéis dejado dormir... ¿Qué quieres ahora?...

Su lívida cara expresaba en este momento una impaciencia más dolorosa que irritada, como la de un ser que sufre y á quien una contrariedad viene á molestar en su pena. Sus delicadas y pálidas facciones resultaban endurecidas por el rojo intenso de un peinador de franela que no tenía nada de común con las túnicas perfumadas y llenas de encajes de la individuo de la calle de Longchamp. La pesada trenza de sus negros cabellos rodeaba aquel cuello un poco delgado y la joven mordía nerviosamente el extremo del portaplumas, sin mirar á su hermano. Antonio se dejó caer en una silla con una actitud dramática, hábil prólogo de la nueva comedia que pensaba representar. Su silencio era tan extraordinario combinado con el carácter no menos extraño de tal visita á aquella hora, que Julia acabó por asombrarse y volvió hacia Antonio con creciente curiosidad sus negros ojos, ya inquietos, después de lo cual repitió su pregunta, ahora ya con voz conmovida, tan significativa era la expresión de la cara de su visitante.

— Y bien ¿qué sucede? Te encuentro extraño. Parece que ocurre alguna desgracia...

— Sí, respondió Antonio, una horrible desgracia. El señor Berthier ha venido esta tarde á ver á papá, á acusarme de haber cometido unas falsificaciones para procurarme cinco mil francos. Y ha añadido que si antes de las doce no le devolvía ese dinero, me denunciaría á la justicia. Esto es, exactamente, lo que ha sucedido.

— ¿Falsificaciones! ¿Tú, estás acusado de haber cometido falsificaciones? ¿No es posible! Eso es una calumnia y tú te justificarás...

— No me justificaré, respondió Antonio, porque es

cierto. Sí, lo es, insistió al ver que su hermana hacía un ademán de espanto; he falsificado documentos, he robado... No para mí; para una mujer á quien amo apasionadamente. Necesitaba dinero; había sido embargada y echada á la calle y yo perdí la cabeza. Robé para ella. No lo niego porque así es.

— ¿Y nuestro padre lo sabe?... exclamó Julia.

— Lo sabe, pero al ver su dolor, he tenido la fuerza de mentir y he inventado una explicación que él cree, por algunas horas. Porque, te lo repito, si no entrego antes de las doce esos cinco mil francos, me prenderán é iré á presidio...

— ¿Y Juan lo sabe también? preguntó la joven.

— También, respondió Antonio, pero ha sido un infame conmigo. No te deseo que tengas nunca necesidad de su compasión... Por eso, porque no he encontrado nada en su corazón, vengo á refugiarme en el tuyo. Julia, mi querida Julia, soy muy desgraciado... El joven se cogió la cabeza con las manos y repitió: ¡Soy muy desgraciado!... ¡La cárcel, los tribunales, el presidio!... ¡Pero no iré! ¡Tengo el medio de impedirlo! ¡No, no iré!...

De toda su persona emanaba la funesta decisión de un desesperado que tiene en su revólver el medio seguro de no sobrevivir al deshonor, y su hermana, que, sin embargo, le conocía, fué engañada por aquella mímica que no era enteramente fingida. Julia se lanzó al comedante y cogiéndole las manos exclamó en tono de súplica:

— ¡Antonio! ¡Jura que no piensas en matarte! ¡Júralo!... Pero no, un hombre de tu edad no se mata por una hora de extravío... Por eso papá se encontraba en aquel estado en la comida... Hubieras hecho mejor confesándolo todo. Él te hubiera encontrado los cinco

mil francos. Solamente él puede hacerlo... ¡ Ah! si yo pudiera... Si... Y la joven se interrumpió durante unos segundos que le parecieron á Antonio interminables. Evidentemente una idea había pasado por la mente de Julia. ¿Cuál, si no era la que su hermano quisiera sugerirle sin formularla con palabras? Pero era visible que, cualquiera que fuese aquella idea, había hecho que la joven se estremeciese de horror y que suspirase, más bien que pronunciase, estas palabras: ¡ No! ¡ Imposible!... ¿ Era la imagen de Rumesnil la que acababa de pasar por ella? ¿ Era á la posibilidad de pedirle aquel dinero para su hermano á lo que respondía con tal estremecimiento de horror? Antonio no había sabido nunca el verdadero carácter de las relaciones de su hermana con su antiguo compañero de Luis el Grande. Creía que Julia quería ser su mujer y aprobaba aquella ambición. Jamás se le hubiera ocurrido que su hermana fuese bastante apasionada, bastante sincera, bastante cándida, para ser la querida de Rumesnil. Antonio, sin embargo, se daba cuenta de que las relaciones de un hombre y de una mujer, cuando ésta es bonita y aquél es atrevido, no son nunca bien definidas, y de que la voluntad femenina está siempre á merced de una sorpresa, como la voluntad masculina está siempre en vísperas de una brutalidad. Hay un dominio obscuro y profundo de los sentidos, en el que se ablandan y se funden las más firmes resoluciones. ¡ La familiaridad física lleva tan de prisa á ese resultado! Esta era la sencilla y trágica historia de Julia. Al principio se había sentido halagada porque la distingüera Rumesnil, y ese pequeño sentimiento de vanidad le había hecho ser un poco coqueta con el joven noble. La coquetería había ocasionado una pequeña ligereza. ¿ Dónde podía Julia encontrar un

apoyo contra aquella seducción que el diestro galán tenía el buen instinto de hacer casi insensible? La eficacia de la fe religiosa no podía ser reemplazada tampoco en ella por las doctrinas abstractas de su padre. Y además, Julia había leído demasiados libros y al azar. ¿ Para qué haber gustado los poetas, aprendido la historia del arte y conocido la finura del pensamiento libre, si toda esta cultura había de emplearse en ser maestra de niñas? Julia tenía con ese motivo una vida independiente y entraba y salía sola para ir á sus clases, según los principios anglosajones de la igualdad entre los sexos. Á las conversaciones en la calle, delante de testigos, con el amigo de sus hermanos, habían sucedido los encuentros casuales con Rumesnil, hábilmente preparados por éste. Había venido después el cambio de esuelas, insignificantes al principio y en seguida tiernas. Y el designio maquiavélico que Antonio había atribuido tan gratuitamente á la joven se había ido formando poco á poco. Viendo á Rumesnil tan asiduo con ella, sabiendo la amistad que le unía con Juan y persuadida de la generosidad de sus opiniones; cómo no había de nacer y crecer en ella la esperanza de un matrimonio que parecía salir á su paso sin buscarle? En esto también el vicio de origen de la familia había hecho su obra de envenenamiento social. La hija del funcionario, novelesca y tentada por la emoción, pobre y tentada por la fortuna, plebeya y tentada por el prestigio de un enamorado aristocrático, también ella había sido víctima de una sensibilidad en desacuerdo con su medio. Su intiga con Rumesnil no era más que una forma de su secreta sublevación contra la suerte. Los episodios ordinarios se habían sucedido, y de imprudencia en imprudencia, la desgraciada

había acabado por dejarse arrastrar, turbada, nerviosa y medio vencida, al cuarto amueblado que es el vulgar y siniestro teatro de las caídas de ese género. Hacía tres meses y medio que Rumesnil era su amante, sin que ni una sola de las palabras pronunciadas entre ellos pudiera hacer suponer siquiera á Julia que el joven pensase casarse con ella, y, descubrimiento que la tenía en un espanto continuo, hacía seis semanas que estaba embarazada. Y á esta llaga, ya tan envenenada, del corazón de la joven, era á la que Antonio se preparaba á tocar con una brutalidad inconsciente, que iba á hacer gritar de dolor á Julia y á enseñarle á él lo que ignoraba.

— ¿Querías que dijese la verdad á papá? replicó... ¡Jamás! Ya has visto en qué estado le ha puestó una simple sospecha. Es preciso á toda costa que lo ignore siempre todo, pues nunca lo comprendería, siendo tan intransigente con sus principios... Y después ¿dónde va él á encontrar los cinco mil francos, cuando nunca ha tenido delante ni doscientos? Suponiendo que pudiera encontrarlos pidiéndoselos prestados á Barantín, por ejemplo — para lo que le cuesta el dinero á ese panamista — papá querría devolvérselos y yo le vería matarse á trabajar por mí. ¡No! No debe saber nada. Prefiero desaparecer... Y al decir esto espiaba de reojo el efecto de su magnanimidad filial, y viéndolo á su hermana conmovida, juzgó el momento favorable para decir: No, Juliá, no es papá quien puede salvarme, sino tú...

— ¡No! exclamó la joven con una sorpresa en la que no había todavía ninguna sospecha.

— Sí, tú, repitió Antonio. Fíjate en que no se trata más que de un préstamo y tú puedes facilitármelo. Berthier me dará veinticuatro horas si le prometo que los

cinco mil francos serán pagados seguramente... Dos letras tuyas á Rumesnil, (el golpe estaba dado) diciéndole que yo he perdido ese dinero en la Bolsa, por ejemplo, y que si no pago mañana me echan de mi oficina, creo que serán suficientes. Rumesnil no se negará... *Lo sabes muy bien...*

Á medida que hablaba, veía las facciones de su hermana contraerse y pasar por sus ojos una expresión que no la conocía. Los sentimientos que despertaba en ella el nombre de su amante, pronunciado por aquel hermano implacable, eran tan fuertes, que hicieron latir su corazón hasta en la garganta y la joven se quedó por un instante sin voz. Tuvo, sin embargo, el valor de responder con afectada indiferencia:

— ¿Y por qué á Rumesnil? ¿Por qué yo? ¿Por qué no se negará? Te ruego que te expliques de otro modo que por enigmas...

— ¿Por qué? dijo Antonio en el tono impaciente de un hombre que ha pretendido tratar un asunto delicado á medias palabras y al encontrarse con que su interlocutor no quiere comprender, se irrita y le hace sentir un alfilerazo. ¿Por qué? Porque tiene relaciones contigo y te ama, sencillamente. No trates de discutir, te lo ruego. Vuestras maniobras saltan á la vista. He sorprendido vuestras citas en la calle, como sé los medios de que os valéis para vuestra correspondencia. Os habéis ocultado tan mal, que hasta ese bendito de Juan ha observado algo y hoy mismo me lo ha dicho. Yo le he respondido lo que pienso, y es que estás en tu perfecto derecho al querer poner un día en tus tarjetas: *Condesa de Rumesnil*, y supongo que á nuestra buena mamá no le desagradará tampoco. De otro modo no le ocurriría siempre algún pretexto para salirse del salón y dejarte sola con él cuando viene de visita... Pero que

esto no te impida enviarle la carta que le estabas escribiendo cuando yo entré... Solamente, si es para él, añadió viendo que Julia ponía instintivamente la mano en la carpeta, vas á añadir una posdata dándole cita, para que le expliques mi asunto como hemos convenido... Y antes de esta noche tendremos los cinco mil francos.

— Ni yo le explicaré nada, dijo Julia con voz decidida, ni tú tendrás los cinco mil francos, al menos por mí. Yo no pido á Rumesnil que nos preste dinero ¿entiendes? No se lo pido.

Julia había cruzado los brazos para responder á su hermano y se había sentado en el borde de la mesa en actitud de resolución. Muy diferente de Antonio por tantos aspectos de su carácter apasionado, pero sin bajeza, se parecía á él en la fría insolencia de los momentos difíciles. El joven insistió todavía con más impaciencia:

— ¿Y crees que un proceso contra tu hermano, publicado en los periódicos, favorecerá mucho tu matrimonio?

— No creo nada, sino que no pido dinero á Rumesnil...

— ¿Ni siquiera teniendo yo en la mano la prueba de vuestra intriga?... dijo Antonio, y antes de que Julia pudiera impedirselo se apoderó de la carpeta y añadió: ¿Para enseñársela á nuestro padre?...

— Ensénale esa carta si quieres, respondió la joven. Después del robo, el *chantage*... ¿Eres completo!...

Julia seguía con los brazos cruzados sobre el delgado pecho y su cara era desconfiada. Solamente un estremecimiento de repugnancia había levantado los extremos de sus labios. Antonio tuvo vergüenza ante aquella inmovilidad despreciativa ó pensó que la carta no era

para Rumesnil. Ello fué que dejó la carpeta en la mesa y dijo:

— Sólo he querido asustarte; ni más ni menos. Tienes tan poco corazón como Juan...

Y añadió, empleando una nueva forma de amenaza, sin sospechar su fuerza de acción sobre la infeliz muchacha:

— Puesto que me niegas este servicio, iré yo mismo á casa de Rumesnil. Es una humillación que hubieras podido ahorrarme, pero la sufriré... No me asusto ya por tan poco...

— ¡No! ¡No harás tal cosa! exclamó la joven. Y esta vez, Antonio vió que había logrado tocarla en el punto sensible. Ante aquella repentina resolución de su hermano, Julia había tenido miedo, en efecto, y su sangre fría había empezado á abandonarla. Veía en su imaginación á su amante recibiendo aquella visita y percibía su mirada cuando ellos dos se vieran, siendo así que Julia no se había atrevido todavía á anunciarle su embarazo, hasta tal punto le causaban á veces un invencible mal-estar aquellos ojos claros de Rumesnil, que sabían ser tan dulces y tan duros alternativamente. La joven repitió: ¡No harás tal cosa!... y añadió andando hacia Antonio y animándose con sus propias palabras: Después de lo que acabas de decirme, después de lo que tú piensas, es el último hombre á quien puedes dirigirte... ¡El último, el último!... Bien lo comprendes; sería como si yo te hubiese enviado y nadie le haría creer que no estábamos todos de acuerdo, incluso Juan, que es su amigo. ¡Todos nos deshonraríamos así! ¡Y con nosotros nuestros padres!... ¡Lo que ya existe es bastante! gimió con voz profunda en la que se revelaba la sublevación de su carne, en la que sabía que llevaba un hijo de aquel á quien su hermano quería pedir dinero. Hubo

un segundo en que tuvo en los labios esta confesión, pero no la profirió por impedírselo la expresión implacable que brillaba en los ojos del falsificador y el acento con que respondió:

— Olvidas que Rumesnil ha ido conmigo al colegio y que este título sobra para justificar un paso que es corriente entre antiguos camaradas. Te repito que mañana iré á su casa á pedirle ese dinero, iré... á no ser que me des para no hacerlo una razón absolutamente grave... ¿Hay alguna? Respóndeme sí ó no.

— ¿Qué otra razón quieres que haya?... dijo Julia. Su corazón se había vuelto á cerrar de repente y la joven se estremecía ante la idea de haber estado á punto de entregar su secreto á aquel muchacho brutal y á quien las ansias del miedo daban en aquel momento una cara y un alma de bandido. Julia se pasó convulsivamente por la cara las crispadas manos, como para reunir toda la energía de que era capaz, y mirando de frente á su hermano con profundo desprecio, le dijo lentamente: Has conseguido lo que querías. Yo hablaré á Rumesnil. Vergüenza por vergüenza, prefiero esta porque es menos innoble. Le escribiré para darle una cita y yo le haré la petición... Y ahora, vete...

— No sin haberte dado las gracias, respondió Antonio avanzando hacia ella. ¡Ah, Julia! ¡Me vas á salvar!

— ¡Vete! repitió la joven con más fuerza, retrocediendo lejos de él y apretando los brazos más estrechamente contra el seno.

— ¿Y cuándo vas á escribir la carta? dijo Antonio después de un silencio. Ya sabes que el tiempo apremia y quiero llevarla yo mismo, para estar más seguro, antes de ir á la oficina.

— La tendrás á las ocho, dijo Julia, y añadió con un

movimiento de imperiosa cólera que le hizo salirse del cuarto: No me pidas que le escriba ahora. No puedo... ¡Pero vete! ¡Vete!...

Aquella súbita reaparición de la voluntad, las alternativas de pasión, de orgullo herido y de violencia por que la joven había pasado delante de él, su fisonomía impregnada de tal sufrimiento, la voz que á veces le faltaba, todas esas señales de la tragedia interior provocada por el nombre de Rumesnil, habían demostrado á Antonio que las relaciones de Julia con el joven noble no se limitaban á una niñería de clandestina pero inocente coquetería. En las circunstancias normales de la vida, aquel descubrimiento hubiera conmovido su amor propio de hermano y acaso lo que le quedaba de corazón. ¡Hay en las faltas de una joven, cuando no es simplemente una viciosa, una parte de fatalidad que la hace tan digna de lástima! Por mucho que haya seguido, como Julia Monnerón, todos los cursos de moral y de psicología, de historia filosófica y ciencias naturales, que cargan el inútil programa de los liceos de mujeres, no es más que una niña y una niña ignorante. Lo es hasta después de haber leído malas novelas y malas comedias, bajos periódicos y pretenciosas revistas, para ponerse al corriente de la actualidad parisiense. Lo es hasta en la afirmación de las más atrevidas teorías, cuando se cree materialista, anarquista y feminista. Antonio sintió que su corazón se oprimía, una vez solo en su cuarto, ante la idea de que la actitud de su hermana, durante aquella entrevista, no se explicaba si Julia no era la querida de Rumesnil. Pero cuanto más íntimas fueran aquellas relaciones, más probabilidades de éxito tenía el paso á que por fin la había decidido, con tal, sin embargo, de que no se arrepintiera de su resolución...

— Y bien, concluyó al dormirse á eso de las cuatro de la madrugada, si ha cambiado de idea, yo iré á ver á su amante, pero sin advertir á Julia, que es capaz de prevenirle que no me haga caso... ¡Bah! Ahora soy el más fuerte...

Cuando despertó del sueño febril que, sin embargo, reparó en los organismos de su edad los estragos de tales emociones, su determinación no había cambiado. Ó Julia cumplía su palabra ó iría él mismo á ver á Rumesnil. En uno y otro caso se creía seguro de tener el dinero, y esta seguridad tuvo al menos la ventaja de permitirle hablar á su padre, durante el desayuno, con relativa tranquilidad, en la que el profesor vió una nueva prueba de su inocencia. La única alusión que hizo á la explicación terrible de la noche anterior fue esta frase dicha al impostor en un momento en que le tuvo solo fuera del comedor:

— Anuncia al señor Berthier mi visita para las dos. Quiero darle las gracias y recomendarle la indulgencia para el infeliz á quien tienes necesidad de denunciar. Explícale que estoy ocupado por la mañana con dos lecciones, pero tú debes estar allí al abrir la oficina. Cada minuto que pasa sin que te hayas justificado, es una mancha de lodo que cae sobre nuestro nombre. Yo no he dormido en toda la noche pensando en eso. Sobre toda, ni una palabra á tu madre, porque le costaría una enfermedad.

Se veían claramente las huellas de aquel insomnio en la fisonomía del buen hombre cuando se sentó á tomar el medio bol de café puro en el que mojaba un panecillo de cinco céntimos, frugal desayuno con el que pasaba hasta medio día, con dos horas de clase y una lección particular. El café no era siempre hecho en el día ni estaba siempre caliente, pero el profesor se lo

tomaba, con su desprecio sistemático del mundo exterior, y decía:

— Si Medor no está contento, allá él...

Esa fórmula enigmática significaba que reconocía en él dos seres: uno el verdadero, el «yo» razonable y razonador, constituido por las ideas puras, el hombre en sí de la Declaración de los Derechos; y el otro, el animal inferior, hecho para obedecer al primero como el perro á su dueño. Esta era la bestia á la que llamaba familiarmente Medor. ¡Ay! El pobre Medor estaba muy viejo y muy cascado aquella mañana, y su dueño interior no valía mucho más, aun no habiéndose permitido abandonarse á la sospecha. Su evidente melancolía hubiera debido chocar á su mujer, pues permaneció silencioso contra su costumbre y mordisqueó su panecillo sin leer el periódico ni comentarle con sus frases favoritas, por ejemplo, sobre la necesidad de arrancar al clero la educación de la juventud. ¡Hubiera sido oportuna esa idea entre Julia, Antonio y Gaspar! La mujer de Monnerón, como todas las personas despóticas, no estudiaba á los demás sino en los momentos en que los necesitaba. Así no notó nada en su marido, ni en su hija, también profundamente alterada, ni en Juan, cuyos ojos indicaban una intensa irritación. La buena señora, llevaba una bata aparatosa comprada en una venta de saldos, y comía con los codos puestos en la mesa, el bol en una mano, cerca de la boca, y la cuchara en la otra. No estaba preocupada más que por un catálogo ilustrado que tenía delante y que daba detalles sobre la exposición de un gran almacén. La madre de familia leía en voz alta las cifras:

— ¡Quince francos, noventa y cinco céntimos un verdadero zorro negro!... No es caro. ¿Qué te parece, Julia?... Esta vez no me dejaré engañar como el año

pasado ¿te acuerdas? con aquella cebellina falsa... Los muy ladrones!...

— Aquella que se quedó sin pelo al primer chaparrón, dijo Gaspar en tono de burla. Esta alusión á una de las innumerables desventuras que ocasionaba á la meridional su manía de comprar cosas baratas y de aparato, no fué precisamente de su agrado.

Julia se levantó de la mesa en el momento en que el joven colegial en vacaciones empezaba sus bromas acostumbradas de mono mal educado, y Antonio la siguió...

— Y bien, dijo en cuanto estuvieron solos en el pasillo, ¿tienes la carta para Rumesnil?

— No, respondió la joven, he reflexionado y no quiero escribirla...

Y al decir esto miró á su hermano con aire de desafío, dispuesta esta vez á hacer frente á sus amenazas. Pero se quedó desconcertada al oírle decir, por el contrario:

— Lo esperaba y puede que tengas razón... Yo también he reflexionado y he encontrado otro medio. Siento haberte hablado como lo hice, pero, ya sabes, estaba loco... Y añadió mirando el reloj: Pero ya hablaremos de esto después... Tengo que estar en mi oficina á tiempo para encontrar solo á Berthier...

— ¿Qué habrá pasado? se preguntó Julia cuando el peligroso personaje desapareció en la antesala y le oyó salir y bajar la escalera... ¿Iría verdaderamente á su oficina? Al escucharle había tenido la sensación física de la mentira y un instinto de los que no se razonan hizo á la joven á somarse á una de las ventanas que daban á la calle de Claude Bernard, y vió á Antonio que estaba en pie en la acera llamando á un cochero para que se acercase. El joven montó, dió una dirección al cochero y el coche partió en sentido opuesto al

de la oficina. ¿Á dónde iba, pues, Antonio?... ¿Va á la calle de Varenne! pensó Julia. Y al imaginar que antes de un cuarto de hora su hermano llamaría á aquella señorial puerta cochera que tantas veces ella había soñado pasar en su coche de condesa, se le heló la sangre en las venas y tuvo que sentarse, vencida por la emoción. Pero en seguida se dijo: ¿Cómo impedirlo?... ¿Qué hacer?... ¿Correr también á la calle de Varenne y llegar antes que su hermano? Aunque el respeto de su propia dignidad no se lo hubiera impedido, no tenía tiempo material. ¿Ni siquiera estaba vestida!... ¿Enviar dos letras á Rumesnil diciéndole que no hiciese á su hermano el servicio que iba á pedirle?... ¿Con quién iba á enviar la carta?... Presa de esta fiebre de angustia imaginativa, la joven sentía la necesidad física de hacer algo y pronto... ¿Pero cómo, cómo?... Entonces se apoderó de ella otra serie de ideas: No estoy absolutamente segura de que Antonio vaya á casa de Rumesnil. Puede, en efecto, haber vacilado y querido buscar por otra parte... Si va, Rumesnil puede no estar en casa ó no querer recibirle, ó bien no tener la suma y dejar el entregársela para más tarde... ¿Si de aquí á entonces estuvieran pagados los cinco mil francos? Sí, es preciso que lo estén... ¿Pero cómo? Un plan se esbozó en su mente; el de encontrar por su parte aquel dinero y en seguida. Una vez encontrado sucedería una de dos cosas: ó bien Rumesnil lo habría ya prestado y se lo devolvería, ó no lo habría prestado por no tenerlo ó por no habérselo pedido Antonio. Una vez hecha la restitución á la oficina, ya no se lo pediría. ¿Pero á quién dirigirse? ¿De dónde hacer salir aquellos cinco billetes que no podían venir del amante? Solamente el horror que esta idea inspiraba á Julia, daba idea de su desconfianza respecto de un

hombre á quien, sin embargo, se había abandonado y del que dependía todo su porvenir de mujer... ¡Qué castigo!... La joven experimentó en aquel momento uno de esos accesos de total desanimación que atravesaba sin cesar desde que era la querida de aquel amante que ni una sola vez, en sus conversaciones íntimas, había hecho la más lejana alusión á un matrimonio. Y Julia se echó á llorar silenciosamente. Después el reloj de una iglesia próxima dió una hora, que ella escuchó con atención maquiaval.

— ¡Las nueve y media! pensó. El tiempo pasa y yo no encuentro nada... ¡Iré á hablar con mi padre á pesar de todo! Antonio tenía razón! Su amigo Baranlín le prestaría ciertamente cinco mil francos. Tendrá que pagarlos y trabajar más todavía, pero que trabaje y que no debemos ese dinero á Rumesnil. Es nuestro padre y responsable de lo que ocurre. Pero no bien se había formado mentalmente esta frase, cuando su conciencia percibió con horrible acritud toda su injusta crueldad. En los tiempos en que Julia y Juan estaban en la mayor intimidad, habían examinado juntos muchas veces el carácter de sus padres y llegado siempre á este reproche y á esta absolución: su padre había puesto á su familia en condiciones muy desfavorables, pero no era culpa suya. « Siempre ha hecho lo que ha podido. *No sabe más...* » Esta frase de Juan acudió á la memoria de la joven y le hizo presente la imagen de aquel hermano tan diferente del otro. Se había alejado de él á causa de lo que en sus horas de mala tentación llamaba ella su pedantería... Pero si alguien podía ayudarla en aquel instante, era él... ¿Cómo no lo he pensado antes? se dijo. Acababa de ver en espíritu á los dos amigos de su hermano, Rumesnil y Cremien-Dax. ¿Por qué no había de pedir Juan al segundo el

dinero que Antonio había tenido la horrible idea de deber al primero? Podía hacerlo sin deshonor y con la certeza de tener tiempo para pagar esa deuda. Ella también le ayudaría buscando lecciones y trabajos de traducción. Y si el acontecimiento que continuaba esperando contra toda probabilidad se realizaba, y se casaba con el padre del niño que llevaba en su seno, no tendría que ruborizarse por pedir á su marido lo que tanta vergüenza le daba deber á su amante...

No bien la pobre niña hubo concebido ese proyecto, cuando le ejecutó impulsivamente, con la rapidez que da la sensación de los momentos contados y de la hora que se va, llevándose con ella ocasiones acaso irremplazables. Solamente al encontrarse enfrente de aquel hermano que era su único recurso, se dió cuenta Julia de la imposibilidad de hablarle de Rumesnil. Con frecuencia en las últimas semanas, y precisamente el día anterior, había leído en sus ojos que Juan había adivinado el secreto, con tal rebelión de todo su ser, que había estado á punto de hacerle esa confesión repentina que alivia la conciencia del culpable causado de luchar contra una sospecha justa. Pero no podía hacer esa confesión al mismo tiempo que denunciaba la asquerosa villanía de su hermano mayor. Y si no nombraba á Rumesnil ¿cómo decidir á Juan, que había debido rehusar todo auxilio á Antonio? Esa era la traducción que Julia daba á aquella amarga frase de este: « No te deseo que necesites nunca de su compasión... » No sabía que el falsificador había mentido al otro diciéndole que tenía los cinco mil francos. Juan estaba sentado delante de su mesa, con la frente apoyada en la mano y un libro abierto en el que no leía. Al ver á su hermana esbozó un ademán de asombro y ella, por su parte, se quedó cortada é incapaz de hablar, con ese

vació de la inteligencia que conocen bien todos los que se han encontrado metidos sin preparación en una conferencia de trágica importancia. Pero en Julia se verificó esa reacción espasmódica que hace brotar en un momento las ideas y las palabras, después de la parálisis de un minuto, y que le hizo encontrar en el momento lo que debía decir á Juan, sin hablar de Rumesnil.

— Vengo á hablarte de Antonio, dijo, y á suplicarte que tengas compasión de él y de nuestro padre. Me ha dicho que lo sabes todo y que has estado muy severo con él... No te acuso por ello... Á mí también me ha dado horror cuando me ha confesado sus falsificaciones... ¡Si, horror! repitió con toda la amargura que había dejado en su corazón la horrible escena de la noche anterior. Pero es nuestro hermano y el hijo de nuestro padre. Hay que salvarle, debemos hacerlo...

— No se salva á un ser que ha llegado á cierto grado de bajeza, respondió Juan, creyendo que el punto de la restitución material estaba arreglado é interpretando la frase de su hermana en un sentido puramente moral. ¡El desgraciado! Su única excusa es que no percibe siquiera la realidad de lo que ha hecho. Sus falsificaciones no lo son para él, sino ligerezas, movimientos de fondos, préstamos de dinero un poco incorrectos, y se tiene como en regla con su conciencia porque su sucia operación de Bolsa ha salido bien y le ha dado con qué restituir lo robado...

— ¿Te ha dicho eso?... exclamó Julia; pues no es cierto. Habrá, acaso, jugado á la Bolsa, no lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que no puede hacer la restitución de que hablas... ¡No tiene los cinco mil francos!...

— ¿No los tiene? repitió Juan. ¡No es posible!

— Lo es tanto, continuó la joven, que esta noche, después de dejarte, fué á mi cuarto á pedirme... Julia se calló, pues no podía, ni para salvar á Antonio, nombrar á Rumesnil.

— ¿Á pedirte qué? preguntó Juan. ¡Acaba!...

— Qué le ayudase á encontrar ese dinero, respondió Julia. No me preguntes cómo. Estaba loco y no hacía más que repetir: ¡La cárcel, los tribunales, el presidio!... En este momento está recorriendo París para buscar esos cinco mil francos y si me dijeran que ha matado para procurárselos, no me asombraría. Está metido en un callejón sin salida y es capaz de todo por escapar de él... Recuerda los crímenes que leemos todos los días; así han empezado todos. Antonio está en pleno crimen, te lo juro, Juan. ¡Ah! Si no me crees, te arrepentirás después toda tu vida...

— Te creo, dijo Juan, contagiado por la turbación de su hermana. Pero, añadió con desesperación, ¿por qué no me ha hablado con franqueza? Yo hubiera reflexionado. Yo hubiera buscado...

— Has estado demasiado duro con él, respondió la joven con una voz profunda cuyo acento debía recordar Juan después, y no hay que ser demasiado duro cuando se quiere que el corazón se abra. Es tu hermano mayor y se ha humillado delante de ti. Piensa salir solo del mal paso y quiere que tú no sepas nada... Pero no se trata ahora de estas discusiones, sino de que encontremos esos cinco mil francos en esta misma mañana. Tú se los llevarás á Berthier para que no le denuncie y todo se habrá terminado. Si papá estuviese en peligro y necesitase esa suma tú no vacilarías en pedirla prestada ¿no es verdad? Pues así es, soy yo quien te lo dice. Si Antonio comete alguna nueva infamia cuyo deshonor cae sobre él... Para ti es fácil... Hay una

persona que puede prestarte en seguida ese dinero: Cremieu-Dax... Comprendo que es duro tender á nadie la mano, aunque sea á un amigo... Pero prescinde de tu orgullo, Juan. No por él, sino por nuestro padre, por el nombre que es de todos nosotros... ¡Vete á casa de Cremieu-Dax, en seguida... Y repitió: ¡Por nuestro padre!

No dijo « por mí » pero todo en ella acusaba ese grito de angustia é indicaba la horrible eventualidad que estaba viendo distintamente y que no quería decir: Rumesnil dando ese dinero á Antonio y sospechando la complicidad de todos los suyos para juzgarse en paz con ella por haberla pagado de aquel modo. Al evocar la imagen de José Monneron, había encontrado el argumento irresistible, el más poderoso en Juan, puesto que lo había sido bastante para hacerle prescindir de su amor por Brigida Ferrand. No había acabado Julia de hablar, cuando ya el joven estaba en pie, buscando su abrigo y su sombrero.

— Voy á casa de Cremieu-Dax, dijo. Tienes razón. Con tal de que Antonio no haya hecho nada todavía...

— No ha tenido tiempo, respondió Julia. Puedes estar seguro de que habrá ido ante todo á pedir un plazo á Berthier... ¡Ah! Juan mío, añadió con entusiasmo, cuánto te admiro y cuánto te quiero...

Estrechó á su hermano entre sus brazos hasta hacerle daño, y le acompañó después por el pasillo. Cuando pasaban por el despacho, el profesor estaba dando la lección de que había hablado á Antonio y se la oía explicar al discípulo un célebre pasaje del *Catilina*, de Salustio, sobre el lujo.

— *Maria constructa esse*, declamaba con entusiasmo. Usted traduce: *construir quintas en el mar...* ¿Dónde ve

usted la palabra quintas? Traduzca usted el texto. Salustio escribió: *construir el mar*; traduzca usted lo mismo. Este es el gran latín, el que da sentido á las frases por la sola virtud del sustantivo y del verbo... Qué lengua!...

— ¡Cómo ama las letras! pensaba Juan unos momentos después en el coche que le llevaba hacia la avenida Hoche, á casa de Cremieu-Dax. ¡Hasta hoy le consolaban en las fastidiosas ocupaciones de su oficio! Si supiera la verdad, ya no le consolarian. Si alguna vez se le quita eso ¿qué le queda? ¡Ah! Ocultémosle todo mientras podamos... Julia tiene razón. ¡Cómo la he reconocido hace un momento! ¿Pero á quién quería ese miserable pedir el dinero? ¿Sería á?... ¡No! No es posible; sería demasiado infame... La sospecha que alimentaba hacía algún tiempo sobre las relaciones de su hermana con Rumesnil acababa de hacerle adivinar el abominable plan de Antonio, y la sola idea de semejante vileza ocasionó un escalofrío insoportable á aquella noble sensibilidad, igual á la de su padre por su huida ante las realidades demasiado crueles cuando no estaba obligado á verlas. Juan invocó contra esa idea todas las energías de que era capaz, pero bastó, sin embargo, para que su pensamiento se desviase en una nueva dirección. El joven dió en imaginarse á aquel á quien iba á pedir un importante servicio de dinero, tal como le había visto el día anterior cuando la conversación recayó sobre Ademar, y recordó el movimiento de afecto que Cremieu-Dax había tenido por él en la puerta de la *Unión Tolstoi* y la compasión que creyó leer en sus ojos. Era evidente que Salomón sabía ó sospechaba á propósito de su hermana y de su común amigo algo que él mismo ignoraba. La dura perspicacia de Cremieu-Dax, con el que Juan sostenía unas rela-

ciones tan singulares, tan pronto estrechas hasta el más íntimo compañerismo, tan pronto hostiles y llenas de reservas, le produjo de pronto un estremecimiento de miedo. Juan no podía entregarle el honor de su hermano. Era seguro que Cremieu-Dax no vacilaría un segundo en prestarle los cinco mil francos y que no haría ninguna pregunta, pero también lo era que llegaría hasta la causa. El joven llegaba á la mitad de los Campos Eliseos cuando esa certeza le hizo demasiado penoso el paso que iba á dar. Reflexionó todavía unos minutos y después sacó la cabeza por la portezuela y dijo al cochero.

— No vamos á la avenida Hoche, sino á la calle de Tournón. Yo le haré á usted parar delante de la casa...

Así, en aquella hora de angustia, la imagen de Ferrand, el maestro cuya influencia había alternativamente evitado y querido, reemplazaba en él casi instintivamente á la del más íntimo discípulo. Impulsado por la fuerza secreta que nos dibuja nuestro porvenir moral al presagiárnoslo, hacia aquel cuyas doctrinas debían ser las suyas, Juan consideraba como una deslealtad el deber tanto agradecimiento al fundador de la *Unión Tolstoi* cuando se preparaba á separarse de él para siempre en el dominio de las ideas. Aquel trabajo del pensamiento se había realizado en él de un modo tan independiente de la voluntad, que Juan se quedó casi asombrado al encontrarse en el portal de la casa del padre de Brígida. Entonces recordó que había prometido, no hacía veinticuatro horas, no volver á aquella casa, hacia la cual le había acaso llevado la atracción de la joven. Y sin embargo, deseaba sinceramente no ver aparecer su esbelta silueta en el curso de una visita relacionada con tan tristes secretos de familia. El filósofo estaba solo, sentado á su mesa y escribiendo, bajo

el retrato de Arnaud d'Andilly, y nunca aquel vasto despacho produjo tan claramente en Juan la impresión del asilo intelectual; del puerto moral por fin conseguido. Ferrand mostró en su cara al verle un rayo de alegría seguido inmediatamente de una expresión de ansiedad. Acababa de leer en la fisonomía de su discípulo el drama íntimo que el joven estaba atravesando y para salir al encuentro de sus penas hizo ese delicado ademán de amistad que el poeta ha expresado tan bien en la célebre fábula:

Que te evita la vergüenza
De descubrirlas tú mismo ..

— Querido maestro, balbuceó Juan, permíname usted. Había adquirido el compromiso...

— De no venir por aquí antes de traerme otra respuesta, dijo Ferrand. Si falta usted á él es porque tiene una razón profunda. Lo sé. Sé también, sólo con mirarle, que está usted sufriendo. Viene usted á mí porque tiene una pena. No tengo, pues, nada que perdonar, sino que agradecer...

— ¡Ah, señor Ferrand! exclamó el joven juntando las manos. En la tierna inteligencia de aquella acogida encontraba la impresión de paternidad espiritual que tanto se había reprochado el buscar en aquel hombre, adversario de todas las creencias de su padre verdadero.

— Apóyese usted en mí, aquí estoy, continuó el maestro. ¿Ha sucedido, acaso, la desgracia que ayer preveía?

— Esa no, dijo el joven hablando con penoso esfuerzo; otra, señor Ferrand, pero... suplico á usted que no me interrogue, que no interprete lo que voy á decirle, que no busque los motivos del paso extraordinario que doy

cerca de usted... He venido — y su voz estaba ahogada por la vergüenza — á pedir á usted dinero prestado...

— ¡ Qué conmovido está usted, pobre hijo mío! dijo el padre de Brigida, y por tan poca cosa... No me hable usted puesto que el hablar le hace daño... Escribame en este papel lo que desea. Y entregó un papel y un lápiz á Juan, el cual trazó temblando de emoción los cuatro números que su hermano había escrito con mano segura en el cheque Monthorón. Ferrand cogió el papel y dijo sencillamente: Está bien. Y salió del despacho para volver, un momento después, con un sobre en la mano. Aquí tiene usted lo que necesita, dijo. Usted calculará los intereses al cinco por ciento y se los dará á los pobres. Me devolverá usted este dinero cuando pueda y sólo le pido que lea todos los días, hasta que haya pagado esta deuda, la frase que pongo aquí... Y escribió unas palabras en el sobre. No me dé usted las gracias y corra á llevar el dinero á donde deba llevarlo...

El joven cogió el sobre que le entregaba aquel admirable intérprete de las almas, cuya frase de adiós indicaba que había descifrado la conciencia de su discípulo tan claramente como en un libro abierto. Entre los dos hombres pasó entonces algo inexpresable, como en el día anterior, y el maestro hizo un ademán con el que pedía á Juan que no tratase de traducir con palabras lo que ambos sentían. El joven obedeció á su bienhechor y se marchó sin decir más que « gracias » con una elocuencia realzada por toda su actitud. Cuando estuvo en la escalera, miró la frase que Ferrand había escrito en el sobre. Era la de san Agustín con la que Bossuet termina su sermón sobre la necesidad del sufrimiento: *Perdidistis utilitatem calunitatis et miseriam facti estis.*

— « *Perdéis la utilidad de vuestra miseria...* » Estas

palabras que Juan repetía al encaminarse á pie hacia el *boulevard Saint-Germain*, herían en su ser aquella tecla secreta que sus discusiones con el filósofo católico habían siempre conmovido, pero nunca como en este momento. Iba de prisa, por haber juzgado inútil tomar otro coche no temiendo ya que le faltase tiempo para ir á pagar la deuda del falsificador, rasgo de economía que le inspiraba todavía la piedad filial, siempre viva en el joven, y que le impedía el proporcionarse una sola de las comodidades de que había visto al profesor privarse constantemente. — « *La utilidad de vuestra miseria...* » repetía, y su corazón, ablandado por la bondad delicada con que Ferrand acababa de tratarle, se abría á la enseñanza contenida en esa frase. Una vez más experimentaba qué potencia de interpretación total de la vida humana posee el cristianismo. ¿Qué había encontrado fuera de él en las horas de pena que acababa de atravesar? Nada más que la desesperación y el abatimiento, bajo el peso ciego de la necesidad. ¿Á que le llamaba la máxima que el padre de Brigida había querido unir á su beneficio? Á creer que todos sus sufrimientos, los grandes y los pequeños, tenían un sentido. Detrás de la serie de emociones, desgarradoras ó penosas, que venía sufriendo ¿no veía el imperceptible y continuo trabajo de un espíritu que perseguía al suyo? Á cada uno de los golpes recibidos había correspondido la evidencia, cada vez más clara, de las leyes desconocidas por los suyos y por él mismo, las que el tradicionalista Ferrand le había mostrado como constitutivas de la familia y de la sociedad. Ahí estaba « la utilidad de su miseria », en aquella educación del pensamiento, y Juan veía que si alguna vez llegaba á tener la fe completa que iluminaba las miradas de Ferrand y de Brigida, no podría menos de bendecir á aquel inconcebible

Espíritu por haberle conducido á través del camino en que se ensangrentaba su corazón. ¡Qué cara pagaría, sin embargo, la certeza y la fuerza interior, y hasta otra dicha, si la mujer amada le esperaba al término de aquel camino de la amargura!

Otro incidente, que su conversación con Julia debió hacerle temer si él no se hubiera rebelado contra cierta hipótesis, le despertó de aquella exaltación mística poniéndole enfrente de otro misterio más lleno de consecuencias que todos los que le atormentaban. Había llegado á la oficina de Antonio y entrado hasta el despacho del jefe sin pasar por el local en que trabajaban los empleados. Cuando llamó á la puerta y Berthier dijo: « Adelante » tuvo una penosa sorpresa al encontrar allí á Antonio sentado en una silla al lado del hombre á quien, la noche anterior, calificaba de « elefante sin tacto ». Era el jefe un hombre de cincuenta años á quien la vida sedentaria había, en efecto, dado extremada corpulencia. Su cara sanguínea y bondadosa expresaba entonces una gran emoción, así como los ojos enrojecidos de Antonio denotaban que el joven había llorado. Entre los dos hombres acababa de producirse una escena á la que la presencia de Juan iba á servir de conclusión. Berthier creía muy íntimos á los dos hermanos y, además, en aquella comedia de confesión se había pronunciado el nombre de Juan. El jefe, á quien tenían engañado su generosidad natural y la simpatía que le inspiraba Antonio, dijo al recién llegado:

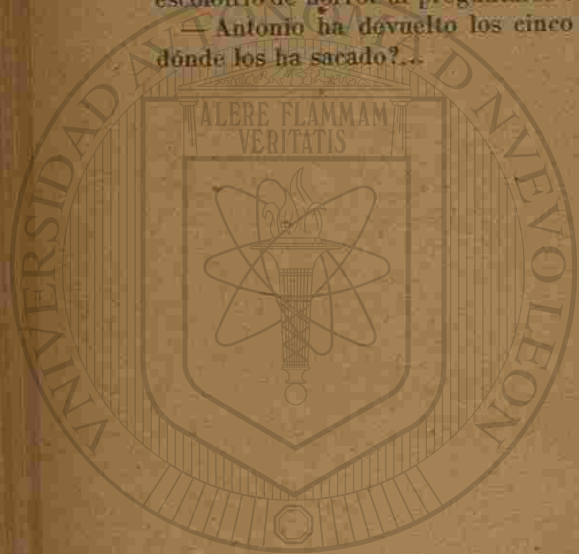
— Llega usted á tiempo para ser testigo del arrepentimiento y de las promesas de su hermano. Me lo ha confesado todo y le he demostrado que no hay negocios absolutamente seguros en la Bolsa. Ese Montborón con el que había entrado en amistad (el amante de Ángela

de Azay había imaginado esa asombrosa mentira) y que le hablaba de operaciones seguras, no puede ser más que un abominable aventurero. Antonio comprende ahora á dónde le ha arrastrado y me ha dado su palabra de no volverle á ver. Yo me he comprometido á no desmentirle con el señor Monnerón. Al conservar, como lo ha hecho, la suma sustraída aquí, ha probado que no está absolutamente perdido. El señor La Croix, una vez indemnizado, no se quejará; me encargo de ello... Y voy aún más lejos. Consiento, no en perdonarle, pues la falta es demasiado grave, sino en conservarle en la oficina durante tres meses para que su padre no sospeche. Pasado ese plazo, Antonio hará dimisión con un pretexto cualquiera, pero le seguiré de lejos en el empleo que tome y á la primera falta presentaré á quien corresponda la confesión que acaba de firmarme... Si se porta bien, se la devolveré dentro de cinco años... Ahora, caballero, váyase á su trabajo... Cuando salió Antonio, sin atreverse á mirar á su hermano, el excelente hombre exclamó: Tengo demasiado cariño por él y respeto mucho al señor Monnerón para no haber querido dar á este desgraciado una ocasión de regenerarse. No es malo, se lo aseguro á usted, y si le hubiera usted visto sollozar hace un momento, creería como yo en su arrepentimiento. Me había pedido que le escribiese á usted para rogarle que no desmienta la explicación á la que yo consiento en prestarle. Antonio reparará sus faltas; me lo ha jurado y lo creo. ¡He visto á tantos jóvenes dejarse tentar por el manejo de los fondos que pasan por sus manos! He salvado á dos, que nunca han vuelto á caer. Antonio será el tercero, estoy seguro. ¡Valor, amigo mío!

Y mientras le estrechaba la mano con fuerza para asegurarle sobre el porvenir del supuesto amigo de

Montboron, Juan, que encontraba de nuevo aquel hermano indigno entre su padre y él, se encontraba incapaz de contestar. Y sintió recorrer todo su ser un escolofrío de horror al preguntarse :

— Antonio ha devuelto los cinco mil francos. ¿ De dónde los ha sacado?..



VIII

UN CORAZÓN DE SOLTERA

No bien se vió asaltado Juan por este terrible problema del que dependía el honor de su nombre, cuando le vinieron á la imaginación las frases enigmáticas de su hermana. Antonio había entrado en su cuarto esa noche en un momento de apuro y de sinceridad. Y no sólo le había confesado su falta, sino que le había hablado de los medios de repararla. Le había pedido que le ayudase á buscar el dinero necesario. ¿ De qué naturaleza había sido ese ofrecimiento para haber trastornado así á Julia? Y de rechazo, la idea que había desechado al principio por parecerle infame, se apoderaba ahora del joven. Esos cinco mil francos se los había pedido prestados Antonio á Rimesnil, especulando para obtenerlos con las relaciones que éste tenía con su hermana. La indignación de la joven provenía de que Antonio la había impulsado á que diera ese paso vergonzoso.

— « ¿ Es posible?.. » se decía al retirarse de la oficina donde acababa de desarrollarse un nuevo episodio del drama obscuro en que se veía metido. Como se ve,

la duda había reemplazado ya á la indignación, y el joven continuaba pensando : « Sin embargo, en alguna parte ha debido encontrar esos cinco mil francos, puesto que no los tenía. De haberlos tenido, no hubiera hablado á Julia de la manera que lo ha hecho. ¡ Qué turbada estaba la pobre ! ¡ Qué palabras se le escaparon : *Antonio está en pleno crimen, yo te lo juro !...* Nadie más que ella puede ponerme sobre la pista de la verdad... »

Este pensamiento envolvía hipótesis tan crueles y estaba tan íntimamente unido á sus preocupaciones de las últimas semanas, que el infeliz no pudo soportarle y se apresuró á volver al lado de su hermana. Apenas hacía un cuarto de hora que se había despedido de M. Berthier, cuando ya se encontraba en el descanso del cuarto piso de la calle Claude-Bernard donde vivía la familia Monnerón. No tuvo tiempo de llamar á la puerta, porque Julia le estaba esperando. Había subido todo derecho del *boulevard Saint-Germain* atravesando las callejuelas que cortan las dos vertientes de la cuesta de *Santa-Genoveva* y pasando por los mismos sitios que habían sido testigos de los peligrosos amores de su hermana con Rumesnil. Tan de prisa había marchado, que le faltaba la respiración para responder á la pregunta de la joven, la cual le llevó en seguida á su cuarto, donde agitada, con los ojos encendidos, palpándole el pecho y las manos calenturientas, le preguntó.

— ¡ Qué ! ¿ has encontrado á Cremieu-Dax ?... Y al ver que meneaba la cabeza en señal de negación, exclamó : ¡ Dios mío, has llegado demasiado tarde !...

— ¡ No ! pudo al fin responder él en voz baja. Me ha dado el dinero otra persona : pero cuando me presenté en casa de Mr. Berthier, ya estaban pagados los cinco mil francos.

— ¿ Por Antonio ? preguntó ella anhelante.

— ¡ Por Antonio ! contestó Juan.

— ¡ Por Antonio ! repitió Julia sin fuerzas para añadir una palabra. Y se dejó caer en una silla, cruzadas las manos sobre sus rodillas y los ojos fijos. Una alucinación más fuerte que su razón le ponía á la vista la escena repugnante : el falsario entrando en casa de su seductor y, con formas ya brutales, ya cortes — ¡ qué importaba ! — tratando de darle ese detestable petardo. Sin embargo, ella tenía motivos para creer que aun no lo había realizado, porque poco antes, cuando Juan salió para ir á casa de Cremieu-Dax, como ella creía, pensó en que todavía podía tratar de impedir que Antonio se sirviera de su nombre y había escrito un billete de algunas líneas á Rumesnil, en el que le suplicaba que si recibía la visita de su hermano mayor, no hiciera lo que le pidiera. En seguida había entregado el billete al portero encargándole que lo llevase inmediatamente, con orden de no dejarle si el destinatario no estaba en casa, y de traer una contestación en caso de que estuviera. La joven había dado esas instrucciones corrida de vergüenza al ver la mirada insolente de los porteros, cuya estima por su familia era tan pobre como los aguinaldos que les daba el día de año nuevo. Pero una moneda de diez francos que la joven les dió al mismo tiempo que el billete, para que el marido tomase un coche y volviese en seguida, había cambiado su insolencia en amabilidad, con esa imperceptible guasonería silenciosa con que los inferiores nos hacen pagar su complicidad. Julia se había acordado de la frase irónica de Antonio sobre el peligro de dejar las cartas en las porterías, y se había ruborizado al pensar en los comentarios que las frecuentes visitas de su amante habían debido provocar en esa portería donde tanto se murmuraba. ¡ Ah, qué importaba que comentasen sus visitas

y su insistencia en que el portero marchase en seguida! Lo esencial era que el billete llegase á tiempo, si Antonio se había atrevido realmente á dar ese infame paso. El portero había vuelto de la calle de *Varenne* trayendo el billete, porque el señor conde estaba de caza. La vispera Ademar le había dicho efectivamente á Julia que acaso iría á pasar dos ó tres días en casa de un primo suyo en las inmediaciones de París. En otra ocasión hubiera sentido que su amante no le hubiese escrito confirmándole su ausencia y pidiéndole excusas. Pero en las circunstancias actuales, esa ausencia era una suerte inesperada, con tal de que Antonio no hubiese llegado antes de que Rumesnil hubiese salido de casa. La joven había enviado al portero á comprar una guía de ferrocarriles. Sabía el nombre del castillo del primo y que distaba poco de Malesherbes. Ademar había podido tomar uno de los dos expresos que salen de la estación de Lyon por la mañana, el primero á las nueve y el otro á las diez. Según que se hubiera decidido por el primero ó por el segundo, debía haber salido de su hotel á las ocho y media ó á las nueve y media. Antonio no podía haber ido á la calle de *Varenne*, en caso de haber ido, sino á las nueve menos cuarto. En este caso todo dependía de la elección del tren que hubiera hecho Rumesnil. Julia había querido considerar como cierta la preferencia dada al primer expreso, porque era más rápido que el otro y no se paraba ni en Ville-neuve, ni en Juvisy, ni en Corbeil. Con tal esperanza había aguardado el regreso de Juan, y he aquí que al solo anuncio del pago de los cinco mil francos por Antonio, todos los indicios que la inducían á creer que habría marchado en el primer tren, la hacían considerar como probable que hubiese marchado en el segundo. La vispera, Rumesnil había vuelto tarde

de la *Unión Tolstoi*. ¿Por qué había de haberse levantado una hora más pronto? ¿Dónde había tenido ella la cabeza? Sin duda ninguna había tomado el segundo tren. Si no le había enviado cuatro letras para advertirla definitivamente de ese viaje, es porque Antonio se había presentado cuando estaba haciendo los últimos preparativos. Ó acaso al tiempo de escribir, el asco le había paralizado la mano. ¿Quién sabe si el depravado habría dicho que iba de parte de ella!... Todas estas suposiciones le embargaban á la vez su imaginación y le causaban tal emoción, que se había olvidado de que su hermano estaba delante de ella. Su consternación era demasiado elocuente; seguramente tenía una idea positiva sobre las maquinaciones de Antonio. La pobre joven no volvió en sí sino para notar su imprudencia á esta pregunta de Juan:

— Si sabes adónde ha ido á pedir prestados esos cinco mil francos, es preciso que me lo digas, Julia. Yo puedo devolver inmediatamente los cinco mil que tengo...

— ¿Yo? contestó ella, ¿por qué lo he de saber?... En las palabras que acababa de pronunciar su hermano, había notado una vez más la sospecha de sus relaciones con Rumesnil, que tantas veces había adivinado en sus ojos. Nombrársele en ese momento, hubiera sido confesarlo. Si no hubiera mediado esta culpable intriga ¿en qué hubiera sido más extraordinario un préstamo de dinero del joven noble á Antonio que el de Cremieu-Dax á Juan, por ejemplo? Ella misma le había dado poco antes ese consejo, el cual, unido á su turbación actual, la condenaba si confesaba el verdadero motivo de su sobrecogimiento. Esto no obstante, si hubiera estado segura de que el falsario había obtenido de Rumesnil ese dinero, quizá no hubiese vacilado

en hacer esa confesión para borrar hasta el recuerdo de esa vergonzosa deuda. Pero no estaba cierta, y el instinto de supremo pudor que tiene toda mujer, sobre todo si es soltera, para no hacer una confesión de esa naturaleza, selló repentinamente su secreto en lo íntimo de su corazón. Y después de esta reflexión añadió: «Lo que me espanta es que haya encontrado tan pronto ese dinero...»

— Pero en fin, replicó Juan, en la conversación que habéis tenido juntos anoche, tú misma me has dicho que te había pedido que le ayudases: ¿cómo?...

— No insistas más, contestó ella levantándose y apartándose como un animal herido. Lo que me dijo me causó tanta pena, que no quiero repetírtelo... ¡No me hables de eso jamás, jamás, jamás!... Además, no se trata de eso, puesto que me negué á escucharle y le eché de aquí...

— No te lo volveré á preguntar, repuso Juan después de un momento de vacilación. Pero pongo una condición. Si, tengo derecho para ello, añadió al ver que su hermana levantaba la cabeza mirándole con la altivez desconfiada que le había mostrado hacia ya algunos meses. Impulsado por tí y á causa de la conversación que habías tenido con Antonio, he dado un paso que me ha costado mucho. Vuelvo á decirte que no te pido que me la repitas. Júrame solamente que no tienes ninguna idea sobre una persona particular á la que haya podido dirigirse Antonio...

— No tengo nada que jurarte, contestó ella, con la mirada más sombría y desconfiada; pero de esas personas hay veinte, desde su querida, puesto que parece que había robado por una mujer, hasta cualquier compinche de bodegón ó de garito, sin contar los usureros... Lo que no me cabe duda es que ha hecho una

canallada para tener ese dinero. ¿Cuál? No lo sé ni deseo saberlo jamás. Eso será prueba de que no ha reparado una falsificación haciendo otra y una estafa haciendo un robo... «Ahora», añadió llevándose la mano derecha al corazón y volviendo á sentarse, déjame sola. Las emociones de anoche y las de esta mañana me han dejado extenuada. Voy á descansar antes de almorzar, si quieres que nos presentemos á la mesa sin que papá sospeche nuestra agitación que de seguro despertaría su inquietud... ¡Pobre padre! ¡Su tranquilidad ante todo!

Esta súplica que iba dirigida al sentimiento que más dominaba en el corazón de su hermano, dejaba ver una expresión tan ansiosa de su fisonomía demacrada, que su hermano obedeció al ver su evidente sufrimiento; pero, á pesar suyo, se retiró á su cuarto temblando. Por primera vez, la imagen de su padre evocada en ese momento no había dominado la tempestad interior. Tenía necesidad de la verdad, como el hambriento la tiene de pan y el sediento, de agua. Este conato de rebelión contra su padre, se aumentó más todavía al verle llegar con una hoja de papel en la mano y el semblante más sereno. El papel era una carta de Berthier diciéndole á M. Monnerón que no se molestase en ir por la tarde, como era su intención. En ella le anunciaba que todo quedaba explicado y que no volviese á ocuparse de un asunto ya aclarado.

— Ya ves ahora que Antonio no tenía razón, dijo José Monnerón enseñando la carta á su hijo, en culpar á este excelente hombre de falta de tacto. Al contrario, ¡qué delicadeza! Además, me alegro de no tener que ir á la oficina. En cambio podré ir á casa de Barantin. Éste debe hablar en la Cámara la semana próxima contra la enseñanza congreganista. Tengo que comuni-

carle algunas notas técnicas importantes. Mientras no hayamos conseguido hacer cerrar sus colegios, la batalla no estará ganada. Es preciso que lleguemos a imponer en todas partes la enseñanza seglar exclusiva y obligatoria. Nótese bien: no digo neutra, porque yo no estoy por la neutralidad. Ante todo, una moral independiente de dogmas, es el primer artículo de nuestro programa y el más esencial. Ahora espero vivir bastante para verle aplicado...

Así, la alarma de la vispera: — la visión de su hijo mayor de pie delante de él con la máscara del terror en su rostro, — sus sospechas corroboradas por las maneras del joven, — la concomitancia de tantas señales ciertas de culpabilidad, — todo quedaba olvidado, borrado, abolido, tan poca mella hacía la realidad en esa inteligencia de ideólogo incurable! La afirmación de Berthier había bastado para empujarle á su ocupación habitual de quimeras políticas. Y él, que no era capaz de ver la verdad en el círculo estrecho de su familia, se complacía en concepciones que tendían nada menos que á retocar todas las mentalidades francesas habidas y por haber. ¿Qué extraño era que ese mismo espíritu de quimera, que le convertía en su vida privada en un iluso, se encontrara en sus teorías sobre la vida pública? Ese padre que no había sabido realmente educar á uno solo de sus cuatro hijos, soñaba tranquilamente en reformar la educación nacional; y con esa infalible lógica en lo falso que caracteriza á los hombres de su partido, quería una educación contraria á todos los orígenes del país y á toda su historia. Pero, ¿cómo le gustaba repetirlo con una convicción que hubiera sido cómica, si la gente honrada de esta ralea no hubiera causa común con los peores enemigos de Francia en su empresa de humillación de nuestra patria, destruyendo

sus fuerzas vivas: «La razón no puede menos de tener razón!» Semejante discurso no ofendía solamente al cristiano latente que era Juan, sino al hijo confundido de pena al ver la inferioridad moral, á pesar de su buena fe y sus virtudes, de este extraño jefe de familia, incapaz de comprender un hecho en su verdad brutal pero concreta. El funcionario escrupuloso y probo había sido sacudido hasta las fibras más íntimas por la sospecha lanzada sobre uno de sus hijos. Y ahora que parecía disipada esa sospecha, estaba tan contento que no pensaba en verificar á fondo una historia que se presentaba tan oscura. Esta falta de virilidad en el carácter de su padre le causó tanta pena al «consolador», que no tuvo la fuerza de callarse, como de costumbre, ante las aberraciones del jacobino. Sentía la necesidad de hablar con una sinceridad si no completa, al menos sin tanta atenuación como otras veces. Esta franqueza algo tímida no la motivaba la carta de Berthier — esa carta cuya significación exacta sabía demasiado, — sino otras ideas, que con tanta frecuencia habían chocado su sentido de equidad sin causarle indignación. El hijo las excusaba por las preocupaciones de la juventud, por sus relaciones y por las influencias personales, como la del camarada Barantin.

— Yo no me puedo asociar á tu esperanza, dijo sencillamente el joven. Veo perfectamente el elemento de energía que la enseñanza seglar quita á la infancia; pero no veo con qué le substituyen. Porque, en fin, es preciso vivir y para vivir obrar. ¿En dónde se debe tomar el principio de obligación en lo que ustedes llaman la moral independiente? Tú dices que de todo dogma; pero eso significa que depende del examen individual.

— ¿En dónde se debe tomar ese principio? En la

justicia, sencillamente, contestó José Monnerón, que había mirado á su hijo con triste sorpresa, y en la solidaridad, en esa deuda que cada uno ha contraído con la humanidad, por el solo hecho de existir. Todos nacemos con esa obligación.

— Yo te diré, como Crémieu-Dax el otro día citando á Robespierre, replicó el joven: ¿En nombre de qué?... Ese es un círculo vicioso. Aparte de que para ser válida una deuda supone que ha sido aceptada con conocimiento de causa por el deudor, ¿dónde está escrito que hay obligación de pagar una deuda? En el Decálogo y en el Evangelio... Pero ustedes no los admiten.

— ¿Y dónde dejas tú la conciencia?... replicó el padre con más asombro todavía. Hay momentos en que me causas inquietud, Juan, añadió con dulce gravedad. Diríase que te dejas ganar por el escepticismo y el pesimismo. Ten mucho cuidado... Todos los días tienes la prueba de que basta la conciencia para guiar al hombre. Ahí tienes á M. Berthier, que sabes que es librepensador. ¿Ha tenido necesidad de otro consejo que el de su conciencia para tratarme de la manera más escrupulosa ayer y esta misma mañana? ¿He tenido yo necesidad de apelar en tu hermano á otra cosa que la conciencia, para encargarle que guarde secreto el nombre del desgraciado camarada que ha intentado comprometerle encubriendo así su propia falta?... Es preciso creer al hombre, hijo mío. En eso está la verdadera religión y el verdadero Evangelio. Sí, creer al hombre, y por consiguiente á los individuos, hasta que quede bien demostrado lo contrario. Tú mismo me viste ayer afligido después de la conversación que fué con Berthier. ¿Quién me ha sostenido? La opinión que tengo de la naturaleza humana, sencii-

llamente. Con la educación y los ejemplos que ha recibido, estaba seguro de que tu hermano no era capaz de haber cometido esa ignominia... Y hoy estás viendo que no me faltaba razón.

— Su tranquilidad ante todo, se dijo Juan al quedar solo, repitiendo con grandísima melancolía las mismas palabras que había empleado su hermana. ¡Sí, que tenga tranquilidad! ¡Bien caro la estamos pagando nosotros!... Esta seguridad de José Monnerón en medio de los misterios horribles que ocultaba la aparente apacibilidad de su existencia de familia, era siniestra como la marcha de un sonámbulo por el alero de un tejado, á unos centímetros del abismo. Esa seguridad no era de hoy, ni tampoco era de hoy la impotencia del hijo en mostrar ese abismo al durmiente por fin despertado. Jamás había sentido tanto las terribles consecuencias que entraña esa obstinación de generosa ilusión, tal como la que atenazaba á su padre, incapaz para la vida, tanto por razonamiento como por temperamento. Por contraste, el joven no pudo menos de pensar en el maestro, á cuya casa había ido por la mañana á encontrar el apoyo material y moral; en ese Víctor Ferrand cuyo ojo experto había penetrado de una mirada en el fondo de sus llagas. Es verdad que José Monnerón estaba dotado de tan excelente naturaleza como su discípulo de la Escuela Normal; era tan inteligente y tan afectuoso como él. Pertenecía á la misma profesión y al mismo gremio. La diferencia entre ellos consistía en la disciplina interior: el uno se había conformado á la experiencia secular de sus antepasados en su interpretación de la existencia; el otro, no. Y como para evocar el auxilio de esta personalidad tan completa, el enamorado de Brigida sacó del bolsillo el sobre que aún contenía los billetes de

banco que la mano del justo le había entregado de una manera tan sencilla. Volvió á leer el versículo que había prometido meditar: *Perdidistis utilitatem calamitatis*, y se entregó á una profunda reflexión. Si, esta nueva desgracia: el pago de los cinco mil francos hecho por Antonio, sin saber cómo ni dónde los había obtenido, debía servíle á él para desplegar una nueva energía. Si deseaba ser digno de la estima que le había manifestado su maestro, era preciso que asumiera los deberes que su padre no podía desempeñar, por la razón de que no los *veía*. No era admisible que si Antonio se había procurado ese dinero haciendo un empréstito vergonzoso, no hubiese pagado ya su deuda. Ni tampoco era admisible que sospechando que su hermana tenía alguna intriga con algún amigo suyo, no procurase poner en claro esa aventura para curarla al momento. Pero ¿cómo? Era inútil intentar arrancar su secreto á Julia. La impudencia de Antonio destruía de antemano toda tentativa. Lo que parecía más factible y urgente era tener una entrevista con Rumesnil. ¿Por qué no había de tener con él una conversación definitiva, cuyo resultado sería, sobre este punto el menos, acabar con los equívocos y los compromisos de conciencia? Sospechaba, en efecto, que Antonio había pedido á este camarada los cinco mil francos. Tenía recelos de las visitas tan frecuentes de Rumesnil á su casa y de su intimidad con Julia, y le obligaría á explicarse sobre este particular. Entonces vería lo que éste respondía á estas dos preguntas hechas de una manera clara y terminante. Mirándole bien á la cara y con aire resuelto, un amigo puede obligar á su amigo, si no á decir la verdad, por lo menos á dejarla adivinar. En todo caso, hablar á Rumesnil sería obrar como representante de la familia, y, cualquiera que fuese el resultado de esa conver-

sación, Juan comprendía que haría bien en trabarla. Así es que se dijo: «Hoy iré á ver á Ademar y le haré esas dos preguntas».

Prodúcese en los temperamentos nerviosos ó inestables, como el de Juan, cuando se fijan en una decisión bien resuelta, una tensión de todo su ser, que se manifiesta por una fisonomía ceñuda, gestos turbulentos, mirada dura y encendida, fija y vaga. Estos seres volubles, una vez resueltos, desprenden entonces, por un contagio casi eléctrico, una atmósfera de malestar, bien sea que, realmente, el cerebro debe ser asimilado á una pila que proyecta en esos instantes corrientes muy fuertes; bien sea sencillamente que desconciertan á las personas que frecuentan con sus maneras insólitas, ó por mejor decir, irritantes. La idea de esta próxima entrevista con Rumesnil le causaba á Juan tal desazón, que á veces, durante las comidas, le sucedía que no oía las palabras que le dirigian su padre ó su madre. Esta distracción involuntaria le valió de parte de su madre, al levantarse de la mesa, uno de esos apóstrofes desagradables con que tantas veces había desgarrado el corazón de este hijo cuya naturaleza le disgustaba tanto, y en el que encontraba sin cesar rasgos de humor inexplicables para su inteligencia simplista de meridional.

«Cuando te cases, deseo que encuentres una mujer que tenga buen carácter, mi pobre hijo. Cada vez te vas volviendo más palurdo... Si te hablan, no respondes; si te sirven, no dices siquiera gracias. ¿Por qué no sigues el ejemplo de Antonio, que agrada á todo el mundo?... Te crees demasiado, y no quieres trabajar. No sé á quién te pareces. Tu padre es más instruido que tú y sin embargo habla. Y da gusto oírle... Y tu abuelo Granier! Ah, qué gallardo era!... Tú te pareces

á los erizos de mi país, que no son más que una bola de púas y no sabe uno cómo cogerlos.

— Así es cómo mi madre ve las cosas... se decía Juan algunos minutos después al bajar la escalera. El profesor estaba abismado en la lectura de sus periódicos que no había acabado por la mañana, primero por sus inquietudes antes de la carta de Berthier, y después por sus lecciones. A largos tragos iba bebiendo el veneno diario de los sofismas revolucionarios y no había hecho caso de las palabras agresivas de su mujer, como si hubiera estado embriagado de hachis. Gaspar se había reído de la reprimenda que le había echado á su hermano la « patrona ». — Este era su vocabulario. — Julia no estaba ya en el salón por haberse retirado después de almorzar á su cuarto. Lo más extraño era que la injusticia de su madre, en lugar de causar pena al joven, como otras veces, le procuraba cierta calma. La profunda ignorancia de la madre justificaba y explicaba la ceguedad de su marido respecto de sus hijos. Jamás le había ayudado á comprender su familia, y, haciéndole sufrir por su vulgaridad, había desarrollado además su aversión natural á las realidades humildes de la vida, á lo que él llamaba « el mundo externo », con el desprecio de un letrado que se embriaga de teorías. Esta era una razón más para que el hijo no recriminase y substituyese á su padre en las circunstancias críticas. En esa ocasión, Juan se había convencido más, durante el almuerzo, de la actitud hostil de Julia. Las preguntas que él le había hecho cuando volvió de la oficina de Antonio, la habían puesto nerviosa. ¿Y esto por qué, sino porque había adivinado exactamente sobre un punto que debía esclarecer? Así es que no tuvo un momento de vacilación, él que era un hombre de escrúpulos y susceptibilidades, y á la media hora de ha-

berse levantado de la mesa estaba ya en la calle de *Varenne* y en el hotel con el que tanto había soñado su pobre hermana. Allí habitaba solo con su madre Ademar de Rumesnil, que siendo niño se había quedado sin padre. La puerta cochera de que ya hemos hablado, anunciaba la fecha de la construcción, que remontaba á la primera parte del siglo XVII, época en que esas entradas fueron puestas de moda por los arquitectos célebres de entonces, que construyeron los famosos hoteles de Soubise, de Roqueleure y de Lude. El aspecto de la vieja morada aristocrática, su aislamiento fastuoso entre el patio y el jardín, la librea del portero, de color verde oscuro con brandeburgos y botones con las armas, todo atestiguaba que el miembro de la *Unión Tolstói*, domiciliado dentro de esa fachada de altas ventanas cintradas, á pesar de sus ideas socialistas, seguía viviendo como *noble*, siguiendo el lenguaje de las Memorias del antiguo régimen. Cuando el hijo del profesor llamó en la entrada lateral, pudo ver al entrar que un mozo de cuadra estaba lavando al lado de la cochera un faetón de ruedas con caucho. Reconoció al momento el coche favorito de Ademar que él mismo guiaba al trote largo de sus dos caballos de pura raza. Juan se quedó pensativo al decirle el portero:

— El señor conde partió esta mañana y no volverá hasta el martes; acaso por la mañana, acaso por la tarde, no lo sé... Este hombre era un criado viejo que hacía muchos años que estaba al servicio de la madre. Conocía al camarada de su amo por haberle visto venir al hotel vestido de colegial cuando era joven. Por esta razón agregó naturalmente algunos pormenores á este informe sumario: Marchó esta mañana á las nueve y media.

— ¿No ha venido mi hermano esta mañana? ¿No ha visto al conde? se atrevió á preguntar Juan.

— Sí, le ha visto, contestó el portero. El señor conde estaba ya en su faetón cuando llegó M. Monnerón. Ambos subieron á su cuarto y por eso tuvo que cambiar la hora del tren...

Ya no era posible dudar. Antonio había pedido á Rumesnil los cinco mil francos. Esa visita á tal hora no tenía otra explicación. Se los había pedido y los había obtenido. Entre esta visita al conde, á las nueve, y su entrada en la oficina á eso de las diez, donde había entregado la suma, no era posible materialmente que hubiera acudido á otro sitio. Esa es la acción cuya amenaza había puesto á Julia en aquel estado de indignación en que Juan la había encontrado, y que ella había calificado de infamia, de crimen. ¿Por qué?... El joven no se hallaba ya en disposición de resolver este problema y de consumirse de dudas en silencio, como le sucedía desde algunas semanas. Tomó un coche y en menos de un cuarto de hora, después de haber recogido este informe, tan lleno de significación para él, se hallaba en la calle *Claude-Bernard*, justamente á tiempo para cruzarse delante de la casa con su madre y Gaspar, los cuales no perdieron esta ocasión para manifestar su sentimiento ante una manera de locomoción considerada en la familia del funcionario como abusiva:

— ¡Viva el lujo! exclamó el joven haciendo una reverencia cómica. Y parodiando un reclamo de camisero, que se podía leer en todas las paredes: «¿Has tenido alguna herencia para permitirte semejante coche?»

— Vamos pronto... dijo la señora Monnerón, que no quiero perder el ómnibus. Nosotros no somos tan ricos para pagarnos un coche. Somos como tu padre que sabe vivir sin lujo...

Este epigrama y la mirada de desaprobación con que iba acompañado bastaron para que Juan no les hiciese la sola pregunta que en aquel momento le interesaba: «¿Está en casa mi hermana?» Subió corriendo la escalera, dejando á su madre y á su hermano con la boca abierta y confusos por la manera como había aguantado la sátira de sus comentarios sin responder una palabra. Cuando le dijo la criada en la antesala que Julia estaba en su cuarto, le latió el corazón con tal fuerza, que tuvo que apoyarse un instante contra la pared del corredor, antes de llamar á la puerta detrás de la cual iba á pasar otra escena de su tragedia familiar, la más decisiva, creía él, y la más desgarradora. Mucha prueba es el honor perdido de un hermano; pero no hiere tanto el alma como el honor perdido de una hermana. Una falta de probidad se expía. Una indelicadeza de dinero se repara. Son faltas abstractas, si así puede decirse, de las que se sufre en el pensamiento, en el ser social, casi por razonamiento. Las faltas de la mujer van mezcladas de una mancha física. Es la falta más íntima, la más indeleble, cuando recae en una madre, en una hermana, en una hija, porque hiere al hombre en su misma carne, en lo que la persona tiene más secreto y más vivo. La aprensión del golpe que iba á recibir era ya para el joven un sufrimiento; pero no vaciló en entrar en el cuarto de su hermana, como no había vacilado poco antes en preguntar al portero de la calle de *Varenne*. El sentido de la responsabilidad le dominaba y le sostenía. Toda familia, por reducida y desunida que esté por las circunstancias, lleva en sí un elemento indestructible que hace que, á pesar de eso, sea una familia. Es, á pesar de todo, un alma colectiva, un momento de una raza. Cuando uno de sus miembros tiene conciencia de ser

el defensor, el depositario del honor común, le sostiene una fuerza misteriosa que le da valor para llevar á cabo ciertos deberes.

— Julia, empezó por decir al entrar en la habitación, vengo de casa de Rumesnil.

La joven tuvo un estremecimiento que reprimió en el acto. Para dominar la turbación que le habían causado las emociones de la noche y de la mañana, volvió á emprender una de las lecciones que estudiaba para entrar en la manufactura nacional de Sevres. En el último examen había salido mal á causa sobre todo de sus amores con Ademar que habían absorbido todos sus pensamientos; y después, para estar más libre, había obtenido el permiso de su padre para seguir los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia, en lugar de ir á su liceo. Pero seguía estudiando las materias que le habían señalado en ese liceo, á fin de estar al corriente. *Explicar este verso de Rutilius: de razas opuestas, Roma, tú has hecho una sola nación*, — tal era el tema en que se ocupaba esa tarde con el interés que se puede adivinar. La vuelta tan rápida de Juan, la expresión de su cara, el timbre de su voz, su misma presencia, cuando antes había pasado tantos días sin venir á hablar con ella... No cabía duda... Se iba á reanudar la escena de inquisición de que se había librado pocas horas antes. A no haber sabido que su amante estaba de viaje, la frase de su hermano le hubiera producido un estremecimiento más fuerte. Pero sabía que estaba ausente y que, por consiguiente, los dos camaradas no habían podido tener ninguna explicación. Así es que á la mirada penetrante de su inquisidor opuso ella esa máscara sombría de que se había servido tantas veces contra su curiosidad, y contestó:

— ¿Y á mí qué me importa eso?...

— Allí me han dicho, prosiguió Juan, que Antonio ha ido esta mañana á la calle de *Varenne* antes de las nueve, al salir de aquí, y que vió á Rumesnil. Éste se marchó en seguida al campo, así es que no he podido hablar con él. Pero he formado mi juicio: Rumesnil es quien le ha prestado los cinco mil francos...

— Hay que devolvérselos, y se acabó... replicó la joven. A pesar de temer desde por la mañana este odioso paso de Antonio, con ese instinto de la pasión, cuya infalibilidad adivinadora sentimos, aunque no le demos crédito, aun le quedaba alguna duda. Pero Juan le traía ahora la entera certeza. Fué como un rayo que paralizó por un instante todos sus miembros. La pluma se le escapó de la mano. La opresión del pecho le ahogaba la respiración. Pero su orgullo le devolvió, aun en este desfallecimiento físico, la energía de negación en que se aferran las sensibilidades ulceradas. El tono de su hermano en su conversación antes de almorzar la había brutalizado. La hubieran matado antes que arrancarle una confesión que en aquel momento preciso un poco de dulzura hubiera obtenido de ese corazón tan enfermo. Luego añadió: ¿No me has dicho que tú habías encontrado prestado ese dinero?... Y dueña ya de su voz y de sus gestos: Pagaremos los dos esa deuda. Yo trabajaré y ganaré dinero...

En efecto, tengo esa cantidad, replicó Juan. Devolveremos á Rumesnil los cinco mil francos cuando regrese el martes. La persona que me los ha prestado me ha dado el tiempo necesario para pagar la deuda. Después, recalcando estas palabras y con voz imperiosa: Dejemos esta cuestión. Pero deseo saber si en la conversación que Antonio y tú tuvisteis anoche hablasteis de Rumesnil.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO DE VES"
No. 1625 MONTERREY, NUISCO

— Ya te he dicho que era inútil que me preguntases sobre lo que Antonio me ha dicho ó me ha dejado de decir, porque no te contestaré, respondió la joven.

— El que calla, otorga... dijo Juan con más viveza. Luego reconoces que habéis hablado de Rumesnil. Por eso sin duda estabas esta mañana tan agitada porque sabías que Antonio quería ir á pedir prestado ese dinero á la calle de *Varenne*, porque te había dicho que se lo pidieras para él á ese caballero que te corteja... ¿Reconoces tú misma que te corteja?...

— Yo no reconozco nada, respondió Julia. Te había suplicado que no hicieses alusión á lo que ha podido pasar entre Antonio y yo. Ahora, añadió levantándose y yendo derecha á su hermano, te lo prohíbo. Sí, te lo prohíbo. ¿Con qué derecho me haces esas preguntas?...

— ¿Con qué derecho? repitió Juan. ¿No soy tu hermano?

— Sí, eres mi hermano, replicó ella, ¿y qué?...

— Como ¿y qué? repuso el joven encendido de cólera por la resistencia de esta voluntad inquebrantable. Al oírte creo que estoy soñando. ¿No te acuerdas ya de que esta misma mañana me suplicabas que diera el paso más humillante para el amor propio de un hombre, de ir á pedir ese dinero? ¿Es el caso de repetirte tus propias palabras? Tú me decías: vence tu orgullo por nuestro padre, por nuestro nombre, por nosotros... ¿Luego hace unas cuantas horas admitías la solidaridad de la familia cuando no se trataba de ti? Yo te obligo á que me respondas: ¿Habéis hablado Antonio y tú de Rumesnil?

— Nada de palabras hinchadas ni de amenazas, dijo ella con voz seca y dura. Unas no me hacen

ningún efecto, y desprecio las otras. Hace unas cuantas horas estaba loca. Ahora estoy en plena razón, porque ya no estamos en el caso de esta mañana. Vi á Antonio ofuscado, y tuve miedo de todo, hasta de un crimen. Ahora, lo que podía hacerse está hecho. Yo sé dónde ha encontrado el dinero; sé también que se devolverá ese dinero y que la falta de ese desdichado no tendrá, hoy por hoy, más consecuencias que hacernos trabajar un poco más á ti y á mí durante dos ó tres años... La cuestión está terminada. Te repito que te prohíbo volver á hablar de esto...

— ¿Esa es tu última palabra? dijo Juan después de un breve silencio.

— Esa es mi última palabra, replicó Julia.

— Entonces, dijo él, iré á pedir una explicación á Rumesnil sobre vuestras relaciones. Sus frecuentes visitas han llamado la atención, y sé que andáis de boca en boca. Yo haré que no se repitan y, por de pronto, le suplicaré que las suprima.

— ¿Y si á mí me agrada recibirlas? respondió la joven. ¡Vaya, que la cosa tiene mucha gracia! ¿Eres tú aquí el amo? ¿Vivo yo en tu casa, por casualidad? No hay más que una persona que tenga derecho á prohibir la entrada á cualquiera en casa: esa persona es mi padre. Prevenle, ó no te mezcles en lo que me importa á mí sola y á mi conducta...

— ¿Prevenirle? exclamó el joven. Demasiado sabes que es imposible, tú que me rogabas no hacer mucho que respetase su tranquilidad...

— Entonces, espera á que yo esté al punto de perturbar su tranquilidad, replicó ella, añadiendo con amargura: De los dos, no soy yo quien le prepara acaso el mayor disgusto.

— Entonces ¿quién?... preguntó Juan. Cuando

Antonio le hizo la víspera una alusión á su afecto secreto por Brígida Ferrand en términos casi análogos, había perdido su serenidad. No había querido ni permitido á su indigno hermano que continuase hablando de ese asunto. En esta conversación con Julia, había llegado á ese grado de irritación que apenas siente las profundas heridas. Así es que insistió, prefiriendo esto á los equívocos de que se servía su hermana: Explícate. ¿Qué quieres decir?...

Digo lo que digo, respondió ella, ya me has comprendido perfectamente... Pero, acabemos con eso. Nada más que el tono con que me hablas prueba que no te gustaría que me ocupase de tus asuntos. Luego no te ocupes de los míos... Yo no soy una señorita educada en un convento. De poco valdría haber recibido la instrucción que he recibido, si á los veintitún años no tuviese mis ideas sobre la vida. Pero las tengo; y la primera de todas es que yo misma tengo que ocuparme del porvenir que me conviene. Y ese porvenir, yo misma me lo haré... Sí, ¿con quién he de contar? siguió diciendo, pensando alto y hablando para sí misma más bien que para su hermano: No con el auxilio del cielo, me parece. Dios no se tomará el trabajo de existir para ocuparse de la felicidad de Julia Monnerón, ¿no es verdad?... Tampoco con mi padre, que sólo piensa en colocarme como pasante en alguna parte... Mucho menos con mamá. *Demasiado lo sabes tú mismo.* Y recalcó con ironía estas palabras, que eran precisamente las que Juan había empleado. Los otros dos no tenemos necesidad de nombrarlos... Ni tampoco contigo. A pesar de que hablamos poco, si tú no me conoces, yo te conozco bien. ¿Quieres que te diga hacia dónde vas? Pues acabarás por ser católico, si es que ya no lo eres. Yo tengo horror á esa religión como á las

otras; horror á la cobardía con que te precipitas en lo que sabes que es una mentira, porque te cuesta trabajo soportar la verdad. De todos nosotros, en el fondo, tú eres el burgués. Antonio es más valiente con ser un malvado. Mas simpatías tengo por su audacia que por tu debilidad. Es un revoltoso á su manera, que difiere de la mía; pero me gusta más que tu sumisión, ¿lo entiendes? Yo soy una anarquista. No me dejaré aplastar por esa sociedad infame sin haber luchado. Que me dejen ocupar en ella mi puesto como me parece. Si no lo logro, seré la única responsable...

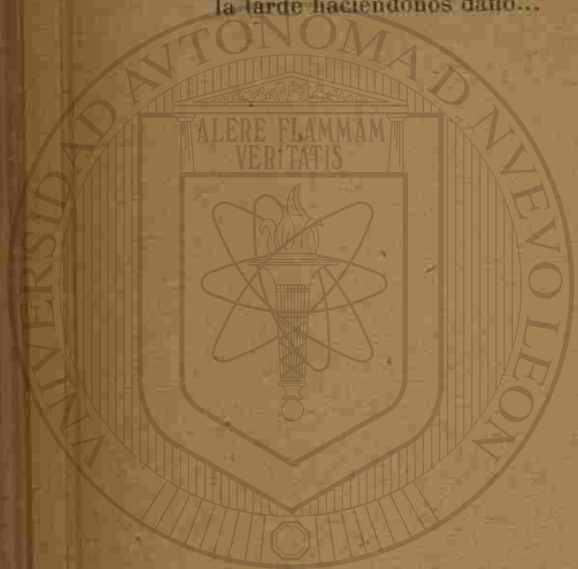
Era la primera vez que, después de muchos años, esta alma silenciosa se abría un poco, trastornada por el golpe que acababa de recibir y mostraba profundidades de tinieblas, que, aun en este minuto de crisis en que se trataba de aclarar un hecho positivo, llenaron de espanto á Juan.

Esa solidaridad de la familia que él había invocado poco antes, ¡qué viva la sentía ante el peligro que las palabras de la joven revelaban á pesar suyo! Y, mezclándose repentinamente la piedad á esa especie de cólera nerviosa que le había ocasionado el principio de la discusión, preguntó:

— ¿Luego has sido muy desgraciada aquí?

— ¡Muy desgraciada!... contestó ella, conmovida un instante por el cambio de acento de su hermano. Pero era tarde, y se contuvo en seguida, derecha en esa actitud salvaje que le era peculiar, como si su corazón de joven precozmente desengañada se rebelase contra la sensación de estar rebotando. La joven obligó á su hermano á concluir esta conversación abriendo la puerta de su cuarto y llamando á la criada:

— Mamá me ha encargado antes de salir que diese algunas órdenes á Paulina, dijo la joven á su hermano. Déjame dar esas órdenes. Eso será mejor que pasar la tarde haciéndonos daño...



IX

UN CORAZÓN DE SOLTERA (continuación).

Es verdad que esta conversación le hizo demasiado daño á Juan, tanto, que no tuvo fuerzas para prolongarla en aquel momento, ni para reanudarla durante la tarde, que la pasó toda paseándose solo de la Sorbona á la biblioteca de Santa-Genoveva para matar el tiempo, como extrañado de que no hubiera ocurrido ningún cambio en la decoración de ese barrio del Panteón, que acababa de ser para él el teatro de escenas tan trágicas. Los sucesos producidos por causas profundas tienen esas alternativas de explosión y de calma. Se parecen á esos terremotos que manifiestan el trabajo secreto del fuego debajo de un suelo minado. A lo mejor ocurre un brusco bamboleo de formidables sacudidas... Después viene el silencio, la inmovilidad, la continuación, ansiosa en el fondo, tímida y sin embargo activa, de las costumbres anteriores; hasta que una nueva sacudida más terrible completa de golpe el cataclismo. Entre el encuentro con M. Ferrand y su hija en el paseo solitario del Luxemburgo, y esa conversa-

ción con Julia, el joven experimentó una serie de accidentes á cuál más terribles y repentinos... ¡Y nada! Las horas habían pasado y cuando se encontró en su casa, á la caída de esa tarde, y llegó la hora de comer y la de la tertulia, hubiera podido creer que esas escenas no habían sido más que un sueño: — un sueño, el rompimiento con la que él amaba; — un sueño, las frenéticas y estúpidas discusiones de la deplorable *Unión Tolstói* y la rabia denunciadora del primo pobre; — un sueño, la vuelta á la casa paterna y la siniestra explicación con Antonio; — un sueño, la impudente confesión de éste; — un sueño, la súplica de Julia por la mañana y el paso que había dado cerca del padre de Brígida; — un sueño, en fin, sus dos visitas finales á la oficina y á la casa de Rumesnil, tan preñadas de peligros próximos.

Toda la familia se hallaba reunida, cosa que ocurría pocas veces. Pero era un día de vacaciones y estaban todos en el salón, después de haber comido á la usanza de provincias, á las seis y media. El aspecto apacible de la habitación concordaba tan poco con las violentas peripecias de esos dos días, que parecía inverosímil. Nada más lógico, sin embargo. Los Monnerón, al pasar, como lo habían hecho, de una clase á otra, sin iniciación previa, sin estación intermedia, habían conservado de su origen campesino esta característica: eran enteros y profundamente naturales. Esta sencillez de maneras es la que da una fisonomía patriarcal, para un observador superficial, á tantas familias de funcionarios, devoradas, como ésta, por secretas miserias. Al verlas no se descubre más que una atmósfera de bonachonería. Eran las nueve. La alta lámpara de petróleo colocada sobre la mesa, cubierta con un tapete verde manchado, alumbraba con su fuerte luz, apenas atenuada con una

pantalla de grabados falsos del siglo XVIII, al profesor que estaba anotando copias de los alumnos, trabajo que hacía con la misma conciencia durante los treinta años que llevaba de profesorado. La intransigencia de sus convicciones se manifestaba por observaciones célebres entre sus alumnos. Por ejemplo, á propósito de una frase en la que uno de esos retóricos quiso mostrarse atrevido elogiando la « espléndida corrupción del Renacimiento... » llegó á escribir un día al margen: « *Cúrese usted del veneno aristocrático.* » Ó bien, al frente de una lección en la que Alfredo de Musset figuraba por encima de Víctor Hugo, había estampado estas severas palabras: « *Estética de golpe de Estado.* » Ó bien aún, al frente de una nota de José de Maistre, este aforismo: « *El gran talento criminal no tiene derecho á hablar.* » En todo Jacobino hay algo de Prudhomme, y los más letrados, desde que se ven poseídos de la manía revolucionaria, despliegan ingenuamente esta grotesca solemnidad de « pensadores virtuosos, » que da á las sesiones doctrinales de la Convención el aire de una carga dispuesta ex profeso para regocijo de *Bouvard y Pecuchet*. Algunas veces el profesor, cuando corregía las copias en familia, interrumpía su trabajo para comunicar á sus hijos si estaban presentes, ó en su defecto á su mujer ó á su hija, una frase que le parecía notable. Así es como esa noche interpeló repentinamente á Juan:

— De veras que tiene talento el pequeño Ravenel... Yo le había dado un trabajo sobre Rousseau. Escucha esto, Juan. Paso en silencio el detalle de una comparación, que es bastante trivial, entre una nación y un árbol. Pero ¡cómo le ha robustecido con este rasgo final! Escucha: *Elegá un momento en que el pueblo despertado se cansa de ser la raíz, cuyo trabajo subterráneo*

procura alimento á las ramas altas que gozan del cielo y del sol; en que el tronco se fatiga de ser el canal de la savia que va á desarrollarse en la cima en ramilletes perfumados; en que el árbol entero quiere ser flor... Esto es soberbio... y repitió: « En que el árbol entero quiere ser flor... »; Qué feliz fórmula para nuestra democracia! Eso es lo que soñamos todos para el pueblo... ¡Ah, qué bien dicho está! (Pero no distinguía la extravagancia de esta imagen de caricatura, que por sí sola condenaba todo el sistema, puesto que suponía resultados sin sus condiciones). Y luego continuaba: Tengo gusto, ó por mejor decir, verdadera dicha en pensar que hoy esas ideas son corrientes, y que ese es el punto de partida de nuestros retóricos. En lugar que á nosotros nos daban á estudiar el *Elogio del príncipe Jerónimo*, *Hieronymi principis laus*. Sí, yo estaba en la cuarta clase cuando los lacayos del Hombre de Diciembre se atrevieron á insultar á la juventud dictando en el concurso general esta materia de versos latinos. Pero las estancias vengadoras de Richard llegaron hasta Tournón:

No comprendéis que nuestras silenciosas veladas
Han hecho de cada uno un republicano;
Que no podemos sufrir nuestras cadenas; que nuestros poetas
Son los Juvenal; los Ilugo, los Lucain...

¡Qué desgracia que Richard haya muerto á los veinte años! ¡Qué desgracia! Tú te debes acordar, dijo dirigiéndose á su mujer, esos son los versos que yo recité en tu casa cuando me convidaste á la primera tertulia...

Y se puso á corregir la lección de Ravenel, que le había traído á la memoria uno de los ídolos de su liturgia íntima, á ese Jacobo Richard, que tuvo su hora de

celebridad por haber ridiculizado en una pieza satírica mal imitada de los *Chatiments*, al « Tío del tirano », en lugar del panegírico propuesto como tema á los colegiales de 1860. No una sola vez, sino treinta, había recitado el profesor á sus hijos ese trozo insípido, siempre con la misma admiración. Su gusto, que era exquisito, no llegaba á disipar el prestigio que ejercían sobre él esos malos versos. Su mujer le había escuchado con la boca abierta como si comprendiera que, en efecto, el retórico del Imperio no había podido « soportar sus cadenas ». Y había dejado sobre sus rodillas la interminable banda de tapicería que hacía y deshacía después de muchas noches. Esta labor estaba destinada á guarnecer el canapé del salón que dejaba ver la trama, como el resto del ajuar que habían comprado de lance al llegar á París. Era una de esas operaciones en que sobresalía la mujer del funcionario, amigo de parecer é incapaz de una adquisición estudiada y concienzuda. La madera de mala calidad se había torcido. El dorado de pacotilla había tomado tonos amarillentos y desiguales de un efecto deplorable. La tela no presentaba ya más que un dibujo borrado. Y para mostrar que eso no era un simple accidente, la pieza de tapicería, sin estar siquiera acabada, dejaba ver repulgos de lanas mal casadas que la provinciana, acostumbrada al « poco más ó menos » de su casa natal, justificaba diciendo:

— Cuando todos los colores se hayan pasado, no se verá más que un borrón.

Y la casa natal, dejada con sentimiento, se le apareció al lejano recuerdo de antes de su boda evocado por su marido, y respondió:

— ¡Que si los recuerdo! Al abuelo Granier le gustaban tanto, que los había copiado para enviárselos al general...

— ¿Al abuelo Granier le gustaban los *galones*?... dijo Gaspar, en quien las conversaciones del profesor, siempre dispuesto a denunciar el peligro pretoriano cuando ya había hablado bastante del peligro clerical, habían desarrollado un precoz antimilitarismo que prometía para lo porvenir.

— ¡Oh! repuso José Monnerón, ese general no era como los otros... Y añadió respetuosamente: Era Garibaldi.

« ¿No es verdad, padre, que es también de Richard este hermoso verso, preguntó Antonio: « *Hacer vibrar al menos tu nombre, Garibaldi...*? » Esta oportuna reminiscencia, que le valió una afectuosa sonrisa del padre, tenía por objeto, así como su presencia en casa esa noche, el disipar los últimos vestigios de sospecha que hubiera podido guardar José Monnerón. El tímido no se había mostrado nunca más zalamero, ni más familiar, al tener las madejas de lana de su madre y hacer juegos de cartas para su joven hermano con habilidad inquietante, y todo eso para el padre engañado, para quien esta simple cita de un alejandrino revolucionario equivalía á un diploma de pureza moral. La historia de la decadencia en que se abisma desde hace cien años nuestro país, sería incomprensible si no se tuviera presente un rasgo poco estudiado de la psicología del jacobino. Por más que se quiera « reconstituir la sociedad humana, como decía Bacon que era preciso reconstituir el entendimiento humano, » (es la fórmula de uno de ellos, del triste Chamfort, de ese cortesano de tanto genio que la Revolución ha aburrido y deshonrado antes de matarle,) no hay medio de librarse de sus atavismos. Del número de estos es el sentimiento religioso. El Monnerón — este es el caso de hacer de este nombre propio el nombre

genérico de toda una clase — es un cristiano que ha aplicado á ideas abstractas é inexactas las devociones de esos atavismos. No tiene esas ideas como se tienen opiniones; las tiene como se tiene un culto. De ahí proviene la severidad indignada de su juicio respecto de los disidentes. El Monnerón, — que se mostró tal cual es en el golpe de Estado del diez y seis de Mayo, en el movimiento plebiscitario suscitado por Boulanger, y últimamente en las circunstancias que todos sabemos, — el Monnerón, digo, no se contenta con combatir á sus adversarios, sino que los considera como seres de conciencia inferior. No le basta aplastarlos por cualquier medio y sin ningún escrúpulo, porque el Monnerón completo es delicado en otra cosa. Desprecia á sus adversarios, como á simples malhechores y los trata como tales sin vacilación ni remordimiento. Diríase que es suyo el monopolio de la honradez política. Esta disposición de alma explica la imposibilidad de adquirir la menor experiencia, que caracteriza á esta clase de alucinados sinceros. Por eso no han llegado ni llegarán jamás á establecer un gobierno; sino que están condenados á tiranizar. Pero pagan, por otra parte, su fanatismo por la facilidad con que les engañan los sicofantes que fingen participar de sus principios. No pueden ya juzgar á cualquiera que piense ó simule pensar como ellos. Antonio conocía bien este punto débil del carácter de su padre, á quien de ordinario solía exasperar, pero no así esa noche, en que convenía mostrarse hijo virtuoso y por tanto republicano, y el cándido profesor se dejaba engañar. ¿No vivía engañado hacia ya muchos años por políticos de baja categoría, como su antiguo camarada de escuela, racionalista y doctrinario, discípulo de Kant y *chanchullero* desvergonzado, con quien había pasado

la tarde y cuyo nombre mencionó al responder á su hijo?

— Sí, ese verso que no has olvidado, es de Richard. ¡ Muy bien, muy bien!... Hoy lo decía yo en casa de Barantín á unos diputadós de su grupo que retroceden ante la chillería de los clericales por la ley de enseñanza; yo conozco bien la materia. He educado á dos muchachos y estoy educando al tercero; yo les desafío á que dejen de ser republicanos. ¿ Por qué? Porque los he sustraído desde la cuna á toda influencia reaccionaria; porque he asociado todos sus recuerdos de infancia á impresiones republicanas... Tú mismo has podido ser tentado alguna vez, como todos los parisienses de tu edad, por el escepticismo... Ya sé que has oído que nos tratan de utopistas. ¿ Utopistas? Bueno. Precisamente por los utopistas ha progresado la justicia en el mundo. Ante todo, vivamos en lo absoluto. Eso es lo que os he enseñado desde que existís, y veo con gusto que queda ese fondo. El poeta latino nos ha dejado hermosos versos sobre este particular:

... Nunc adhibe puro

Pectore verba, puer. Nunc te melioribus offer.

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem

Testa diu...

Esos antepasados lo han dicho todo. ¿ Qué genios!... Justificad siempre esos versos de Horacio, hijos míos.»

El amante de Angela d'Azay, el Montborón de los garitos del boulevard, el falsario de la oficina del Grand Comptoir, el estafador de la calle de Varenne hizo una señal de asentimiento con la cabeza. El malandrín no había cesado de tener para su hermano y su hermana, desde que se habían encontrado cara á

cara, esa mirada de camorrista en guardia que, acechado por dos antagonistas, observa sus menores gestos, dispuesto á parar y á atacar. Éstos por el contrario, habían fingido que no le veían. Ambos se habían sentado en el salón, á corta distancia de la mesa, embebidos en la lectura. Los dos habían escogido un libro de texto del programa del examen que iban á pasar: ella, un compendio de Literatura francesa; él, el *Timeo* de Platón, que merecieron la aprobación de su padre, el cual, después de haber visto los títulos de los libros, les dijo:

— « Tenéis mucha razón: *Singulas horas, singulas vitas puta...* Consideremos todas las horas como otras tantas existencias; ese es el mejor medio de aprender mucho. Son palabras del viejo Séneca. En el colegio yo las había tomado por diviso, que me valió mi rango en la Escuela. »

— « Yo, replicó la madre, desearía hacerles leer un *Manual de la urbanidad pueril y honesta*. No dejarían de ser buenos profesores por ser más amables y corteses... »

Juan no había hecho caso á esta nueva salida de su madre, como tampoco á la actitud insolente de Antonio, ni á la jerga de Gaspar, ni siquiera á las palabras de su padre. Después de tales advertencias y ante semejantes evidencias, el optimista había vuelto á sus utopías — aceptaba esta palabra como un título de honor — con serenidad absoluta en que había, sin embargo, un poco de voluntad. ¿ En el fondo de su mirada no quedaba la traza de la herida recibida, á pesar de fingir y querer afirmar que no la había recibido? Pero Juan no tenía ya la fuerza de enter necerse por esas complicaciones, ni la de sostener su papel de « consolador. » El enigma de las relaciones

de su hermana con Rumesnil ocupaba todo su pensamiento. Que Antonio era un miserable, condenado desde luego á los peores azares de una existencia aventurera, ya lo sabía ahora, como sabía de tiempo atrás que no tenía cura el irrealismo del profesor. Ni por uno ni por otro podía hacer nada en ese momento; mientras que Julia atravesaba una crisis en que su deber era intervenir y veía con claridad el medio. Ya no tenía necesidad de preguntarle; pues lo que ella le había dicho era demasiado claro, aun en sus reticencias. Ella esperaba que Rumesnil se casaría con ella. ¿Qué había hecho éste para sostener esa esperanza? ¿Qué había hecho ella por su parte para conquistar al camarada de sus hermanos? ¿La había engañado con falsas promesas? ¿Ó se habían engañado ambos? ¿Había querido sólo la joven un magnífico casamiento, como parecía desprenderse de sus palabras, ó bien, so pretexto de ambición, había entregado imprudentemente su corazón? Ahí estaba el misterio, siempre impenetrable y angustioso. Juan tenía una ocasión segura de poseer la clave. Esa explicación con Rumesnil, con que había amenazado á su hermana para arrancarle una confesión, era preciso provocarla cuando Rumesnil volviese el martes, al mismo tiempo que le entregaría el dinero que Antonio le había pedido prestado. Entonces le prohibiría sus visitas á la calle *Claude Bernard*, como lo había anunciado, y Rumesnil tendría que explicarse. Ó no tenía con Julia más que relaciones de galantería y suspendería sus visitas, ó sus intenciones eran serias y pediría la mano de la joven. Este razonamiento sencillo, y como tal digno de un « Monnerón », no comprendía una hipótesis, la única verdadera: que la joven fuera dueña del corazón de Rumesnil. La imaginación de Juan era todavía muy

tierna y pura para fijarse en una idea que envolvía visiones muy sucias. Durante esa noche en que su quimérico padre llenaba de notas las copias de sus alumnos, enunciando sus axiomas optimistas, — en que su injusta é incapaz madre trabajaba con indolencia en la tapicería, — en que el cínico Antonio y el odioso Gaspar manejaban uno después de otro las dos barajas grasientas, Juan miraba á su hermana de reojo, y se entregaba á ese trabajo de análisis que tantas veces había ensayado, pero nunca con tanta lucidez; y la veía transparente hasta el último repliegue obscuro de su alma, que le reservaba para más tarde tan trágica sorpresa. En ese momento, describía primero, en su rostro taciturno, la miseria moral que este pobre ser le había manifestado por la tarde con acento de rencor. ¿Contra quién? Contra aquella familia allí reunida; contra los elementos de enfermedad esparcidos en la atmósfera de la casa, que adolecía de mala construcción. Por las mismas líneas de su cara se veía que la joven era una naturaleza mixta, con tendencias intelectuales heredadas de su padre y con la ignorancia heredada de su madre. Por este doble atavismo se parecía á Juan y á Antonio á la vez. De este último, — la forma gruesa de su barba y el borde sensual de sus labios rojos que contrastaban con su color pálido, lo revelaban demasiado — tenía los apetitos plebeyos que no se paran en barras para realizar sus deseos. París la había desorientado con el espejismo de la vida de lujo y de placer infantilmente envidiada desde que la percibió. Por otra parte, la inquietud sentimental que tenía de su hermano Juan, que ennoblecía su frente y sus ojos, le había hecho funesto ese deseo de ambición. No tenía tanta inteligencia como Juan para interpretar á los

suyos. Había llegado á comprender á su familia lo bastante para reconocer su desequilibrio secreto; pero no para descubrir las grandes leyes sociales cuyo ejemplo palpable era la incoherente tribu de los Monnerón, por esta misma incoherencia. De todos los de su familia le causaba desprecio alguna cosa: de su padre, ese utopismo simplón; de su madre, el desorden y la estupidez; de su hermano Antonio, la hipocresía y la rusticidad; de Gaspar, las desvergonzadas maneras y la burla precoz; de Juan, la incertidumbre y la morbosidad. De suerte que había perdido todo punto de apoyo en su familia, y además, ningún freno moral había reprimido su sensibilidad desarreglada. Ciertas almas críticas y ardientes no se gobiernan con fórmulas tan vanas y tan vacías como esta moral de la «solidaridad humana» que siempre tenía en la boca el profesor anticlerical. Creía reemplazar con estas dos palabras la tradición viva de orden y amor encarnada en la Iglesia. No comprendía que esta expresión de la dependencia relativa de los seres unos respecto de otros, tiene dos significaciones: la una, provechosa, que era la sola que quería ver, ¿Pero todas las ferocidades de la lucha por la vida no están justificadas por esa fórmula? El león es solidario de su presa, puesto que sin ella no puede vivir. Sólo que su solidaridad consiste en matarla y devorarla. Antonio, que á fuerza de experiencia personal era muy perspicaz, había creído leer profundamente en ese corazón de muchacha, cuando había dicho de ella: «Tiene mucha defensa.» Y en efecto, la tenía, en teoría, por haber traducido en su dura brutalidad los principios de la moral independiente. Realmente, no tenía mucha, no tenía ninguna, porque era una débil joven de veintitún años sin experiencia, sin verdadera energía, una sencilla ena-

morada, en el fondo, con ideas de ambición. Juan no iba hasta este último fondo y empleaba la fórmula de Antonio. Estas definiciones rastreras y familiares, decididas y casi quirúrgicas, sugestionan fácilmente las inteligencias meditabundas como la suya, muy predisuestas á perderse en colores indefinidos. Se contentaba con ésta y se servía de ella para resumir sus reflexiones sobre Julia y sobre la aventura secreta á que la había arrastrado su carácter de joven apasionada y abandonada, exaltada y desengañada, ambiciosa y desmoralizada; y él también, por otros motivos, decía, como Antonio había dicho mucho tiempo:

— No. No ha pasado nada irreparable entre ella y Rumesnil. Es tan orgullosa, que no habrá hecho más que imprudencias que yo atajaré desde el martes.

Tal fué la resolución con que se acostó ese día que había empezado con una tempestad íntima y que acababa con una calma amenazadora. Al día siguiente se levantó en medio de esa calma. ¡Qué horas tan crueles hasta el martes, y qué largas le parecieron al calcularlas de antemano, tanto más largas cuanto que temía ahora otra nueva explicación con su hermana! Tenía miedo de que ella le preguntase sobre su proyecto y que tratase de que no le llevase á cabo. Durante estos cuatro días tuvo la sorpresa de que Julia le esquivase tanto como él huía de ella. Esta reserva de la joven habría debido darle mucho que pensar; pero no pudo adivinar su resolución que era precisamente contraria á la suya. El día siguiente, ó sea el sábado, volvió él á la calle de Varenne para preguntar si no se tenían noticias sobre la hora de regreso de Rumesnil. Y habiendo recibido la misma contestación «que el señor conde volvería el martes,» tomó la resolución de escribir cuatro letras á su camarada para suplicarle que estuviese en

su casa el miércoles por la mañana, á las diez, « porque tenía que hablarle de un asunto importante. » La vaguedad de estas palabras convenían igualmente al empréstito de dinero que había hecho Antonio y á las visitas del joven noble á Julia Monnerón. Contaba con que Rumesnil no prolongaría su regreso á París, porque tenía que asistir el miércoles por la noche á la conferencia del padre Chanut en la *Unión Tolstoi*. Preocupado por esta carta no dejaría de encontrarse en su casa. Tomada esta resolución, Juan empezó á emplear, para pasar esos cuatro días interminables, el procedimiento que le había aconsejado su padre, el citador de Séneca: *Singulas horas...* y se encerró en su cuarto para estudiar, empleando tres sesiones por día, ese *Timeo* de Platón que figuraba en el programa de estudios. Y las horas empezaron á pasar lentas, pero tolerables. Aun en sus preocupaciones, el joven se sentía embargado poco á poco por el encanto de este sutil y fuerte pensamiento. A veces se estremecía hasta la médula de los huesos cuando ciertas frases le recordaban á Ferrand y á la dulce Brígida. Así, el célebre trozo en que se encuentran simbolizados la grandeza y los beneficios de las creencias tradicionales: « Entonces, en este templo de Sais, rodeado por el Nilo, uno de los sacerdotes más ancianos dijo al viajero: « Oh Solón, vosotros, griegos, siempre seréis niños, y no hay un solo griego digno del hermoso nombre de anciano. » — Y Solón preguntó: ¿ Qué quieres decir? — Que sois muy jóvenes en cuanto á vuestras almas », respondió el sacerdote. « No poseéis ninguna doctrina transmitida por vuestros mayores, ninguna enseñanza dada de siglo en siglo por cabezas blancas... » Estas líneas incitaban á Juan á leer el grueso volumen. Con la cabeza apoyada en una mano, sentía de nuevo el fecundo

alcance de las ideas del conservador de la calle de *Tournon*, por una parte, conformes á las inmutables afirmaciones de los sabios de todos los tiempos, por su misma conformidad con las leyes fundamentales de la naturaleza humana, — y por otra parte, el error destructor de las ideas del innovador de la calle de *Claude-Bernard*. Y después venía la ilusión de óptica en que caen siempre los hombres pensadores: de suerte que los hechos actuales en que figuraba como actor, perdían su realidad presente. No se cuidaba de verificar si continuaban en el mismo estado en que los había visto. En el intervalo de sus sesiones de estudio, ya no miraba á Julia, por ejemplo, con la misma energía de aplicación que había empleado los últimos días. No se daba cuenta de que también ella esperaba ese martes en que Rumesnil debía volver, con una fiebre que le encendía los ojos, le abrasaba las mejillas y le quemaba la frente y las manos. Era la querida que va á saber si su amante la ama con amor verdadero, la doncella madre en visperas de probar el corazón del padre de su hijo. Ó sencillamente, amaba con ese amor que el mismo Platón ha descrito en *Timeo*, como petrificado de voluptuosidad y de dolor: *ἡδονῇ καὶ λύπῃ μειγμένου ἔρωτα*. « Estos ancianos lo han dicho todo, » hubiera repelido José Monnerón, pero, lo peculiar del « Monnerón » es saber eso, es comprender y sentir las verdades eternas que nuestros maestros de Grecia y de Roma han explicado tan bien, y no aplicarlas jamás á la vida.

Cuando Julia se vió libre del interrogatorio de su hermano segundo, tuvo una terrible crisis de desesperación. Juan no se había equivocado sobre un rasgo de su naturaleza: era orgullosa. En varias ocasiones, al principio de sus relaciones, Rumesnil había intentado hacerle aceptar esos regalitos que son la suprema ten-

lación de las jóvenes como ella, casi privadas de esas bonitas chucherías que vuelven locas á las mujeres. Jamás había aceptado nada. « Dame ramilletes de cinco céntimos », le decía á su amigo cuando éste se quejaba de su obstinación en rehusar las joyas que le ofrecía. Esta misma susceptibilidad de querida pobre le había impedido articular en alta voz la palabra matrimonio que continuamente pronunciaba en su pensamiento. La inconsecuencia entre este desinterés casi salvaje y este deseo de casarse con Ademar no era más que aparente. A pesar de creerse anarquista en ciertas cosas, Julia era realmente una « señorita » de la baja burguesía francesa en su sentimiento de lo « tuyo » y de lo « mío ». Deberlo todo á un marido es una dicha. Deber cualquier cosa á un amante es una vergüenza. Por eso no podía soportar la certeza de que su hermano mayor había acudido á Rumesnil en un momento de apuro y, sin duda, en su nombre. A más de esta sensación de orgullo herido, sentía otra : la del terror que le causaba que su hermano llevase á cabo su amenaza y fuese á pedir explicaciones á Rumesnil. Se había representado á los dos jóvenes cara á cara : la cólera del uno, la irritación del otro, acaso un fatal desenlace de esa disputa... Además, estaba en cinta y aun no se había atrevido á hablar á su amante de esa nueva situación que al principio no quería admitir ; pero que la consulta de algunos libros de medicina no le dejaban dudar. No podía menos de reconocer que sentía los primeros signos de un embarazo incipiente. ¿Qué haría en este caso ? Juan devolvería á Rumesnil los cinco mil francos. ¿Pero este pago hecho por el hermano segundo probaría que ella no había sido cómplice del hermano mayor ? Porque esto es lo que ella temía, conociendo bien el carácter de Antonio, que hubiera llevado su

audacia hasta pretender que iba enviado por ella. Y si Ademar la creía capaz de esa bajeza ; si ella leía en sus ojos azules, á veces muy duros, esa injuriosa sospecha, si adquiriría la prueba de que no tenía fe en ella, de que no la estimaba, cuando todo su porvenir dependía ahora de esta fe y de esta estima... Por más que la joven profesara las teorías más atrevidas y se burlase de las preocupaciones y aun de la moral corriente, este nihilismo superficial no la libraba de sentir vergüenza al ver que realizaba la falta á que se había dejado arrastrar. Aun no comprendía cómo. Como otras, había querido jugar con el amor y había sido cogida en ese juego temible, tanto en su corazón como en su carne. La prueba de que amaba verdaderamente á Rumesnil es que, desde el primer momento en que había hecho entrega total de su persona, había conocido, sin querer creerlo, que no era amada. El instinto de la mujer enamorada no tiene necesidad de varias experiencias para saber esta verdad de la vida del corazón : que la señal más indiscutible del amor sincero es el instante que sigue á la satisfacción del deseo. ¡Hay una diferencia tan grande entre el hombre adormecido y el hombre embriagado ! Hasta el momento de ser querida de Ademar, Julia estaba segura de la pasión que inspiraba. Pero después de dar al seductor ese derecho absoluto que fácilmente se convierte en pretexto de desprecio, cuando no es un motivo de adoración agradecida, empezaba á dudar. Esta alternativa horrible en el orden del sentimiento para una joven como ella, que hasta entonces había permanecido pura, iba acompañada de otra alternativa no menos horrible en el orden de los hechos : si Rumesnil la amaba, habiéndola poseído virgen y habiéndola hecho madre, no dejaría de casarse con ella. Entonces sería la suprema

felicidad, el cambio completo de su vida, la realización de sus sueños de corazón y de pensamiento, una atmósfera de luz y libertad que envolvería las aspiraciones reprimidas de su juventud... Si no, con su maternidad clandestina, era el derrumbamiento de todo, la caída tenebrosa en un abismo de miserias, una existencia para siempre truncada... Y he aquí que ya no podía diferir la prueba que había de decidir de su porvenir en uno ó en otro sentido. No podía permanecer bajo el peso de una sospecha de complicidad con su hermano Antonio. No podía aceptar que su hermano Juan tuviera respecto de ella una explicación con Rumesnil, sin que ella le hubiese advertido para evitar siquiera una sorpresa. No podía aplazar indefinidamente la confesión de su estado interesante. Los síntomas del embarazo no escaparían al ojo experimentado de su madre. En su candidez por todo lo que concernía á las realidades sociales, entreveía, como una salida posible á esta situación, un matrimonio inmediato, un viaje y un parto lejos de París, que permitiese la pequeña confusión de fechas necesaria para su honor. En estas condiciones cada día que pasaba podría ser un peligro. Todo la impulsaba á tener una explicación con su amante, pero completa, sin ninguna reticencia y que fuese definitiva, — todo, hasta su mismo corazón. Julia estaba ya harta de una incertidumbre que la consumía interiormente, — harta de aplicar á los libros de texto su inteligencia embargada de inquietudes, — harta de mentir... Con esa especie de fatalismo propio de las voluntades más fuertes, y con mayor razón de las sensibilidades turbadas cuando son acometidas por una marea de conjeturas indomables, había percibido en las sospechas de su hermano Juan una indicación de la suerte. Los sucesos ocurridos unos después de otros el

jueves y el viernes, habían acabado de darle esta sensación de su Destino que la llamaba y le hacía decidirse, y se había decidido. Durante esa noche del viernes, en el mismo momento en que Antonio se había rehabilitado ante su padre, citándole versos de Richard; en que los esposos Monnerón se enternecían al recordar su idilio de Niza, en que el joven Gaspar se asombraba á la idea de su « abuelo Granier militarista », en que Juan vacilaba aún sobre la línea de conducta que debía seguir, Julia había empezado á ejecutar su proyecto... En el salón del castillo de Malesherbes donde Rumesnil estaba asombrando á dos duquesas auténticas con su audacia y su generosidad revolucionaria, entraba un criado con un despacho dirigido al gentilhombre humanitario, concebido en estos términos: *Noticias muy graves que comunicarle. No vea á nadie antes que á mí. Esperaré martes á las tres donde sabe.* — D'ESTRÉES.

Esta enigmática firma era muy clara para aquel á quien iba dirigido el llamamiento de la desgraciada joven. ¡Ay Dios! Si ella le hubiera visto recibir ese telegrama, abrirle pidiendo permiso á las señoras ante las que se pavoneaba, estrujar el papel con mano agitada, guardarlo en el bolsillo frunciendo con disimulo las cejas, y reanudar luego la conversación con natural indiferencia! — Los dos amantes tenían sus citas en una casa de la calle que lleva este nombre de *d'Estrées* por llamarse así el último mariscal de esta ilustre familia. Todas las arterias de este barrio de los Inválidos llevan nombres de hombres de guerra. Rumesnil había escogido aquella calle porque era accesible por tres lados diferentes y porque desde la esquina que ocupaba el piso bajo, podía ver la mujer que acudía á la cita, y si alguno la seguía. Fácilmente se comprende

que este discreto asilo de placer no había sido instalado ni utilizado por Julia Monnerón solamente. Esta misma lo sospechaba á pesar de las protestas de su amante sobre este particular, y en sus horas de reflexión adivinaba la triste verdad: creyendo entregarse á un enamorado se había dado á un libertino ya saciado, para quien esta aventura tenía cierto aliciente de novedad. Esta joven intelectual, fina y delicada como una estatua de la edad media, instruída como un profesor y cándida como una novicia, atea y crédula, razonadora y apasionada, mancillada de espíritu é intacta de corazón y de cuerpo, rebelada contra el orden social hasta la anarquía y atraída por todo lo que relumbra y brilla, había apasionado al joven noble. ¡ Ah! La habitación de la calle *d'Estrees* con sus colgaduras bastante usadas y con sus muebles ya envejecidos, daba á entender que su instalación era ya vieja, y que otras mujeres habían pasado bajo la bóveda en que una puerta á la izquierda daba acceso á una pequeña antesala cubierta de mullida alfombra y apenas alumbrada... ¿ Qué otras? ¿ Cuántas veces se había hecho Julia esta pregunta al dirigirse hacia la casa misteriosa! Pero nunca con tanta ansiedad como ese martes que ella misma se había señalado, cuatro días después de las terribles escenas con sus dos hermanos, cuyo resultado era su visita de ahora. Quien la hubiese visto marchar á lo largo de las aceras aquella tarde, no hubiera pensado jamás que iba á una cita de amor, al contemplar su delicada cara descompuesta por la ansiedad. Esa espera de cuarenta y ocho horas había exasperado sus nervios irritados. Sin embargo, no había ocurrido ningún incidente nuevo. No había hablado veinte palabras con Juan, y ni una sola con Antonio. Este exceso de ansiedad se lo debía á Rumes-

nil. A pesar de que en su telegrama no le hubiese pedido que apresurase su regreso, como hemos visto, tenía la firme esperanza de que se pondría en seguida en marcha. Pero en lugar de esto, recibió una cartita diciéndole *que el martes estaría en la calle d'E...; que para conformarse á su deseo, iría allí derecho desde la estación, á fin de no ver á nadie; que creía adivinar la causa de su inquietud, pero que no se atormentase; que si había alguna diligencia que hacer, él la haría si estaba en sus manos...* »

— Cree que se trata de Antonio... pensaba, y se le oprimió el corazón. ¿ Era este el motivo por el que no había venido á pesar del carácter suplicante del despacho? ¿ Temía que le hiciesen otro empréstito? Esta hipótesis era cruel, pero no tanto como el terror de lo que veía en sus ojos claros cuando le hubiese pronunciado la frase de que dependía su porvenir: « Estoy en cinta. » Y al ir andando procuraba representarse la cara que podría su amante al oír estas palabras; pero no conseguía figurarse su fisonomía. Su imaginación vuelta desde su infancia, por la educación que había recibido, hacía el mundo de las ideas abstractas, carecía de ese poder de evocación visual que dibuja contornos tan precisos como la realidad en la cámara oscura del cerebro... Hacía uno de esos días claros y tibios que dan una gracia de abril á ciertos momentos del otoño de París, y que contrastan con otros de frío prematuro como aquel en que Juan había esperado á Brígida Ferrand. Entonces flota en el aire transparente un poco de esa gloria incierta de la primavera, de que habla un verso delicioso de Shakespeare. Ese encanto se percibe mejor en los barrios de la nobleza donde se encuentran todavía hoteles rodeados de jardines. Los ojos de Julia miraban, casi sin

ver, las verdes ramas que temblaban suavemente por entre las verjas, ó por encima de las tapias. Lo apacible de la hora la embargaba sin quererlo y aumentaba su melancolía. Las preguntas sobre el pasado de su amante le asaltaban el pensamiento con mayor angustia. Si, ¿quienes habían sido « esas otras » que, como ella, se habían dirigido, ocultándose, hacia esa casa que pronto iba á ver? A pesar de su falta, el mundo de los amores culpables se le presentaba como una cosa indefinida, confusa. En su candidez persistente, así como en su vanidad infantil, se creía la heroína de una historia novelesca excepcional. Sí, como ella no podía dejar de creer, Ademar había tenido en su vida uno ó varios amores antes que ella, esos caprichos no habían tenido nada de análogo con su sentimiento. Eran, ó mujeres casadas, ó aventureras, que no le habían llevado como ella la flor sagrada de su primer amor. Sin embargo, alguna de esas mujeres habría podido amar realmente al joven; alguna habría podido ser quizá madre por él... Todo ese pasado estaba borrado ahora. ¿Sucedería alguna vez lo mismo con su dicha? ¿Llegaría un día en que otra seguiría ese mismo camino para ir al mismo sitio, después de ella?... Cuando llegó á la esquina de la calle, frente á la casa, se paró un momento á mirar las ventanas del piso bajo, cuyas persianas cerradas hacían creer que estaba abandonado. Era una medida de precaución que tomaba siempre Ademar. La incertidumbre de lo que iba á pasar detrás de esas ventanas cerradas le preocupó tanto á Julia, que se precipitó casi corriendo bajo la bóveda, para no esperar y saber su suerte. El ruido de la campanilla que tocó con mano temblorosa, le resonó hasta en el fondo del corazón. La puerta se abrió... Ademar estaba delante de ella, y la

joven se echó en los brazos de su amante, y estrechándole contra su pecho, lanzó este grito en que se desahogaba su agonía:

— « ¡ Ah! ¡ Te veo! ¡ Te toco! ¡ Te tengo!... »

Y le acariciaba la cara con sus dedos abrasadores, como para convencerse de que no estaba soñando; que era él. Le estrechaba para apoyar su boca sobre su boca; se desprendía para devorar con los ojos aquella cara que tanto le encantaba, y de repente, mientras él le decía, asustado casi de su exaltación y llevándola al saloncito: « Pero ¿ qué ocurre, amor mío? y ¿ por qué estás tan trastornada?... » ella se apartó enteramente de él y, dejándose caer en un sillón, rompió á llorar. El joven se había puesto de rodillas á sus pies, y le prodigaba palabras de ternura, procurando calmar una crisis nerviosa que desconcertaba sus previsiones. Los temores de Juan y de Julia no les habían engañado. Antonio había ido á pedir á Rumesnil los cinco mil francos que necesitaba para pagar su deuda criminal. Rumesnil se los había dado al falsario, un poco por caballerosidad y un poco por intimidación. Por contradictorio que deba parecer semejante sentimiento asociado á su conducta, Ademar tenía por Juan una amistad verdadera, y si esta amistad no le había podido contener en su proyecto de seducción, era bastante fuerte para hacerle sentir de veras que su camarada supiese su perfidia. El corazón humano tiene esos ilogismos. Había bastado que Antonio dijese que venía por consejo de Julia, para que el seductor sintiese la amenaza y cediese. Al recibir el despacho de su querida, Rumesnil había pensado que la restitución de la suma no había bastado, — porque Antonio, para arrancarle el dinero en seguida, había confesado una malversación en su

oficina. — Sin duda era más elevada la cifra del robo, y la joven quería obtener de él otro socorro; ó bien alguna diligencia si el malversador estaba expuesto á una arrestación. El joven se había preparado para defenderse lo mejor posible contra otro ataque, bien á su bolsa, bien á su influencia; — no porque desconfiase de su querida, á quien conocía demasiado, — sino porque temía que su peligroso hermano, del que siempre había tenido mala opinión, y que ahora sabía que era capaz de un crimen, no tratase, animado por su primer éxito, de estafarle otra vez, tomando el nombre de su hermana. De modo que había decidido recibir á Julia con cierta frialdad. Pero el trastorno apasionado de la joven, su salvaje ardor en estrecharle contra su pecho, sus frases incoherentes, sus besos, sus lágrimas, todo probaba que esa « noticia muy grave » de que trataba el telegrama, se refería á otra cosa más bien que á una cuestión de dinero... ¿Qué ocurría? La conciencia de Ademar no estaba enteramente tranquila sobre un punto: hacía ya unas semanas que empezaba á estar saciado de Julia, y su viaje á Malesherbes no había tenido por objeto cazar faisanes, sino requebrar de amores á una mujer de su rango que parecía dispuesta á « distinguirle » como habría dicho uno de estos Rumesnil de hace ciento cincuenta años, á los que su descendiente se parecía tanto y de tantas maneras. ¿Sería posible que Julia hubiese tenido noticias de esta tentativa de infidelidad? La razón del libertino le respondía, no; pero su experiencia de las mil complicaciones de la vida amorosa le daba vagos temores que la franqueza de la joven desvaneció al momento; porque, apenas reprimió los movimientos desordenados que la habían agitado, le preguntó sencillamente con voz ahogada todavía por la emoción:

— Amigo mío, sé que mi hermano Antonio vino á verte la mañana de tu viaje. Sé que tenía necesidad de una fuerte suma de dinero y en el acto, de cinco mil francos. Ya ves que estoy bien informada. Tú se los has prestado; no es verdad?

— Puesto que lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?... contestó Rumesnil. Esta entrada en materia, al desconcertarle de nuevo, despertaba un poco su desconfianza.

— Porque quiero jurarte que no tengo nada que ver en este asunto y temo que ese desdichado abuse de mi nombre. ¿Cómo ha adivinado nuestra intimidad? No lo sé; pero el caso es que la conoce. Él pretende que nos ha encontrado paseándonos juntos en la calle Amyot y que ha reconocido tu letra fingida en sobres de cartas... Pero eso importa poco; lo que importa es la manera con que se ha dirigido á ti. Contéstame: ¿Te ha dicho que era yo quien le enviaba?...

— Dejemos eso á un lado, replicó Rumesnil.

— ¿Sí, ó no, te lo ha dicho? repitió ella.

— Sí, me lo ha dicho.

— ¿Y lo has creído?

— He creído que es tu hermano... repuso el joven, besando la mano de su querida, y le ha prestado un servicio. Esta insistencia de Julia le hacía suponer que había sido imprudente con Antonio. Vefía que no venía á pedirle otro servicio, sino á pedirle excusas por uno de esos escrúpulos de sentimentalismo que solía tener y que halagaban su fatuidad menoscabando su prudencia. Era cosa que no merecía gran importancia, y así lo demostró añadiendo á la gracia de su gesto una punta de burla amorosa: — Eso era muy natural, y es preciso ser la

tonta Julia para dar importancia á semejantes pequeneces.

Esta alusión á un mote burlón que él le daba á veces, no mereció la sonrisa de la pobre joven, que dijo gravemente:

— No te chances; tú eres muy formal. ¡Tengo tanta necesidad de que me estimes!... Ante todo, es preciso que estés bien persuadido de que Antonio ha mentido. Yo he hecho cuanto he podido para impedirle que viniese á tu casa. ¡Él quería enviarme á mí misma! Bien sabes que yo no te miento. Dime que lo sabes.

— Si, lo sé, respondió él con la condescendencia que se tiene por un niño enfermo; y, como seguía sin comprender el estado de fiebre en que la veía, le dió un prolongado beso que ella le devolvió con pasión, sin que se calmase su inexplicable inquietud.

— ¡Ah! gracias, dijo ella; tú me amas... Creo que me amas... Esto me da la fuerza de continuar... Mi despacho te ha anunciado que tenía que comunicarte noticias muy graves. La primera es que también Juan ha adivinado nuestras relaciones...

— Por eso me ha pedido una cita para mañana, dijo Rumesnil. Al oír el nombre de su amigo de la infancia, su fisonomía había cambiado. ¿Pero cómo puede ser eso?... ¿Quién le ha prevenido? Responde, Julia. ¡Ah! si eres tú quien...

— ¿Y aunque fuera yo? interrumpió la joven. ¿Acaso este secreto no es más mío que tuyo? Si profesas tanto afecto á Juan, debías haberlo pensado antes... prosiguió con singular ironía. Pero tranquilízate, Juan tiene grandes sospechas, pero ninguna certeza. Para tener una quieré verte mañana. Ante todo, te devolverá los cinco mil francos, que ya había

encontrado antes de saber que Antonio había venido á tu casa... Quiero absolutamente que se los aceptes... Conviene que salga de tu casa tranquilo. Te dirá que se ha hablado de tus visitas á la calle *Claude Bernard*, y te rogará que no las repitas...

— Así lo haré... respondió el joven. Si te he ofendido hace un momento, perdóname. Sin embargo, es muy natural que mi amistad por tu hermano subsista al lado de mi amor por ti.

— ¿Tú interrumpirás tus visitas?... dijo Julia, repitiendo: ¿Interrumpirás tus visitas?... Pero yo no quiero que las interrumpas... ¡Por Dios! busca otro medio para que te devuelva su confianza; pero no ése. ¡Te veo tan pocas veces! ¡Perder aún esas ocasiones de hablarte, de oírte, de verte á mi lado!... No, eso no lo aceptaré nunca. Ni tú tampoco aceptarás no venir á verme, cuando hayas oído la otra noticia... Y, con voz grave, las manos en las manos de su amante y los ojos clavados en sus ojos, añadió: Estoy en cinta.

La terrible palabra estaba pronunciada, y su profunda mirada buscaba en la clara mirada de Rumesnil esa expresión que debía dar á su pobre corazón, tan agitado y atormentado, la evidencia del amor. Por sus ojos había pasado un relámpago agudo que la estremeció. Era la actitud defensiva del hombre que se siente repentinamente en peligro ante la astucia de la mujer. Y hubo un momento de horrible silencio, después del cual preguntó el amante.

— ¿Te crees verdaderamente en cinta?

— Sí, contestó ella sencilla y tristemente. ¡Qué grande era su angustia en este instante al no recibir más que esa dura y seca pregunta, sin un movimiento de compasión siquiera! Y él había fijado en ella otra vez su mirada penetrante. Vió que era sincera con tanta

claridad como la estaba viendo á su lado en la penumbra del cuarto de persianas cerradas.

Este corazón empedernido de calavera joven, que hasta tiempo no vibraba más que por el deseo y la curiosidad, experimentó sin embargo un impulso de compasión que tanto necesitaba Julia. Y la estrechó entre sus brazos. Pero ¡qué vaga y maquiavelica era esa compasión, y qué mezclada iba de abominables ideas! La infeliz debía comprenderlo más tarde, repasando con el pensamiento los pormenores de esta dolorosa escena. Por el momento ¿en dónde hubiera encontrado el valor de analizar y de observar, ó la fuerza de resistir á la necesidad que tenía, en su desgracia, de apoyarse en aquel que era su única esperanza y que le decía :

— ¿Y es ahora cuando has tenido esa idea?... y al responder ella por lo bajo : Hace ya varias semanas.. replicó : — ¿Por qué no me lo has dicho antes?... Pero no podemos decidir nada antes de estar bien seguros de que no te engañas... Lo sabremos con tal que confíes en mí. Esa es la gran cuestión. ¿Me prometes que confiarás en mí?...

— ¿Si no confiase en ti estaría yo aquí? contestó supiriendo y reclinando su cabeza en el hombro de su seductor, en cuyas palabras su alma extraviada, pero aún sencilla, no distinguía el comienzo del siniestro consejo. Y engañada por esta fingida dulzura, creyéndole poseído de la misma emoción que ella, añadió : ¡ Ah, si yo me atreviera!... Y luego en tono de súplica : « ¿Si vamos á tener un hijo, le dejaremos nacer así, sin que lleve el nombre de su padre, sin que yo sea tu mujer, tu verdadera mujer?.. »

— Si estuviera solo en el mundo y fuera libre de mis acciones ya lo serías... dijo el joven. Ya hacía tiempo que esperaba esta pregunta y que había calculado la

respuesta. Esta temblorosa súplica de la joven era tan humilde, revelaba tan viva nostalgia de la dicha confesada, reivindicaba un derecho tan legítimo, que fué á tocar una cuerda secreta en aquella naturaleza dos veces egoísta de vanidoso y libertino, que continuó no sin cierto remordimiento : « Sabes que mi madre no tiene más que á mí. No puedo casarme contra su voluntad... ¡ He tratado ya tantas veces de irme preparando!... Pero ella tiene sus preocupaciones. Dame algún tiempo. Te vuelvo á repetir que confíes en mí... »

El hablaba y ella le escuchaba contemplándole casi con éxtasis, porque su presencia la hipnotizaba tanto que casi le agradecía los esfuerzos que pretendía haber hecho cerca de su madre, como le hubiera agradecido una promesa positiva. Jamás había sentido Rumesnil tanto como ahora la deslealtad de sus relaciones de alma á alma con esta joven que había seducido, un poco por perversión, un poco por amor propio y mucho por ligereza... ¿Fué para calmar el grito de su conciencia, ó bien para que esta conversación no siguiese por un camino tan escabroso? ¿Había en ese momento en la gracia de Julia una especie de encanto mórbido que encendía sus sentidos? Meditando ya inducirle á una acción á que ella no se prestaría, ¿quería ensayar su poder absoluto sobre esta voluntad dominada? ¿Está nueva ligereza y su juventud no fueron la causa de este nuevo capricho?... Lo cierto es que su engañoso discurso sobre las dificultades que sus deberes de familia oponían á un casamiento en el que jamás había pensado formalmente, terminó con caricias que turbaron una vez más la razón de Julia. Entonces él quiso llevarla al cuarto que daba al saloncito. Julia le había seguido ya hasta la puerta, medio loca, cuando repen-

linamente se desprendió de sus brazos y le apartó. La joven se apoyaba contra la pared, llevándose la mano al pecho, como si se lo desgarrara un vivo dolor. La embargaba la idea de la maternidad y sentía un escalofrío de horror ante ese delirio físico, como ante una prostitución. Por fin le dijo mostrándole su corazón:

— Acabo de sentir un fuerte dolor... Déjame... He sufrido mucho hoy... Quiero volverme á casa... Y tenía la cara tan descompuesta, que Rumesnil la creyó realmente enferma.

— ¿Quieres que te acompañe? le preguntó.

— No, respondió Julia. ¡ No nos faltaba más que encontrar á Juan!... Necesito estar sola para serenarme, añadió, llevando esta vez la mano á la cabeza. Después, cuando estuvo á punto de salir y ya en el umbral de la puerta: No estés enfadado conmigo, dijo á Rumesnil, y estrechándole otra vez contra su corazón, añadió: Soy enteramente tuya, tanto que tengo miedo.

— Ya lo veré si eres verdaderamente mía... respondió él con tal expresión que su querida, inquieta repentinamente, le preguntó:

— ¿Qué quieres decir?

— Pienso en lo que hemos hablado hace un momento y en tus temores de ser madre.

— No son temores, replicó la joven.

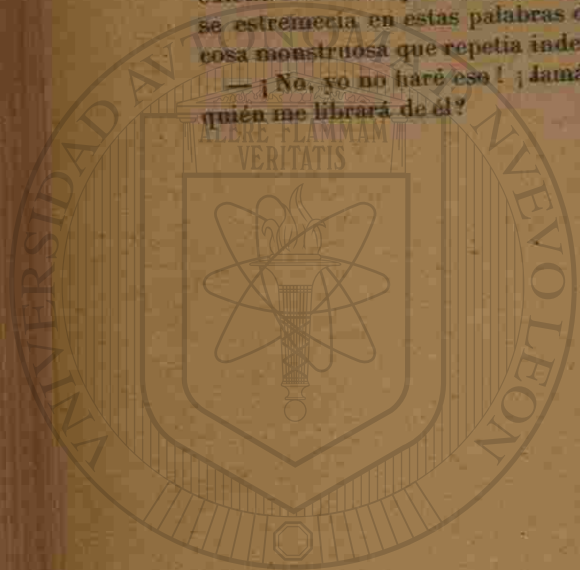
— Sí, deben ser temores, repuso él, ó más bien es verdad, y un siniestro relámpago pasó por sus ojos, mientras que pronunciaba por lo bajo estas palabras equívocas: « Bien dices, es preciso que no sean temores... No debes ser madre... Has prometido confiar en mí. Voy á buscar una persona de confianza á cuya casa pueda llevarte lo más pronto posible. No te ocupes de nada. Yo soy el responsable de todas las dificultades

en que te encuentres, así como de lo que sea necesario hacer para salir del apuro. Yo te sacaré del paso si quieres hacer lo que yo te diga. Pero, ¡adiós!...

Julia nada pudo contestar, porque la había dejado helada la terrible insinuación que ahora comprendía. Cuando se encontró en la calle miró á un lado y á otro, como quien se da cuenta del mundo exterior al despertar de una horrible pesadilla. Y empezó á andar de frente automáticamente, repitiendo en el pensamiento estas frases de clara significación en su ambigüedad: *No deben ser temores... No debes ser madre... Confía en mí... Alguna persona de confianza... Yo te sacaré del apuro, con tal que...* La joven seducida escuchaba en su mente esta invitación á los medios criminales que han empleado tantas otras jóvenes para suprimir la prueba viva de su falta. ¡ La había escuchado realmente y no había gritado de indignación! ¿ Qué poder tenía ese hombre sobre su alma y sobre su cuerpo para que acudiese á él dos horas antes decidida á un supremo esfuerzo y á pedirle que le devolviese el honor y se fuese ahora habiendo faltado poco para ser suya, habiéndose dejado arrastrar hasta el borde de ese abismo de las sensaciones físicas en que la voluntad se derrite como la cera en el fuego, y habiendo escuchado ese infame consejo? Le parecía que su mismo silencio la había hecho cómplice. Se sentía como mancillada por esas asquerosas palabras, ahora que la magia de la preseneia del seductor no obraba sobre ella, que ya no oía su voz, no veía su rostro y sus movimientos, ni respiraba la misma atmósfera. A medida que se alejaba de la calle *d'Estrées*, el miedo de sentirse bajo la influencia de este amante capaz de haber concebido tan horrible proyecto, se iba agrandando tanto que apenas la podían sostener sus

piernas temblorosas. Tuvo que dejarse caer sobre un banco del *boulevard* de los Inválidos y todo lo que existía en ella de puro y orgulloso, á pesar de su falta, se estremecía en estas palabras de rebelión contra esa cosa monstruosa que repetía indefinidamente:

— ¡No, yo no haré eso! ¡Jamás haré eso!... ¿Pero quién me librará de él?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

X

ET SE NOS INDUGAS...

En las familias engrandecidas, como la de los Monerón, contra las leyes fundamentales de las sociedades sanas, se encuentra continuamente un fenómeno más trágico quizá, aunque únicamente moral, que las catástrofes terribles ó siniestras: así el robo de Antonio, la falta de Julia. Este fenómeno es la soledad absoluta en que se encuentran los miembros de esas agrupaciones mal unificadas, en las horas de crisis, cuando atraviesan pruebas análogas ó idénticas. Un padre y su hijo, una madre y su hija, hermanos y hermanas están sujetos á dolores parecidos en circunstancias semejantes, sin sospechar siquiera esas semejanzas de sus destinos íntimos. No saben comprenderse ni ayudarse recíprocamente. Viven uno al lado del otro y no se conocen. Les falta esa cohesión secreta, esa penetración total hasta la inconsciencia, privilegio innato de las moradas tradicionales en que cada generación no es realmente más que un minuto de una misma raza, el episodio de una misma historia. Entonces los padres pueden sos-

tener con su experiencia á sus hijos, éstos á los suyos, continuando así de generación en generación. Esta continuidad es la natural condición de estas familias fuertes y lentas, mientras que en las otras. — y esta es la marca indeleble de su anomalía. — los esfuerzos personales se yuxtaponen pero no se agregan. Los errores de uno no sirven á otro. En esos grupos improvisados en los que faltan los elementos necesarios á toda duración humana, se efectúa un constante trabajo de desagregación. Si los Monnerón hubiesen vivido en verdadera tribu formando un verdadero hogar, Julia se hubiese visto libre de esos sufrimientos, ó en otro caso (porque el extravío del amor siempre es posible) habría encontrado en la familia un corazón capaz, por lo menos, de compadecerla y aliviarla. ¡ Juan estaba tan bien preparado para eso, y él mismo hubiera sacado tanto provecho! Su pensamiento casi católico y que andaba buscando concordancias entre la Iglesia y la vida, hubiera encontrado aquí una de las más evidentes. En una ocasión le había dado Ferrand un viejo ejemplar del gran catecismo del Concilio de Trento, diciéndole: « Interpreta tu suerte con las fórmulas de este libro, y deducirás... » Ese venerable volumen, hojeado antes por tantas manos piadosas, él le abrió después de haber recibido las confidencias de su hermana. Julia le contó su desgracia y el consejo horrible de Rumesnil, y le confesó que después de haberse revelado allí contra tan nefando crimen, estaba turbada de sentirse tentada. Entonces buscó él con un dedo tembloroso las páginas en que los Padres de esas solemnes sesiones han comentado las palabras de la oración dominical: *Et ne nos inducas in tentationem...* ¡ Y con qué emoción reconoció lo bien que se aplicaban estas palabras á la situación particular de su hermana! ¿ Qué dicen esas

páginas? Que toda tentación lleva doble marca: la de Dios que la permite para darnos motivo de redimirnos, mereciendo; y la del Demonio que la sugiere para perdernos. Es el hermoso versículo del libro de Tobias: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te...* El ofrecimiento que el seductor había hecho casi al oído á la joven en cinta, de llevarla secretamente á una casa de confianza, en donde casi sin darse cuenta se vería libre de su embarazo, ¿ no tenía esos dos caracteres? Renunciar á ese ofrecimiento, preferir la vergüenza expiatoria de su maternidad culpable antes que un aborto criminal, era para Julia subir algunos peldaños de la escala que había bajado, era reconquistar el derecho de estimarse todavía. Entregarse á la sugestión del seductor, era salvarse quizá de las miradas del mundo, y perderse más á los ojos de Dios. ¡ Qué distintos veía su alma los dos llamamientos: el del cielo y el de la tierra. ¿ Qué prueba más evidente de que hay un Espíritu del bien y un Espíritu del mal, una elección entre el uno y el otro, un pecado y una redención? Esta impresión que confina con la Fe completa, — ¿ toda la religión no está contenida en el problema de la salvación? — Juan la había sentido de nuevo, y se la comunicó á su desgraciada hermana, y está miró por un prisma diferente su desgracia. Pero ¡ ay! por algo eran hijos de un padre extraviado que, só pretexto de racionalizar su vida, había destruído sistemáticamente en la familia todo lo que es atmósfera y luz. Ambos se habían acostumbrado á replegarse en sí mismos y á no buscar ningún apoyo fuera de sus propias ideas y su propia experiencia. Juan no había hablado nunca á Julia de su cristianismo creciente, y á él solo debía sus esfuerzos para aceptar ó rechazar la verdad religiosa. Julia no debía comunicarle sus esfuerzos por escuchar

ó rehusar los pensamientos que le sugerían estas palabras murmuradas por Rumesnil: « Confía en mí. » Contra esas palabras se habían sublevado sus instintos de honor, y luego, pasado ese primer sobresalto de su conciencia, iban á proseguir en su voluntad su trabajo secreto. ¡ Iba, pues, á entrar en tentación, y sola!

La prueba comenzó desde ese banco del *boulevard* de los Inválidos en el que la joven se había dejado caer lanzando este grito: « ¿ Quién me librará de él? » En esta verdadera fiebre de la conciencia que es una gran tentación, la duda sobre sí mismo es el primer estadio del ataque. Tener miedo de cometer una falta, es ya reconocer su posibilidad. El hombre absolutamente probo no teme ser inducido á robar. Entre él y el acto hay un abismo infranqueable. El terror de Julia Monnerón ante la idea sola de lo que acababa de proponerle Rumesnil, era ya un desfallecimiento de su moralidad. Sentirse débil, es ya serlo. La joven permaneció allí largo tiempo, casi una hora, sufriendo ese hipnotismo que el amante ejerce, aun á distancia, sobre la querida cuyo cuerpo ha poseído por la energía de su deseo. Á pesar de que durante la escena de la calle *d'Estrees* tuvo el valor de esquivar las caricias del joven, no por eso dejaba de llevar en sus venas el veneno de la voluptuosidad compartida que la ponía en manos del seductor, á pesar de sus resistencias. Cuando el joven reanudase aquella conversación, pues no podía dudar de que la reanudaría, ¿ se sentiría tan desalentada como ahora que le causaba tanto horror entregarse á una operación clandestina? « Me opondré, repetía, quiero oponerme. » Pero si estaba realmente segura de su firmeza ¿ habría tenido desde este momento esa angustia de no poder querer que conocía bien? Esa angustia la había sufrido muchas veces al tener sus pri-

meras citas con el joven, cuando hacia interior juramento de no permitir que le estrechase la mano, que la besase ni que le hablase de cierta manera. Y cada vez su voluntad había cedido. ¿ Cedería también ahora? « No », se repetía á sí misma; y como si el solo pensamiento de Rumesnil tocase y paralizase este centro vital en que el organismo se apoya para una reacción, se le estrechaba el corazón á la simple hipótesis de esa lucha... Esta extraña sensación, casi animal, de un yugo que agobiaba su personalidad, le pareció un instante tan insoportable, físicamente, que se levantó de un salto como movida por un resorte y se puso á andar muy de prisa hacia su casa. Hacía mil esfuerzos por alejar la obsesión de que era objeto, mientras que las frases oscuras y vagas del seductor se destacaban, á pesar suyo, como imágenes más definidas, contra las cuales se indignaba siempre. Este es el segundo estadio de la tentación, aquel en que el alma se amolda al acto que tiene el firme propósito de no cometer, representándosele con una claridad cada vez más precisa. En el instante en que Julia decía no á esa imagen, la veía de una manera casi concreta, y al verla, se adaptaba mentalmente como á una verdadera realidad... Si, se veía en un coche con Rumesnil, marchando hacia una casa cuyas señas habría dado al cochero; quizá una de las que estaba viendo en aquel momento. Iria cubierta con un manto, y la cara bien tapada con espeso velo. Él le hablaría en el coche para infundirle valor... Bajaría sin duda antes de llegar á la casa, para que el cochero no pudiese servir nunca de testigo contra ellos, porque la ley prohíbe semejantes prácticas criminales... En su imaginación veía, en fin, todos los preparativos que requieren semejantes actos, y se estremecía de pies á cabeza. ¿ Qué sería, pues, la realidad? ¿ En qué consis-

tiría esa obra de muerte? Lo ignoraba... ¡Ah, siempre lo ignoraría! ¡jamás iría á una casa semejante!... La alucinación era tan fuerte que la joven se sorprendió pronunciando en voz alta estas palabras: «¡Jamás! ¡jamás!...» con gestos que hicieron volver la cara á algunos transeúntes. Uno de esos paseantes del Barrio Latino que, hacia la noche, esperan en acecho á las jóvenes en las calles, se quedó tan sorprendido por sus maneras, que la siguió y la habló... El estremecimiento que sintió Julia al acercársele este desconocido, le hizo darse cuenta de su verdadera situación actual, y logró por lo menos ser dueña de sí misma al entrar en su casa, donde tuvo la suerte de no encontrarse con Juan, como temía. La única persona que estaba en casa era su madre, que la recibió con estas amables palabras:

— ¿De dónde vienes con ese aire tan espantado? ¿Te parece bien volver tan tarde á casa? Son las seis, y Paulina me ha dicho que habías salido á las dos...

— He estado ocupada... contestó Julia con la cara ceñuda que solía poner cuando le hacían preguntas que la incomodaban, y entró en su cuarto sin querer añadir una mentira en palabras á la mentira en acción que representaba el cartapacio que había llevado al salir, como cuando solía ir á la biblioteca. El tono agresivo de su madre y la indiferencia con que la dejó ir á su cuarto sin insistir en saber en qué había pasado la tarde, no eran á propósito para calmar la melancolía de la joven. ¿Qué apoyo podía esperar de su madre? Ninguno. Antonio había dicho la verdad en su explicación fratricida de la otra noche: esta madre había favorecido la intimidad entre su hija y Rumesnil, al recibir á éste con todas las zalamerías de que era capaz, alejándose durante sus visitas, sin sospechar el peligro, sino más bien provocándole con la esperanza interesada de que

el joven noble acabaría por hacer una petición de matrimonio.

No había sabido prever la aventura á que exponía á su hija. No sabía ver la crisis moral que pasaba su hija. Julia tuvo algunos instantes de amargura desesperada en ese cuarto donde había soñado tanto. Allí estaba con la cabeza entre las manos, los codos apoyados sobre la mesa llena de libros inútiles y de programas de su examen. Y he aquí que en vez del «¡jamás, jamás! de antes, decía ahora: «¿Por qué no? ... que era el signo del progreso de la tentación. ¡Qué fugitivo se presenta en su primera aparición ese «¿Por qué no?» y qué poco ocupa el pensamiento; pero después, qué decidido y apremiante vuelve! Respecto del alma, es como la astuta emboscada del cazador que acecha su presa. Á las preguntas hechas ante la conciencia, ésta consiente al fin en contestar discutiéndolas. No sin una razón secreta han dado los teólogos al príncipe de las tinieblas un nombre tomado de un verbo griego en el que entra una idea de discusión. Haber trabado con el diabólico tentador esta controversia culpable en la que se convierte en problema lo que antes era horror, es estar medio vencido.

— ¿Cuánto mejor hubiera sido que no me hubiese dado á luz, si era para verme en este estado!... se decía Julia profiriendo contra la vida una acusación en la que iba envuelta una excusa por la obra de muerte que no rechazaba ya con la misma violencia. La joven miraba sus papeles, la biblioteca, la odiosa decoración de ese cuarto, estrecho como había sido su destino, hasta el momento en que había introducido emociones prohibidas que no podía sentir. La aversión que acababa de experimentar por su madre comprendía á las demás personas de la familia. La perspectiva de sentarse á la

mesa otra vez en frente de esa madre inicuá é ignorante, de ese padre cegado, de un hermano abominable y de otro inhumano de severidad. — de esta suerte juzgaba á Juan, — la atormentaba tanto que, para no acudir, empleó el procedimiento habitual de los últimos meses cuando sentía, como esa noche, una necesidad animal de silencio al rededor de su desgracia. Y sacudiendo su entorpecimiento, se levantó para cerrar las ventanas, preparar su cama y acostarse, después de prevenir á la criada á través de la puerta cerrada con cerrojo, que tenía una fuerte jaqueca y no podía ir á cenar. Y á obscuras, sin oír más ruido que el que hacían en el comedor, mil pensamientos funestos se apoderaban de ella poco á poco... La tentación se desencadenaba ahora con toda su pujanza. Las palabras de Rumensnil la asaltaban en su insinuante equívoco y se las repetía como en el banco del *boulevard* de los Inválidos: « *No conviene que sean temores... No debes de ser madre... alguna persona de confianza... Yo te sacaré del apuro...* » Ahora ya no se indignaba. Y analizando el sentido quirúrgico de esas palabras, pronunciaba con alegría maliciosa el término repugnante cuyo sinónimo ambiguo era: el aborto. Era un aborto lo que él se había atrevido á proponerle. ¿Y qué acababa de desear ella misma?

No haber nacido jamás. ¿Por qué cobardía, al pensar eso y al sentir por todas sus fibras que la vida es un mal, un horrible mal, se había indignado hacia poco contra la idea de evitar esta vida detestable á un ser inconsciente, apenas real, simplemente posible? ¿De qué preocupaciones incurables estaba poseída para condenar este acto que no causaría daño ni perjuicio más que á ella misma? Tenía bastantes nociones de medicina para comprender el peligro físico á que se exponía,

y bastantes también del código penal para conocer la culpabilidad legal. ¿De cuál de estas dos consecuencias tenía miedo? Tenía el derecho de afrontar el peligro de su vida, por ser dueña de su persona; ¿por qué no había de afrontar también el otro peligro, el legal? ¿Qué representa una ley? ¿Una penalidad? Pues es un sufrimiento como otro cualquiera. Es cuestión de pesarle y medir su fuerza de resistencia, y nada más. ¿Una obligación? Para someterse, no hay más que creer en ella. ¿Y en nombre de qué habría de creer Julia en esta obligación, en el deber de una mujer que va á ser madre, de preservar á todo trance la vida de su hijo?

— Pero es una idea universalmente admitida...

— ¿Y qué, si no ha sido admitida por mí?... ¡Había oído tantas veces á su padre exaltar el espíritu crítico, el libre examen, eso que el pobre hombre llamaba pomposamente la Razón, que no es más que el sentido personal, ó como si dijéramos el capricho y la anarquía! ¡Extraña disciplina que hace de cada nuevo individuo un juez absoluto de toda la sociedad y de toda la moral! La hija del jacobino había contraído esta costumbre de probar la independencia de su pensamiento despreciando sistemáticamente las convenciones. En estos instantes de una crisis trágica de conciencia, tenía la fatal manía de rebelarse contra los prejuicios, sin considerar que era prejuizarlo todo el quererlo someter todo al criterio de su propia lógica. Como elementos de resistencia, aparte del indestructible instinto que hace que se despierta el amor materno en el corazón de la mujer aun antes de haber concebido, ¿qué encontraba la pobre joven? Nada más que esos vacíos é ineficaces principios sin justificación superior, por los cuales pretenden los secularizadores de hoy reemplazar

al Dios vivo y amante, al Padre celestial, autor de todo orden y de toda ley, cuyos mandamientos revelados no admiten discusión, que premia y castiga, que oye la oración y sostiene, que escucha el arrepentimiento y perdona. ¿Qué era para Julia este Dios cuyo nombre no había oído pronunciar á su padre durante su infancia, por escrúpulo? Y cuando le había hablado de Él había sido en el estilo de Kant, traducido y comentado por el íntegro Barantín. El Dios que había presentado á las necesidades religiosas de su hija y de sus hijos, había sido el « postulado de la Razón práctica », el « substrátum mental de la Justicia inmanente », la « Categoría del Ideal », concepciones eminentemente filosóficas, admirablemente expurgadas de la mancha de las supersticiones. ¿Qué valen esas quintaesencias cuando es cosa de obrar y de decidirse; cuando el corazón en peligro tiene necesidad de un socorro del cielo, de una certeza á la que atenerse para no vacilar más? ¡Ah! si José Monnerón hubiese podido oír el discurso interior de su hija durante esas horas de agonía, qué miedo y qué remordimiento no hubiera tenido!

— ¿Qué poco valor tiene uno!... se decía Julia. No hay más que tres partidos: ó que Rumesnil se case conmigo en seguida, y no puede; ó que confie en él, como me ha propuesto; ó, si me falta valor, que yo acabe conmigo de una vez... En varias ocasiones el pensamiento del suicidio había preocupado esta alma sin creencias... Pero le había desechado con toda la fuerza de su juventud, y le rechazó otra vez. Tiempo hay de morir, concluyó en un instante de esta siniestra meditación. Yo le amo; quiero vivir mientras que él me ame... Pondré mi voluntad entre sus manos; hará de mí lo que quiera. No hay ni bien ni mal. No hay más que él...

Julia no hubiera sido una mujer, y una mujer enamorada, si los razonamientos abstractos sobre su derecho á cometer tal ó cual acción no hubiesen acabado por resolverse en un retorno apasionado hacia el recuerdo del hombre que amaba. En su imaginación le veía con las diferentes expresiones de fisonomía que había tenido sucesivamente durante la cita de la tarde; reservado cuando le habló de su hermano Antonio; silencioso al oír el nombre de Juan; desconfiado al principio, enternecido después, cuando le declaró su embarazo; dulce y triste para contestar á su alusión al matrimonio; transfigurado en seguida y tan hermoso en el ardor del deseo, tan zalamero y tan insinuante en el beso de adiós, dándole por lo bajo ese terrible consejo. Contra el encanto de esa voluble fisonomía, de esos ojos azules, de esa sonrisa voluptuosa, de esa voz seductora había protestado apenas salió de la habitación con la indignación del primer sobresalto. Pero esa indignación había pasado, y ahora se recreaba con esa imagen. Se embriagaba de las sensaciones que ese recuerdo despertaba en ella. Como solía hacer después de cada cita, se esforzaba en traer á la imaginación su entrevista con todos sus detalles. La experiencia hubiera debido probarle el peligro de estos análisis retrospectivos. Las dolorosas incertidumbres que habían entristecido su amor desde estas últimas semanas, provenían siempre de esas miradas retrospectivas que le descubrían enigmas allí donde había encontrado razones de esperar. Tal le sucedió en esta ocasión... A medida que se representaba con todos sus detalles los pequeños episodios de esta conversación, he aquí que esos cambios de la fisonomía de su amante, que acababa de ver en su imaginación con tanta fiebre de amor, aparecían de otra manera, y de nuevo le asaltaba una duda

irresistible sobre la sinceridad de sus sentimientos. ¡Con qué ligereza había acogido Rumesnil sus preguntas sobre Antonio!

¡Cómo se veía que este paso del ladrón no le había producido el mismo efecto que á ella! ¿Se hubiera mostrado tan indiferente por el honor íntimo de su hermano si su capricho por ella se hubiese parecido al interés apasionado con que ella miraba las menores cosas que le concernían?... ¡Con qué facilidad había renunciado á sus visitas desde el momento que molestaban á su hermano Juan! En cambio, ¡qué irritado se había mostrado á la sola idea de que éste tenía sospechas de él! Este contraste que ya había ofendido á la joven en aquel momento, le causaba cruel recuerdo en esa noche de insomnio... Porque, abismada en estos pensamientos, el tiempo iba pasando y ya no se oía ruido en las habitaciones. A la puerta de su cuarto oyó unos pasos que le parecieron de su padre. Este excelente hombre, que, aparte sus aberraciones, tenía mucha ternura, había llamado á su hija muy bajito, para preguntarle cómo estaba si no dormía, y no despertarla, si dormía. Julia no se movió ni respondió. Los pasos se habían alejado... Volvió á reinar el silencio cada vez más profundo, y los pensamientos de la joven habían continuado devorándola... Lo que ahora la atormentaba era la frialdad con que su amante había acogido la noticia de su embarazo. Por una contradicción en que se revelaba la dualidad de su naturaleza, torcida en su inteligencia, recta en su sensibilidad, sufría, después de haberse demostrado á sí misma que podía sin remordimientos obedecer á las criminales sugerencias de su amante; si, sufría ahora hasta llorar de que le hubiese dado semejante consejo. Sufría de que no hubiese tenido un movimiento de alegría á la idea

de tener un hijo de ella. Le parecía que si la hubiese amado, — el eterno refrán de su queja solitaria, — habría acogido con júbilo esta esperanza de una carne nacida de su carne, una existencia injerta en su existencia. Y se preguntaba si el motivo que había alegado para no darle su nombre desde ahora, no sería una mentira. Él había hablado del porvenir; le había rogado que le diese tiempo; le había afirmado que pensaba en esta unión, único medio de devolverle el honor. Y ella ¡insensata! lo había creído. Pero ¿se lleva á una querida con quien se piensa uno casar, á una casa de abortos? ¿Se la expone al escándalo de un infame proceso si por una casualidad se descubre el crimen? ¿Se envilece á una mujer á quien se reserva un sitio respetable en el hogar y á quien se piensa introducir en la familia? ¡Insensata! ¡Insensata! que no había descubierto en seguida la prueba del desprecio en ese infame consejo! Y despreciar no es amar...

Estas emociones tan violentas que había sufrido la desgraciada joven, dan por resultado el agotamiento de toda la fuerza nerviosa. Son verdaderos ataques de espasmos morales, si así puede decirse, que dejan á la víctima en un estado de impotencia voluntaria, que raya en enfermedad mental. El desarreglo del mecanismo interior hace que el alma no esté en ninguna parte, sin saber á dónde ir. La inteligencia y la sensibilidad no tienen perspectiva, ni plan, ni norma. Nos volveríamos locos si esta inestabilidad física durase un poco de tiempo. Entonces se produce en el fondo de nuestro ser un llamamiento á este genio de conservación de nuestras potencias vitales, el más inconsciente, el más infalible también, y el más ingobernable. Nuestra inteligencia, como desacordada, lucha

contra la confusión que la va á ahogar y se crea un orden momentáneo por la idea fija. Nuestra sensibilidad también, desequilibrada por tantas sacudidas, trata de concentrarse en los apetitos primitivos y fundamentales que le devuelven una especie de lógica. Cuando Julia logró descansar algunas horas en esta noche de incoherentes meditaciones, este trabajo de la naturaleza, que quiere cesar, se cumplió en ella sin darse cuenta. Cuando despertó, un solo pensamiento la embargaba: saber si Rumesnil no la amaba absolutamente, — dominada por un solo instinto: el de su maternidad incipiente. De modo que había vuelto, — ¡por qué circuito tan doloroso! — al mismo punto en que se encontraba la víspera cuando se dirigía á la calle *d'Estrées*. Había, sin embargo, dos diferencias: primero, había estado *tentada*, es decir que había podido medir el abismo de su propia flaqueza, comprender de qué aberraciones era capaz: y así como, á pesar de sus paradojas anarquistas, se consideraba pequeña burguesa francesa para detestar cualquier servicio pecuniario de su amante, así también su herencia de honradez la hacía estremecerse de terror al recuerdo de las ideas que por instantes había admitido como posibles esa noche. La otra diferencia es que había hablado á Rumesnil del niño que llevaba en sus entrañas. El joven debía de haber reflexionado también desde esas veinticuatro horas sobre su confidencia. Ahora que Julia había recobrado su serenidad, le parecía imposible que hubiese comprendido el alcance de las palabras que él le había dicho en su despedida de la víspera. ¿Si se hubiese equivocado en su significación? ¿Si hubiese él querido expresar sólo una duda sobre su estado y la necesidad de consultar á un especialista? ¿Si este « Confía en mí » que había interpre-

tado en un sentido tan terrible, hubiese tenido por único objeto tranquilizarla y decidirla á esa visita de un médico que tanto repugna en semejantes condiciones?... Era negar la evidencia el traducir así frases terriblemente claras.

¿Qué medio imaginar, sin embargo, para descubrir de una manera incontestable esta verdad sobre los sentimientos de Rumesnil, cuando la presencia de este temible amante bastaba para desvanecer sus resoluciones más decididas? La joven se hacía esta pregunta tomando el desayuno. Y para disimular su estado moral hojeaba un libro á la vez que tomaba el café. Lo que más temía era la observación de su hermano Juan, en el caso de que su madre, en la conversación de la noche anterior, le hubiese dicho que había salido por la tarde y no había vuelto hasta la noche. Pero Juan, preocupado también por la perspectiva de la citada á Rumesnil, no hacía caso de ella; y esta actitud de Julia podría ser causa de que su madre, regañona, le hubiese dicho:

— « ¡No te has mirado esta mañana al espejo esa cara de papel mojado!... ¡No es extraño que tengas jaquecas como la de anoche con esa manera de alimentarte! La mayor parte del tiempo tragas la comida sin masticala ni saborearla, y el resto lo pasas leyendo al comer, como si no tuvieses bastante con el día para preparar los exámenes que no eres capaz de pasar... ¡Afortunadamente Gaspar ha entrado en el colegio, si no ¡vaya un ejemplo que le darías!... ¡Bueno, aquí está el correo!... ¡Qué amable eres, mi querido Antonio! No hay en casa nadie más complaciente que tú. ¡Lo que es los porteros, ya pueden esperar sentados este año los aguinaldos!...

Eran, efectivamente, las cartas de la primera distri-

bución que el hijo criminal, continuando la comedia de sus virtudes domésticas, traía en el momento en que su madre echaba una filípica á la hija. Antonio había bajado á la portería á buscar las cartas como lo venía haciendo después de algunos días por la mañana, so pretexto de suplir á la mala voluntad de los porteros y á fin de que su padre tuviese el periódico más pronto. Pero en realidad, esperaba interceptar alguna carta de Rumesnil á su hermana, para renovar el golpe que tan bien le había salido. La facilidad con que el joven noble le había prestado los cinco mil francos le había acabado de convencer de que Julia y Ademar estaban unidos por un misterio culpable. Ya no le quedaba el recurso de procurarse en su oficina lo necesario para atender á la vida que llevaba. ¿Cómo hacer frente á los caprichos de la joven d'Azay, para la cual el doblón era la unidad de gastos, con los setecientos francos y pico que le quedaban de su mala suerte en las carreras de caballos? Antonio tenía el proyecto de jugar ese resto, pero á una partida segura. Mientras tanto, con su prodigiosa fecundidad en patrañas, se había tomado un momento de reposo, contando á Ángela una fantástica historia de unos parientes de provincia que habían venido á París, y que le tenían ocupado día y noche. Este intermedio familiar en la insípida atmósfera de la familia Monnerón empezaba ya á cansarla atrozmente. No le hubiera disgustado interrumpirle cuanto antes, arrancando al seductor otros billetes de mil francos. « No es más que justicia, » decía, no sin ironía, este original enderezador de entuertos, y ya pensaba descestrar el cofrecito de su hermana, si no lograba obtener alguna prueba. El correo de este miércoles por la mañana no traía ninguna carta para Julia; pero sí había una para Juan, y Antonio se la dió diciendo:

— Toma, una carta de Rumesnil para ti. ¿Cómo está ese querido Ademar?..

Desde que se habían encontrado cara á cara en la oficina de Mr. Berthier, el hermano menor no había dirigido una sola vez la palabra al mayor, que fingía no hacer caso de su silencio. La precipitación con que Juan tomó la carta y rompió el sobre sin responder provocó el comentario de la madre, que interpelló á Antonio diciendo:

— Ni siquiera pierde un instante en darte las gracias. Tú eres demasiado bueno al traerle su correspondencia.. Pero aquí está tu padre... ¡Pobre hombre! ahora tendrás tiempo de leer tu periódico antes de ir á tu liceo. Antonio ha ido á buscarle á la portería...

— ¡Hola! se ha convertido en nuestro Mercurio, dijo el professor, que esa mañana estaba de buen humor. Sin duda había encontrado en alguna copia de los alumnos alguna profesión de fe bastante revolucionaria, y se entregó, al tiempo de desdoblar el periódico, á su manía de citas, que era señal de su jovialidad. « ¡Qué hermoso epigrama hay en la *Antología* sobre este dios de los mensajeros:

Φάστος σοι γεραροῦ τῆς βάρπυας, ἑνὸς Ἑρμῆ.

« Para ti este delicioso gajo de generoso racimo, Mercurio de los caminos... »

Mientras tanto descansa el Mercurio oficial, el señor Maradan. Tienes razón, hijo mío, en darle esta lección sin echarle nada en cara, haciendo el trabajo que él debía de hacer. Es la manera verdaderamente democrática de corregir á los inferiores... Si tienen un poco de vergüenza, no vuelven á cometer la misma falta. Hay muy pocos hombres que sean malos, tenlo pre-

sente. La gloria de la Revolución es haber refundido la sociedad con esta grande idea de que el pueblo es bueno, justo y razonable por naturaleza... Buenos días, Juan; buenos días, Julia, dijo dirigiéndose directamente al otro hijo y á la hija. ¿Estás mejor esta mañana? Sí... ¿Y ya estás trabajando? Tienes razón... *Amat victoriã curam*... Son palabras de Tibulo, y qué estilo tan elegante!... No dudo que serás recompensada. Estoy seguro de que entrarás en Sevres si quieres... Y ahora vamos á ver qué dice de nuevo el periódico. ¿Qué nueva infamia habrán encontrado los clericales para hincar el diente en la República? Trabajo perdido, don Basilio. Es la fábula de la *Serpiente y la lima*...

..... ¿Pensáis acaso, soberbios,
Que vuestros dientes imprimen
Sus huellas sobre algo bello?
Todo para vos es bronce,
Granito, diamante, acero.

Nuestros trabajos, señores jesuitas, son nuestras leyes de justicia: el sufragio universal, la igualdad en todas partes, en el cuartel y en la escuela... Sin embargo, no vería con disgusto que arrancasen los dientes á la serpiente. En eso se está trabajando... Aquí veo justamente un artículo sobre el proyecto de Barantín... ¡Muy bien! ¡Perfectamente!... ¡Ese sí que es un periodista valiente!...

Mientras que el jacobino comentaba con exclamaciones de admiración el artículo de su periódico favorito, redactado sin duda entre dos rondas de copas en un garito, Juan había salido del comedor. Impulsivamente Julia salió detrás de él desafiando la mirada irónica de Antonio, que se quedó haciendo compañía á los padres con gran satisfacción de su madre, que no dejó de lla-

mar la atención de su marido sobre el procedimiento de su favorito:

— ¿Ves, amigo mío, lo que ellos llaman vivir en familia?... Ni siquiera pueden esperar á que nosotros hayamos acabado de desayunarnos... ¡Ah! si no tuviéramos á Antonio y á Gaspar!...

— Los cuatro tienen sus cualidades, contestó el padre, interrumpiendo su lectura un segundo, con la amenidad que oponía á las desagradables insinuaciones de su parcial esposa. El perseguidor por ideología se mostraba tierno, generoso y tímido para defender á sus dos hijos á quienes amaba, contra su mujer que también los amaba... — Julia desea pasar sus exámenes; ese es su único pensamiento. ¡Es tan trabajadora la pobre niña! En cuanto á Juan, es lo mismo que yo. Cuando sigue una idea no piensa en otra cosa. Hoy debe hablar en la *Unión Tolstói* ese abate Chanut, y está preocupado. Ya siente no haber seguido mi consejo, estoy seguro, y no haber desconfiado de ese sacerdote. *Hombre negro, ¿de dónde sales?*... Beranger tenía razón. Pero no tengas cuidado, querida mía, Julia y Juan tienen á quien parecerse...

El padre no creía decir la verdad. Ciertamente que tenían á quien parecerse, los pobres chicos, pero en otro sentido que aquel á que se refería el incurable optimista... Julia había seguido á su hermano hasta su cuarto, y allí, de sopetón, le dijo con tono imperioso:

— « ¿Qué ocurre con Rumesnil? Quiero saberlo. Sí, tengo derecho á saberlo. Te había pedido que no te metieras en mis asuntos, y te has metido. Lo he conocido en tus ojos cuando recibiste esa carta. Tengo derecho á saber lo que has hecho, puesto que se trata de mí... »

— ¿No tienes la conciencia tranquila, Julia?... res-

pondió el hermano. Ya hace cinco días que no haces caso de mí, porque te hice una observación sobre cierto asunto, y ahora eres tú misma quien provoca ese asunto... Además, yo no tengo nada que ocultarte... Lo que he hecho lo sabrás por esa carta. Léela...

Y le dió la carta de Rumesnil, que estaba concebida en los siguientes términos: «*Mi querido Juan: Al volver del campo he encontrado tu carta. Mañana miércoles almuerzo fuera, y luego tengo que hacer algunas excursiones, entre otras, una á la U. T. para la conferencia Chanut. Más cómodo será para mí ir á tu casa, puesto que necesitas verme. Salvo aviso contrario, estaré en tu casa á las diez. ¿ Ese fanático de Ribuffol ha hecho alguna de las tuyas? No lo sé, porque no he visto á nadie. Tujo de corazón. A. B.*»

— ¿Estás enterada ahora? preguntó Juan, cuando la joven acabó de leer la carta.

— ¿Es para entregarle los cinco mil francos de Antonio para lo que le habías pedido esa cita? preguntó ella. ¿ Los tienes todavía?...

— Naturalmente, contestó Juan.

— ¿Y luego le vas á hablar de mí? repuso la joven.

— Sí, respondió Juan con seriedad, en el tono de un hombre que ha escudriñado hasta el fondo de su conciencia y que, decidido á hacer lo que considera como su deber, no retrocederá. Esperaba que su hermana se enfadase, pero vió, al contrario, que ésta se calmaba al oír una afirmación tan neta, sacudida como estaba hasta lo más íntimo de su ser. El encuentro de esta decisión tranquila que contrastaba extrañamente con la habitual incertidumbre del joven, le daba ese sentimiento del punto de apoyo que siempre le

había faltado entre los suyos. Y miró á Juan con sorpresa mezclada casi de gratitud, como si le hiciese bien con esta resolución:

— ¿Qué le dirás? prosiguió la joven.

— Que sus visitas aquí te comprometen, y que las interrumpa.»

— Bueno... replicó Julia después de un breve silencio. Pero si quieres que crea que obras verdaderamente por afecto, es preciso que me prometas que me dirás lo que te ha respondido, francamente. En esa contestación está quizá mi porvenir... Sí, insistió la joven, todo mi porvenir... Vaciló por segunda vez y con una firmeza semejante á la de su hermano, añadió: porque le amo...

— ¿Le amas? repitió Juan como agobiado por esta confidencia que corroboraba la menos triste de las hipótesis que le preocupaban sobre la intimidad de los dos jóvenes. Ni por un instante tuvo la menor sospecha de que esas palabras significaban una intimidad culpable, sino que traducían un sentimiento oculto que la joven no había declarado nunca al que se lo inspiraba. — Mi pobre hermana ¿qué ganarás con eso? No tendrás la locura de creer que el conde de Rumesnil se va á casar contigo...

— ¿Y por qué no? contestó ella vivamente. No digo que sea en seguida. Su madre puede tener preocupaciones. Si él las tuviera no sería de la *Unión Tolstoi*. Todo depende de lo que sienta por mí, y eso es lo que sabré por la conversación que vais á tener juntos. Por eso repito que debes contármela completamente. ¿Me lo prometes? Puesto que te lo he contado todo, harías muy mal en no reconocer mi confianza. Por eso vuelvo á insistir en que me digas con toda franqueza lo que pase en esa entrevista.

— Yo te prometo que seré franco, respondió Juan. Sólo que...

— Basta, replicó la joven, no hay sólo que valga... Ó bien Ademar me ama también, y eso lo verás, ó bien... Pero dame tu palabra de honor, si ves que me ama, de decírmelo; no te pido más que eso. Un sentimiento verdadero tiene derecho á la verdad... Si tú presentas mi secreto, yo también había adivinado el tuyo. Tú amas á Brígida Ferrand. No me digas que no, porque lo sé. Si yo fuera su amiga y hablara con ella de ti, ¿te parecería justo que te ocultase lo que hubiese leído en su corazón? No, ¿verdad? Luego no hagas á mi sentimiento el daño que no querías que yo hiciese al tuyo... ¿Me das tu palabra de honor?...

— Si, contestó el joven con gravedad. Juan había sentido hasta en lo más íntimo de su corazón el recuerdo de la mujer que sabía que le amaba, y que quizá sufriría de una incertidumbre análoga á la de Julia. El drama familiar que se desarrollaba desde su conversación con Ferrand no le había impedido pensar continuamente en el problema de conciencia propuesto por el padre de su novia. Por instantes le parecía que un designio del Dios en quien creía Brígida, y en quien él mismo estaba á punto de creer, intervenía en las peripecias que le forzaban á precisar ideas aún vagas y flotantes en su inteligencia. Dominado por esta disposición rayana en el misticismo, una petición hecha en nombre de la joven debía tener su aquiescencia, puesto que M. Ferrand se había servido casi de los mismos términos para hacerle la caridad que Julia imploraba de él: «Ni usted ni yo estamos en la convención, había dicho el padre de Brígida, sino que estamos en la *verdad profunda*...» Además, Juan había visto sufrir á su hermana y eso bastaba para

creerse obligado á cumplir la promesa que le había hecho. La infeliz no había calculado tanto. Cuando se encontró sola en su cuarto después de separarse de su hermano, se quedó asombrada del sesgo que había tomado esta conversación á que la había obligado un impulso irresistible é irreflexivo. Era su amor quien había obrado en ella y casi á pesar suyo; esa necesidad de saber si, sí ó no, la amaba su amante. Se le había presentado un medio peligroso, y lo había acogido instintivamente. La serena energía que sostenía á su hermano Juan le había sugerido repentinamente esta idea: emplearle en leer la verdad en ese corazón de Rumesnil que ella no conseguía descifrar. Había observado en su entrevista de la víspera que, á pesar de todo, el joven noble era íntimo amigo de su hermano. Esta intimidad permitía entre ellos una de esas conversaciones llevadas á fondo en que la inquisición del uno arranca á la emoción del otro palabras definitivas. Que Juan estuviese persuadido de que obraba, no para impedir conversaciones calumniosas, sino para asegurar quizá su felicidad, y no hay duda de que preguntaría á su amigo con todo el valor de esta responsabilidad. ¿Qué respondería su amante? Si era verdad que su madre fuese el único obstáculo de su matrimonio con Julia, se lo diría á Juan. La joven comprendía la diferencia que hay entre esta frase dicha de hombre á hombre, y la misma frase empleada para alimentar la pasión de una querida. Por otra parte, Juan amaba y sabría reconocer si el sentimiento de su amigo se parecía al suyo. ¿A qué se exponía Julia? Si Rumesnil no la amaba, la desconfianza que había despertado en su hermano le serviría de pretexto para no venir á verla... ¡Ah! tanto mejor; así sabría á qué atenerse... ¿Pero era posible que no

la amase?... Después de haber dudado tanto de este amor, no quería ni podía admitir tan dolorosa hipótesis. Ni siquiera se preguntaba lo que sucedería en caso de que esta hipótesis se realizase... Si, al contrario, la amaba, — y ahora aguardaba la prueba con una esperanza de éxito que la estremecía, — desaparecerían las dificultades presentes. Admitiendo que al hacerle la declaración de su embarazo hubiera tenido realmente el siniestro proyecto contra el cual ella había luchado en pensamiento toda la tarde y toda la noche, había sido por terror de los peligros que le amenazaban. En caso que ya no hubiese renunciado á ese proyecto, renunciaría tan pronto como ella le hablase. Un plan se destacaba ante la imaginación exaltada de la joven, extrañándose de no haber pensado en él antes: marchar al extranjero so pretexto de aprender las lenguas vivas, como habían hecho algunas de sus amigas; dar á luz allá lejos, teniendo á su lado al padre de su hijo, y volver al cabo de algunos meses. Este viaje le sería tan fácil á él... Tal era la demencia de los pensamientos de la joven seducida. Después de los sobresaltos de esos últimos días, y especialmente de esas veinticuatro horas, sus nervios eran incapaces de oponer resistencia. La inminencia de la prueba que esperaba de la entrevista decisiva entre su hermano y su amante le causaba una excitación de fiebre semejante á la embriaguez. Por unos instantes que debían ser cortos, había olvidado todos los razonamientos y observaciones que había podido hacer. Es el fenómeno extraño de que son generalmente víctimas las personas que cuidan un ser amado atacado de una enfermedad incurable. Saben que lo es, por haber consultado veinte médicos que no han logrado atajar el mal, y se embriagan repentinamente de expectativa al

consultar otro que les han recomendado. Se paga muy caro este acceso de esperanza morbosa, verdaderas intoxicaciones producidas por exceso de emoción, y que acusan un desequilibrio total. Por eso esta intemperancia de la expectativa es un pronóstico alarmante, y sirve las más veces de prodromo á crisis inversas, á ese frenesí de desesperado desaliento, cuya súbita invasión ha determinado tantos actos impulsivos é irreparables. Julia Monnerón iba á ser prueba y víctima á la vez.

La joven, — patético contraste entre su existencia íntima y su existencia oficial, entre su condición todavía infantil y su corazón ya martirizado — debía ir esa mañana á la Sorbona á las nueve y media para oír una conferencia que formaba parte de su preparación para ingresar en Sèvres. Su padre, que todos los miércoles explicaba á las diez una cátedra en el colegio de Luis el Grande, tenía costumbre de acompañarla. Esa era una de las raras circunstancias en que el profesor podía hablar con su hija, lo cual significaba para este fantástico monólogo al lado de ella sin sospechar nada del drama que se desarrollaba ante sus ojos. Cuando fué á llamarla á través de la puerta, como era su costumbre, otra esperanza nacida de la primera, estaba preparando una nueva decepción á esta alma, que en aquel momento estaba casi loca por el exceso del deseo. Se había figurado que Rumesnil había tenido una razón para cambiar el sitio de cita que le había pedido Juan. ¿Por qué había preferido que fuese en su casa y no en la calle de Varenne? Ella pensaba, y en esto no se engañaba, que su amante contaba sin duda en encontrarla y cambiar con ella algunas palabras importantes. ¿Qué palabras?... ; Pero, si amaba y tenía

ahora la idea de que quizá podría decidir á su madre á darle su consentimiento!... ¡ Si, cosa aún más sencilla, había desistido de su primera impresión al anunciarle su embarazo, quería pedirle que cuidase el fruto de sus amores!... Si... y cuando estaba entregada á esta nueva ilusión, la voz de su padre la sorprendió :

— ¿ Estás preparada ? le preguntó. Son las nueve y cuarto. Los cesarianos dicen, hora militar. Pero yo quiero que se diga hora universitaria...

— Estoy todavía un poco enferma, contestó Julia, añadiendo : No voy á mi lección, cuando de repente se le ocurrió que, saliendo bajo ese pretexto, podía ver con más facilidad á Rumesnil que permaneciendo en casa, y acabó la frase diciendo á su padre que la esperase cinco minutos :

— Respirar el aire me hará bien, no me falta más que ponerme los guantes y el sombrero.

Pero en realidad no estaba más que peinada. En la fiebre que la devoraba, apenas si tuvo necesidad de esos cinco minutos para calzarse y ponerse el vestido. Su cálculo era entrar en la Sorbona para salir en seguida y volver á la calle *Claude-Bernard* para acechar la llegada de su amante. Y ejecutó su plan tal como lo había concebido. Cuando el coche de Rumesnil desembocó antes de las diez por la esquina de la calle *Gay-Lussac*, Julia estaba esperando en la acera de manera que no la pudiesen ver desde las ventanas de su casa en el caso de que Juan estuviese mirando. Para esta excursión matinal, el joven conde había enganchado su faetón con los dos caballos mejores. Al ver á su querida, los paró repentinamente ante ella, que no pudo menos de admirar, aun en las circunstancias trágicas en que se hallaba, la gracia viril con que guiaba los dos alazanes, enjaezados con gusto y elegancia. Esta manera de ir á

tener una explicación grave con un amigo, daba á entender que era un hombre de otra clase, el gran señor que sostiene superficiales relaciones con burgueses. La antítesis era demasiado notable entre la humilde aspirante á la Manufactura nacional de Sevres, flacucha y pálida y pobremente vestida, y ese arrogante mozo que había podido entretenerse, por depravación, en seducir á esta joven, que era un simple episodio de su vida. El joven se había apeado del coche y mientras que el cochero conducía al paso los caballos, cambiaba con Julia algunas frases :

— ¿ Qué lista ha sido la *tonta* Julia al esperarme aquí!... Ha adivinado que necesitaba verla. Por eso he querido venir á ver á Juan en lugar de esperarle en mi casa. Había preparado una carta esperando tener ocasión de entregártela ; pero ya no hay necesidad de dártela. Te decía sencillamente que vinieses cuanto antes á la calle *d'Estrées*, porque he encontrado...

— ¿ Qué? preguntó ella anhelante.

— Pues la persona de confianza de que te había hablado, respondió él, y que ayer me ha dado los informes necesarios. Es preciso que nos pongamos de acuerdo para ir á su casa esta semana. Si son ciertos tus temores, es importante no perder tiempo...

La pobre joven no podía saber qué designios, acaso más abominables que la misma operación, encubría la entrevista con la comadrona. En efecto, Rumesnil había empezado á hacer sus diligencias tan pronto como se marchó Julia, y había pensado en una antigua querida que había conocido en el barrio latino al salir del colegio, la cual tendría á la sazón unos treinta años y estaba estudiando para partera. Entre esa clase de mujeres que frecuenta los cafés de la calle *des Écoles* y el *boulevard Saint-Michel*, siempre se encuentra una

media docena que sueñan con una carrera menos aventurera y que por sus condiciones están llamadas á seguir una clínica de partos. Y se da el caso de que una ó dos perseveren. Hay que añadir también que la moralidad de su primer oficio no desaparece generalmente en el segundo y que todas suelen ejercer la abominable industria á la que Rumesnil quería someter á su querida. Había buscado sencillamente en un Anuario el nombre de esta antigua amiga, y habiéndole encontrado, se había presentado inmediatamente en su gabinete de consulta, repugnante oficina cuya directora le había prometido en seguida su ayuda. Sólo faltaba ya decidir á Julia. El joven continuaba previendo una resistencia que se doblaría al encanto de sus caricias y promesas. Así es que no le extrañó ver un relámpago de rebelión en la mirada de la joven, que le respondió:

— He creído que te había comprendido mal ayer. ¿Es verdad, pues, que quieres que no nazca esta criatura?

— Ante todo quiero saber si no te has engañado en tus temores, replicó él.

— ¿Y si no me hubiese engañado?...

— Te has debido engañar, dijo Rumesnil con el mismo tono imperativo y zalamero que había empleado en la casa de la calle *d'Estrées*. La infeliz se estremeció hasta la médula de los huesos y cogiéndole repentinamente el brazo como si no estuvieran en la calle, á cincuenta metros de la casa paterna y á la vista del cochero, le preguntó:

— ¿Quieres que me exponga á un aborto?... Ten al menos valor de decírmelo cara á cara, y atrévete luego á añadir que me amas, que uno día me tomarás por mujer y me darás tu nombre...

— Pero tú no me has comprendido bien, respondió Rumesnil. El fuego de los ojos de Julia, sus mejillas

encendidas, la acritud de su gesto, la brutalidad de los términos de que se había servido, la energía de su ceño, todo indicaba una cólera que inquietó al joven. Había temido un debate, pero no había creído en esta violencia de indignación. Trató de esquivarse afectando ese tono medio jovial, medio sentimental, que sentaba tan bien á su arrogancia, digna del siglo XVIII y de los patricios de entonces, que profesaban en amor las doctrinas del amante de madama Michelin: « Las personas que se afectan con frecuencia viven poco; la hoja gasta la vaina... La humanidad puede llevarnos á reparar el daño de otro, pero se hace mal en sentirlo. Tengamos la prudencia de verlo como un sueño desagradable y de buscar un despertar risueño... » Estas frases de la célebre *Vida privada* de Richelieu debió de pronunciarlas el amable duque con el mismo tono que había empleado Rumesnil para decir á Julia: Te repito que no me has comprendido bien. Pero no podemos explicarnos aquí en esta esquina de la acera... Si estuviéramos en la calle *d'Estrées*, te llevaría delante del espejo, de nuestro espejo, y te preguntaría si es posible no amar á una amiga que sabe ponerse más hermosa cuando se enfada... ¿Quieres venir á la calle *d'Estrées* mañana jueves á las dos?... Allí puedes decirme todas las picardías que quieras...

Y al pronunciar estas palabras llenas de alusión á sus intimidades, había retirado el brazo de la mano de su querida, que le miraba sin hablar, con una expresión en sus pupilas negras que él no le había visto hasta entonces. Si él hubiera tenido un poco menos de esa fatuidad que asegura el triunfo en los amores ligeros, pero que no permite comprender las amargas locuras del amor apasionado, esta mirada le hubiese causado miedo. En ella habría vislumbrado un paroxismo

de dolor, el desequilibrio de una sensibilidad que siente el peso de una terrible certeza, la inminencia de una catástrofe. Pero lejos de eso, el atrevido libertino no percibió en esta evidente crisis más que la advertencia de apresurar la ruptura que venía preparando. Por una de esas anomalías de conciencia que los moralistas no han explicado, quería librar á Julia de los peligros que representaba su embarazo, antes de abandonarla. Y calculaba que si disponía de la tarde del día siguiente para ejercer su influencia, la decidiría á la visita cuya primera idea le causaba tanto horror. La complaciente matrona consultada, le había afirmado que bastaría con la primera visita. El joven noble no dudaba que Julia iría á la calle *d'Estrées*, por lo mismo que en ese momento no había podido dar rienda suelta á su cólera. Así es que cuando llegaron frente á la casa de su querida, la dejó repentinamente bajo un pretexto muy natural:

— No quiero hacer esperar á Juan, le dijo. Hasta mañana, pues, en la calle *d'Estrées*... Ven cuando puedas; yo estaré desde las dos. Mientras tanto no pienses mal de mí...

Hacia ya varios minutos que había desaparecido, y Julia estaba aún en la acera inmóvil y como estupefacta por los pensamientos que le había sugerido esta escena tan corta y tan significativa. Pero el ruido que hicieron los cascabeles de los dos caballos que el cochero paseaba de arriba abajo, la sacaron de su estupor. La joven se puso á andar maquinalmente, parándose delante de los escaparates de las tiendas para mirar del lado del coche, hasta que al poco tiempo vió salir á Rumesnil de su casa, montar en el coche, coger las riendas y partir. Al pasar, Ádemar la saludó con un movimiento casi imperceptible de su látigo, sin parar los

caballos. Julia se quedó mirando el elegante coche que desapareció por la esquina de la calle Gay-Lussac. Luego, con la misma rapidez con que había salido del comedor por la mañana, se dirigió á su casa casi corriendo. Pasó por delante de los porteros, sin observar esta vez la expresión burlona de estos dos cancerberos que acababan de verla hablando en la acera con el joven noble cuyas visitas habían comentado tantas veces, subió de dos en dos los escalones y tocó el timbre con mano tan temblorosa, que su hermano conoció que era ella.

— Había adivinado que eras tú... le dijo cuando entraron ambos en el cuarto. Y en seguida añadió: « Rumesnil acaba de salir de aquí. No nos habíamos equivocado al pensar que Antonio le había pedido los cinco mil francos... Yo se los he devuelto, quedando así arreglado este primer asunto. ¿ Te encuentras siempre en las mismas disposiciones? ¿ Tienes valor para oír la verdad, sea cual fuere?... »

— No deseo otra cosa, contestó ella. ¿ Le has hablado de mí como me lo habías prometido?... Sí... ¿ Qué ha dicho?... »

— Lo mismo que yo preveía, respondió Juan. Al saber que sus visitas habían sido notadas por mí, lo que importaba poco, y por otras personas, lo cual era más grave, se quedó consternado. ¡ Ah! me ha demostrado mucho corazón, es un verdadero amigo, á pesar de todo... Ha reconocido que ha sido imprudente, y me ha pedido perdón. No me ha ocultado que te tiene mucho afecto. Pero las razones que me ha dado me han probado que tú no tienes ninguna culpa en nada, y he comprendido que no te has mostrado coqueta con él. Tú me entregaste el secreto de vuestras relaciones el otro día, cuando te pregunté: ¿ Has sido, pues, muy

desgraciada aquí? y tú me respondiste: Muy desgraciada. Lo que yo no había sabido hasta entonces. Ademar lo conoció en seguida. Tu soledad moral le ha conmovido; tu inteligencia le ha atraído, sin darse cuenta de que tú no le mirabas con los mismos ojos con que él te miraba. Y como te he dado palabra de ser franco hasta la brutalidad, voy á serlo: si no ha llegado á decirme que te amaba, emocionado como estaba, tiene por ti mucha estima, simpatía y amistad... Juan se quedó un momento vacilante, y como quien, después de pararse antes de dar un golpe, se decide por fin á emitir sin rodeos una afirmación que cree necesaria, añadió: Él no te ama... Te hago daño, lo conozco y lo veo. Pero debía decirte toda la verdad; ahora la sabes...

— Te doy las gracias... respondió Julia. Mientras hablaba su hermano, la joven había bajado los párpados, cerrando por completo los ojos cuando oyó los elogios de Rumesnil. Había cruzado sus manos sobre el pecho con el mismo gesto de dolor que había empleado en su penosa explicación con Antonio. ¿Esta comedia que su amante había representado ante su hermano no era una cosa convenida entre los dos? ¿No le había pedido ella que desvaneciese todas las sospechas?... No hay duda que hubiera podido aprovechar esta ocasión para hablar de su porvenir, para decir que su madre era un obstáculo y para manifestar por su parte un sentimiento más tierno. Pero no lo había hecho. ¿Tenía ella derecho para deducir que había sido engañada por el joven?... ¿Por qué se estremecía con ese escalofrío que siente una mujer cuando tropieza con la prueba repentina de una traición? ¿Por qué la trastornaba y encolerizaba la apología de su amante hecha por su hermano, tan ciego

en este instante como su padre?... Era porque, presentados sucesivamente y unos después de otros los indicios reveladores del carácter real de Rumesnil, le daban la terrible evidencia de su egoísmo y doblez. La infeliz se espantaba de terror ante este hombre, en cuyas manos se había confiado, — para que la condujera, ¿adónde? Las breves palabras cambiadas con él en la calle pocos momentos antes, acudían á su memoria, y le parecía estar viendo su mirada cuyo magnetismo había destruido tantas veces todas sus energías y escrúpulos, cuando se defendía contra la seducción, — ¡en vano! Este terror fué mayor y casi intolerable cuando agregó: ¿Y es eso todo lo que os habéis dicho? Y cuando su hermano respondió:

— Hemos tocado otro punto muy delicado, el de vuestras relaciones en lo sucesivo... Te había advertido que quería pedirle que no continuara sus visitas aquí, y me ha prevenido que la semana próxima sale de París...

— ¿Se marcha de París? repitió Julia.

— Sí, repuso Juan. Hace tiempo que tenía la intención de ir á Berlín para pasar siete u ocho meses estudiando la organización del socialismo alemán. Ahora piensa adelantar el viaje algunas semanas...

— ¿Y te ha encargado que me anuncies su viaje? preguntó Julia.

— ¡Con qué tono me haces esa pregunta! replicó Juan extrañado. ¿Por qué?

— ¿Por qué? replicó ella con una voz que Juan no debía olvidar jamás. ¿Por qué?... Pues porque es mi amante. Lo has oído bien: mi amante... Porque me va á dejar innoblemente después de haberme deshonrado... Respóndeme: ¿No tengo derecho de que me previniese?... ¡Ah, te ha mostrado mucho

corazón! ¡ Es un verdadero amigo!... Escucha: estoy en cinta y quiere decidirme á un aborto. Ayer me habló de eso. Le ví por la tarde, porque tenía una cita con él... Me ha vuelto á hablar de lo mismo esta mañana. Le he visto hace un rato en la calle, donde le estaba esperando antes de que subiese aquí... Sí, ahí tienes lo que quiere de mí ese verdadero amigo, abandonarme y dejarme encenagada... Cuando está delante de mí, cuando me mira, es tal su imperio, que hace cinco minutos no estaba segura aún de que no le obedecería, de que no iría á esa horrible casa á cometer un abominable crimen... Ahora que hay una persona que lo sabe no iré, ni cometeré esa mala acción. Pisotéame, Juan, insultáme, recházame... Lo mismo me da. Me he librado de ese crimen, y no te volveré á oír á ti entonar sus alabanzas. No volveré á engañarte como me ha engañado... Ahora le conoces como yo le conozco. Ahora le desprecias y le aborreces... ¡ Ah, el miserable! ¡ el miserable! ¡ el miserable!...

La joven había hablado sin medir sus palabras, sin inquietarse de las consecuencias de esta confesión que el dolor había arrancado á su remordimiento y á su cólera. Por una parte había cedido á la necesidad de poner un obstáculo entre ella y la tentación, como acababa de decirlo, y por otra, al horror que le causaba la doblez del hombre á quien había amado tanto y á quien amaba todavía. Sólo después de haber profirido estas frases, que jamás se borrarían, empezó á darse cuenta de su efecto. Juan se había dejado caer en una silla escuchándola. La atroz revelación de la falta de Julia y de la perfidia de su amigo le había dado un golpe tan doloroso, que su pensamiento estaba como confundido. Los dos hermanos permanecieron así unos minutos sin poder articular una palabra. Después, el

joven rompió á llorar de repente. Una oleada de piedad rebosaba de su corazón ante todas las miserias de su vida de familia, como encarnadas, como resumidas en esta desgracia suprema de la joven seducida y abandonada, y estrechándola contra su corazón, le dijo sollozando:

— ¡ Ah, mi pobre Julia! Yo nada he previsto, ni adivinado, ni impedido. No te he defendido. No he sabido comprenderte ni hacerte hablar!... ¡ Quieres que yo te insulte!... ¡ Que te rechace!... Yo que soy tu hermano, mayor que tú, debía haberte protegido y guardado... ¡ Y él, mi compañero de infancia, se ha atrevido á cometer esa infamia!...

— ¿ Es verdad lo que dices? respondió Julia estrechándose más contra su hermano. ¿ Tú no me abandonas, ni me maldices, ni me desprecias?... ¡ Ah, no te echas nada en cara, Juan, ni digas que hubieras podido ser mejor para mí. Yo soy quien no ha sabido conducirse; yo he sido una orgullosa, que he creído que podría ser más fuerte que la vida... Pero si tú estás conmigo, no me faltarán las fuerzas. Me marcharé de París... Iré al extranjero el tiempo que sea necesario. Allí daré á luz mi hijo, que será mi fuerza, mi redención, mi razón de vivir. Trabajaré para él... Lo aceptaré todo...

— ¡ Ah, noble corazón!... dijo el joven. Después, desprendiéndose de ella, permaneció algunos instantes sin hablar, yendo y viniendo por el cuarto, y dijo parándose delante de ella: Pero no, las cosas no se arreglarán así. Es una injusticia. No lo permitiré nunca.

— ¿ Qué quieres decir? le preguntó Julia temblando.

— Que no seré yo solo quien te sostenga, suceda

lo que quiera; que no saldrás de aquí como una culpable; que habrá quien tome su parte en tu falta.

— ¿Quién? preguntó ella.

— Nuestro padre.

— ¿Nuestro padre? exclamó Julia. ¡Jamás! No. Esa prueba no la aceptaré jamás, Juan, no sólo por mí, por él. ¡Por Dios, no le demos ese disgusto!...

— Ya es tarde... respondió su hermano, con ese acento de firmeza que tanto había sorprendido á Julia por la mañana. No tenemos derecho para ocultarle semejante secreto. Es el jefe de la familia y debe saberlo... Estoy harto, añadió meneando la cabeza, de callar y mentir siempre. Nada hubiera sucedido si hubiese tenido el valor de hablarle con verdad. Pero esta vez le hablaré, á menos que no prefieras tú hacerlo...

— ¡Yo!... exclamó ella, cubriéndose el rostro con las manos... ¡No, imposible!...

— ¡Bien! replicó Juan, que, durante la exclamación de su hermana, había cogido el abrigo y el sombrero, como quien se prepara á salir. Seré yo quien se lo diga todo. Reflexiona. Mira el bien que te has hecho á ti misma y el que me has hecho á mí, siendo sincera conmigo... Piensa en el abismo de nuevas mentiras en que te meterías y Dios sabe por cuántos años si te callases... No te seguiré por ese camino... Hay, sin embargo, una persona que nos puede ahorrar esta confesión, y á nuestro padre ese dolor.

— Él, preguntó la hermana más espantada aún. ¿Quieres?...

— Ir á casa de Rumesnil, respondió Juan pronunciando el nombre que había leído distintamente en los labios de la joven y que tenía miedo de pronunciar. — Sí, voy allá corriendo... En sus manos está el repararlo

todo. Es mi deber de hermano exigir esta reparación, y la exigiré... ¡Adiós! le dijo á su hermana, abrazándola. No te has salvado sola al decir la verdad, sino que me has salvado también á mí...

El joven salió del cuarto sin que Julia encontrase una palabra que responderle. La excitación nerviosa que en un minuto de frenesí le había hecho confesar su falta para hacer ver también su sufrimiento y su cólera, había desaparecido enteramente y se había quedado consternada ante las consecuencias inmediatas é inevitables de su confesión. El tono de Juan y la expresión de su fisonomía no le dejaban ninguna duda: su padre iba á saber su vergüenza... ¿Y el otro?... La joven estaba cada vez más espantada al pensar que ahora el vengador estaba en camino y que el encuentro se verificaría en este momento ó más tarde... ¿Y si Rumesnil estuviese insolente con Juan? ¿Si fuese á creer que esta confesión hecha al hermano y el paso que iba á dar éste eran una tentativa de imposición imaginada por ella? ¿Si ocurriese entre los dos una disputa, una riña ó un duelo?... ¿Si llegase á morir uno de ellos? Esta imagen fué tan precisa que Julia lanzó un grito que la sacó de esta especie de hipnosis. — ¡Me vuelvo loca! En todo caso, no se encontrarán esta mañana, puesto que Ademar ha escrito que no almorzará en su casa... ¡Dios mío! Con tal que no haya mentido... Pero hay que obrar como si fuera verdad... Y la joven se sentó maquinalmente á la mesa de su hermano, y con mano temblorosa escribió cuatro palabras para diferir la catástrofe, si no era posible impedirla: «Juan lo sabe todo y te busca. Huye de él hasta que yo te haya hablado. Estaré en la calle d'E... hoy á las cinco en vez de mañana. No faltes, por piedad.» Cuando cerró el sobre y puso las señas, permaneció aún algunos minutos con la

cabeza entre las manos figurándose la acogida de Rumesnil en esa cita para el mismo día, señalando una hora algo avanzada para estar segura de que acudiría. Toda la locura de su amor se había apoderado de ella. Ahora, sólo de él tenía miedo, en él sólo pensaba con una intensidad de pasión decuplicada por el sentimiento de lo que había hecho. ¿Qué aberración la había inducido á denunciar así al que amaba más que á su vida? ¿Por qué no lo había aceptado todo antes que perderle? ¿Por qué no le había dado esta prueba suprema de amor: la obediencia, que le hubiera con movido quizá? ¿Qué le diría para explicar su confesión? ¿Y á quién? A un hermano con quien tenía él estrecha amistad... ¡Ah, jamás se lo perdonaría! ¡Jamás le volvería á ver, como ayer, tan amante y cariñoso! Ella le había rechazado y le había hecho traición... La grande oleada de la desesperación anegaba de nuevo esta alma desamparada, y el horrible proyecto que tantas veces la había embargado, empezaba otra vez á atormentarla... Bruscamente salió del cuarto de Juan para ir al de Antonio. Una vez allí, se puso á abrir los cajones que no estaban cerrados con llave, á registrar los armarios y las ropas hasta que encontró un objeto cuyo frío contacto la hizo estremecer. Se había acordado de que su hermano mayor tenía un revólver que solía llevar cuando salía por la noche... Ya tenía en sus manos el arma y examinó si estaba cargada. Después, guardando este instrumento de suicidio en el bolsillo del vestido, bajó la escalera corriendo para entregar al portero la carta de la cita y le rogó que la llevase al momento. Suciediera ahora lo que quisiera, si la prueba era muy fuerte, poseía un remedio seguro.

XI

LA CATÁSTROFE

¿Qué iba á hacer Juan Monnerón? Él mismo no lo sabía. Lo único de que estaba cierto era de que Rumesnil les había hecho á todos, en la persona de Julia, una afrenta insoportable, y que, en efecto, él no la soportaría. Había hablado de reparación, y en el caso presente esta palabra tenía sólo dos sentidos: ó que Rumesnil se casara con la joven seducida, ó que el hermano ultrajado ultrajase á su vez al seductor. Éste, con sus ideas y su carácter, no lo soportaría tampoco. El joven corría, pues, hacia un duelo, á menos que no se decidiese á hacerse á sí mismo justicia de esa manera sencilla que es como una irrupción de la vida salvaje en la vida civilizada; pero ciertos delitos — como la seducción de una joven — entrañan tal desprecio de lo que constituye la esencia del pacto social, que el haberlos cometido no exige más castigo que esas ejecuciones personales definidas con tanta expresión por la Alemania de la edad media: le *Faustrecht* — el derecho de los puños. Pero ¡ay! el hijo del profesor, con sus miembros raquíticos por

la existencia sedentaria, sus espaldas delgadas, su fisiología nerviosa, su falta de músculos, parecía un encenque para aplicar al vigoroso y flexible Rumesnil esa justicia ejecutiva. En su vida había tocado una pistola ni una espada, mientras que el conde había aprendido á tirar las armas desde muy joven. En el coche que le llevaba á la casa solariega de la calle de Varenne, Juan se daba cuenta en ese mismo instante de su inferioridad respecto del amigo desleal que iba á buscar. Había reflexionado en las profundas condiciones de su origen y había comprendido, aun en este caso en que el honor de la familia descansaba en él, los errores de los fundadores de esta familia. Su debilidad física era una consecuencia de eso mismo. En estos provincianos mal alimentados después de varias generaciones, el esfuerzo cerebral había sido de repente muy intenso, la energía animal muy descuidada, y las leyes de la acción ignoradas en el orden físico como en el orden moral. ¿Qué importa! Reconcentrado en sí mismo en el asiento del coche, el pequeño plebeyo no tenía miedo.

Se creía igual al noble por el desprecio que tenía á la vida y superior á él por la villanía que había cometido. Iba resuelto á obligar á su camarada á que cumpliera con su deber, y en caso contrario á darle una bofetada. También él se acordaba, como Julia, de la esquela recibida por la mañana en que Rumesnil decía que almorzaría fuera. ¿Sería verdad? Juan no lo creía. Así es que recibió un triste desengaño cuando al llegar á su casa y preguntar: «¿Está en casa el señor conde?» le respondieron que no. El portero no supo decirle tampoco á qué hora volvería su amo. «Voy á esperarle en la calle», pensó Juan, y empezó á pasearse en la acera. Haría apenas media hora que estaba paseando de

arriba abajo, cuando le pareció ver pasar á su propio portero. Éste á su vez también le había visto á él, y se paró de repente, fingiendo que estaba mirando unos periódicos ilustrados en la puerta de un librero. Esta actitud del mensajero de Julia no daba lugar á duda. — ¿Por qué trata de ocultarse de mí? ¿Será posible que traiga una carta de mi hermana para Rumesnil? se decía Juan. No hay duda. Se arrepiente ya de haberme hablado. Sin duda ha tenido miedo por él, y ha querido prevenirle... Lo voy á saber ahora mismo... Echó á andar hacia donde estaba su portero, pero se detuvo repentinamente sintiendo hastío de hacer el oficio de policía con semejante personaje y en tal sitio. Y al volver vió que el portero de Rumesnil estaba en la puerta mirándole.

— Volveré hasta que encuentre á Ademar, se dijo á sí mismo, pero no haré el espía. Es un oficio degradante. Además, si Julia no le ha prevenido, él vendrá esta noche á la *Unión Tolstoí*, y si le ha prevenido, estoy seguro de que vendrá con más motivo. No querrá huir de mí...

Este razonamiento fundado en el conocimiento que tenía del joven noble y de su terrible amor propio, sostuvo al justiciero durante las horas mortales de esa tarde en que se presentó hasta cuatro veces en casa de Rumesnil, y siempre para oír decir que el conde no había vuelto, ó que habiendo vuelto, sentía mucho no haber podido esperar y había salido de nuevo. En el intervalo de esas infructuosas visitas, cada una de las cuales le había exasperado más, Juan se había paseado sin pararse y sin dirección fija, como había hecho durante la interminable semana precedente de *Todos los Santos* en que había creído tocar el fondo de la miseria moral. Pero ¿qué valía eso comparado con este día?

Las primeras palabras que había pronunciado Julia : « *Porque es mi amante...* » le habían tocado y desgarrado una fibra tan íntima, que no recordaba haber sentido nunca un martirio semejante. Parecía como que se le había paralizado la vida. Sentía en el corazón como una especie de asfixia, en el cerebro la impresión de una opresión, de un peso que no se le quitaría jamás. La visión de su hermana entregada á las caricias de su amigo le perseguía tanto, que por instantes se quedaba paralizado de horror y tenía que permanecer inmóvil para esperar que se desvaneciese un poco. En otros momentos la tal visión le sugería ese furor frío que no conoce más que la venganza. En todas las tentativas que había hecho para encontrar al hombre cuya imagen veía en esta horrible pesadilla, su furor se había aumentado. Esta situación no le había dejado volver á su casa ni para almorzar ni para comer. Había temido que no se podría dominar bastante, y si estaba bien resuelto á prevenir á su padre, como se lo había dicho á Julia, no quería ni debía hablarle sino cuando no hubiese ninguna esperanza de obtener de Rumesnil la reparación legítima. Había comido en un *restaurant* de una de las calles que — ¡ oh ironía de las coincidencias! — cortan la de *Estrées*. Luego había vuelto á casa de Rumesnil. Desde allí, para matar el tiempo, se había ido á los Inválidos y había entrado en las salas del Museo, sin ver ni oír nada, sintiendo sólo la impaciencia de ese encuentro tan deseado. Á las siete únicamente y cuando el portero le dijo que Rumesnil comía fuera, vió con toda evidencia que, á pesar del orgullo con que había contado, sin pérfido camarada huía de él intencionalmente. Y había adivinado la verdad : Maradan había llevado á la calle de *Varenne* una carta de Julia previniendo á su amante, y éste buscaba

por lo menos ganar tiempo. — Yo tengo la culpa, se decía Juan irritado, después de este último chasco ; debía haber seguido mi idea y esperar en la acera. Era hacer el espía. ¿ Y qué ? Contra un hombre infame, todo está permitido. Mañana me plantaré en su puerta y no me menearé de allí hasta haberle visto... Á menos que, por fanfarronada, no venga esta noche á la *Unión Tolstoi*. Es posible que haya querido evitar una explicación cara á cara, con la idea de que en público no me atreveré á insultarle. Eso ya lo verá...

Tal era el tono de energía salvaje del joven al ver que no podía encontrar al que consideraba ahora como mortal enemigo. Las conferencias de la *Unión Tolstoi* no empezaban hasta las nueve. Le quedaban aún dos horas antes de saber si se pasaría el día sin que hubiese echado á la cara del seductor las palabras vengadoras que su cólera no podía contener. Renunció á marchar á través de las calles, pronunciando por lo bajo esas palabras, midiendo de antemano su gradación, templando su voluntad para estar sereno al principio, irritado después, si el traidor le obligaba á la violencia, que era lo más probable. Repentinamente le asaltó la idea de que después de todo quizá no le habrían mentido. Rumesnil podía haber querido, antes de la conferencia, hablar con Cremieux-Dax, precisamente para evitar la ocasión de encontrarse con él solo á la puerta de la *Unión...* Que Salomón, el amigo tan reflexivo, que ya había adivinado tantos de sus secretos, fuese el testigo lúcido de este primer encuentro, era ya demasiado duro. Pero más duro era aún era estar esperándole. Para abreviar esta intolerable espera se le ocurrió al joven dirigirse resueltamente al *Restaurant de Temperance*. Para llegar al barrio *Saint-Jacques* desde el de *Saint-*

Germain en que se encontraba, tuvo que atravesar dos sitios que acabaron de agobiarle de tristeza: el distrito del Luxemburgo primero, ocupado por la imagen de *Brígida Ferrand*, en la que apenas se atrevía á pensar, ahora que vivía en una atmósfera cargada de imaginaciones impuras. Parecía que el hermano de la querida de *Rumesnil*, de la joven en cinta á quien su amante infame proponía un aborto, no tenía derecho á amar en pensamiento siquiera al ser ideal, á la immaculada y tierna criatura que era la *Antígona* intelectual del filósofo católico. El otro sitio, fecundo en evocaciones tristes, fué la calle *Cassini* donde había tenido con su primo *Riouffol*, hacía seis días, una disputa odiosa, casi una agarrada. Toda la amargura que le había saturado hasta causarle náuseas durante la última sesión de la *Unión Tolstoi*, le anegaba el corazón. ¿Qué vanas ó inútiles le parecían las pasiones que agitaban á sus camaradas desde *Gremieu-Dax* y *Bobetiere* hasta el salvaje *Riouffol*, en vista de un drama real como el en que estaba metido! En este nuevo contacto con los utopistas de la U. T. debía notar que ese estéril ardor de discurso, empleado en pro ó en contra de ciertas ideas, sirve muchas veces para reemplazar el sufrimiento interior. Era el hastío continuo de una existencia oprimida por un trabajo servil el que se desahogaba en los feroces sofismas de *Riouffol*, por ejemplo. El mismo *Juan* iba á mezclarse con la acritud de su resentimiento con *Rumesnil*, en las escenas provocadas en ese centro revolucionario por la presencia del sacerdote conferenciante. Sin embargo, no creía tomar parte en discusiones sociales y filosóficas, cuando al llegar á la puerta del *restaurant* se aventuró á echar una mirada adentro con el corazón agitado. Una ojeada le bastó para ver que no estaba en la sala larga y estre-

cha aquel á quien buscaba. En cambio, *Salomón Gremieu-Dax* estaba sentado á la mesa de siempre, enfrente del padre *Chanut*. Era éste un hombre de cuarenta años, de aspecto enfermizo, en cuya cara estaba impresa en ese momento la sencillez un poco cándida del sacerdote desorientado. Sus mejillas hundidas y sus ojos profundos revelaban el ascetismo y las secretas virtudes de una bella alma sacerdotal, á la que faltaba, sin embargo, la serenidad en la fe, ese admirable rasgo de la fisonomía de *Ferrand*. Pero en éste, en el discípulo del sabio *Le Play* la certitumbre religiosa iba acompañada de otra certeza tradicionalista. El padre *Chanut* era — y lo es aún — víctima del peligroso error en que caen hoy tantos sacerdotes excelentes que hablan corrientemente de reconciliar el Catolicismo, la Ciencia y la Democracia, como si estos dos últimos términos estuvieran de un lado, y el primero del otro. Es todo lo contrario; los dos primeros son los que están de un lado, y el último del otro. El Catolicismo no tiene que reconciliarse con la Ciencia, á la que nunca ha estado opuesto, por la sencilla razón de que no teniendo el mismo objeto, no evoluciona en el mismo plano. Pero la condición de irreconciliables parece absoluta entre la Ciencia y la Democracia, tal como la concibe Francia, — porque en todos los países que pasan por democráticos y que prosperan, la América, por ejemplo, democracia es sinónimo de oligarquía, casi de feudalidad. — La Ciencia demuestra que las leyes de la vida, en el universo entero, son la continuidad y la selección, á lo que replican los demócratas franceses con el dogma absurdo de la igualdad. Los sacerdotes de la especie de *Chanut* y que no reconocen esta contradicción, son víctimas, no hay más remedio que decirlo, del charlatanismo de sus mismos adversa-

rios. No quieren ver la evidente coincidencia entre las doctrinas políticas nacidas de la observación positiva y la enseñanza tradicional que la prudencia de nuestros padres había fijado en las sólidas costumbres de otro tiempo. El acuerdo de un Augusto Comte y de un Bonald, de un Taine y de un José de Maistre en teorías de gobierno idénticas en el fondo, no les ha ilustrado sobre la bancarrota que el porvenir reserva á los falsos dogmas de 1789 y á sus partidarios. El temor de que la Iglesia pierda la dirección de las masas, es el generoso motivo que domina á esos apóstoles sin espíritu crítico. Motivo es este de excusar á un verdadero santo, tal como el abate Chanut, de prestar como él lo hacía esa noche, la autoridad de su carácter y de su virtud á una obra tan antisocial como la *Unión Tolstoi*. Cuando Juan Monnerón entró en el restaurant, el digno sacerdote estaba discutiendo con Cremieu-Dax, á quien tenía esperanza de convencer. Las pupilas del joven judío revelaban la pasión profunda que removían en él los problemas de filosofía religiosa. Había otra señal que probaba mejor esta pasión: en cualquier otra circunstancia, este fanático, pero afectuoso amigo, hubiese observado la cara descompuesta de Juan por las terribles emociones de ese día. Sólo vió una ocasión más de discutir en su presencia ideas que á él mismo le preocupaban sin tratarlas nunca con él y, hecha la presentación, le preguntó:

— ¿Has comido? Y luego, en vista de la respuesta afirmativa de Juan, que, en realidad, había comprado un panecillo que ni siquiera había acabado, añadió: No te haremos esperar mucho, estamos concluyendo... Y volviendo á la tesis que estaba sosteniendo: En este momento resumía para el señor cura, que no las conoce, las magníficas páginas de Darmesteter sobre

el papel que la Iglesia católica podría desempeñar aún, ella que es la única fuerza organizada de Occidente, si quisiera, como aquél ha dicho, volver á tomar las fórmulas de los Profetas que ella ha transformado en metáforas, y llevarlas á cabo haciéndose la ejecutora suprema de la Justicia y de la Democracia...

— Yo aceptaría la fórmula, contestó el padre Chanut, pero con una variante: yo sustituiría á los Profetas con el Evangelio.

— Todo lo que hay de útil en el Evangelio se encuentra ya en los Profetas, replicó vivamente Cremieu-Dax. El resto no es más que una adaptación á las ideas del pueblo grecoromano. La compilación gnóstica atribuida á san Juan nos da un modelo típico de esta deformación. Si hay un punto que mejor haya tratado la Ciencia, es éste: el cristianismo no es más que judaísmo politeísta.

— Yo creo en N. S. Jesucristo, caballero; así es que no puedo seguirle en este terreno, respondió el sacerdote.

— Y tiene usted tanto más razón, añadió Juan, que, en su estado de irritación nerviosa, no había podido aguantar la frase afirmada tan brutalmente por su amigo, cuanto que la Ciencia nada tiene que ver con esa hipótesis sobre el cuarto Evangelio. En este asunto la Ciencia es la crítica. ¿Qué nos dice ésta? Que san Ireneo, desde el siglo segundo, admitía este evangelio como auténtico. Y nos dice más, que san Ireneo había conocido á san Policarpo y éste al apóstol san Juan. Las relaciones de este santo y del apóstol constan por el hecho de que san Policarpo vino á Roma hacia el año 154 á discutir la fiesta de Pascuas con el papa Aniceto llevando el testimonio de san Juan. ¿Con qué derecho pretendemos nosotros estar mejor infor-

mados que los contemporáneos, y sustituimos con una interpretación personal otra dada y demostrada tan evidentemente?

— En todo caso, que admita usted ó no el cuarto Evangelio como auténtico, repuso el padre Chanut que había mirado con asombro á este auxiliar inesperado, y dirigiéndose á Cremieu-Dax; convendrá usted en que el espíritu de este libro, como el de los otros tres, tiende á los tres magníficos Términos que la República ha tomado por divisa: « Libertad, Igualdad, Fraternidad.

— En esto, permítame que no esté de acuerdo con usted, señor cura... interrumpió de nuevo Juan. Su nerviosidad le volvía ahora contra el democratismo del sacerdote: Yo no soy un gran teólogo pero he leído mucho los Evangelios, y si fuese á traducir su enseñanza la resumiría en otras tres palabras que son precisamente lo contrario de esa divisa que usted admira, y que á mí me parece muy fuera de lugar. Estas tres palabras serían: Disciplina, Jerarquía, Caridad.

— No hay contradicción entre los dos programas, replicó el sacerdote.

— Para usted no, señor cura, respondió Juan, porque admite la Iglesia y por consiguiente el orden Romano que ha traspuesto en el dominio espiritual; pero para los que no la admiten, la primera de estas dos divisas es la anarquía con todas sus abominables consecuencias. Por lo demás, ya las estamos viendo hoy día.

— No haga usted caso de lo que le dice Monnerón, señor cura, porque es amigo de paradojas... dijo á su vez Cremieu-Dax. Este se había extrañado tanto de las palabras de su camarada, que le miró fijamente y distinguió en él las trazas de una agitación inusitada.

Quería tan de veras á Juan, que sentía verle así, pero ante todo era el soldado de una idea. Había atraído al padre Chanut, como lo había dicho, á esta atmósfera de socialismo, con la esperanza de arrastrarle á sus teorías, y creía con razón que el medio más seguro de impedir esta conquista, era infundir en el recién venido la sensación de que existían profundos desacuerdos entre los miembros de la *Unión Tolstói*. Temía ya alguna maniobra de Riouffol contra la conferencia, esperando no obstante que el espíritu de grupo paralizaría esa maniobra. Y añadió, para atenuar el mal efecto que hubieran producido sus palabras en su amigo: La prueba de lo que yo he afirmado, es que aceptamos en la U. T. las formas más diversas del pensamiento...

— ¿Y esa tolerancia, repuso el padre Chanut, no es una prueba más de que la Revolución está de acuerdo con el cristianismo cuando está conforme con el principio?...

— Le responderé á usted como me ha respondido hace un instante, replicó Cremieu-Dax. Aceptaré la fórmula con esta variante: el Cristianismo está siempre de acuerdo con la Revolución cuando está de acuerdo con su principio, y este principio, vuelvo á insistir, es el cumplimiento de las profecías...

— Y yo insistiré en la crítica histórica, dijo Juan á su vez, dirigiéndose á Cremieu-Dax, en esa crítica de que habláis siempre, y luego, cuando se trata de tenerla en cuenta, obráis de manera que justificáis las palabras de Goethe, que yo quisiera ver figurar en exergo en todos los libros pseudocientíficos de los Kuenen, los Strauss, los Reuss y tantos otros exégetas: El espíritu de la historia es el espíritu de estos señores... ¿Es un hecho que el Cristianismo ha sostenido durante diez y ocho siglos á las sociedades

en un estado de vitalidad profunda? ¿Es un hecho que cuantas veces ha disminuido, en Italia en el Renacimiento, en Francia hace cien años, se ha roto el lazo moral y el hombre se ha degradado? Tomando á Francia por ejemplo, ¿es un hecho que los grandes períodos de su historia, los siglos trece y diez y siete, han sido aquellos en que, bajo los reinados de san Luis y de Luis XIII, Francia era profunda y eminentemente católica? ¿Es un hecho, por el contrario, que, desde 1789 no conseguimos fundar nada estable con las ideas antifeéricas de la Revolución? No, el Cristianismo no tiene el mismo principio que esa Revolución. Tiene otro principio contrario, y la experiencia nos autoriza á deducir que de estos dos principios el que siempre ha ido acompañado de vitalidad en su aplicación, es el verdadero, es decir conforme á la naturaleza de las cosas, y el otro no.

— Usted habla de hechos, caballero: ¿me permite usted citarle uno, repuso el padre Chanut, dispensándome de una pregunta tan personal: Sin la Revolución ¿qué sería usted, señor Monnerón?...

— Para mí, dijo Cremieu-Dax riendo, la respuesta es muy sencilla...

— ¿Qué sería yo? replicó Juan; pues ni más ni menos que un provinciano. Los Monnerón vivían en un pueblo del Mediodía. Hoy sería un lugareño sostenido por sus costumbres y tradiciones... ¿Qué sería yo? Un miembro de una familia duradera. Esas familias campesinas crecían con paciencia y seguridad si eran dignas por sus virtudes. La virtud, ¿qué hermosa palabra latina: la fuerza en estado de costumbre, la fuerza fija: *vis... virtus!*... Esas familias llegaban á la modesta burguesía con el tiempo; después, si continuaban fortaleciéndose, subían por gra-

dos hasta la nobleza. Entonces era un axioma que la familia, en el estado privado, debía primero enriquecerse con el trabajo, luego, habiendo subido por grados, es decir, cuando llegaba á la nobleza, debía servir al Estado. De esta circulación lenta estaba formada la vida profunda de la antigua Francia, que se falseó bajo el despotismo de Luis XIV y la incuria de Luis XV. En 1789 había motivo para regularizarla, y la destruyeron. Tal como era esta antigua Francia con sus abusos y sus miserias, yo hubiera preferido pertenecer á ella como un pobre campesino, antes que á la Francia de hoy como un semiburgués sin relaciones, sin pasado, sin certeza. Entonces hubiera sufrido menos... ¿Y tú, Salomón, qué hubieras sido? Pero no olvides que bajo el antiguo régimen en 1787, Malesherbes provocó por orden del rey una comisión de notables israelitas encargados de mejorar la suerte de sus correligionarios. Ocho israelitas distinguidos obtuvieron carta de naturaleza. Luego el antiguo régimen estaba dispuesto á admitir á los judíos y así lo hizo. Sin la Revolución, las cosas hubieran continuado en este sentido, es decir que poco á poco todas las familias judías que descollaban por su superioridad se hubieran introducido en la vida francesa adaptándose á ella y enriqueciéndose mesuradamente. Hubieran formado parte, como los plebeyos de buen nacimiento, de esta aristocracia reclusa que renovaba la nobleza mezclándose con ella. Hubiera sucedido en Francia como sucede en Inglaterra, donde lord Beaconsfield y lord Rothschild han ocupado naturalmente un asiento en la Cámara de los Pares. Atreverte á decir ahora que prefieres la guerra de razas como la que tenemos hoy en la Francia que nos ha legado la Revolución.

— Sí, me atrevo á decirlo, respondió Cremieu-Dax

con sombría energía. Yo prefiero la lucha francesa á la serenidad inglesa. El más hermoso destino es, al combatir por sí mismo, combatir por la justicia violada en su persona...

— Y que perezca el país antes que un principio, dijo Juan Heno de amargura.

— Están ustedes más cerca de entenderse que se figuran; repuso el padre Chanut. El sacerdote más fantástico es un hombre listo porque ha confesado. Éste, que nada sabía de la existencia de Juan Monnerón, había sentido, lo mismo que Cremieu-Dax, retumbar en la voz del hermano de Julia un dolor que se aliviaba con la violencia de la contradicción. Tampoco sabía nada del joven judío más que su rara cultura y sus convicciones colectivistas; adivinó que esta conversación le causaba también á él un sufrimiento moral, y continuó: Ambos sueñan ustedes con el reino de Dios puesto que quieren el orden social... Sólo que usted, señor Monnerón, ve el medio de este orden en la familia, y usted, señor Cremieu-Dax, en el individuo... Mi oficio es el servicio de las almas. Este oficio se puede hacer en todas partes, hasta en un *restaurant* socialista, siempre que se empleen palabras de paz y conciliación...

El sacerdote se levantó, pues ya habían acabado de comer, y se santiguó en acción de gracias. Los dos jóvenes se levantaron al mismo tiempo sin decir una palabra. Hay en la Iglesia tal tesoro de secular experiencia, que sus representantes llegan siempre á la verdad moral, aunque sea á través de extravagantes errores políticos. El padre Chanut acababa de expresar en pocas palabras el punto de divergencia que separaba á los dos antiguos amigos: uno había comprendido — Dios sabe á través de qué pruebas — que el problema

de la vida humana es únicamente el problema de la familia. El que piensa así, está muy cerca de las antiguas familias: la familia tiene tendencia á suprimir el hombre errante. Su deseo es durar á través del tiempo. Luego tiene necesidad de los mayorazgos, ó la libertad de testar, y entonces la autoridad del padre de familia la conserva. Exige un derecho reconocido de los muertos sobre una parte de la actividad de los vivos. Este derecho del pasado debe tener un representante hereditario; de ahí la necesidad de una familia real y de la monarquía. El otro, Cremieu-Dax, no veía en el mundo más que un drama místico, evolucionando á través de estos accidentes, todos insignificantes, que son las familias, las naciones, las razas. Semejante filosofía conduce al hombre á reconocer un derecho absoluto á la conciencia individual, cuyo término fatal es la anarquía. Había, sin embargo, un terreno en que estos dos adversarios (siempre lo habían sido, hasta cuando fraternizaban en utopias comunes) debían entenderse. Si se debían recíproca estima por su buena fe, lo que el sacerdote había llamado en su lenguaje evangélico: la busca del reino de Dios. Él mismo, al hablar del servicio de las almas, había tomado su puesto en el deplorable medio en que se presentaba. Los tres salieron en silencio del *restaurant*. Juan había olvidado ya esta discusión que con asombro suyo había sostenido en el momento en que la había entablado. Preocupado enteramente por la idea que iba quizá á encontrar á Rumesnil, la fiebre le consumía. El padre Chanut, cuya cara enjuta no mentía, y que tenía el temperamento del misionero, que tanto se acerca al del hombre de acción, iba meditando el discurso que iba á pronunciar dentro de un cuarto de hora ante un público tan hostil á su fe como lo hubiera sido uno de chinos ó japoneses.

En cuanto á Cremieu-Dax estaba tan atormentado que trató de acercarse á Juan, y aprovechó un momento en que iban á subir unos escalones que deban acceso á la *Unión*. En estas calles viejas del antiguo París existen estas irregularidades pintorescas que representan la forma del terreno primitivo. El sacerdote estaba ya en el último escalón cuando los dos amigos seguían aún al pie de la escalera haciéndose estas preguntas :

— ¿A ti te sucede algo, Juan?... dijo Cremieu-Dax. ¿Qué ocurre? No te he visto hace unos días y te encuentro ahora tan extraño...

— Ocorre que ya estoy harto de tanta mentira respecto de mí y de otros. He visto claramente á dónde conduce todo eso. Quiero vivir en la verdad, replicó Juan.

— ¿Entonces piensas verdaderamente lo que has dicho? insistió Cremieu-Dax.

— Absolutamente... respondió el hermano de Julia. Después, viéndolo en la fisonomía de este camarada de su juventud una expresión de sincera pena, una comparación le hizo acordarse de otro camarada, del Judas que iba á encontrar quizá dentro de cinco minutos, y tuvo por el fiel amigo del que estaba tan lejos por el espíritu y tan cerca por el corazón, el mismo movimiento que este amigo había tenido por él en el mismo sitio el jueves pasado. Le cogió la mano y se la apretó sin decirle nada, con los ojos arrasados en lágrimas. Este silencio y esta emoción hablaban tan alto, que el otro comprendió que no debía insistir más, so pena de desgarrar su corazón atormentado. A pesar del fanatismo de sus convicciones y aunque daba á la sesión de esa noche una importancia extraordinaria, si Cremieu-Dax hubiese adivinado el terrible golpe que su compañero había recibido ese día, no habría tenido

la fuerza de entregarse, como lo hizo en seguida, á la vigilancia de la *Unión*. Ya se había agolpado un número considerable de personas en el pórtico y en la escalera. Dos agentes de policía estaban á la entrada mirando á los que llegaban :

— Yo he dispuesto que los coloquen ahí... dijo Cremieu-Dax por lo bajo á sus compañeros, y como para contestar de antemano á la objeción que representaban á lo vivo esos dos agentes de la fuerza pública para vigilar una obra de individualismo acérrimo : — es el procedimiento que la naturaleza emplea en sus evoluciones, » agregó ; los órganos viejos protegen á los nuevos, mientras que éstos están formándose... Es el tejido adiposo de la oruga que alimenta á la crisálida, es decir á la mariposa en vías de ser...

El padre Chanut hizo un movimiento de aprobación con la cabeza, impresionado, como les sucede fácilmente á los sacerdotes de su escuela, por esta fraseología de tipo científico en la que sobresalen ciertos demagogos del día, y que revela la menos exacta de las disposiciones intelectuales y la más contraria al método de observación directa : la costumbre del razonamiento por analogía. Los tres estaban subiendo ya la escalera, abriéndose paso por entre la ola de estudiantes y de obreros que subían también. Cremieu-Dax mostraba tres billetes azules para que les permitieran pasar. Uno de los artículos de su minucioso reglamento decía que en los días de grandes asambleas, estos billetes distribuidos á las personas que debían tomar asiento en el estrado, les daban derecho de entrar antes de los asistentes ordinarios, miembros ó invitados, provistos de billetes blancos. Por lo general el ejercicio de este pequeño privilegio no sufría ninguna dificultad. Esta noche, el fundador de la U. T. pudo darse cuenta del

secreto trabajo á que se había entregado durante la semana su adversario Riouffol. Los tres recién venidos fueron recibidos con un sordo murmullo desde que empezaron á subir la escalera. Les abrían paso, pero con reflexiones que anunciaban una sesión tumultuosa. Se cambiaban frases á media voz, algunas de las cuales eran simplemente groseras, otras algo más: « El rechoncho, ahí viene el rechoncho... » « Es *nib de blair* que va á perorar, (*blair*, en jergonza, significa nariz, — *nib de blair*, desnarigado.) Esta irónica alusión á la nariz del abate Chanut, que era en efecto un poco larga y que parecía más á causa de la demacración de la cara, era para él ininteligible, pero no para Cremieu-Dax, el joven judío, que para su apostolado socialista había aprendido la jergonza, como había aprendido el griego, — filológicamente. « ¡Ya está temblando de miedo el cura! Los dos, Sorbonistas y él, qué puñado de rehenas, ¿eh, camaradas?... Judío y jesuita, vaya un par... Estos bajos sarcasmos y otros muchos semejantes salían de derecha, de izquierda, de arriba y de abajo. El sacerdote y Cremieu-Dax fingían que no los oían. Juan no se daba cuenta por estar atormentado por otra crisis de espera. Con la vista escudriñaba las cincuenta caras que alumbraba apenas la luz de un gas económico. El traidor no se encontraba allí. Por otra parte, apenas si conocía alguno que otro perteneciente á la *Unión*. En las conferencias de la *Tolstoi*, veinticinco tarjetas de invitación estaban á la disposición de cada uno de los miembros de la junta directiva. Riouffol se había encargado de distribuir las suyas, las de Pons y las de Boisselot. De este modo había reclutado en los pequeños centros anarquistas que frecuentaba setenta y cinco camaradas bien decididos á ejecutar su consigna y á no permitir que « el

llamado Chanut llevase la batuta en la *Tolstoi*, » para hablar como el electricista. Además, Riouffol, Pons y Boisselot podían contar en la *Unión* misma, en virtud del principio de reclutamiento, con otros tantos acólitos. Cada uno de los miembros de la junta directiva primitiva á que pertenecían, había tenido el derecho de introducir en la Sociedad veinticuatro adherentes. En una palabra, tenían á su disposición casi ciento cincuenta vocingleros, mientras que Juan y Rumesnil, por las razones que sabemos, apenas se habían ocupado en distribuir sus billetes. El grupo de los partidarios del abate Chanut y de su conferencia estaba, pues, casi reducido á los amigos y convidados de Cremieu-Dax y del hugonote Bobetiere. Era una minoría capaz sólo de aumentar aún por su resistencia el tumulto que la banda de Riouffol se preparaba á provocar, y antes que Cremieu-Dax y sus amigos hubiesen acabado de subir la escalera, un incidente anunció esta lucha inminente entre los liberales del grupo, esos que Boisselot llamaba con elegancia « los clericales » y los otros. Porque, habiendo gritado uno de estos últimos desde el grupo que se burlaba del abate Chanut, de Cremieu-Dax y Juan Monnerón: « ¡Bien por el adversario! ¡Los que insultan son unos cobardes!... » de todas partes estallaron los gritos de: « A la calle!... » gritos que ahogó uno de los cabecillas del tumulto reclamando: « ¡La *Carmañola!* ¡La *Carmañola!* Y la inmundada canción, puesta á la moda del día, comenzó:

... ¿Qué pide un republicano?
La libertad del género humano,
La piqueta en los calabozos,
La tea en los castillos,
Y la paz en las cabañas!...

Los dos agentes de policía que se habían acereado al pie de la escalera escuchaban impasibles la primera estrofa que pone de manifiesto el alma revolucionaria siempre vacilante entre el humanitarismo y el degüello. Estos son los dos polos de la excitabilidad nerviosa. Y estos dos honrados y humildes servidores del país, que, como viejos soldados, habrían llevado quizá la bandera de Francia á África ó al Tonkín, siguieron escuchando esta otra estrofa :

... ¿Quién hace esclavos á los ciudadanos?
Los diputados y los patrioteros...
Arrasemos el cuartel,
La Cámara en que nos engañan,
Y allanemos las fronteras!

Este último verso que es de una graciosa estupidez, — porque es preciso ser dos para allanar una frontera, — resonaba todavía cuando Cremieu-Dax y Juan Monnerón pudieron introducir al invitado tan mal recibido en la antesala del primer piso. Cuatro individuos no pertenecientes á la *Unión* recogían los bastones de los que llegaban. Esta era también una de las precauciones que el colectivista millonario había tomado á sus expensas y con mucha oportunidad, como pudo verse en seguida al oír otro rumor que venía de la gran sala ya casi llena : ¡ Sacristán!... Sacristán!... que era apagado con estas furiosas protestas : ¡ Es una vergüenza!... ¡ Nos estáis deshonrando!... ¡ Silencio!... ¡ Afuera los vocingleros!... La batalla comenzaba en la sala antes que todos los asientos fuesen ocupados. Unos comisarios que era fácil conocer por una medalla de bronce pendiente de una cinta roja, y en la que por un lado se veían las letras U. T., y por el otro, la su-

blime divisa : *Naturaleza, Ciencia, etc.*, iban y venían medio locos, concertándose, separándose, haciendo callar á éste, amenazando á otro con la expulsión, y por la puerta abierta se veía, entre las cuatro paredes cubiertas de fotografías de Rembrandt, de Velázquez, de Leonardo, de Botticelli y de Mantegna, una ola de cabezas que iba engrosando, y en el fondo el estrado vacío. Los fundadores de la *Unión*, para democratizar más sus sesiones, habían decidido que los oradores y los miembros de la junta directiva se sentarían solos en esta estrecha tribuna un poco elevada. La mesa, en la que había una botella de agua, un vaso y una campanilla, esperaba al conferenciante y al presidente. Apenas divisaron los comisarios á Cremieu-Dax, se precipitaron á su encuentro como su jefe natural, pronunciando todos esta queja :

— ¡ Es un golpe preparado!

— Pues le pararemos... y se acabó, respondió el joven. Con tal de que el sacerdote no se deje intimidar por esos salvajes...

— Por lo mismo que son salvajes me encuentro aquí, dijo el sacerdote...

— Acabo de emplear una palabra que no es justa, rectificó en seguida Cremieu-Dax. Se me ha escapado porque tengo nervios como todo el mundo. Mi intención fué decir : estos extraviados ; porque los extravian, y yo sé quién. ¿ Pero qué se haría sin el pueblo, que lleva en sí todos los extremos ? Es su peligro, y es su grandeza... Luego, dirigiéndose á uno de los comisarios, preguntó : ¿ Están ahí todos los miembros de la mesa?... y al oír esta contestación : No falta más que Rumesnil... exclamó sacando el reloj : ¡ Qué lástima ! No tenemos más que cinco minutos, y con un público difícil es importante comenzar con

exactitud... En fin, si no está ahí ; qué le vamos á hacer !...

— Ese cobarde no vendrá... dijo para sí Juan. No le veré hasta mañana. Pero le veré... Si no viene, ¿ qué hago yo aquí ? Voy á esperar esos cinco minutos todavía... Y siguió á su amigo Cremieu-Dax que había entrado con el padre Chanut en un pasillo circular que iba por detrás de la sala al cuarto llamado enfáticamente del Consejo. En ese momento había allí cuatro personas que escuchaban, sin hablarse, el tumulto creciente de la sala inmediata. Estas personas eran el rojo y germánico Bobetiera, el ruskiniano y melencólico Mario Pons, el cacógrafo Boisselot y Riouffol, cuya cara parecía más amarilla, los rasgos más feroces, la mandíbula más brutal, los ojos más brillantes. Este rumor, síntoma precursor de la bacanal que él había organizado, le comunicaba una expresión de alegría salvaje que se exaltó más cuando vió llegar al padre Chanut y á sus gafas. Pero se quedó desarmado, aun en esta actitud de maldad triunfante, por la serenidad de Cremieu-Dax, que, habiendo saludado á los otros tres, se acercó á él con la mano tendida. No se habían hablado desde la frase sangrienta que el encuadernador había pronunciado en este mismo sitio, aludiendo á las minas de Modderfontein.

— Buenas noches, Riouffol... decía el fundador de la U. T. Jamás había hecho mayor sacrificio á su obra. Y como el otro se dejara tomar la mano maquinalmente, casi con estupor, continuó : Te presento, así como á nuestros camaradas, al señor Chanut, que viene como convidado nuestro... ¿ Oyen ustedes ese ruido ? Se está preparando una manifestación. ¿ Tendrá necesidad de recordarles los estatutos que todos hemos firmado, y el artículo por el que todos somos

solidarios unos de otros en la junta salvo presentar la dimisión ? ¿ Hay alguno de ustedes que quiera presentar su dimisión ahora ?... Así podrá tomar parte en la manifestación hostil. Si no, está comprometido con su firma á asociarse á nosotros para reprimirla...

En toda afirmación de una personalidad de entereza cuando es clara y presenta los problemas sin equívoco, hay una sugestión imperativa que se impone á las peores hostilidades. De los tres miembros del Comité de la *Unión Tolstoi* que habían votado contra la conferencia del padre Chanut, uno solo había maquinado el tumulto de esa noche, y ése era Riouffol. Los otros dos, Mario Pons y Boisselot no se habían asociado más que indirectamente por haber dejado entre las manos del obrero encuadernador las cincuenta tarjetas de invitación. Pero sabiendo el uso que había hecho de ellas, se debían considerar como cómplices suyos. Ni éstos, ni Riouffol habían conluido con ese artículo del reglamento, que les obligaba á retractarse públicamente de su actitud, delante de los manifestantes que ellos mismos habían seducido, — ó bien á desempeñar un papel vergonzoso de traidores y de hipócritas, — ó á separarse de la junta directiva, que era lo mismo que salir de la *Unión Tolstoi*. En la elaboración de sus estatutos, el fundador, con su genio de organización, había previsto también las luchas íntimas. Para asegurar la unidad de su obra, había hecho aceptar esta cláusula : que todo miembro de la junta, que presentase su dimisión, cesaría al mismo tiempo de ser miembro de la *Unión*. Y como otro artículo decía que la junta se reclutaba á sí misma, una vez dimisionarios Riouffol, Pons y Boisselot, era seguro que serían reemplazados por tres personas elegidas por

Cremieu-Dax, que haría votar como quisiera á los tres miembros restantes: Rumesnil, Bobetiere y Juan Monnerón. Riouffol y sus dos partidarios quedaron, pues, desconcertados ante esta alternativa que era un verdadero golpe de Estado en el interior de la U. T. Los tres vieron con quién tenían que habérselas. Como todos seguían callados, Cremieu-Dax continuó:

— ¿Estamos de acuerdo los seis?... Sí. Ahora, puesto que Rumesnil que debía presidir, no está aquí, les propongo echar suertes para ver quién le reemplazará, y esto en el acto, ó votar; como ustedes quieran. El ruido aumenta. Dentro de diez minutos será más costoso aún reprimirle. Escuchen ustedes...

La canción, que había comenzado en la escalera, había invadido ya la sala, y la más asquerosa de sus estrofas llegó distintamente á través del tabique, la estrofa que hay que citar siempre para eterna vergüenza de los políticos que han llevado el amor propio de la baja popularidad hasta dejar cantar delante de ellos, ó á veces cantar ellos mismos, esas porquerías:

... ¿Qué desea un republicano!
Vivir y morir sin curá.
La Virgen á la cuadra,
El Cristo al muladar,
Y el Santo Padre al diablo...

— Ea, señores, á votar, dijo Bobetiere: es preciso que acabe este escándalo...

— Votemos... repitió Juan que, aun en su propia desgracia, no podía menos de compadecer al padre Chanut, el cual, en pie en un rincón de la sala, hacía como que miraba atentamente una magnífica fotografía que representaba el retrato de un hombre premia-

do, por Antonello de Messine. Esta obra maestra de pintura que se ve en el Castillo Sforzesco, en Milán, evocaba, en aquella pobre pared desnuda, todo el vigor de la Italia aristocrática del siglo XV. Esta imagen contemporánea de *Prince*, estaba tan fuera de su lugar en este antro de socialistas como el mismo sacerdote, que ni siquiera la veía. Al observar los odios que despertaba su magnánima venida entre sus enemigos, ¿comprendía la vanidad de su esfuerzo y la mentira de su doctrina política? ¿Ofrecía, por el contrario, en su corazón esta prueba á Jesucristo á cuyo sacrificio se asociaba su alma ferviente todos los días en la oración de la consagración: *Qui, pridie quam pateretur, panem accepit in sanctas ac venerabiles manus suas...* La misa es el Calvario continuo. Para un verdadero sacerdote, haberla celebrado por la mañana es poseer todo el día una fuerza sobrenatural en servicio de la causa. Un reflejo de esta llama interior transfiguraba en este momento la cara del inútil pero sincero apóstol. ¿Inútil? No. La ley que quiere que no se pierda un solo átomo de fuerza física, tiene su exacta correspondencia en el mundo moral, y en ese momento mismo, ese martirio del sacerdote demócrata ejercía su acción misteriosa muy cerca de él. Había venido para hacer conocer la Iglesia á la plebe descristianizada por el odioso trabajo de estos veinticinco años últimos. Estos extraviados no debían dejarle siquiera pronunciar una frase entera; pero su dignidad triste y bondadosa, su reserva indulgente y grave, toda su piedad, en fin, no quedaban ineficaces. El hermano de Julia Monnerón, que pasaba horas muy crueles, en el mismo instante en que una prueba más trágica aún que las otras iba á caer sobre él, recibía de este pobre sacerdote tan sencillo en sus ideas sobre la organización de las socie-

dades y tan admirable en su valor, una nueva enseñanza sobre el poder de la fe profunda. Tenía delante una fuerza que veía distintamente, con los ojos de la carne: fuerza de consuelo y de beneficencia, fuerza de luz y de certidumbre invencible. Cremieu-Dax tenía también una fe, pero claramente falsa y estéril, manifiestamente condenada por la prueba de la realidad. Los gritos de la sala lo manifestaban bastante y su agitación ante resultado tan miserable como el que intentaba ahora su diplomacia. Cuando Bobetiere y Juan habían pronunciado su «*Votemos*» casi simultáneo, Riouffol había mirado el reloj y había hecho ver á los otros que, no siendo todavía las nueve, Rumesnil podía venir aún. Cremieu-Dax había aprovechado este descanso para llevar aparte á sus amigos y decirles que escribiesen en sus papeletas el nombre del obrero encuadernador. Y habiendo dado las nueve se procedió á la votación. Sucedió que Riouffol, preocupado con la llegada del rezagado, no había dado ninguna consigna á sus partidarios. Éstos votaron, pues, uno por Bobetiere y otro por Monnerón y el obrero encuadernador por Cremieu-Dax.

— Riouffol tiene tres votos... » dijo éste último que estaba encargado de verificar el escrutinio. El es presidente... Señor cura, si usted quiere, vamos á entrar, Riouffol...

El encuadernador se había levantado. Una lucha violenta se leía en su cara aguilena y un sufrimiento apasionado en sus pequeños ojos negros que se fijaron repentinamente en Cremieu-Dax, Monnerón y Bobetiere, con una cólera que rayaba en rabia. Dio con el puño cerrado un golpe tan terrible en la mesa, que se bamboleó y los papeles volaron:

— Vosotros lo habéis querido, burgueses. Es la

guerra... ¡ Ah! bien jugado está. Cremieu-Dax, has logrado lo que querías... Me obligas á escoger entre la *Tolstoi* y mi conciencia de socialista. Pues he escogido... Yo no presentaré este impostor — y señaló al padre Chanut con su puño siempre cerrado, — á esa buena gente... y designó la puerta que daba á la sala donde rugía ahora una tempestad indistinta de gritos contradictorios. «*Presento mi dimisión. Ea ¿estás contento?...* Pero la *Tolstoi* reventará. Yo prefiero eso. Ya nos encontraremos... Hasta la vista. Bobetiere, tus abuelos acuchillados por los clericales estarían contentos si te vieran. Los nuestros también, Monnerón, que se reventaban trabajando por nuestros señores los ultramontanos!... En cuanto á ti... Se acercó á Cremieu-Dax y mirándole con un odio tan intenso como inexplicable, hizo un gesto que no acabó y salió de la habitación en dirección de la gran sala, donde fué saludada su entrada con un clamoreo de su banda, al que siguió en seguida un silencio más peligroso, que probaba que los «*camaradas*» llevados por él estaban realmente confabulados. ¿Qué iba á ordenarles ahora su cabecilla exasperado?

— Hay que votar de nuevo, camaradas... dijo Cremieu-Dax, que á este furioso apóstrofe del obrero se había mostrado impasible. En esta tempestad en que su instable *Unión* corría peligro de ir á pique, era verdaderamente el capitán de pie en el puente, y cuyo movimiento, cuya palabra es una acción precisa, tranquila y calculada. Cuando Riouffol se había acercado á él, los músculos de su boca habían dejado ver en su fruncimiento una cólera igual á la de su enemigo, pero que se dominaba. El magnetismo de esta energía moral había impedido que el otro le pegase. Si, prosiguió diciendo, votemos, y al momento...

— Yo no votaré, dijo Mario Pons; pienso como Riouffol y doy mi dimisión. Vuestra actitud es muy fea... Y, al pronunciar esta fórmula de esteticismo hasiado, designaba con la vista al sacerdote siempre inmóvil, mientras que Boisselot opinaba en un estilo que á fuerza de trabajo era la forma natural de su pensamiento: Yo también doy mi dimisión como Riouffol y Pons. Si la *Unión* no es una empresa de profílexia social, no puede vivir. Sois libres de ofrecer, con mentalidades de negros, vuestras cabezas burguesas al cebo de los parásitos de sacristía. Los piojos nacen en las cabezas sucias; la mía está limpia...

¿Quieres presidir tú, Monnerón... preguntó Cremieu-Dax á Juan; ó tú, Bobetiere?... Por la primera vez acaso desde que su ardor revolucionario le había llevado á reuniones intelectualmente degradantes, no pudo contener la expresión de desprecio que le inspiraban la pretensión grotesca del profeta de la «belleza para todos, y la insondable estupidez del cacógrafo»: «Se han marchado, dijo...; Qué cabezas!; Pero qué cabezas!...» Luego, ante la vacilación de sus amigos añadió: ¿Prefieren ustedes que sea yo quien presida? Bueno. Señor cura, le pido perdón en nombre de todos. ¿Quiere usted seguirme?...

— Mientras tengamos vida, dijo Bobetiere, nosotros le garantizamos que no le tocarán...

— No piensan siquiera en eso... dijo Cremieu-Dax. Su calma presente les prueba á ustedes que están seducidos y nada más. Vamos de frente á ellos con resolución y valor.

— Yo les sigo, señores, dijo sencillamente el padre Chanut.

Había una grandeza real en la llegada al pequeño

estrado, de este sacerdote flacucho acompañado de los tres estudiantes, delante de esos doscientos cincuenta oyentes, de los cuales las dos terceras partes acababan de manifestar tan rencorosa hostilidad con un cántico digno de los caníbales. Cuando aparecieron, sus partidarios estallaron en aplausos, á los que respondieron los contrarios con un clamor de protesta. Juan, que había entrado el último, no divisaba más que caras enfurecidas, bocas abiertas gritando y ojos extraviados. Y era á este *pandemonium* á lo que llamaban la *Unión Tolstoi*! El castigo del gran escritor ruso que por orgullo se había hecho profesor de anarquía, consistía en que su nombre ilustre por páginas dignas de Balzac, sirviese de enseña para asambleas de ese género. Entre tanto, Cremieu-Dax, en pie delante de la mesa de la presidencia, trataba de dominar ese ruido atronador, ya con la campanilla, ya gritando desesperadamente: ¡Camaradas! ¡Camaradas! En la atmósfera irrespirable ya, flotaba un relente animal, casi de fieras. Las interpelaciones se cruzaban con furia y sin interrupción: ¡Cobardes!... ¡Miserables!... ¡Bandidos!... ¡Jesuitas!... ¡Afuera!... ¡Viva la anarquía!... ¡Abajo los curas!... ¡Viva la U. T!... y descollando sobre todo, una nueva estrofa del himno de muerte:

... Para ser libres, el único medio

Es hacer la guerra al Pretoriano.

Dinamita y petróleo

Para el buitres que roba,

Y para los poderosos la bomba...

De esta escena se desprendía un contagio de guerra civil tan intenso, que el mismo Juan se contaminó. Habiendo vislumbrado á su primo que con el gesto, la palabra y la mirada dirigía este infernal tumulto, em-

pezó á gritar : ; Afuera Riouffol!... ; Ya no pertenece á la *Unión* ! ; Afuera !... En ese momento sintió que le tocaban en el brazo y le tiraban de la manga con tal insistencia, que temió fuese una invasión del estrado. Se volvió y reconoció al portero de Rumesnil :

— Tengo una carta para usted, señor Monnerón, le dijo en voz baja. Venga usted ; abajo hay un coche esperando. Ocorre algo muy grave.

La fisonomía del portero prestaba á sus palabras un comentario tan elocuente, que el joven se olvidó del tumulto y de sus amigos á quienes al parecer dejaba abandonados en el peligro. Y de un brinco bajó del estrado sin que nadie notara su desaparición en la acalorada contienda. Cuando llegó al cuarto de la junta rompió el sobre de la carta temblándole la mano. Sólo contenía cuatro líneas escritas por Rumesnil con pulso alterado : *Julia está herida. Ven en seguida para llevarla á tu casa. Yo no lo puedo hacer por estar herido también. El médico dará detalles. Pero es preciso venir pronto. H...*

Los himnos revolucionarios podían resonar más feroces y amenazadores que la asquerosa *Carmañola* ; Riouffol y sus sicarios, injuriar al sacerdote inocente, cuya única falta era creer en la buena fe de sus adversarios ; toda la *Unión Tolstoi*, en fin, revelar la insanidad de su principio y presentar el aspecto salvaje reservado á nuestro desgraciado país, si alguna vez llegasen á triunfar las infantiles doctrinas del socialismo ; Juan ya no oía las vociferaciones, ni veía el sitio donde estaba, incapaz de pensar en otra cosa que en las palabras de la terrible carta. La volvió á leer otra vez, y preguntó al portero :

— ¿ Está el médico en el coche ?

— Sí, contestó. Es el doctor Graux.

Este señor Graux era un facultativo de barrio que visitaba casi todos los días á la madre de Rumesnil. Todavía se encuentran en París al lado de los profesores justamente ilustres, á quienes falta el tiempo, y de los charlatanes sin conciencia á quienes hay que

rogar para obtener una consulta de cien francos, modestos doctores que desempeñan el cargo, antes tan frecuente y hoy tan raro, de médico de familia, siempre á mano y siempre discreto, y que, conociendo á sus clientes, es naturalmente su amigo y consejero. Graux de Lourdes, como llamaba Rumesnil á este excelente hombre por su devoción, era objeto de las burlas del joven noble, que había dicho muchas veces á Juan : En todo París no había más que un médico que fuese católico practicante, y mi madre ha dado con él... Esta zumba de libre pensador no fué obstáculo para que, habiendo tenido necesidad en una crisis de contar con un hombre de quien poder fiarse, buscarse á este buen cristiano con preferencia á los camaradas complacientes que conocía entre los internos de hospitales, y aun en los grupos socialistas, tal como á Bobetiere. Por una casualidad en que de seguro no había soñado, esta elección fué en aquella circunstancia una caridad para Monnerón. Preocupado como estaba de las cuestiones religiosas, Juan había tenido el invierno pasado con el doctor Graux, y precisamente en casa de Rumesnil, una de esas conversaciones de ideas que engendran entre dos hombres un lazo secreto espiritual. Al día siguiente de esta conversación, el médico le había remitido un opúsculo publicado entónces sobre la vida de uno de sus colegas, el doctor Clermont. Este nombre de uno de los discípulos del gran Potin merece sacarse del olvido, no sólo porque fué el de un justo en toda la extensión de esta hermosa palabra, sino también porque este humilde sabio compuso antes de morir una meditación, impresa en este opúsculo y que contiene una de las líneas más nobles que jamás haya trazado una mano humana : *¿ Adónde iríamos sin el noble dolor?*... Admirable frase que Juan

había repetido muchas veces desde que la leyó, con emoción de literato, primero, sin sospechar que el íntimo amigo del que la había escrito intervendría en la hora más cruel de su juventud. No se acordó claramente de este detalle cuando el portero de Rumesnil le indicó la presencia del señor Graux en el coche. Sintió un gran alivio al saber que éste y no otro iba á intervenir en una aventura de la que aún no conocía más que el resultado trágico, y acaso no por entero... Pero, aunque hubiera sido otro el que le estaba esperando, no habría salido con menos precipitación abriéndose paso por entre los vocingleros que obstruían la escalera, sin escuchar los ultrajes de los que empujaba. Por fin pudo llegar hasta la puerta, y entonces oyó al portero de Rumesnil llamar al cochero que estaba esperando. El coche se acercó, se abrió la portezuela y Juan se sentó al lado del doctor Graux, mientras que el portero subió al pescante y dió las señas al cochero, que puso el caballo al trote.

— ¿ Mi hermana no está más que herida?... preguntó clavando la vista en el doctor, como quien espía la verdad en los pliegues más imperceptibles del rostro.

— No está más que herida... respondió el doctor, y adivinando la atroz aprensión del hermano, añadió : le doy á usted mi palabra de honor... Ha querido suicidarse; pero Ademar ha tratado de desarmarla. Entónces se disparó el arma, y una bala le ha atravesado la mano izquierda y el puño. Por eso no ha tenido la fuerza de impedir que la infeliz llevase á cabo su proyectó, y Julia se ha disparado un pistoletazo aquí... (El doctor señaló el lado izquierdo del pecho) Tengo la convicción de que la herida no tendrá graves consecuencias. He sentido la bala en la región del omoplato donde ha ido á alojarse. El proyectil ha debido chocar

oblicuamente sobre la quinta ó sexta costilla resbalando á lo largo del tórax. Hasta ahora no hay más que abundante hemorragia sin vómitos de sangre. Según toda verosimilitud, no es cuestión más que de una herida poco profunda... Su hermana de usted ha tenido una violenta crisis nerviosa cuando volvió en sí y se encuentra muy débil. Más cuidado me inspira Ademar que no ha querido que le hagan más que una ligera cura, y se ha negado á ir á su casa antes de encontrarle á usted. Le aseguro á usted, señor Monnerón, que vale más que su vida...

Juan no respondió. A través de tantas emociones, esta defensa discreta del infame amigo que había seducido á su hermana, le indignaba sin poder protestar en el coche y ante el médico que le había enviado. Tampoco se atrevía á preguntar sobre un punto enigmático y á la vez muy claro. El drama no había ocurrido en el hotel de la calle de *Varenne*. ¿Dónde, pues, había ocurrido? ¿Á dónde iba el coche corriendo por un ancho *boulevard*? ¿Cuál?... Juan había recorrido tanto el barrio cuyas calles iba atravesando, que conoció en seguida que el coche bajaba por el *boulevard Moutparnasse* y tomaba el de los Inválidos, el mismo camino que la pobre Julia había seguido cuando volvió á su casa veinticuatro horas antes. Juan ignoraba este detalle, que le hubiera causado más melancolía; pero adivinaba á dónde le llevaba el doctor Graux, y que el suicidio de su hermana había tenido por teatro una habitación de cita. En este momento, la fisonomía del médico, alegre y jovial de ordinario, estaba triste y sombría. Los treinta años que llevaba ejerciendo y su abnegación profesional le habían hecho testigo y confidente de muchas faltas. Esta miseria era muy excepcional, y esta falta cometida por uno á quien había

visto crecer y á quien había curado siendo niño, era muy escandalosa. En vano buscaba palabras para aliviar el sufrimiento que atormentaba al joven que tenía á su lado. Apenas le había visto después de su última conversaci6n, que dió motivo al envío de la biografía de Abel Clermont. Rumesnil le había hecho un elogio entusiasta de su amigo, añadiendo con su ironía habitual: Espero que no le verá usted muchas veces, pues trataría de hacerle devoto. Demasiado inclinado está ya hacia ese lado... El doctor Graux recordó estas palabras al pasar el coche por delante de la iglesia de San Francisco Javier. Así es que tuvo la idea de dirigirse en esos instantes de terrible turbaci6n, á esas tendencias religiosas. Ese verdadero milagro moral que se llama una conversi6n es obra las más veces de toda una serie de pequeños acontecimientos producidos por nuestra disposici6n interior. Si Mr. Ferrand, por ejemplo, no hubiese sabido las nostalgias cristianas del enamorado de su hija, jamás hubiera pensado en escribir en el sobre que contenía dinero prestado, la frase de san Agustín: *Perdidistis*... Si Juan no hubiese ostentado estas nostalgias en todas sus compañías, no hubiera interpretado como lo había hecho hace poco, el meditabundo heroísmo del padre Chanut. Si no hubiese dejado adivinar al mismo Rumesnil estos tormentos de su pensamiento, jamás los hubiera conocido el doctor Graux, ni se le hubiera ocurrido hablarle en el umbral de la funesta casa de la calle *Estrées*, en el mismo tono que habría empleado Ferrand.

Esta serie de impresiones sucesivas acabaron de determinar el gran trabajo interior, pero en realidad eran ya su resultado. Pascal decía: No me buscarías si no me poseyeses, y Goethe: Lo que no se lleva en sí mismo, no se podría recibir. En este sentido es en el que la

fe es una virtud que resulta del esfuerzo personal y secreto de nuestra voluntad, hasta cuando las circunstancias exteriores parecen ser las que nos llevan á donde no iríamos nosotros mismos. Estas circunstancias no existirían si nosotros no las hubiéramos preparado al prepararnos. No nos damos cuenta de la parte efectiva que hemos tomado, y nos quedamos sorprendidos como de una novedad. Por eso, en el momento en que bajó del coche que por fin se había parado, el joven se estremeció de pies á cabeza al oír al médico decirle, tomándole la mano.

Señor Monnerón, va usted á verse con un antiguo amigo de quien tiene crueles motivos de queja. Me consta que no es usted enteramente incrédulo... Acuérdesse de las palabras de la Escritura : *Yo soy quien daré el premio*. Deje usted la venganza á Dios. Desde ahora puede usted ver que ya la está realizando...

Este texto sagrado, citado en aquel instante y en aquel sitio, tenía su comentario elocuente en el aspecto de la habitación arreglada para los placeres clandestinos, en la cual entraban precedidos por el portero. Hay que decir que Rumesnil no había dicho la verdad al médico. No había sido herido por casualidad al tratar de impedir el suicidio de Julia Monnerón. Era ésta la que en el delirio de la desesperación y en el curso de una explicación acalorada, había querido matarle y matarse ella en seguida. Al dirigir el arma contra él, Ademar alargó su mano izquierda para desarmarla. En ese instante salió el tiro y la bala le atravesó la mano y el puño. El dolor había sido tan agudo que el joven se desplomó, y luego se levantó asustado al oír el segundo disparo de Julia que, creyendo que le había matado, quería suicidarse. Al ver á la joven, tendida en

el suelo, sin conocimiento y cubierta de sangre, el seductor dió pruebas de ser hombre de buena raza que se porta con serenidad en el peligro. Había tenido la energía de vendarse él mismo con el pañuelo la mano destrozada, salir, llamar un coche, y mandar que le llevasen á su casa. Sin perder tiempo envió un hombre de toda su confianza á buscar al doctor Graux. En seguida volvió á la calle de *Estrées*, á donde había acudido un cuarto de hora después el médico, á quien por fortuna habían encontrado en casa. Rumesnil se había portado como gentilhombre callándose absolutamente sobre la tentativa de asesinato de que había sido víctima y explicando su herida en la mano. Ni siquiera desmintió su nobleza en el acto de valor que tuvo enviando á buscar á su camarada tan indignamente ofendido, para que no le faltase á Julia su solo protector natural desde ese triste momento. Ahora se encontraba en un cuarto que servía de sala de baño y de tocador, detrás del cuarto de dormir, á fin de que su presencia no agravase la dureza de la prueba y por imposibilidad de afrontar la mirada del hermano de su querida. Allí estaba sentado en una silla en la obscuridad, sufriendo de la herida mal vendada y el oído atento, como un ejemplo vivo de la verdad de las palabras del apóstol citadas por el médico. Julia estaba tendida en la cama del cuarto de dormir. El doctor había cortado en pedazos el cuerpo del vestido para reconocerla sin desnudarla, á causa del dolor que sentía al menor movimiento. En el apresuramiento de la cura había arrojado por el cuarto los pedazos desgarrados. En la mesa brillaban los instrumentos de acero al lado de un estuche abierto, con otros objetos necesarios en estos casos. El olor del ácido fénico se confundía con el del éter empleado para calmar la crisis nerviosa de que

había hablado el doctor. La bala disparada á Rumensil había ido á parar de rechazo al armario y hecho añicos el espejo. En ese armario que habían abierto para sacar toallas, se veía colgada una bata de seda china, un peinador fino, camisas de seda, etc. La tenue luz de unas bujías unida á la claridad de una lámpara daba un carácter fantástico á este sitio de sensualidad transformado lugubramente en sala de hospital. Allí, entre aquellos muebles de lujo, se había perdido la joven, que ahora reposaba, pálida, los ojos cerrados, como si estuviese durmiendo. Cuando llegó su hermano, á pesar de que éste habló por lo bajo con el doctor, un movimiento convulsivo de sus manos demostró que estaba despierta. Juan se acercó á ella y vió que tenía los ojos abiertos. La hermana le contemplaba con pasión profunda en su mirada. Hizo un ademán de cogerle la mano y lanzó un ligero gemido. Él se inclinó para darle un beso en sus lánguidos ojos. La dulzura de esta caricia, á la que correspondió dándole las gracias con voz tan débil, que él solo pudo oír, provocó un estremecimiento en sus labios, que se abrieron otra vez para implorar con voz casi apagada:

— Diles que se retiren... Quiero hablarte á ti solo. Después, cuando Juan transmitió este deseo al doctor, que se retiró con el criado al otro cuarto, preguntó: Ha muerto ¿no es verdad?... No mientas...

— No, respondió el hermano; no está más que herido... Y como todavía dudase, añadió: Tiene la mano y el puño destrozados... Parece que sufre mucho, según me ha dicho el doctor, pero no es cosa de cuidado...

— ¡Ah! exclamó ella ¿me perdonará jamás?

— Tranquilízate, replicó Juan, tú no tienes nada que reprocharte. No es culpa tuya.

— ¿No sabes que he querido matarle?

— ¡Has querido matarle!... repitió Juan.

— Si, repuso la joven. He estado loca... Yo te había hablado. ¿Por qué? No lo comprendo todavía. Tú lo sabías todo. Habías salido para ir á buscarle y acaso provocarle... Creía perderle si no me llevaba á su lado, como mujer ó como querida, ¿qué me importaba?... Le había escrito para prevenirle y pedirle una cita aquí, con intención de perderle que me llevara con él, y en caso de negarse, morir delante de él. Te juro que no pensaba en vengarme, ni en amenazarle... Pero él me ha tratado con dureza... ¡Era tan natural! Le había entregado á ti, y él tenía esta nueva carta de Antonio... Ya la leerás. Está en el bolsillo de mi vestido. Nadie me la ha cogido, porque hace un momento la he tocado á través de la tela... Entonces perdí la cabeza... ¿Pero no está muerto! ¡Ah! yo puedo morir!...

— Tú no morirás, respondió Juan, abrazándola otra vez. El amor que la joven manifestaba por aquel á quien había querido asesinar le causaba menos mal que la generosidad que el miserable había demostrado ocultando la verdad del drama á su médico. ¿Esta generosidad iba acompañada de otra? ¿Su indigno hermano había recurrido otra vez á la bolsa del amante de su hermana? ¿Había intentado otra estafa? Juan no perdió mucho tiempo en hacerse estas preguntas, porque habiendo añadido: ¿Dices que hay otra carta de Antonio?... la joven tuvo la fuerza de volverse un poco y le hizo seña de que buscara donde había dicho. Juan cogió la carta que ella había estrujado sin duda en la violencia de la escena de explicación. Esta carta le iba á recordar de cruel manera lo que había olvidado desde el momento en que el mensajero de

Rumesnil había venido á prevenirle á la *Unión Tolstoi*, que tenía un padre por cuya tranquilidad lo había sacrificado todo, y que el período de las mentiras de piedad se había acabado irrevocablemente. El tropiezo del jefe de familia optimista é ilusionado contra crueles realidades de su familia, era definitivo ahora, y la carta de Antonio á Rumesnil decía que, sobre un punto, este tropiezo había producido ya su terrible efecto. Estos eran los términos de la carta: *Mi querido amigo: Me veo obligado á recurrir otra vez á tu bondad. Te habia hablado de una pequeña irregularidad en las cuentas de mi oficina. Mi jefe, que parecia haber comprendido que esta miseria no valia la pena de ser mencionada, puesto que todo estaba de nuevo en orden, ha cambiado de parecer, no sé por qué, y ha hablado á mi padre, que ha tenido conmigo una escena muy triste. En una palabra, me he salido de casa y estoy en el hotel Gallia, boulevard Saint-Germain, con el nombre de Montborón. Tengo ya un negocio importante en perspectiva que me proporcionará grandes beneficios en breve plazo. Pero para emprenderle me haria falta un pequeño capital. He contado con que tú no te negarias á adelantarme otros cinco mil francos, que con los primeros harian una cifra redonda. Todo te lo restituiré con el primer dinero que cobre en este negocio. Tan pronto como me hayas enviado la suma, recibirás algunas cartas muy interesantes para ti, que la casualidad ha puesto en mis manos. Tuyo de veras y gracias anticipadas...* ANTONIO MONNERÓN...

— Son cartas que me ha robado en mi escritorio. sin duda, dijo Julia, al ver á Juan aterrado con el papel entre las manos... Yo aparecia como su cómplice, y Ademar lo ha creído... No he sabido justificarme... Me faltaba la paciencia...

— Pero esta historia de que el señor Berthier ha cam-

biado de parecer y ha hablado á nuestro padre, no es cierta, ¿verdad?...

— Yo creo que sí, respondió la joven. Antonio ha almorzado en casa esta mañana por excepción y parecia muy afectado... Cuando salí de casa, estaba allí Berthier, efectivamente. Sin esta carta no hubiera podido asociar estos dos hechos...

— Entonces ¡es verdad!... dijo el joven. Después, con acento espantado, añadió, sintiendo igual piedad por su padre y por su madre: Y ahora es preciso que sepan el resto cuando te lleve á casa... ¿Cómo les explicaremos tu herida?... ¿Y más tarde?...

— ¿Llevarme? exclamó Julia cuya voz recobró su fuerza para protestar contra este proyecto... ¿Vas á llevarme á casa?... Eso no lo consentiré, Juan. ¡No! ¡Jamás!...

La joven se había incorporado en la cama al hablar así, haciendo un ademán violento que desarregló el vendaje y le arrancó un grito tan agudo, que el médico acudió corriendo. El doctor había seguido esta escena de explicación desde el otro cuarto con la inquietud que le causaban los fenómenos observados antes en la joven. Ayudado por su hermano, la volvió á reclinar sobre las almohadas. En su pulso pudo observar que estaba de nuevo en una crisis muy nerviosa, y cuando Juan le contó el incidente de conversación que había provocado este acceso, dijo el médico:

— No hay más remedio que obedecerla. Sería grave imprudencia llevarla tan lejos en este estado... Mañana temprano vendré á buscarla y la llevaré cerca de aquí, al establecimiento de las Religiosas Agustinas, y procederemos á la extracción de la bala... ¿Ve usted? ya está más sosegada, y llevando al joven al otro cuarto, añadió: Es necesario que alguno pase la noche á su

lado. A usted le incumbe este deber. Yo me encargó de ir á la calle Claude Bernard á prevenir á sus padres... Les anunciaré que ha sido herida. Ya tengo inventada una historia que he tomado de los sucesos del día: Un loco escapado de Santa Ana disparó sobre los transeúntes y la ha herido... Diré que me encontraba presente y que he mandado que la lleven á esta casa de enfermos en que ejerzo mi profesión. Esto es muy natural, y para que lo sea más diré que el drama ha ocurrido muy cerca, en el *boulevard* Montparnasse. Explicaré que por otra casualidad le he encontrado á usted y que está al lado de la herida. La madre querrá venir aquí en seguida; pero diré que la casa tiene una regla muy estricta y que nadie puede entrar después de las nueve. Esto sí es verdad. Al salir pasaré por ese establecimiento para que, en el caso de que su madre venga contra mi voluntad, no me dejen por embustero. Así ganaremos esta noche por lo menos, que es lo que conviene. Mañana, usted mismo decidirá lo que quiere y puede decir... Esta noche, una palabra de introducción en su tarjeta bastará... Y ahora tengo que pedirle que sea usted verdaderamente un hombre. Ademar está ahí... Es preciso que usted permita que me le lleve, sin que usted le mire ni le hable. Usted no se moverá de la cabecera de la cama... Pondremos por delante un biombo. Es muy importante que ella por lo menos no le vea ni lo oiga pasar. Yo no respondería de su razón si en el estado en que se encuentra sufriese nuevas emociones. Todo depende, pues, de su serenidad, señor Monnerón. Quizá tendría derecho á exigirselo, pero me limito á recordarle que, á más del peligro de orden físico, un escándalo aquí daría por resultado un epílogo judicial...

— No había necesidad de este último argumento,

respondió el hermano ofendido; los otros bastaban, llévase usted á ese hombre, que yo no le miraré ni le hablaré. Para mí ha muerto ya...

Es verdad que, á más de tener que evitar á su hermana una emoción acaso fatal, el honor reclamaba que Juan respetase á su antiguo amigo en estos momentos en que éste acababa de ser herido por Julia y se callaba. Sin embargo, de todos los tormentos que había pasado en estos últimos días, ninguno le había causado más dolor al hijo de José Monnerón que el que pasó á la cabecera de su hermana, oyendo á través del biombo que se abría una puerta tan suavemente que la enferma no lo oyó. Pero él sí oyó los pasos del traidor apagados por la mullida alfombra, y hasta su resuello reprimido. La ira salvaje, animal y moral á la vez, de un hombre ultrajado en lo más vivo de su persona moral, le arrebató, sin poder siquiera apretar con más fuerza los delgados dedos calenturientos que tenía entre los suyos. Si su rencor contra Rumesnil no hubiera provenido más que del orgullo ofendido, hubiese sentido una alegría feroz en pensar que este joven tan orgulloso y altanero se iba de su propia habitación como un ladrón, como un cobarde. ¿Qué le importaba á Juan una satisfacción de amor propio cuando tenía delante un espectáculo semejante de desgracia humana, y en el pensamiento la perspectiva de un golpe tan terrible para su familia — bien desordenada por cierto y bien incoherente! — Después de todo, ni su padre ni su madre habían merecido que les hiciese semejante traición una persona á quien habían recibido en su casa con tanta confianza. ¿Qué palabras tan fiernas había empleado el taimado aquella misma mañana para desvanecer sus sospechas! ¿Y él, el amigo hurlado no escupiría jamás su vergüenza á la cara del miserable! ¿Le dejaba mar-

char sin vengarse, y el otro se creería en paz con su víctima por haber recibido una leve herida y haberla perdonado... Todo había acabado: La puerta de la habitación acababa de cerrarse, y luego la de la casa. El ruido de un coche en marcha anunció al hermano que se le escapaba su enemigo para siempre. Ese coche era el mismo en que él había venido de la *Unión Tolstoi* á la calle de Estrées. Su imaginación le representó á Rumesnil sentado en el mismo rincón al lado del doctor Graux, que tendría la misma expresión severa y triste... Y se volvió hacia su hermana, cuya mejilla demacrada acarició con triste ternura, encontrando en el sentimiento del deber cumplido para con esta pobre criatura, la fuerza de no estallar en furiosa rabia contra Rumesnil, contra sí mismo, contra la vida...

Cruel principio de una velada ya tan penosa en aquel sitio, y que debía pasar toda entera en meditaciones calenturientas por la angustia de lo que estaría pasando en la calle Claude Bernard, y por el terror de lo que iba á pasar mañana... Las horas se deslizaban al acompasado movimiento de la péndola del reloj colocado en la chimenea, cuyo fuego se estaba apagando. El suave aliento de Julia, que entonces dormía de veras, se mezclaba á este ruido monótono, así como también, — detalle trivial que aumentaba la melancolia de Juan Monerón recordándole de una manera brutal y casi grotesca á qué discreciones mercenarias estaba confiado el honor de su familia, — los ronquidos del criado de Rumesnil, que ocupaba el otro cuarto por una precaución del médico. En la calle, se oía el rodar de los coches que pasaban haciendo temblar los cristales de la habitación. Después se oían los pasos de los transeuntes tardíos cuyas voces resonaban con claridad en el silencio de la noche. Una sola bujía estaba encendida detrás de

las cortinas de la cama para que no molestase á la enferma. Esta claridad modelaba el rostro pálido de la pobre joven en perfiles en que el hermano podía leer tantas tristezas comunes á uno y á otro sin compartirlas. La reserva que habían observado uno respecto de otro los había llevado á ambos á esta noche dolorosa en que él la estaba velando. ¿Guardaría todavía este cobarde silencio cuando volviese á ver á su padre dentro de poco tiempo? ¿Ó inauguraría esa resolución de verdad cuya utilidad había proclamado delante de su hermana el día antes por la mañana, y en su corta conversación con Cremieu-Dax por la noche? Si se hacía estas preguntas era porque el carácter no se temple de una vez en un hombre acostumbrado después de tantos años á retroceder ante la sensibilidad de otro. La respuesta no variaba. Cueste lo que cueste, Juan hablaría, se pondría y pondría con él á su padre delante de la realidad verdadera. En un momento dado, esta realidad se impone siempre. Nadie se libra de ella, ni se libra á los que amamos, sino para soportarla con más brutalidad y dureza. La prueba de ello era la historia de Antonio. ¿No hubiera sido mejor que el padre la hubiese sabido en seguida en vez de saberla después de aquella manera? Berthier, lo mismo que Juan, había querido callarse para no dar un disgusto al profesor, y un incidente sin duda con el que no había contado le había obligado á revelarlo todo. ¿Para qué diferir declaraciones inevitables tarde ó temprano? Sí, Juan hablaría. Pediría á su padre que le permitiese llevar á cabo el proyecto formado ya por Julia. Él la acompañaría al extranjero y la cuidaría hasta su parto. ¿Qué otro objeto podía tener ahora su vida más que esta hermana desgraciada? El pacto que le había ofrecido Ferrand y en el que había cifrado tantas esperanzas reprimidas

después de siete días, no existía ya. Este gran burgués francés jamás hubiera prometido su hija Brigida, sólo con la condición de una profesión de fe religiosa, al hermano de una joven seducida, culpable de una tentativa de asesinato contra su amante y de suicidio contra ella misma. En cuanto al otro hermano, era un empleado de banco ladrón y falsario. Juan no podía ya, sin faltar á la lealtad, apelar á la promesa del jueves pasado, presentarse á este hombre tan bueno, á este maestro respetado y decirle: Acepto ser católico, llámeme usted su hijo, callando lo demás. Aquí es donde se imponía el deber de la verdad absoluta. Pero otro deber, no menos absoluto, exigía el silencio sobre la vergüenza secreta de su familia. ¡Adiós sueño de amor y de matrimonio, acariciado en la penumbra de su pensamiento como un consuelo posible, cierto, de tantas amarguras! La noche seguía avanzando entre estas tristes reflexiones, y en medio de esta infinita desgracia acababa de cumplirse en esta alma el trabajo de la conversión, esta indecible é inexplicable vuelta del ser, cuya completa definición ha dado el Doctor de la gracia cuando después de haber referido el versículo del Evangelio: « Jesús y la mujer adúltera quedaron solos, » añade: « solos, uno enfrente de otro, — *miseria et misericordia*... » Sí, cuando no sentimos en nosotros más que la miseria, es verdad que entonces aparece la fe, si verdaderamente la hemos llamado con el mérito que la suscita que es el tormento de su ausencia. Este estado de sequedad de la fe de Juan Monnerón y que él llamaba una probabilidad muerta, se deshacía, se fundía durante esta velada fraternal. Por la primera vez quizá no se resistía á esta acción de Dios, tantas veces hosquejada en él, y se acababa en un llamamiento hacia un consuelo que no podía venirle ni de

los otros ni de él mismo. Ya no tropezaba contra ningún razonamiento crítico, contra ningún escrúpulo mórbido de los que había tenido cuando, por ejemplo, detrás de su necesidad de creer, adivinaba un deseo oculto de casarse con la que amaba. Su voluntad, quebrantada y vencida, se entregaba al inconcebible poder, principio de todo el universo y de nuestro corazón también, puesto que este corazón es un hecho con la misma razón que otro. Juan sentía este poder, vivo, puesto que en él flota nuestra vida, — inteligente, puesto que de él nace el pensamiento, — piadoso, puesto que de él emana la piedad... Y en un momento de esta interminable noche, su hermana que se había despertado, pudo verle de rodillas al pie de esta cama, teatro de las irremisibles faltas que no expiaba sola. Juan tenía la frente apoyada en las sábanas, en las que se veían las manchas de sangre de la herida, y estaba rezando... ¡Vaga y obscura oración, que se parecía al vagido de un niño recién nacido. Este civilizado ¿ no había sido educado como un salvaje por un padre á quien la idolatría de sentido propio acercaba, y con él á todos los suyos, á una mentalidad de salvajes en lo que se refiere á la vida íntima del alma? Este llamamiento á un socorro extraño era sin embargo una oración, la primera que pronunciaba un Monnerón desde que el funcionario desprovisto de ideas como de costumbres, había fundado esta familia sin centro y sin pasado. La hermana, que aun en la tragedia en que la había precipitado su locura de rebelión, conservaba el orgulloso nihilismo de la educación paternal, se quedó asombrada al ver esta señal de un estado del alma nuevo para los suyos, hasta considerarle como milagroso. Por un involuntario respeto en que entraba algo de cariño por este hermano que era el único que había sabido comprender

un poco su corazón, no se atrevió á moverse y cerró los ojos para que no supiese que le había sorprendido y para no ofender el pudor de sentimientos nacientes, cuyo primer símbolo algo tímido era esta genuflexión...

Que la oración reciba su fuerza real de la fuente infinita de todo amor y de toda voluntad, como lo enseña la fe, ó que se expliquen sus resultados, como los psicólogos contemporáneos, por un simple fenómeno de autosugestión, es lo cierto que fortalece y estira las fibras de nuestra energía íntima de una manera singular y nos da una fuerza de sufrimiento que ni siquiera sospechábamos. Tal le sucedió á Juan Monnerón cuando se encontró al día siguiente de esta noche aciaga, y á eso de las diez y media de la mañana, en el piso de la calle Claude Bernard, delante de su padre. He aquí en qué condiciones: — El doctor Graux había llegado á la calle de Estrées muy temprano, como se había convenido, para ver el traslado de Julia y su instalación en la casa religiosa de las Agustinas, y había procedido en presencia del hermano á un nuevo reconocimiento de la herida, y emitido un pronóstico tranquilizador. La bala había seguido la línea diagnosticada la víspera. Como no estaba interesado ningún órgano esencial, en seguida intentó y logró la extracción. En este intervalo y por consejo del médico, el joven envió cuatro letras á sus padres por medio de un mandadero, dándoles de la joven las noticias más satisfactorias, y diciendo que, á pesar de eso, no podría recibir más que á una persona sola, después de las diez. Hasta este momento no se había separado de su hermana, y un poco antes de las diez se retiró al locutorio. Esperaba que la primera persona que aprovecharía este permiso sería su padre; pero vió llegar á su madre. Ésta, con su ímpetu meridional,

prorrumpió en seguida en exclamaciones acerca de sus inquietudes de la víspera, y luego en preguntas interrumpidas felizmente por la llegada del doctor Graux. El médico la introdujo donde estaba su hija prohibiéndole que hiciese hablar á la enferma, y mientras tanto se marchó Juan decidido á aprovechar esta ocasión para hablar á fondo con su padre. En casa encontró al profesor que acababa de entrar del liceo. Hay algo del soldado en todo verdadero profesor, aunque sea un enemigo declarado de los pretorianos, como éste, y un partidario tan convencido del antiguo programa resumido en la tribuna por un célebre universitario republicano: « un ejército de ciudadanos que no tengan el espíritu militar en ningún grado... » En su exactitud en ejecutar la consigna con una puntualidad que no admitía ningún compromiso, el padre de Julia había asistido esa mañana á su clase del liceo Luis el Grande, donde debía dar una conferencia, y en efecto la dió. Había interrogado á sus discípulos y dirigido una explicación de textos, como si no tuviera la desesperación en el corazón á causa de esta doble catástrofe: su hijo mayor despedido de su administración por una falsificación y por un robo y su hija herida en circunstancias que creía debidas á la casualidad, según había dicho el doctor Graux. ¿Y cómo dejaría de estar mortalmente inquieto sobre la gravedad de la herida?... Por lo que hacía á su hijo, ¡ ay! ya sabía á qué atenerse. La revelación se había verificado sencillamente: El señor Berthier, después de haber perdonado á Antonio, como hemos dicho, seguía muy preocupado con este asunto, y había interrogado á los otros empleados. Uno de ellos le había contado que Antonio frecuentaba una cortesana muy elegante, llamada An-

gela d'Azay, — el imbécil no hubiera sido completo si á más de vicioso no hubiese sido vanidoso y fatuo. — Berthier había sabido también que el joven jugaba á las carreras mucho dinero, y esto despertó sus dudas sobre la veracidad de un sujeto que ya era culpable de gran indelicadeza. ¿Esta historia Montborón sería exacta? El jefe de la oficina del *Grand Comptoir* se valió de una estratagema: tomó una fotografía de Antonio que éste le había dado en sus tiempos de favor, y fué á la oficina del *Credito departamental*, donde tenía crédito el supuesto Montborón. Allí, so pretexto de prevenir al director contra un peligroso aventurero, le había enseñado este retrato, y él le había reconocido. Antonio y Montborón eran una misma persona. En su indignación por haber sido burlado con tal audacia, Berthier había obligado al falsario á presentar su dimisión. Esto había ocurrido el miércoles á las once, y á las dos se presentó Berthier en casa de José Monnerón. El resto estaba referido exactamente en la carta que el estafador había enviado en seguida á Rumesnil. La irreprochable probidad del profesor se había sublevado contra la infamia de su hijo, y ciego de cólera, le había maldecido y echado de casa sin querer oír ninguna explicación. Estos hombres abstractos que pasan por bondadosos, tienen estos rigores implacables cuando se deciden á castigar. El justiciero de la familia se había negado también á escuchar las quejas de su mujer, hablando como amo que no admite discusión. Para Juan, que conocía cada uno de los cambios de esta lisonjía, la primera mirada le reveló cuánto había sufrido el pobre hombre. La agonia moral estaba visible en el ceño de esta cara demacrada, en esta boca temblorosa, sobre todo en estos ojos, cuyo azul, tan tierno de ordinario, despedía un brillo

de fiebre, fijo y duro. Los gestos convulsivos, apenas dominados, denunciaban también el exceso del dolor. El profesor estaba en su despacho cuando llegó Juan, yendo y viniendo con paso agitado, dispuesto á ir á la casa de enfermos donde estaba Julia, si su mujer tardaba en volver. De acuerdo con la carta recibida por la mañana, los dos esposos habían convenido en que ella iría á esta primer visita y volvería en seguida á darle cuenta. ¡Cómo tardaba!... Durante esta crisis en que su espíritu de quimera y de optimismo se veía obligado á sufrir la acerba mordedura de los hechos, José Monnerón encontraba sin embargo el medio de permanecer tal cual era: su deplorable irrealismo y su admirable pureza de conciencia se manifestaban á la vez por el predominio que ejercía en él, en este momento, la inquietud que le causaba Antonio. El accidente de su hija, esta herida extraordinaria que hubiera debido empezar á despertar sus sospechas, era una desgracia de orden simplemente físico. Que un loco escapado de un manicomio dispare en la calle tiros de revólver, es cosa que sucede todos los días. El padre admitía esta posibilidad sin criticarla. Ni criticaba tampoco la casualidad más extraña aún de que Juan se hubiese encontrado allí, exactamente á tiempo para cuidar á su hermana. Su mujer y él habían creído la relación del doctor Graux con una docilidad asombrosa, por estar ambos como locos con la idea de su hijo mayor, — la madre porque le amaba con esa pasión maternal instintiva, animal, dispuesta á todas las indulgencias lo mismo que á todas las complicidades; — el padre, porque hubiera preferido, en la salvaje delicadeza de su naturaleza tan intacta y tan exenta de vicios, ver muerto á uno de sus hijos antes que deshonorado. Este es el sentimiento que dejó ver á

Juan cuando entró en el despacho donde habían leído juntos, pocos días antes, el pasaje de Esquilo sobre Elena: *Alma serena como la calma de los mares...* y la estrofa sobre Menelao abandonado entre las hermosas estatuas *que no tienen ojos para mirar y consolar*. Los mejores libros de los más ilustres escritores se parecen á esas estatuas cuando se sufre mucho, pues tampoco tienen voz para hablar, ni palabras que pueda recibir el corazón. El desgraciado humanista estaba en uno de esos instantes en que el encanto literario está abolido. ¿Le volvería ahora á encontrar jamás? ¿Llegaría á ser un día el hombre que su hijo preferido había visto tantas veces, interponiendo entre su destino y él, el magnífico velo de la poesía griega y latina? ¿Encontraría la fuerza de « cerrar los ojos intelectualmente, » como había dicho Juan en su conversación con Ferrand? ¿El « consolador » trataría de prolongar por lo menos una de sus ilusiones que aún no había podido ser desvanecida, sobre la aventura de Julia? Ni siquiera sintió por un instante esa tentación. Ciertamente sufría cruelmente de ver á su padre en este estado de desesperación. Le parecía horrible pensar que le iba á dar un golpe más mortal todavía, diciéndole la verdad sobre su hermana. Pero sentía que era su obligación absoluta, como hijo, no ocultar la verdad al jefe de familia, en horas tan trágicas como solemnes. El padre era quien debía decidir del porvenir de su hija, y el hijo no tenía el derecho de impedir que ejerciese esta magistratura paterna grabada en la piedra misma del hogar.

— ¿Y qué? le preguntó el profesor; ¿has visto á tu madre? ¿Cómo está Julia?

— Tan bien como es posible, respondió Juan. He dejado á mamá á su lado. Esta mañana han extraído

la bala... Y en pocas palabras explicó la naturaleza superficial de la herida y las razones que el doctor Graux tenía para creer que curaría pronto.

— ¡Ah, qué peso me quitas de encima, exclamó José Monnerón. ¡Saber que se hallaba en peligro y en este momento, era demasiado duro! Tú ignoras aún la desgracia que nos agobia, mi pobre Juan. Tu hermano Antonio...

— Le has echado de casa, interrumpió el hijo afectuoso, que, á punto de causar gran pena á su padre, no quería prolongar la espera, pero sí ahorrarle esta inútil y penosa relación. Lo sé y sé también por qué...

— ¿Le has visto? preguntó el profesor sin poder reprimir su ansiedad.

— No; pero he leído una carta en que cuenta la escena que han tenido ustedes, y pedía que le prestaran dinero...

— ¿Una carta donde cuenta esta escena?... repitió el padre. ¿Y en que pedía dinero? ¡Ah! ¡Qué imprudencia! ¿Pero á quién?...

— Á Rumesnil.

— Espero que Rumesnil no se lo habrá prestado, y supongo que tú mismo se lo habrás impedido. Es preciso que le vuelvas á ver y que insistas en mi nombre para que tu amigo no le dé jamás dinero, jamás aunque sepa que se está muriendo de hambre. Quiero que Antonio sepa lo que es buscar la *madre gallega*... Dame tu palabra; sé que hoy mismo verás á Rumesnil...

— Á Rumesnil no le veré ni hoy ni nunca, respondió Juan. Había encontrado una coyuntura para decir en seguida lo que tenía que decir, y á pesar de ver la estupefacción de su padre, continuó: No, jamás. Antonio es un falsario y un ladrón. Eso es horrible. Pero no es nada comparado con lo que ha hecho Rumesnil...

El docteur Graux te ha mentido, padre. Es decir, ha tenido que mentir, porque era preciso no atormentarlos á ustedes, ni menos á Julia, que no hubiera sopor-tado, en el estado que estaba ayer, que la trajesen aquí, ni verlos á ustedes. Pero yo no mentiré... Julia no ha sido víctima de un accidente, sino que ha querido suicidarse después de haber intentado matar á Rumesnil. Éste tiene una herida en la mano. En cuanto á la de Julia, ya te he dicho su estado. El culpable, el criminal es él, que es su amante, que la ha seducido. Julia está en cinta. Rumesnil se ha negado á casarse con ella, y le ha propuesto un aborto... La indignación y la desesperación la habían vuelto loca. Ha querido vengarse y morir... Ahora, ya sabes toda la verdad...

— ¡Mi hija, exclamó José Monneron, mi hija ha hecho eso! ¡Mi hija, un amante! ¡Mi hija, en cinta! ¡Mi hija!... ¡Mi...! Una tentativa de asesinato!... ¡Un suicidio!... Vamos, he entendido mal, eso no es posible... Y el infeliz se llevó las manos á la frente con un ademán de arrebato... ¡Juan, mi querido Juan, dime que eso no es verdad!...

— Es tan cierto como que estoy aquí, dijo el joven. El drama ocurrió ayer á eso de las seis de la tarde en la calle de Estrées en una habitación donde tenían sus citas. Rumesnil ha tenido un resto de honor: ha contado al médico que había sido herido por casualidad al intentar arrancar á Julia el arma. El mismo mandó á buscarme á la *Unión Tolstoi* donde me encontraba. Julia me ha referido la escena. El resto, hace tiempo que lo sospechaba. Pero estaba como estás tú en este momento; no quería creerlo...

— ¡Ah! exclamó el padre, — y á medida que hablaba, su voz acusaba el aumento de la cólera que poco á poco se exaltaba hasta el paroxismo, — ¡Ah, eso pa-

saba en mi casa mientras que su madre y yo teníamos en ellos esta confianza que hubieran debido respetar, ella sobre todo!... Ella es peor que él. Una falsificación y un robo, no son más que acciones abominables, que duran un instante. No son como esa mentira continua, esa hipocresía cotidiana que ella ha tenido que emplear. Sí, ha sido preciso que nos mintiese todos los días, todas las horas, durante semanas enteras. ¡Y la desgraciada venía á abrazarme y á abrazar á su madre después de esas citas con!... No. ¡Eso es muy horrible!... Ayer mismo, cuando la acompañé á su clase, le hablé de esta última lección que le he corregido. Ella me escuchaba con atención, y parecía pensar sólo en su examen. Yo así lo creía. ¡Y decir que la quería tanto!... Precisamente, el otro día le decía yo á tu madre: Quiere bastarse á sí misma... ¡Y mientras tanto, ella nos deshonoraba! Ni la pena que me causaría ni la que causaría á su madre si llegáramos á saber su falta, ni el afecto que le hemos demostrado, ni el respeto de nuestro nombre, nada la ha retenido. ¿Y por quién?... ¿Qué prendas tiene ese ladrón de honor? Ninguna, más que ser noble y tener caballos. ¡Si es eso lo que la ha seducido. ¡Ah! es abominable!... No la quiero ver más, á ella tampoco. No... No... Que no venga aquí cuando se haya curado. La echaría de casa, como he echado á Antonlo... Prohibiré á tu madre que la vea, y á ti también. ¿lo oyes? Puesto que le gusta el lodo, que se enfangue en él. Dime, hijo mío Juan, ¿he merecido que esos hijos por quienes he trabajado tanto, sin dárles jamás un mal ejemplo, sean, él un falsario, y ella una bribona? ¿Me has visto jamás faltar á las obligaciones de mi profesión? Cuando me privaba de todo, de un coche para ir al liceo y para volver en el mal tiempo de invierno; de ir á acostarme cuando tenía temas que

corregir; del Teatro Francés que me gustaba tanto; de algún libro raro en el muelle; de una pipa de tabaco á veces, me decía: Mis hijos me ven, y me pagarán ciento por uno aprendiendo á privarse de lojo, á vivir de su trabajo como su padre... Y salían de aquí para ir, él á comer el dinero robado, tomando un nombre falso — ¡y qué nombre! — con una bribona, y ella á entregarse á un amante á quien recibíamos como amigo tuyo, á quien estrechaba yo la mano delante de ella, y á quien tu madre recibía con atención. Yo no tenía en la vida otra cosa que mi mujer y mis hijos, y ya he perdido dos; y cómo! Mejor sería verlos enterrados... ¡Ay hijo, mi querido hijo, qué desgraciado soy!... Se retorció los brazos un minuto, juntando sus arrugadas manos de hombre honrado, en ademán de desesperación. Su cara enjuta se dilató de repente en una expresión de feroz energía y dijo: Los he perdido. Sea. Me quedáis tú y Gaspar; trabajaré para vosotros dos. Después, sin sospechar los recuerdos que estas palabras despertaban en aquel á quien iban dirigidas añadió: Seréis mis consoladores... Y el pliegue profesoral es tan fuerte, que en este segundo de una tensión casi sobrehumana para contenerse y no dar á su hijo el espectáculo de su debilidad, el viejo literato tomó su resolución de no quedarse en dos palabras tomadas de un autor antiguo, citadas sin gemir y casi en voz baja: « Δουλεία σκλάβων... »

Esta « esclavitud de los que lloran » que el universitario condenaba en sí mismo con esta fórmula tomada de un discípulo de Zenón, Juan tampoco la había aceptado al escuchar en esta voz del padre el rugido de un dolor que su cariño filial no hubiera soportado otras veces. Es que los acontecimientos de estos últimos días le habían virilizado obligándole á obrar, á interrumpir

el eterno soliloquio interior donde se afinaba y paralizaba su sensibilidad. Es que también acababa de entrar con su padre en un camino de verdad en el cual nadie se para. Es una invencible necesidad para el alma, cuando se ha puesto frente á frente de otra alma, en una relación real, no admitir ya los equívocos y sacudir la incertidumbre y los términos medidos. Y luego, si Juan amaba á su padre con acendrado afecto, quería también entrañablemente á su hermana Julia. En esta semana, y sobre todo en esta noche, acababa de reconocer las cualidades de esta naturaleza poco juiciosa pero sincera, extraviada pero generosa, impulsiva pero abandonada y privada del apoyo que la hubiese preservado. ¿Cómo habría dejado de protestar contra esta sentencia sin apelación por la cual la condenaba su padre en el primer impulso de la terrible revelación, siendo así que el pobre hombre, tan injusto á fuerza de ceguedad como débil había sido antes, tenía su parte de responsabilidad en las faltas de su hijo mayor y sobre todo de su hija? Y sin medir el alcance de su respuesta, tan instintivamente como se hubiera precipitado para desviar el arma fatal, si se hubiese encontrado allí cuando el suicidio de su hermana, Juan exclamó:

— No hables así, padre mío. No digas que has perdido dos de tus hijos, ella sobre todo. No digas que la echarás de casa, que no la quieres ver más, que la dejarás abandonada... Ni siquiera á él... No tienes ese derecho. Eres su padre. Aunque fueran más culpables todavía deberías sostenerlos y no arrojarlos, á él á todos los azares de París, á otros robos ó cosa peor, y á ella á la desesperación, ó quizá... No, no puedes querer eso sinceramente, y apelo á tu gran corazón, padre mío. Te lo juro, añadió con acento profundo y firme, pero ba-

jando los ojos, tan graves eran las palabras que se atrevía á proferir : eso no es justo.

— ¿Que no es justo?... repitió el profesor con más violencia todavía. En efecto, no soy justo... Si lo fuera, hubiera dicho á Berthier que no tuviese consideración á Antonio y que le denunciase al juzgado. Todos los días están condenando á pobres diablos que no han recibido instrucción, que no han visto más que malos ejemplos, y que no han hecho lo que él que ha recibido buenas lecciones... ¿Que no es justo?... Cuando estábamos en Versalles despedimos en el acto á una criada que había cometido la misma falta que tu hermana, y se marchó llorando para ir el hospital á dar á luz. Entonces nos pareció eso justo, porque recibía á su amante en nuestra casa, sin saberlo nosotros... Y era una pobre huérfana, que no tenía nada en la vida, á quien habla dicho su amante las únicas palabras de afecto que hasta entonces habría oído. ¡ Pero Julia, qué muestras de afecto no ha recibido de nosotros ! ¡ Qué cuidados y qué protección no le hemos prodigado !...

— ¿ Estás seguro de eso ? interrumpió Juan ; y como su padre asombrado por esta interrupción le preguntase : ¿ Qué quieres decir ? — Quiero decir, continuó el joven, que has creído protegerla, como has creído proteger á Antonio... Tú no tienes la culpa, padre, pero ahora reconoces que no habías visto claro en sus caracteres, puesto que no los creías, ni á él ni á ella, capaces de lo que han hecho... Su única excusa, pero al fin es una, es que han estado expuestos á peligros, contra los cuales nadie los ha protegido, ni siquiera, porque no los veías, porque no podías verlos... Toda la familia ha sido cómplice... Somos todos

tú el primero, alienígenas, adventicios, sin relaciones ni amigos... Esto no depende de tí. Antonio, siendo pobre, se ha educado en el liceo al lado de jóvenes ricos. Desde chico se ha rozado con el lujo y los placeres, que han hecho tanto más mella en él cuanto mayor era el contraste con nuestra pobre existencia. Ha tomado el libertinaje por la vida distinguida y el odioso lujo de una cortesana por la aristocracia. Julia ha leído muy pronto muchos libros que han despertado en ella apetitos de emoción, haciéndola mirar con desprecio la carrera de maestra á que la destinabas. Se encontraban entre dos mundos, el plebeyo donde se trabaja, sufriendo mil privaciones, y el burgués donde se vive á sus anchas y se goza. La verdad es que han sufrido una terrible tentación. Por Dios, padre, antes de condenarlos sin remisión, repasa con la imaginación la historia de su carácter, y no los juzgues hasta después...

— ¿ Y tú y yo ? replicó el padre. ¿ No hemos estado en la misma situación exactamente ? Todas las familias democráticas que se hacen una posición, como es natural, por el mérito individual de uno de sus miembros, ¿ no se encuentran también entre esos dos mundos de que hablas ? Precisamente porque han salido del pueblo, debían de haber tenido por su padre que los ha hecho burgueses, en lugar de ser plebeyos, todo el reconocimiento que merece. En lugar de eso han deshonrado mis canas. Si su infancia fuese conocida, nuestra deshonra sería mayor. ¡ El hijo de un universitario republicano, falsario y ladrón ! ¡ La hija, seducida á intentando asesinar á su seductor ! ¡ Qué ganga para nuestros enemigos ! Tampoco han pensado en esta consecuencia los que saben lo mucho que amo á la admirable corporación á que pertenezco. ¿ Y quieres

que sea indulgente con ellos y que comprenda su falta? Si no he visto esos peligros de que hablas, es porque no he concebido que mis hijos fuesen culpables de semejante villanía, es verdad... ¿Pero qué prueba eso sino que su crimen es abominable? Un ser humano es una razón, una conciencia y una voluntad. La razón les dice á todos cuál es su deber, la conciencia les advierte si cumplen ó no con él, la voluntad sirve para hacerle ó no. Lo demás son palabras inventadas por filósofos de decadencia para embrollar lo que es sencillo. Esas ideas son buenas para casuistas y jesuitas. Tú buscas excusas en tu hermano y en tu hermana porque eres bueno. Pero no tienen ninguna, ni yo les concedo ninguna, ninguna, ninguna...

— No se trata de la Universidad, ni de la República, ni de los jesuitas, replicó Juan. Se trata de una gran ley social que sería verdadera aunque estuviésemos en 1860, bajo el Imperio, en lugar de estar en 1900 y aunque tú fueras ingeniero de caminos ó recaudador en vez de ser profesor. Aunque la Compañía de Jesús no hubiera existido jamás, esta ley no sería menos verdadera: no se cambia de situación y de clase sin que se manifiesten profundas perturbaciones en todo el ser, y nosotros hemos cambiado de situación y de clase, lo cual es un hecho, puesto que el abuelo Monnerón murió siendo campesino, y tú lo has sido hasta los diez años... Tú me respondes: « ¿Y tú y yo?... » Tú y yo somos dos seres que amamos con pasión las ideas y no hemos conocido las tentaciones del lujo, como Antonio, ni las de las emociones, como Julia. Es una dicha, pero no es un mérito... Si no hubiéramos amado esas ideas, si nuestra naturaleza se hubiera inclinado hacia los placeres físicos, como la de Antonio, ó hacia las impresiones sentimentales, como la de Julia, ¿no sientes que

esta misma fiebre plebeya que hemos tenido y tenemos todavía por nuestras ideas, la tendríamos en nuestros deseos? Si. Todavía estamos muy cerca del pueblo. No hemos estado bastante preparados para ser lo que somos... Dices que han tenido la razón para dirigirse, y la conciencia. ¿Crees realmente que sean frenos bien eficaces? ¿La razón? Pero la razón no es una doctrina; no es más que el desarrollo del sentido crítico. ¿Una vez disparado el sentido crítico, adónde irá á parar? Días pasados, he hablado con Antonio y con Julia, y en ambos he encontrado el mismo estado de espíritu, la duda absoluta, fundamental, sobre todos los principios, sobre el bien y el mal, sobre el deber y el crimen, y no he tenido nada que responderles. Por la razón todo se justifica y se destruye, puesto que todo se discute, desde que el mundo es mundo, con argumentos de esa fuerza...

— ¿Á dónde quieres venir á parar al enunciar esos sofismas? preguntó el padre con severidad singular. Ya hace algún tiempo que he creído notar en tus palabras la traza de sentimientos que me sorprenden. Cualquiera diría que tienes reproches que echarme en cara sobre la educación que os he dado...

— ¡Por Dios, padre!... exclamó el joven.

— El otro día, continuó José Monnerón con tono áspero, cuando te hablaba de la solidaridad como gran regla de la moral, me respondiste: ¿En nombre de qué? Hoy, cuando me ves desesperado por lo que acabo de saber sobre tu hermano y tu hermana, te pones á defenderlos, no apelando á mi piedad, lo cual admitiría, sino insinuando que no les he dado con qué gobernarse en la vida, que la razón no basta... Explicate con claridad. ¿Acaso me echas en cara haberos educado libremente, evitándoos las luchas morales

que yo he sostenido para libertar mi pensamiento? Me vas á hacer responsable de las aberraciones de conciencia de esos dos desgraciados, porque no los he hecho católicos, por ejemplo, no siéndolo yo mismo; cuando considero á todas las religiones, á ésta sobre todo, como ilusiones é imposturas? Si es eso lo que piensas, dílo claramente... Si no, no trates de interponerle entre ellos y mi indignación. Ó son ellos los culpables y la han merecido, ó soy yo... Pero entonces, atrévete á decirlo cara á cara á tu padre...

— ¡Ah, padre mío! repuso Juan. ¿Con qué derecho podría yo juzgarte ni hacerte responsable de semejantes vergüenzas, á tí á quien respeto y venero?... No, tú no eres culpable de no haberles dado creencias que no tienes. Has creído obrar bien no dándoles esas creencias... No has tenido necesidad de la vida religiosa para ser hombre honrado. Has creído que no necesitabas tener una fe, ó mejor dicho, has tenido y tienes una, puesto que crees en la Justicia, como se cree en una revelación. Has pensado que ésa nos bastaría... Todo lo que me permito pedirte es que te persuadas de que, no habiendo tenido esta fe que te sostenía, ellos han carecido de ella. Otra acaso más humilde los hubiera ayudado, á Julia sobre todo, que tenía el corazón débil y tierno, que estaba tan poco hecha para esta atmósfera de negación en que se ha ahogado... La Justicia es una idea, una abstracción... Les hacía falta... Se quedó pensativo un instante, y después, como su padre le mirase con un imperioso desafío en los ojos, como para obligarle á acabar, tuvo el valor de añadir: Sí, les hacía falta Dios...

Hubo un profundo silencio entre el padre y el hijo. Este permanecía asustado de las palabras que había pronunciado. Tenía miedo de que al hablar así hubiese

producido un efecto enteramente opuesto al que había deseado. La cara del profesor se había fruncido más todavía. Sus ojos habían despedido un relámpago más agudo. Pero, contra lo que esperaba su interlocutor, la voz del padre, cuando se decidió á responder, era más tranquila, ó por lo menos más mesurada. Esta conversación le causaba profunda pena y quería terminarla con detalles precisos que no permitiesen más discusión:

— Te he dicho muchas veces, replicó, que si no os he bautizado, era por respeto á vuestra conciencia, á fin de que fueseis dueños, á la edad conveniente, de escoger vuestro *credo* con toda independencia. De tu manera de hablar he deducido que has intentado escoger uno que no es el mío. Acaso le hayas ya escogido. De aquí deduzco que nada se oponía á que Antonio y Julia hubiesen escogido el mismo. Su nihilismo, puesto que pretendes que han sacado el nihilismo de ideas de donde yo he sacado todo lo contrario, su nihilismo, pues, no es una excusa de sus faltas. Esas faltas no tienen excusa, te repito, y espero que será la última vez que hablemos de eso. Haré por ellos lo que me ordene mi conciencia. Julia es una mujer, y dentro de poco incapaz de ganar su vida. Le pasaré una pensión durante un año, después se arreglará como pueda. En cuanto á Antonio, no le daré nada. Es un hombre de edad robusta y vigorosa; que trabaje ó que siembre plaza. El oficio de soldado es todo lo grosero y estúpido que le conviene. Obedecerá como un bruto, puesto que no ha sabido gobernarse como hombre... Desde ahora está tomada mi resolución. Queda un punto que ventilar, el referente á la cantidad que había robado y que ha restituido á Berthier: cinco mil francos. Ha dicho que esos cinco mil francos eran los ahorros de lo que había

ganado en las carreras. Quisiera estar cierto de eso y no pensar en que ha abusado de mi nombre para pedirlos prestados. Te pido que trates de averiguarlo.

— No tengo necesidad de dar ningún paso, dijo el joven, puesto que lo sé. Los ha pedido prestados...

— ¿A quién?

— A Rumesnil.

— A..... El nombre del seductor de su hija quedó pegado en la boca del padre, el cual se dominó de nuevo con mayor esfuerzo.

— Está bien.... Antes de esta noche se le devolverán.... Demasiado es que se los hayamos debido un solo día á ese infame.

— Ya están devueltos desde ayer, respondió Juan.

— ¿Por quién? preguntó el padre.

— Por mí. Lo que tú piensas, ya lo había pensado yo, y lo que sientes, lo había sentido aun antes de saber la verdad.

— ¡Ah! noble hijo, exclamó el padre. ¿Pero cómo has conseguido esos cinco mil francos? Más de la mitad de mi sueldo....

— Yo mismo los he pedido prestados, respondió el hijo poniéndose encarnado. El nombre que iba á articular le quemaba de antemano los labios; pero no podía mentir y le pronunció : al señor Ferrand.

— ¿A Víctor Ferrand? exclamó José Monnerón. Y la ternura que había humedecido sus ojos para dar gracias á su hijo por no haber consentido que debiesen nada á Rumesnil, se trocó en inexplicable dolor. ¿A Víctor Ferrand? volvió á repetir. ¿Tú has hecho eso, tú, hijo mío? ¿Has ido á vender nuestros secretos de familia á ese enemigo de todo lo que creo y de todo lo que amo?...

— Pero no le he dicho el motivo de mi petición ni el

me ha hecho ninguna pregunta... ¡Se ha mostrado tan generoso y tan bueno!

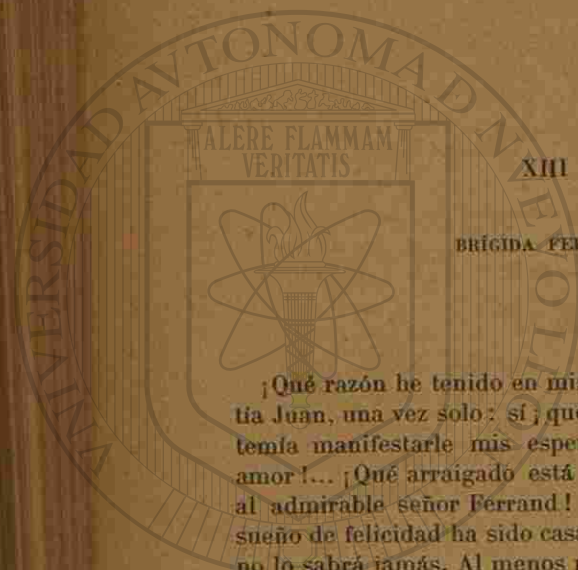
— No ha tenido necesidad de preguntarte, replicó el padre, todo lo ha adivinado. Bien sabe él que tú no irías á pedirle dinero para mí, porque me conoce, — ni para ti, que te conoce. No podía ser sino para tu hermano; y una cantidad semejante cuyo empleo no es fácil explicar, ¿á qué se la puede destinar cuando se pide de esa manera, sino para hacer una restitución? Ferrand ha comprendido que uno de mis hijos ha robado... ¡Ah, qué contento debe de estar! ¡Cómo debe compadecer á su antiguo camarada, y sacar de eso una prueba de que sus ideas son verdaderas!... ¿Sus ideas?... Ahora comprendo por qué me has hablado así hace un momento. Veo que su influencia te ha catequizado. Por eso sin duda has pensado en dirigirte á él en un momento de crisis en vez de acudir á mí... Me ha robado mi hijo... Era el último golpe que podía recibir. También me he quedado sin ti... Ya no me queda más que el pequeño. Pero á éste le defenderé. ¡Qué razón tenía cuando me oponía á que estudiases filosofía con ese hombre! Verdad es que si te dejé estudiar con él era porque venías á mi liceo y así podíamos ir juntos todas las mañanas. Sí, ese es el motivo. ¡Te he amado tanto, Juan! ¡Me he recreado tanto en ti! ¡He tenido tanto gozo en formar tu inteligencia!... ¡Y él me ha dejado sin hijo!... Pero yo se lo diré, y sabrá lo que pienso de ese trabajo de soborno que ha usado contigo... Ante todo es preciso que le devuelva ese dinero. Tanto horror me causa debérselo á él como al otro. Hoy mismo lo tendrá... ¿Pero cómo has podido hacer eso? ¿Cómo no has comprendido que esa era la última puerta á que debías llamar?...

Juan escuchaba esta queja con tal consternación, que no se atrevía á defenderse. Ya hacía tiempo que había notado que el profesor jacobino tenía profunda antipatía al profesor católico. Jamás había medido esa profundidad ni comprendido que entre los dos camaradas de la Escuela Normal existiese uno de esos extraños sentimientos que son la reminiscencia dolorosa y apasionada de ciertas amistades de la juventud. Hay personas que no se vuelven á ver después de haber vivido en estrecha amistad durante muchos años, y cada cual ha tirado por su camino en tan opuestas direcciones, que nadie diría que habían sido tan amigos antes. Esto no obstante, el uno y el otro se siguen á través de la existencia con tal interés, que el menos afortunado padece un sufrimiento secreto. El fondo mismo de la persona está comprometido en esta especie de competencia que se establece entre el uno y el otro, al comparar entre sí sus desgracias y sus éxitos. Este carácter de la triste pasión de la envidia jamás ha sido bien estudiado. Los que la inspiran cifran su orgullo en no saberlo, y los que la experimentan no quieren confesarlo. Si se le hubiese dicho á José Monnerón que aborrecía al amigo de otro tiempo con quien había discutido tantas veces en el curso de sus estudios, de seguro se hubiera sublevado de indignación. Sin embargo, esta violenta aversión no era otra cosa que odio. Felizmente para él joven, á quien había causado mucha pena esta observación, la llegada de su madre puso fin al coloquio. ¿Habría podido soportar oír á su padre esos sentimientos muy naturales, muy explicables por la debilidad del corazón humano y aun muy justificables por la oposición radical de principios y de formas de la inteligencia? Pero esta prueba no la llegó á sufrir el enamorado de Brígida, y estaba ya acostun-

brado á la otra, la que le representaba hacía muchos años la vulgaridad de su madre:

— Vengo del establecimiento de las Agustinas, comenzó diciendo la mujer del profesor. ¿De buena se ha librado Julia!... ¿Pero eso no será nada!... Si no tuviera la manía de correr las calles como un perro flaco, no se habría encontrado allí — en el boulevard Montparnase ¡qué ocurrencia! — cuando disparó su arma el loco escapado de Santa Ana... ¡Qué pena va á tener el pobre Gaspar cuando le cuente todo eso, él que tiene tan buen corazón!... Y al mismo tiempo miraba al hijo á quien no amaba, al hacer el elogio del colegial que era su ídolo. Hoy es día de asueto; pero no le podré ver hasta muy tarde en el locutorio. Y esta vez miró á su marido, y en seguida volvió á mirar á Juan. Mucho sintió tener que hablar delante de éste de Antonio, de su hijo mayor, del que tuvo que decir cosas tan vergonzosas! Lanzó un ¡Ay pobre de mí!... donde todo el país de su juventud estaba retratado en la mímica y el acento, y se retiró á su cuarto, mientras que el profesor decía á su hijo:

— La infeliz no sospecha la verdad sobre su desgraciada hija. Cuanto más tarde la sepa, mejor. Bastante desesperada está con lo de Antonio... ¡Ella sí que tiene buen corazón!... ¡Ah, si hubiéramos podido ocultárselo todo!...



XIII

BRÍGIDA FERRAND

¡Qué razón he tenido en mis presentimientos! repetía Juan, una vez solo: sí; qué razón he tenido cuando temía manifestarle mis esperanzas, mis luchas, mi amor!... ¡Qué arraigado está en él ese odio que tiene al admirable señor Ferrand! ¡Si supiera que todo mi sueño de felicidad ha sido casarme con Brigida!... Pero no lo sabrá jamás. Al menos respecto de esto tengo el derecho de callarme. En cuanto á lo otro, mi deber era hablar. ... ¿Y para qué? Ni siquiera esos dos horribles dramas han conseguido abrirle los ojos. No los ha visto más que á través de sus ideas, que le han dictado palabras tan duras, á él que tiene un corazón tan generoso. ¿Desistirá alguna vez de esa implacable sentencia?... ¡Quién sabe! Una vez que se haya calmado hablarán en él la carne y la sangre. Pero en su inteligencia nada cambiará... Cuando entró mi madre, él no sintió siquiera su injusticia al dar poca importancia á la desgracia de Julia comparada con la de Antonio. Que no haya sabido hacer hablar á su hija, es la prueba de

que no ha sabido hacerse amar, y de que ella tampoco la ama. Que en horas semejantes no hable esa pobre hermana, ni abra su corazón, ni pronuncie una queja; ¡qué condenación para una madre! Y él no ve esto, como tampoco ve lo de Ferrand... Además, ¿qué me importa, puesto que todo ha acabado para siempre?...

El hijo de José Mennerón era sincero en renunciar á la mano de la joven á quien amaba. Después de los sentimientos que había manifestado su padre, le parecía que era un crimen pensar en semejante matrimonio. No era menos sincero en su persuasión de que en adelante nada haría abrir los ojos al incorregible sectario sobre las causas profundas de los acontecimientos que de rechazo le habían herido terriblemente. A pesar del vigor precoz de su pensamiento, y aunque el sufrimiento le había hecho ya hombre, Juan era muy joven todavía para comprender ciertas complicaciones íntimas que resultan de la influencia inconsciente de la sensibilidad sobre la inteligencia. Casi desde su infancia lo había adivinado y se lo había dicho al señor Víctor Ferrand en su conversación: el optimismo de su padre era casi premeditado. No sabía que esta ceguera sistemática del profesor no era otra cosa que *su destino evidente*, y que la energía de las afirmaciones del jacobino corría parejas con la amargura de sus desengaños. Cuanto más habían desmentido sus doctrinas los hechos que le ocurrían, más aferrado seguía en ellas. Pero este mismo ardor de defensa contra las lecciones emanadas de la realidad, demostraba que estas lecciones, en oposición á lo que creía su hijo, le llegaban á tiempo. Sólo que, — es la ley general cuando una inteligencia se niega á amoldar sus ideas á los hechos, — en lugar de recibir estas

UNIVERSIDAD DEL ESTADO DE MÉXICO
BIBLIOTECA PRIVADA
"ALFONSO H. 163"
CALLE 1625 MONTERREY, MÉXICO

lecciones en forma de enseñanza, las recibía en forma de dolor. Si el joven hubiera descifrado enteramente esa misma mañana el corazón de un jefe de familia tan probado, se habría asustado de ver que las palabras con que este padre infeliz había elogiado á su mujer, eran una estapenda mentira por defenderla contra las severidades de su hijo. José Monerón que nunca había juzgado á su Ana cuando se trataba de él, acababa de juzgarla á propósito de su hija y de comprender tan claramente como Juan que el silencio de Julia era una acusación contra su madre. Esta impresión que jamás había de salir de su boca, era el símbolo exacto del trabajo que se iba á operar en él. Mientras que sólo se había tratado de él, nunca había hecho caso de los mentís que la vida daba á sus ideas. La culpa la tenía la vida y la desafiaba, como hombre de Plutarco, á la antigua, en vez de enderezar su pensamiento conforme á ella. Este apasionado por la igualdad hubiera podido, por ejemplo, comprobar con su propia experiencia la mentira de esta fórmula, la más seductora de su programa ideal: « Todas las carreras abiertas para todos. » A los cincuenta años pasados, el profesor de liceo sin fortuna y que no había podido llegar á doctor, ganaba lo justo para hacer frente á las necesidades de la familia y se mataba dando lecciones suplementarias, sin haber tenido nunca una licencia para respirar el aire libre. ¿ Qué probaba todo eso? Que debía forzar su alma y trabajar hasta el fin como buen ciudadano, y nada más. Pero no sacaba la consecuencia de que la fórmula era falsa. Por doquiera veía á colegas suyos que había conocido siendo bonapartistas acérrimos antes del 70, conservadores en tiempo de Mac-Mahón, oportunistas ardientes en tiempo de Gambetta, socialistas magná-

nimos ahora y directores de universidades populares, obtener buenas prebendas bien retribuidas, ascender á rectores, ostentar en el pecho grandes cruces, figurar en el mundo oficial, mientras que él, obrero de la primera hora, seguía matándose á trabajar, sin haber obtenido más que una triste condecoración que debía á la caridad de Barantín. Esta experiencia le dejaba perfectamente convencido de que el régimen democrático tiene la incontestable ventaja de que pueda uno ser algo por su mérito personal. Ciertos políticos polemistas trastornaban los programas de la enseñanza secundaria. El, el ferviente de las letras latinas y griegas, veía todos los años que bajaba el nivel de los estudios y que se envilecía la joven inteligencia francesa. Pero no sacaba la consecuencia de que el número no crea ni reconoce la competencia, y que someter un país al gobierno de los elegidos del sufragio universal, ó sea de una mayoría de charlatanes nacida de otra de ignorantes, es degradarle... Y así de lo demás. Y he aquí que el crimen de Antonio y la falta de Julia acababan de mostrarle repentinamente, al lado de su propia desgracia, la de sus hijos. La cándida frase que había pronunciado al comunicar á su hijo Juan la primera denuncia de Berthier contra Antonio: « Yo estaba tan orgulloso de mi numerosa familia!... » correspondía á ideas bien profundas en su pobre corazón. Forzado por la evidencia á considerar su propia suerte como poco conforme á las esperanzas de su juventud, había reconcentrado toda su esperanza de felicidad en sus hijos. Se había figurado verlos colocados en puestos seguros, tomando parte en la actividad de esta Francia cada vez más amoldada á los « inmortales principios. » Por una de esas extrañas ilusiones de óptica como las que produce el fanatismo

ideológico, después de haber probado por sí mismo cuántos desengaños acarrea una carrera sujeta al ascenso administrativo, se forjaba ilusiones de funcionario feliz respecto de sus hijos. El despertar había sido terrible. La explosión de esta cólera no debía ni podía durar. Este padre insensato, pero tan magnánimo, amaba tan de veras á los suyos, que, una vez pasado el primer momento de indignación, no podía menos de abogar por los dos hijos culpables. ¿Cómo los defendería sino de la manera que había dicho Juan? Ante acciones que el sentido moral no podría justificar sin negarse á sí mismo, ¿á qué motivos de indulgencia apelaría? Á las circunstancias, al medio, á los errores de la educación... Pero esas circunstancias eran las mismas en que José Monnerón había formado su familia; ese medio era la atmósfera de las creencias que él respiraba; esa educación era la aplicación de los postulados que servían de fundamento á su fe... A pesar de haber estado Juan muy moderado en la expresión de su pensamiento, había dicho tanto que el profesor ateo y revolucionario vió claramente que su hijo condenaba, no su carácter, sino sus más íntimas certezas. La única atenuación de las faltas de su hijo y de su hija estaba en el error de las doctrinas, en las que siempre había querido ver la revelación de una humanidad nueva... En seguida que salió Juan del cuarto, le había asaltado al padre ese dilema; y en seguida también se había rebelado contra una hipótesis en cuyo fondo discernía vagamente esta afirmación: que había errado su vida, no sólo para él mismo, sino para los suyos; que no había creado una familia, y más en el fondo aún, que habiéndolo obrado siempre según las tendencias de la Francia moderna, esta Francia no le había juzgado bien. Empeñado estaba

ya en convencerse de que no había necesidad de relación entre las falsificaciones y los robos cometidos por su hijo mayor y la deshonra de su hija, por una parte, y las teorías conforme á las cuales los había educado, por otra.

— ¡Ah! exclamaba á solas. Esas son las ideas de ese Ferrand. ¡Qué pronto las he reconocido! Se las ha imbuido á mi pobre Juan, y, por desgracia, los hechos vienen á justificarlas... ¡Alienígenas! ¡Advenedizos! ¿Qué significan estas palabras? Es la contrarrevolución y su trabajo incesante bajo una forma nueva. ¿Hay menos crímenes en los pueblos, entre los campesinos que jamás han salido de su tierra? Un mozo de veinticinco años se enamora de una bribona, y comete un robo. Una hija sencilla escucha á un malvado, y se deja engañar. ¿Y qué?... Pero se trata de negar el progreso y de ensayar la tradición. De todo sacan pretexto... ¿La falta de sociedad? ¿Y qué significa eso también? Que se quieren restablecer las preocupaciones, reconstituir las castas, contener el gran empuje de la clase baja... ¿La falta de religión? No le ha faltado religión á ese bribón de Rumesnil. El medio en que ha vivido, bien determinado está. Ese no es un producto de la democracia, pero es del fango... No. Ambos han tenido lo que podían tener para ser, la hija una buena mujer, el hijo un hombre honrado; ella como su madre, él como yo... Por eso son más criminales y lo son sin excusas, y...

Tal era el razonamiento que estaba haciendo el desdichado padre, apoyado de codos sobre la mesa de trabajo, entre sus libros y trabajos abandonados. Expuesto de esa manera y con tal rigor, consideraba su razonamiento lógicamente irrefutable, y no se engañaba. Al mismo tiempo la secreta piedad que empezaba

á sentir por sus hijos le iba llevando hacia el sofisma. Es exacto que no hay necesidad de relación entre ciertas doctrinas y ciertos actos. Prueba de ello era Rumiésnil, — á pesar de ser el joven noble un producto del *Error Francés*, de un estado social en que los privilegiados por nacimiento, no teniendo ya sus derechos ni los deberes correspondientes, son instrumentos de corrupción.

No es menos exacto que ciertas doctrinas aumentan y que otras disminuyen la probabilidad de ciertos actos. Ocurre con ellas como con esas medidas de higiene que no preservan necesariamente de la enfermedad; pero representar, sin embargo, una defensa que no se debe omitir. La ciencia de las costumbres, este conjunto de observaciones y de inducciones que constituye la Física social, no parece hasta ahora capaz de conclusiones absolutas. Se resume en indicaciones empíricas y muy modestas, pero que adquieren un valor singular cuando ocurre un caso preciso. Para continuar con una comparación de un orden particular, ¿qué padre se perdonaría jamás si durante una epidemia de fiebre tifoidea viese morir de contagio á uno de sus hijos por no haber vigilado el agua que bebía? El hijo hubiera podido ser contagiado á pesar de la vigilancia. Pero á lo menos el padre habría hecho lo que podía y debía. Lo mismo ocurre en el orden de las cosas morales cuando tropezamos con desgracias que se podían haber evitado probablemente con algunas precauciones. Bien se nos alcanza que ni siquiera esas precauciones habrían sido un remedio de una eficacia indiscutible. Nos basta concebir esta eficacia como posible para que nuestra conciencia nos acuse de no haber acudido á él. Este oscuro remordimiento es el que habían despertado las palabras de Juan en el alma

de su padre. Las demostraciones más fundadas perdían tanto de su razón cuanto que el corazón del pobre padre conspiraba con este remordimiento: asumiendo para sí una parte de responsabilidad, disminuía la de esos dos miserables seres nacidos de su sangre, que tan pronto se habían hundido en lo irreparable. No podía compadecerlos sin condenarse. Este malestar de conciencia se manifestaba con cierta vaguedad, y el orgullo de la lógica debía continuar oponiéndose hasta el fin. Sin embargo, había nacido y debía necesariamente convertirse en indulgencia por el hijo ladrón y la hija madre.

Este cambio que Juan no había esperado tan pronto, había ya comenzado cuando el profesor se sentó á las doce á la mesa, al rededor de la cual, en lugar de cuatro hijos que se habían sentado la semana precedente, no había mas que él, su mujer y un hijo del que temía estar separado sobre puntos tan íntimos. ¿Qué comida despachada en veinte minutos ante la mirada desvergonzada de una criada que habían tomado dos meses antes en una agencia de colocaciones y que desde la víspera había escuchado tanto á las puertas que no podía menos de sospéchar la verdad! En casa de Monnerón las criadas no duraban mucho tiempo. Generalmente, el jefe de la familia, fiel al principio optimista de « tomar las cosas como vienen », se acomodaba á las nuevas caras que se sucedían en su servicio, con una filosofía que le faltó esa mañana. Esta Paulina, robusta moza desdentada, le pareció muy corrida y se estremeció de horror al pensar que esta buscona había podido ser la encubridora de la novela criminal de Julia. Al mismo tiempo, la irritación que observaba en su mujer respecto de él, redoblabá su tristeza. En ella veía una prueba indiscutible de esta parcialidad hacia Antonio,

que había sido uno de los elementos de la pérdida del hijo y de la hija. Aquel había sido muy mimado y mal educado, y ésta apenas amada. En fin, la sola presencia de Juan evocaba vivamente, desde que tuvieron aquella conversación, el recuerdo de Ferrand, del antiguo camarada, siempre aborrecido hacia muchos años, pero jamás como hoy. Esta visión del filósofo católico catequizando á su hijo, tratando de robársele, — así traducía él esta obra de propaganda por el ejemplo, ininteligible para sus preocupaciones, — le repugnó tanto á este hombre martirizado, que hubiera gritado de dolor.

— No hay más remedio que devolverle esos cinco mil francos esta misma tarde, decía para sí al levantarse de la mesa. No quiero deberle ese dinero... Pero me propongo hacerle sentir lo que pienso de su abuso de confianza, él que siempre ha pretendido que no se valía de su cátedra para hacer prosélitos...

Este deseo, ó mejor dicho esta necesidad de no deber nada á su antagonista espiritual le dominaba tanto, que hizo una acción, para él extraordinaria. — Hubiera podido contar las veces que se había permitido tal cosa después de treinta años de servicio universitario. — Salió de casa dejando al portero cuatro letras de excusa para un alumno que debía venir á las dos para el repaso de una lección. Quería ejecutar inmediatamente un proyecto trazado en la cabeza desde que supo por Berthier el robo de los cinco mil francos y su restitución por Antonio, sospechando que éste los había pedido prestados ó había cometido otra indelicadeza. Ya sabemos que todas sus economías se reducían á una fuerte póliza de seguros contra la vida para su mujer en caso de morir él. El profesor había resuelto buscar un préstamo sobre esta póliza. Á la media hora de haberse

levantado de la mesa estaba ya en las oficinas de la Compañía situadas en la plaza del Teatro Francés. De allí salió en seguida y tomó un coche para ir á la calle Cortambert, con intención de ver á Barantín. He aquí por qué: el empleado encargado de estas operaciones de préstamos le había dicho que las formalidades de semejante empréstito requerían lo menos dos días. José Monnerón había dado sus órdenes para este fin. Pero no pudiendo esperar cuarenta y ocho horas, iba á pedir á su correligionario político que le adelantase los cinco mil francos. Pero, — curioso detalle que probaba el gran paso que había dado en el camino del perdón en estas dos horas — en lugar de cinco mil francos pidió quince mil á la Compañía. El empleo del exceso no estaba muy en armonía con el severo programa que había enunciado poco antes: Ahora pensaba ya ayudar á su hijo mayor á levantarse. En esta visita al antiguo miembro del gabinete Bouteiller no quería solamente pedir que el diputado influyente le prestase lo que necesitaba para pagar la deuda contraída con Ferrand, sino que llevaba intención de suplicarle que hiciese algunas diligencias para que le diesen á Antonio una concesión en alguna colonia. En su pensamiento, los diez mil francos debían servir para los primeros gastos de instalación de su hijo rehabilitado, — ¡así le veía ya! — por la aceptación del destierro y del trabajo.

El íntegro Barantín no estaba en casa. Había salido de París la víspera para ir á pronunciar en provincias uno de esos discursos hinchados, en los que su compañero de la Escuela Normal solía admirar la energía de « elevadas convicciones defendidas con tanto desinterés. » Ahí estaba para probar ese desinterés el bonito hotel amueblado con todo lujo de su amigo Barantín. José Monnerón había visitado muchas veces este deli-

cioso retiro del político doctrinario y chanchullero, desde que el traductor de Kant, el profeta de la solidaridad, el amigo de los desheredados, se había instalado allí entre dos ministerios. Antes de esta visita, jamás había tenido el utopista el pensamiento de mirar el lujo que el diputado del Sena debía á « su magnánima solicitud por todas las causas generosas, » decían los periódicos de su partido. — ¿ La palabra generoso no tiene dos sentidos? — Pero las revelaciones de estos últimos días y las reflexiones que de ahí nacieron, habían sacudido su profundo candor. Por primera vez, este lujo impudente del demagogo arrivista, á quien en otro tiempo había conocido pobre profesor como él, le hurtó una cuerda oculta, hasta el punto de rechazar el papel y el sobre que un ayuda de cámara de insolente aspecto le había presentado. Se contentó, pues, con dejar su tarjeta sin escribir una palabra y salió. Cuando estuvo en el coche consultó el reloj y vió que apenas era la una y media. Le quedaba tiempo para volver á casa á dar su lección de repaso. Dió al cochero su dirección y se puso en marcha atravesando calles en que Monnerón no se fijó al principio, ensimismado como estaba en su contrariedad de no poder pagar á Ferrand antes de dos ó tres días... ¿ Por qué en ciertos momentos esta distracción se transformó en un examen atento del camino seguido por el coche, que, después de haber pasado el puente del Alma se disponía á atravesar la plaza de los Inválidos?... ¿ Por qué el corazón del padre, hace poco tan implacable, comenzó á latir con más fuerza á cada vuelta de las ruedas?... ¿ Por qué expresaba su cara la emoción angustiosa de un hombre atormentado entre dos voluntades contradictorias?... ¿ Si no tenía más que el tiempo justo para llegar á su casa á dar la lección á su

alumno, por qué mandó parar de repente el coche en la esquina de la Explanada y de la calle *Saint Dominique* y echó á andar á pie en una dirección que no era la de su casa, ya acortando, ya alargando el paso, sentándose en un banco y volviendo á marchar?... ¡ Ah, noble corazón de una humanidad tan sencilla, tan verdadera, tan sensible cuando el orgullo no le cegaba! El pensamiento de que su hija estaba en cama, herida y desamparada, en una de las casas de la manzana que domina la cúpula dorada de los Inválidos, se apoderó del pobre padre al distinguir desde el coche el antiguo monumento construido por Mansart, y en ese instante todo lo había olvidado: la indignación contra tan culpable mentira, la cólera del burgués comedido contra la vergüenza de una seducción, el rencor del sectario contra el mentís dado á sus principios de educación, todo, en fin, — excepto el cariño apasionado por la hija cuya venida al mundo había saludado con tanto amor. Y ahora iba corriendo á donde estaba... Temía y deseaba tanto esta entrevista, la primera desde que sabía la falta de su Julia, que el exceso de emoción le inmovilizaba por momentos. En fin, ya había atravesado la calle de *Babylone*... Aún otro esfuerzo más... Había llegado á la esquina de la calle *Oudinot*... Después de preguntar á una persona, llamó á la puerta de la casa religiosa á donde había mandado transportar el doctor Graux á la joven... Apenas dijo quién era, una de las religiosas le introdujo en el cuarto de su hija. Al verle entrar, se quedó Julia más pálida que las cortinas blancas que servían de fondo claro á la palidez de su rostro. Y vió en ese mismo instante, en la cara y el ademán de su padre, que éste lo sabía todo y que la perdonaría.

— ¡ Hija mía!... decía sollozando, ¡ hija mía!... y

la obligaba á que se cubriera los brazos con la manta, como solía hacerlo cuando su hija era pequeña. No hables; no te emociones; no te turbes... He venido porque no podía estar sin verte, porque deseaba decirte que debes vivir, que yo lo exijo, que debes confiar en mí, y que debes estar segura de que yo no te faltaré jamás, jamás... No me cuentes nada. Todo lo sé... Todo lo has expiado... En tu cara leo tu desgracia. Ten confianza en tu padre. ¿Por qué no la has tenido siempre?... No he venido á echarte nada en cara, sino para que veas que todo está olvidado y que te amo como antes... Y continuaba prodigando á su hija culpable, en este cuarto de dolor, todas las frases que no había sabido decirle, á pesar de todo su afecto, cuando hubiera podido salvarla. Es que entonces, y durante largos años, las concepciones sistemáticas del teórico habían dominado siempre sus relaciones con sus hijos, mientras que á la cabecera de esta cama de hospital se había despertado en él el hombre del pueblo con su sensibilidad franca y primitiva. Si en su vida hubiera salido de Quintenas, su pueblo nativo, ni se hubiera quitado la blusa azul ni los groseros zuecos, no habría acudido á ver á su hija con otros sentimientos, si hubiese estado enferma en el hospital de Annonay la ciudad más próxima. Mientras que hablaba el padre, gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Julia, lágrimas de supremo desahogo y gratitud, de alivio y consuelo, hasta el instante en que le dijo: Tu madre no sabe nada todavía, pero no te atormentes, que yo me encargo de decirselo. Ten confianza en que pensará y sentirá como yo... Ella te llevará á casa cuando sea hora... No entrarás ya en Sevres, y se acabó. Vivirás siempre con nosotros dando algunas lecciones. Traeremos el niño á casa cuando sea un poco grande y le presenta-

remos como si fuera hijo de uno de nuestros parientes de provincias. Nadie sabrá la verdad más que tu madre, tu hermano Juan y yo... Y no nos separaremos jamás...

A medida que hablaba, Monnerón vió con asombro que Julia rompía á llorar, como si le hiciese mal el cuadro de paz familiar que le estaba bosquejando, y que respondió:

— No, eso es imposible, papá, de todo punto imposible. No puedo vivir contigo en tu casa. La fatalidad me arrastra á alejarme de vosotros, á vivir sola, á salir de Francia para no volver, á desaparecer...

— Ya ves que te falta otra vez confianza en mí, dijo el padre. ¿Por qué has de dejarme y vivir sola?...

— Porque una madre soltera es una vergüenza para la familia, y porque no quiero imponer esta vergüenza á quien ha sido tan bueno y afectuoso conmigo... Sí, en este momento pienso en Juan y en lo que sucedería si viviera en casa cuando él se case... Ó callaría mi falta á su mujer, ó se la diría. Pero le conozco, y no soportaría esta mentira, ni yo soportaría tampoco que su mujer me mirase de reojo. No, padre mío, debo desaparecer tan pronto como esté curada...

— Pero Juan no está aún casado, respondió el padre.

— Lo estará pronto.

— ¿Por qué dices eso? preguntó el padre sorprendido del tono afirmativo de su hija. ¿Te ha contado él algo?...

— Sé que ama á una joven.

— ¿Á quién?

— Á Brígida Ferrand, respondió Julia después de un momento de vacilación.

— ¿Brígida Ferrand?... repitió José Monnerón. El acento con que había pronunciado el nombre de la hija

de su antiguo compañero revelaba un estremecimiento tan fuerte, que Julia no añadió una palabra más. El padre también se había callado. De todos los rasgones que acababan de lacerar el velo de ilusiones que le cubría después de tantos años, éste era quizá el menos esperado y el más doloroso. El profesor contemplaba mentalmente este último jirón con esa especie de espanto que uno de sus predilectos autores, el apasionado y tierno Virgilio, había empleado en una de sus producciones cuya belleza le gustaba redoblar ante sus retóricos asombrados. Es el verso de las *Geórgicas* en que Orfeo se vuelve para ver á Euridice:

*Inimenter, heu! victusque animi resperit. Ibi omnis
Effusus labor...*

¿Qué bien hubiera encajado esta cita en este instante, si el jefe de familia que veía también « *el corazón vencido... todo su esfuerzo perdido,* » hubiese tenido aún la fuerza de tomar, como lo solía hacer, la fórmula de sus sentimientos en el genio antiguo! Había podido hasta ese momento y cuando Juan le había enunciado ideas tomadas del autor de la *Ciencia y la Tradición*, esperar que no se trataba más que de una influencia pasajera. Un matrimonio con la hija de ese hombre, era el divorcio de la inteligencia de su hijo con la suya, era la deserción del hijo al campo enemigo, irrepárrable y definitivamente. Al mismo tiempo recordaba su conversación de por la mañana, y el sufrimiento pintado en la cara del joven cuando él se había desatado en improperios contra su antiguo camarada de escuela. ¿Y Juan no le había contenido? ¿No había aprovechado esta ocasión para decir su secreto? ¿No le había abierto su corazón como tampoco lo habían hecho Antonio y Julia? A lo menos éstos

habían tenido para callarse el motivo de que obraban mal. Ante esta desconfianza del hijo de su inteligencia, del que prefería en lo íntimo de su corazón, este hombre tan sensible bajo la máscara de ideólogo, sintió que se le desgarraba otra vez el corazón, y, dejándose llevar á pensar en alta voz, preguntó: ¿Pero por qué no me ha hablado nunca de eso? Esta misma mañana hemos pronunciado el nombre de Ferrand á propósito de una deuda contraída por tu hermano.... ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Estás cierta de que ama á esa joven, ó sólo es una creencia tuya?...

— Estoy segurísima, respondió Julia, y añadió en tono de súplica: No le digas jamás que yo te he comunicado ese secreto que te ocultaba... Trata de que él mismo te lo diga. Ya ves que si hace ese casamiento, yo no puedo estar en casa.... Si los Ferrand sospechasen la verdad, ellos que son tan severos, jamás consentirían. Es preciso que yo desaparezca.... *Por lo menos habrá uno dichoso.*

No bien había dicho estas palabras, cuando al punto comprendió su crueldad y cogió la mano de José Monneron con una mirada que disculpaba la frase que se había atrevido á pronunciar. Pero ya estaba dicha, y cuando la enfermera, que se había retirado para dejarles hablar con toda libertad, vino á prevenirles que ya había pasado el tiempo concedido por el médico á cada visita, el padre llevó esta palabra como una espina clavada en su corazón: « *Por lo menos habrá uno dichoso.* » Haber trabajado más de cuarenta años de su vida como lo había hecho, desde su entrada en el colegio de Touraón hasta ese momento; haber renunciado, como lo había proclamado con tanta candidez, á todos los placeres, hasta los más modestos, cuando joven, por amor al estudio, y después por amor á los suyos;

haber seguido siempre la inspiración de su razón en las acciones importantes ó no de su vida; haberse asociado sin cálculo al movimiento de su país y de su época que le parecía más justo; haber establecido así su familia en condiciones de absoluta sinceridad, — y oír á uno de los miembros de esta familia denunciar la bancarrota de esta larga carrera con una breve frase, cuya verdad siente uno mismo hasta el punto de no rechazarla, — ¡qué desgracia! Cuando se encontró en la calle de Oudinot, solo con su pensamiento, José Monnerón cayó en una melancolía más profunda aún que aquella en que le había sumido la conversación con Juan. « Por lo menos uno dichoso.... » Iba repitiendo esta palabra contra la que no podía protestar sino tratando de reparar lo que podía. Si era así — y así era en efecto, — ¿qué debía de hacer para que los desastres íntimos resumidos en ese suspiro que se le escapó á Julia, quedasen recompensados en la medida de sus fuerzas, admitiendo que fuese responsable en algún grado?... Respecto de Antonio, ya había tomado una resolución; el día siguiente volvería á la calle de Corlamberl. No era mucho que Barantin, á quien jamás había pedido nada durante tantos años de constante fidelidad, alcanzase para su hijo mayor una concesión, bien en el Tonkín, bien en Madagascar, proyecto que era definitivo ahora. Los diez mil francos de capital que pondría á la disposición del hijo, serían el pago de la deuda que le debía como padre. Antonio podría ser aún dichoso si *quería*.... — Respecto de su hija, el padre estaba también firme en su decisión de tenerla siempre á su lado. No debería pensar en casarse, sino sólo en reparar su falta con la abnegación de su maternidad. Ella lo comprendería reflexionando y que el único asilo de protección digno en que pudiese criar á

su hijo, era el hogar paterno. Jamás podría ser dichosa, pero no sería tan desgraciada... — Quedaba Juan, porque la revolución que estaba á punto de verificarse en los sentimientos del padre irritado no llegaba hasta inspirarle la idea de cambiar por completo la educación de Gaspar. Quedaba Juan.... « Por lo menos habra uno dichoso.... » Así se había expresado Julia á propósito de éste. Si había tenido razón, no se trataba respecto de él como respecto de los otros dos, de reparar una vida ya arruinada. Se trataba sólo de establecer una verdadera felicidad... ¿Á qué precio? El padre de familia que acababa de descubrir en su corazón manantiales tan ricos de ternura y de indulgencia para Antonio, aun después de sus estafas, y para Julia, aun después de su seducción, se extrañaba de sentirse sin ese afecto respecto del porvenir del otro. La revelación de Julia sobre el amor supuesto de su hermano se traducía por una evocación, — la segunda después de algunas horas, — de ese Víctor Ferrand que le representaba todo lo que combatía con pasión desde que su inteligencia se había abierto á la libertad. El recuerdo de este adversario de sus más ardientes convicciones le causaba tanta pena, que hizo un esfuerzo para desecharlo: « Julia pretende estar segura de que Juan ama á esa joven. ¿qué sabe ella de cierto? » En el momento en que repetía estas palabras se hallaba en el extremo de la calle de *Babylone* y en el jardín del *Bon Marché*. Atravesó este estrecho jardín y empezó á entrar por el laberinto de calles que le conducían al Luxemburgo y de aquí á su casa. De repente y volviendo la espalda á la dirección de su casa, empezó á alargar el paso hacia la plaza de San Sulpicio y la calle de Tournon, entregándose al siguiente monólogo:

— ¿Juan, amar á la hija de Ferrand? ¿Qué sabe Ju-

lia? Ella puede equivocarse. A menos que... Sí. ¿Habrá aquí un complot?... Que Juan está bajo la influencia de Ferrand, es lo cierto. Demasiado lo he notado antes. Esta manera de catequizar valiéndose de una mujer se parece bien á los procedimientos que emplean los jesuitas. (No se envenena uno impunemente durante años con libelos calumniosos. El profesor radical había leído tantos artículos denunciando las ocultas intrigas de la Iglesia, que había llegado á creer sin vacilar en los más odiosos maquiavelismos cuando se trataba de un clerical, aunque éste fuera un universitario como él.) Esa gente recluta sus víctimas como pueden. Ferrand habrá visto que mi hijo es un joven de talento, y le habrá arrastrado á su casa con tanto más gusto cuanto que es hijo de un librepensador declarado. Habrá notado que Juan tenía inclinación hacia su hija y se habrá servido de este coto para pescarle... ¿Pero es posible?... ¿Y por qué no?... En cuanto al matrimonio, eso es otra cosa. ¿Un matrimonio? No creo que Ferrand quiera. Sabe que Juan no tiene ninguna fortuna, y esa gente es muy interesada. Si no lo fuera estaría con nosotros. Y luego, sería preciso que Juan se hiciera católico. Es libre... ¡El católico! ¡El! ¡Ese cúmulo de groseras supersticiones admitido por esta hermosa inteligencia que he visto crecer y que yo mismo he formado! ¿Es posible?... Lo que es posible, lo que es probable es que esa chiquilla le habrá engatusado con coquetterías, y que Ferrand habrá aprovechado la ocasión... ¿Acaso será tan encantadora? ¿Cómo será?... Yo he debido encontrarla con su padre; pero no me acuerdo de ella... ¡Pobre Juan, tan recto, tan sencillo, tan leal! ¿Si se habrán burlado de su candor esa chiquilla y su padre? Para la buena causa todo les está permitido: *Ad Majorem Dei Gloriam*... Sin embargo,

le ha prestado esos cinco mil francos. ¿Y qué le costaba eso? Es rico, y estaba seguro de que se le devolvería ese dinero... ¡Ah, qué lástima no poder devolvérselo hoy mismo! Este hubiera sido un pretexto para ir á su casa... ¿Por qué no había de ir? ¿Acaso no tengo ese pretexto? Mi hijo le ha pedido prestada una regular cantidad. Lo he sabido, y como amigo suyo que soy voy á darle las gracias. Es un paso no sólo permitido sino obligatorio... ¿Darle las gracias ó echárselo en cara?... Porque una petición como ésa exige que se prevenga al jefe de la familia, sobre todo entre colegas. Tengo derecho para hablar á Ferrand muy clarito sobre este particular y de quejarme cortésmente pero con firmeza, tanto más cuanto que puedo anunciarle que la deuda será pagada dentro de tres días... Este plazo, cuyo motivo le explicaré recordándole mi pobreza, que no ignoraba, le hará sentir que no debía prestar semejante cantidad á un joven sin capital... Sí, iré á su casa y en este mismo momento.

En el tumulto de esta meditación algo incoherente, como hemos visto, el paseante había hecho ese cambio de frente que en un cuarto de hora le condujo á la puerta del padre de Brigida. Que se acordase de las señas exactas de Victor Ferrand, siendo así que los dos profesores se enviaban mutuamente una simple tarjeta el día de año nuevo, era ya una prueba más de la atención que prestaba, á pesar suyo, á los menores gestos de su antiguo camarada de la Escuela Normal. El aspecto de la vieja morada, cuya severidad había gustado siempre á su hijo, acabó de irritar á José Monneron. ¿Cuál era el sentido exacto del paso que iba á dar en ese momento? El mismo no hubiera podido decirlo. Esta incertidumbre se convertía en un estado de hostilidad casi violenta contra el huésped de

esa silenciosa casa, al mismo tiempo que la necesidad de tener con él una explicación decisiva acerca de Juan aumentaba á medida que subía los escalones de la monumental escalera de piedra. La idea de que su hijo había subido y bajado tantas veces esos escalones, sin que él lo supiera, — ¿con qué sentimientos? — le causaba fiebre. No se había detenido en la portería por miedo á tropezar con una consigna. Cuando el criado que vino á abrirle, le respondió que el señor Ferrand no estaba en casa, insistió rogando que le pasasen su tarjeta. Su contrariedad al oír por segunda vez que no estaba en casa, fué tan visible, que el criado le dijo que iría á preguntar cuándo volvería su amo.

— La señorita lo sabrá probablemente, dijo el criado.

— ¿La señorita está ahí? ¿Quiere usted preguntarle si puede recibirme un minuto?

Monnerón había hablado en un movimiento de impulsión irreflexiva que se trocó en un verdadero sufimiento de timidez cuando fué introducido, pocos instantes después, en el despacho del filósofo, donde el retrato de Arnaud de Andilly, colgado de la pared entre dos cuerpos de biblioteca, ennoblecía siempre con su mediatunda gravedad aquella pieza cuyas altas ventanas daban paso á una hermosa luz apacible. En esta decoración de viejas molduras y vetustos libros, en donde atestiguaba la asiduidad del filósofo el vasto escritorio cargado de papeles, la gracia de la señorita Brigida Ferrand debía causar al pobre mártir de la enseñanza, que era también padre de Julia, una impresión casi desgarradora. El contraste era muy fuerte entre su destino de funcionario improvisado, tan precario, tan agobiado de cuidados materiales, y el tranquilo solaz intelectual que había asegurado á su colega el largo pasado burgués de su opulenta familia. Cruel era también la an-

lisis entre la hija seducida porque había estado mal educada, mal vigilada y mal relacionada, que el profesor pobre acababa de dejar en su cama de dolor, y la pura, la fina criatura tan preservada, tan rica, que le recibía toda estremecida, con las pupilas azules tan llenas de tierna emoción, con las mejillas teñidas de tal rubor que acentuaba el brillo de su hermosa cabellera rubia. Brigida estaba sentada al lado de una mesa portátil en la que mostraba sus teclas de minúsculo piano una máquina de escribir. En la máquina había una hoja á medio llenar. Un manuscrito colocado al lado revelaba la ocupación de humilde y adicta colaboradora que desempeñaba esta niña hechicera, con el fervor admirativo que le comunicaba la contemplación del pensamiento del Bonald moderno cuyo nombre llevaba y cuya alma y convicciones bienhechoras había heredado. La visita del padre de Juan, del joven á quien amaba y por quien era amada, la había sobrecogido de tal modo, que le faltaba casi la voz para responder á la pregunta del visitante tan emocionado como ella:

— Me he tomado la libertad de insistir, señorita, porque desco de veras ver hoy á su padre de usted... He pensado que usted sabría quizá á qué hora tendré la suerte de encontrarle...

— Dentro de un momento, dijo Brigida. Ha salido después de almorzar para ir á casa de mi hermana, á la calle de *Notre-Dame-des-Champs*. Me extraña que no haya vuelto ya.

Y ambos guardaron un momento de silencio. Ignorante de los acontecimientos trágicos ocurridos en la familia Monnerón en estos ocho días, Brigida había atribuido en seguida esta visita del padre de Juan á la conversación solemne que el padre de ella había tenido con el joven, precisamente el otro jueves. Juan había

hablado á Mr. Monnerón. Éste trata la contestación definitiva que debía fijar para siempre su dicha ó su desgracia, y, para su espíritu religioso, alguna cosa más todavía. Era tan creyente que esperaba que esta respuesta sería favorable, habiendo pedido tanto. No hemos olvidado el candoroso suspiro en que se había explayado su fe: « Es como si hubiera recibido una promesa... » Pero también estaba tan enamorada que temía esta eterna amenaza de la suerte que todos los enamorados han sentido pesar sobre su amor. Esta amenaza la estaba viendo ahora en la fisonomía de este hombre que la miraba con ojos en que descubría tan profunda turbación que la tenía desconcertada. Monnerón, por su parte, estaba agobiado por el peso de esta comparación de su propia suerte con la de Víctor Ferrand. El sentimiento de hostilidad con que había venido había aumentado más. Sin embargo ¿podía permanecer insensible al encanto emanado de esta delicada flor, de esta virgen de frente iluminada de pensamientos? En los hombres cuya juventud ha sido casta y que han respetado á las mujeres, hay un sentido exquisito de la joven, de su gracia y de su poesía. ¿Cómo no se había de conmover Monnerón hasta el fondo del alma al pensar que este adorable rostro era el que había encantado á su hijo? Esta mezcla de aversión y de ternura vibraba en el acento que empleó para decir una frase trivial. Pero en las situaciones como en la que se hallaban estos dos seres uno respecto de otro, hasta las fórmulas convencionales de educación se cargan de simpatía ó antipatía.

— Le esperaré, si usted me lo permite, señorita... La he interrumpido y la suplico que continúe como si yo no estuviera presente...

— No corre gran prisa este trabajo; estaba transcribiendo algunas páginas para mi padre...

— ¿Le sirve usted de secretaria?

— De copista, sencillamente.

— ¿Está preparando otro libro Ferrand?

— ¿Un libro?... No, es la segunda parte de su estudio sobre el cardenal Newman que comenzó el mes pasado en... Y nombró uno de los periódicos más conocidos de los que en estas últimas crisis han tenido el valor de defender la santa causa de la conservación social contra el salvajismo de los revolucionarios del pueblo y contra la mala fe ó ilusionismo de la burguesía.

— No he leído ese primer artículo, dijo José Monnerón; verdad es que no estoy de acuerdo con las ideas de esa Revista. No la veo jamás...

— ¿No sería de gran interés el que los adversarios de buena fe se conociesen mejor? se atrevió á replicar la joven. Si usted la leyese vería desde luego que procura ser imparcial...

— No se puede ser imparcial en tiempos de lucha. Más diré; no se debe serlo. Que cada cual elija su campo y que se mantenga allí á pie firme... Yo no pido la imparcialidad ni para los míos ni para mí; así como tampoco la concedo...

Estas palabras las había dicho en el tono áspero y duro que empleaba en sus momentos sectarios. Brigida Ferrand estaba poco acostumbrada á encontrar enemigos de sus íntimas creencias, y las pocas palabras de éste tenían para ella en aquel momento gran importancia. Se puso mucho más colorada y su corazón empezó á latir con tanta fuerza que la ahogaba. Hizo ademán de coger la máquina de escribir como si fuera á llevarla á otra habitación; pero en realidad para serenarse. Sus brazos temblaban tanto que apenas pudo levantar la máquina. La volvió á dejar so-

bre la mesa y se sentó para no caerse. Estas señales de profunda confusión causaron un remordimiento á José Monnerón por la frase contundente con que había brutalizado á esta frágil criatura, cuyo sentimiento se revelaba en la emoción que tenía en su presencia. Dió un paso hacia ella, y dando tono más dulce á la voz, le dijo:

— Dispense usted, señorita, si la he ofendido...

— No me ha ofendido usted, caballero... El cambio repentino de su interlocutor acababa de desconcertarla. Hubo un momento en que no fué dueña de sus nervios, muy sacudidos, y los ojos se le arrasaron en lágrimas. José Monnerón vió que se formaban en el azul de sus azules pupilas, que mojaban sus hermosas pestañas y que corrían abrasándole las mejillas. Grande era también la emoción de Monnerón, y una vez más, los sentimientos de padre vencieron á los del hombre desazonado y fanático. Vió claramente la dicha de su hijo en el amor de este corazón tan puro, y por lo bajo, como si tuviese miedo de la pregunta que iba á hacer, dijo:

— ¿ Ama usted á Juan? ¿ Le ama usted? ...

La joven le miró con ojos que revelaban cierto terror, así como un gozo intenso, súbito, inesperado, casi loco. Hubo un instante en que se puso pálida como una muerta, pero de repente el pudor de este íntimo secreto de su alma, descubrió de tal manera, agolpó toda su sangre á la cara. La joven cerró los ojos y levantándose salió de la biblioteca antes de que José Monnerón pensase en detenerla. Allí estaba inmóvil, como asombrado, trastornado también por esta escena muda y, sin embargo, tan elocuente, cuando el amo de esta apacible morada de trabajo, el catequista de almas á quien quería dis-

putar su hijo, el mismo Víctor Ferrand entró en la biblioteca. El saludo mutuo que cambiaron los dos compañeros de escuela, fué pronunciado con la misma voz con que se hablaban en otro tiempo en el patio de la calle de *Ulm*, antes de 1870; — y corría entonces el 1900. Lo que menos había cambiado á través de los años, es el tono, así como la mirada y el gesto. Con esta misma voz que evocaba lejanas discusiones de ideas, el padre de Juan dijo al de Brigida:

— Ferrand, he sabido que has prestado á mi hijo una cantidad importante de dinero... Venía á decirte que te la pagaré dentro de tres días, porque antes me es imposible; y al mismo tiempo á darte las gracias y á quejarme por no haberme advertido... Pero ya no se trata de eso, sino de lo que acabo de saber y que es tan grave que no puedo menos de decirtelo... Ferrand, apelo desde luego á todos nuestros recuerdos de juventud. Te pido que me respondas con la misma franqueza que yo uso para preguntarte. Tú recibes á mi hijo Juan en tu casa... ¿ Has notado si tiene inclinación por tu hija?...

— Sé que la ama, respondió Ferrand, después de vacilar un instante por la sorpresa.

— ¿ Y tú sabes que ella le ama?

— Sí, y tu hijo también lo sabe. Yo mismo se lo hice saber cuando vino á pedirla en matrimonio...

— ¿ Te la ha pedido en matrimonio y tú le has permitido dar ese paso?... ¿ No le has dicho que debía de haberme hablado á mí antes?... ¿ Ni él mismo ha sentido la necesidad de confiar en mí y tratarme como su mejor amigo? ¡ Ah, ese ingrato no me ama!...

— No digas eso, ni lo pienses siquiera, Monnerón... Jamás te ha dado una prueba de afecto más grande... Ha retrocedido ante la crueldad de someter tu corazón á

cierta prueba... Yo nunca te hubiera hablado de esto... Pero tienes razón; debo ser completamente sincero contigo... Tú conoces mis ideas, que son también las de Brígida. Para nosotros el matrimonio no es sólo un contrato social; sino un sacramento. Por consiguiente he respondido á Juan que no daré mi hija sino á un católico militante... Como conoce tus principios he tenido miedo del disgusto que te causaría y ha sacrificado su amor al culto que tiene por ti... Di ahora que no te ama...

— Pero ese sacrificio, yo no le puedo aceptar. La súbita introducción del problema religioso en esta conversación había despertado repentinamente al ideólogo y al partidario. No volvió á repetir con acento áspero, no lo puedo aceptar. Mi hijo es libre, ya lo sabe. Así se lo he dicho siempre, y, sin ir más lejos, esta misma mañana. El día en que venga á anunciarme: « Soy católico, » no le dirigiré ninguna queja ni le haré la menor objeción. Esta es la diferencia que hay entre nosotros, Ferrand. Yo respeto tanto los derechos de la conciencia, que no me permitiré convertir en cuestión de sentimiento lo que no debe ser más que una cuestión de razón... No tengo que juzgar tu opinión sobre el matrimonio; pero me permitirás que te diga lo que pienso. Tú no tenías derecho para ejercer esa presión en el alma de este muchacho... No tenías ese derecho...

— Por eso no la he ejercido, replicó Ferrand también con tono áspero. A pesar de haberse dominado más que Monnerón, se sentía herido en lo más vivo de sus más profundas convicciones. No era contra su persona sino contra su fe la acusación que acababa de hacerle su antiguo compañero. Una sombra de orgullo herido se reflejó en su semblante. — Cuando hablé á tu hijo como

lo hice, creía que era católico de inteligencia y de corazón y que vacilaba hasta dar el último paso. Me parecía que tenía derecho para apremiar ese paso y en este caso me cabía ese derecho. No me interrumpas... Pero me equivoqué, y si persisto en creer que el temor de causarte pena ha entrado por mucho en sus vacilaciones, no me cabe duda tampoco de que proceden de su inteligencia... He sentido algunos escrúpulos por la condición que le había impuesto. He visto que mi hija era desgraciada. El mismo me causó mucha pena cuando vino á pedirme ese dinero... Escribí á Roma el mismo día de su visita para saber si me permitirían casar á mi hija religiosamente con un librepensador. Esta mañana he recibido la contestación... Léela...

Y al decir esto sacó de un cajón de su despacho un sobre y se lo entregó á su adversario. La carta que contenía este sobre comenzaba así: « Muy señor mío: Me he informado en buena fuente sobre la cuestión que me propone, y he aquí la contestación que puede usted tener por cierta. La dispensa de que usted habla es extraordinaria y no se puede conceder por la Dataría ni por la Sagrada Penitenciaría, pero es posible conseguirla de la Congregación del Santo Oficio por las razones que expone usted. Hoy he empezado á hacer diligencias cuyo feliz resultado puede usted considerar como seguro. El matrimonio se celebrará en la sacristía sin ninguna solemnidad, pero con promesa de que la parte cristiana ejercerá libremente su culto y de que los niños serán bautizados. Seguían otros detalles que Monnerón recorrió con la vista. Había leído lo bastante para comprender hasta qué punto había sido injusto. Le confundía la generosidad de un hombre cuya inteligencia detestaba hasta el punto de sospechar de su carácter. La nueva prueba que acababa

de descubrir de la abnegación filial de Juan y del trabajo religioso desarrollado en él, le enternecía y le desesperaba. Y por encima de todo, percibía distintamente esta terrible evidencia: su hijo, tan bueno, tan inteligente, que le había procurado tantas alegrías, amaba y era amado. El padre de la joven consentía en ese matrimonio, le deseaba y le ofrecía, y ese matrimonio iba á ser imposible... Era preciso que él, José Monnerón, respondiese á lo que acababa de decirle Ferrand, lo cual significaba claramente: « Nuestros hijos serán dichosos uno por otro; unámoslos en seguida... El honor exigía que diese la respuesta con toda sinceridad. Ferrand había decidido conceder la mano de su hija á Juan, pero era ignorando el doble drama en que se veía envuelta la familia Monnerón por Antonio y Julia. En el momento de unir para siempre sus dos familias, ¿el jefe de una podía ocultar al de la otra hechos de tanta gravedad? Un hombre íntegro y probo como José Monnerón tenía que sentir la terrible humillación que le imponía ese deber, mientras que no debía ocultar la verdad. ¿Este revolucionario que tenía el ardor y la sinceridad de un creyente, desinteresado, sintió la necesidad, al ver al otro tan fino y bondadoso, de probarle que su doctrina le hacía también capaz de escrúpulos delicados y de enérgica integridad de conciencia? Lo cierto es que devolvió al padre de Brígida la carta diciéndole:

— He hecho mal en quejarme de ti, Ferrand. Lo reconozco y te pido mil perdones... Te has portado admirablemente con mi hijo; pero ese matrimonio no se efectuará.

— ¿Te opones todavía? repuso Ferrand con verdadera tristeza. Yo no puedo hacer más...

— No soy yo quien me opongo. Tú mismo me vas á

pedir que prohíba á Juan que renueve su petición... El secreto que te voy á confiar es horrible; pero te lo diré puesto que consentías en el matrimonio de tu hija con mi hijo, haciendo un sacrificio á tu conciencia. Escucha... — Ambos guardaron silencio, y después, agarrando el brazo de su antiguo compañero, Monnerón prosiguió febrilmente: — El dinero que mi hijo vino á pedirte era para restituir el que su hermano había robado en la banca donde estaba empleado. Juan ha dado ese paso sin decírmelo, por no darme un disgusto. Hasta ayer no lo había sabido, y ahora sé el paso que había dado para casarse con tu hija... Pero hay otra cosa peor: Mi hija...

— Detente, dijo Ferrand con la misma emoción que si se hubiese tratado de sus propios hijos y no de los de un discípulo separado de él hacía tantos años por hostilidad de ideas. No quiero oír más... Siempre he sabido que eres un hombre honrado, Monnerón. Ahora me das una prueba ante la cual no puedo menos de repetirte lo que te he dado á entender hace poco y te digo claramente: Habla con Juan y cuéntale nuestra conversación. Enséñale esta carta de Roma. Explicale que no exijo nada más que las condiciones que en ella están mencionadas, y si continúa en las mismas ideas, seremos dos para darle el nombre de hijo...

Mientras que estos irreconciliables enemigos de ideas, ambos ya en el borde de la vejez, hallaban en su común cariño por sus hijos y en su recíproca lealtad el terreno de paz que siempre les había faltado, otra escena del vasto drama de guerra civil cuyo teatro es hace un siglo la desgraciada Francia, ocurría en la calle de *Claude Bernard* entre otros dos amigos jóvenes y en el umbral de la vida, Juan Monnerón y Salomón Cremieu-Dax. Y ambos también encontraban, no el remedio á la

inexplicable discordia. — este no existe, — sino su alivio, su humanización, si así puede decirse, en el afecto y en la lealtad. El fundador de la *Unión Tolstoi* había venido muy temprano á ver á su amigo cuya desaparición la víspera en tales circunstancias le había extrañado mucho. Había sabido que un criado vino á buscarle, y nada más. Le había parecido rara la manera con que la insolente Paulina le había dicho que Juan no había vuelto á casa. De allí había ido á casa de Rumesnil, el otro desertor de la *Unión* en esta terrible escena terminada sin porrazos, — así como suena — porque el padre Chanut no había podido pronunciar una palabra, y porque, para que saliese sin que los camaradas de Riouffol le jugasen una mala partida, fué preciso llamar á los agentes de policía. Este lamentable desastre de su Universidad popular no había desalentado al idealista, y ya estaba haciendo diligencias para reconstituir su junta directiva. Había encontrado á Rumesnil en cama con la mano vendada, y éste le había explicado que se había herido por imprudencia manejando un arma de fuego. Cremieux-Dax estaba muy al corriente de los misterios de la vida de este dudoso compañero, y en seguida estableció en el pensamiento un lazo entre este supuesto accidente y la desaparición inexplicable del hermano de Julia. Había vuelto por la tarde á la calle *Claude Bernard* movido por un doble motivo: la inquietud por el amigo á quien quería de veras y el deseo de que le secundara en sus proyectos de reorganización de la U. T. La palidez de Juan, sus ojos quemados por el insomnio y su boca amarga, le habían probado que sus presentimientos no le habían engañado. Pero á sus primeras preguntas afectuosas sobre su salud y la desaparición de la víspera, Juan había respondido como un hombre tan decidido á

guardar absoluto silencio, que el interrogador no había proseguido. Después, cuando el visitante hubo abordado el punto capital para él, referente á la *Unión Tolstoi*, Juan le contestó:

— Te iba á escribir sobre ese particular, enviándote mi dimisión, si es que todavía existe la *Unión* después de las ignominias de ayer y del desenlace que acabas de contarme. Tú mismo vas á renunciar...

— Menos que nunca; ni tú tampoco. Los oficiales no dan su dimisión en el campo de batalla...

— A menos que reconozcan que se han equivocado de bandera.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Que me creía socialista, y que ya no lo soy; que he sido partidario de 1789 y de la Revolución, y que ya no lo soy; que todas las ideas en que me han educado y que yo he aceptado como indiscutibles me parecen hoy radicalmente falsas. He creído que había una antinomia irreducible entre la Ciencia y la Religión, y veo un acuerdo absoluto entre ellas. He creído que la democracia estaba de acuerdo con la ciencia, y veo en ella una degeneración y una regresión mental... No sabemos lo que es la sociedad, luego no podemos tratar de reformarla científicamente...

— Razonamiento de cobarde, dijo Cremieux-Dax. Debemos llegar á más justicia y sin perder tiempo, puesto que lo podemos.

— Razonamiento de orgulloso, que conduce derecho á la anarquía, replicó Juan. ¿Qué es la justicia? Lo que tú crees justo... Cien años hace que cada uno en este país se hace juez de toda la sociedad en nombre de lo que él llama su conciencia y que no es más que su pasión dominante. Ese es el secreto de la agonia de Francia...

— ¿Entonces tú quieres conservar la sociedad como es, con todas sus infamias?

— Quiero tratarla como nos enseña la psicología á tratar un cuerpo vivo, por la experiencia. Tenemos una experiencia instituida por la naturaleza, la tradición bajo todas sus formas. Tenemos una patria, aceptémosla; una familia, aceptémosla; una religión...

— Sigue hasta el fin, dijo Cremieu-Dax con extraordinaria violencia, y atrévete á pretender que debes ser católico científicamente.

— Científicamente, sí. Entendámonos: la fe no es una geometría ni una química. La fe no se demuestra. Pero no sólo la Ciencia no se opone á la fe, sino que al contrario indica esta solución como la más razonable. Y esta solución es la que yo he resuelto aceptar. Sí, he decidido hacerme católico, como lo han sido mis antepasados durante muchos siglos. Quiero empapar me en la antigüedad de Francia. No quiero vivir sin mis muertos... He encontrado su fe y no la dejaré morir...

— ¿Su fe? ¿Tú, hacerte católico? No me digas eso. Vamos, eso no es posible. No es cosa de hacerse católico con tu inteligencia.

— Pues con esta he llegado á ser católico, y espero seguir siéndolo.

— ¿Y le has manifestado esa resolución á tu padre?

— Le he dicho bastante para que la adivine.

— Si es así, dijo el fundador de la *Unión Tolstoi* levantándose, nada tengo ya que hacer en tu casa. Tú estás en el otro lado de la barricada. Ya no nos conocemos más...

— ¿Te enfadas conmigo?

— No hago más que tomarte la delantera, respondió Cremieu-Dax con una especie de amargura en que vibraba la pasión revolucionaria. Y el sentimiento

más secreto y patético del alma judía, el horror del *ghetto* moral se deslizó con su voz para añadir: Te avergonzarás de haber sido mi amigo. Por respeto á nuestra juventud, prefiero ahorrarme ese espectáculo... Adiós!...

— Puesto que lo tomas de ese modo, ¡Adiós!...

Esta violenta ruptura con un amigo tan querido y cuya intolerancia salvaje había advertido tan repentinamente, fué para el hermano de Antonio y de Julia la última y más insoportable desgracia. Había bebido el cáliz hasta las heces. El primer consuelo le vino del regreso inesperado del mismo Cremieu-Dax que se había ido sin darle la mano y que se presentaba en su cuarto media hora después.

— No puedo separarme de ti de ese modo. Es preciso que nos demos la mano. No te resientas por mi viveza de hace poco. La he sentido mucho...

— ¿Pero por qué?... ¿No podemos ser amigos teniendo ideas diferentes?

— No, replicó Cremieu-Dax con una melancolía que no le conocía su amigo. Podemos tener entre nosotros procederes amistosos; pero nuestro viejo *Conciones* tenía razón: *Idem velle, idem nolle, ea demum amicitia est*. No hay amistad, como tampoco hay familia, sino en la comunión de la fe profunda. Esa comunión la hemos tenido; pero ya no la tenemos. No podemos impedir á las ideas que nos lleven á donde ellas van. La guerra entre Roma y Jerusalén no ha comenzado hoy, sino que data de Tito y de la batalla con motivo del Templo. Es la lucha entre la organización conservadora que representaban las legiones y el ideal que representaba Israel; entre la política realista y lo absoluto; entre el orden pacificador, pero inícuo, y la Justicia revolucionaria, pero sublime. Mira bien al fondo y ve

si no acabamos de decirnos en el lenguaje de hoy las palabras del diálogo trágico que empezó por un duelo en la montaña de Moriah... No podemos ya ser amigos, como no lo hubiéramos sido estando en los dos ejércitos que allí pelearon, tú en un campo, yo en el otro... Pero, no obstante, en nombre de nuestra antigua amistad, prométeme que no me olvidarás por completo...

— Te prometo que seré siempre tu amigo, aun á pesar mío... dijo Moanerón. Salomón meneó la cabeza. En sus ojos apareció inexplicable tristeza, la de un eterno desterrado cuya sola existencia es la milagrosa prueba de que se han cumplido las profecías y que se niega á reconocer esta evidencia. Y salió sin responder nada á su compañero. Juan estaba aún bajo la impresión terrible de estas dos escenas. ¡Qué brusco resplandor le preparaban sus ideas actuales! De repente vió aparecer á su padre, cuyo aspecto le reveló en seguida que ocurría otra cosa extraordinaria. El profesor tenía en la mano un sobre y se lo entregó á su hijo diciéndole:

— ¿Quieres enterarte de esto?...

Juan miró el sobre y vió el nombre de Ferrand, el sello de Roma y el neta con las armas cardinales. Sacó la carta que contenía y empezó á leerla mientras que José Monnerón le miraba con infinito enternecimiento.

— ¡Ah! padre mío, tú sabes...

— Todo lo sé y puedes darte por muy contento; á no haber sucedido así, jamás te hubieras casado con Brígida Ferrand.

— Pero no me casaré con ella. Bien comprenderás que ahora es imposible esta boda...

— ¿Crees que hubiera yo soportado engañar á nadie? Ferrand sabe nuestras desgracias...

— Le has dicho...

— Lo que debía decirle.

— ¡Padre de mi alma! ¡Tú has hecho eso! ¡Qué ingrato te pareceré ahora que acabas de ser tan bueno para mí? Pero no puedo aprovechar el permiso de esta carta. Si me caso con Brígida Ferrand, será adoptando su religión absolutamente, y esto no lo haré sin tu autorización.

— Siempre has sido libre. No tienes necesidad de mi autorización; pero, puesto que la quieres, yo te la doy... Y ahora, vete corriendo á casa de tu novia...

Cuando el profesor se vió solo en su biblioteca después de haber enviado á Juan á la calle de *Tournon*, se dejó caer en el sillón de su escritorio poseído de sentimientos tan contradictorios que ni él mismo los podía desenredar. De sus cuatro hijos habia por lo menos uno dichoso, como habia dicho la pobre Julia. Tenía el medio de reparar en una medida tolerable las desgracias de los otros dos, y el cuarto tenía por delante todo el porvenir. Pero él estaba abatido. La conversión de Juan á la idea que con más pasión habia aborrecido desde que pensaba, le causaba una pena que no conseguía disipar, y estaba condenado á soportarla solo. Otra de las impresiones que traía de su visita á Ferrand, era la visión, en la dulce y fina Brígida, de la verdadera compañera de espíritu, y en ese instante, la presencia de su mujer, de su compañera tan mal pareada, fué otra tristeza más. Su angustia era tan grande que para desecharla tomó maquinalmente, como lo solía hacer en sus horas de fastidio, uno de los tomos de la colección Boissonade que tanto le habian consolado. Por recuerdo del jueves de la semana pasada echó mano al *Esquilo* que habia leído con su hijo. Abrió

el volumen y cayó sobre el pasaje de los *Cáforos* en que Electra y Orestes imploran los manes de Agamenón, con este estribillo de letanía: « Oh padre mío... — Acuérdate del baño donde fuiste inmolado, padre mío...

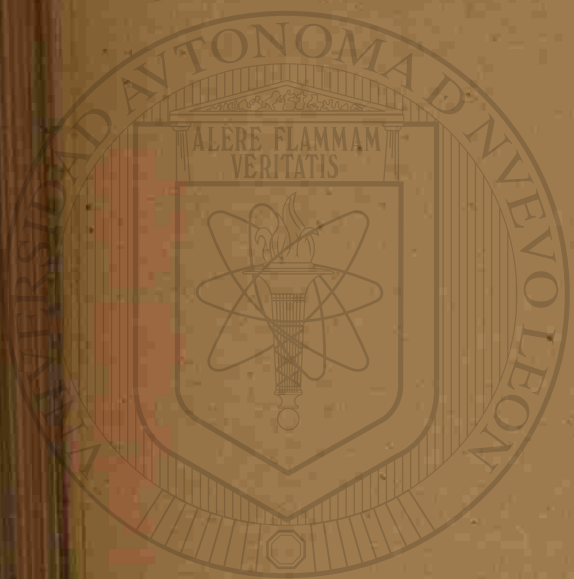
— Al recuerdo de tales ultrajes ¿ te despiertas, padre mío?... Escucha esta última queja que te dirijo, padre mío... » Hasta esta trivial y magnífica comparación: « Si, los hijos, monumentos gloriosos, salvan del olvido a un padre que ya no existe, ¿ manera de los trozos de corcho que hacen sobrenadar las redes para que no se hundan... »

— Y yo, pensaba José Monnerón, me perderé entero en el abismo. Nadie será mi monumento glorioso. Estoy separado de mi hijo. Y por primera vez quizá, sintiendo que se apoderaba de él la duda sobre las convicciones á cuya pauta había ajustado su vida, dijo en voz alta: « ¿ Me habré equivocado?... » Después, dándole su conciencia un testimonio de que siempre había obrado de buena fe, se levantó y se reconfortó pensando: « No, no estoy separado de él. Si me he equivocado, le habré servido de experiencia... » No sospechaba que en ese mismo momento, Ferrand, el enemigo de todas sus doctrinas, hablaba de él á Juan en términos casi idénticos á los que acababa de emplear Monnerón para reivindicar su parte indestructible y bienhechora en el ser íntimo del hijo de su inteligencia, que ahora era un enemigo espiritual.

— Vais á empezar la vida de casados con esa dura prueba, decía el tradicionalista á Juan, pasadas las primeras efusiones. Siempre hay que pagar un rescate por la dicha. Pero ambos le pagaréis con valor... Tú puedes salir bien ahora donde tu padre se ha hundido, y fundar una familia burguesa. Lo puedes porque no eres de la primera generación. Se necesitan va-

rias generaciones para esta obra que no se improvisa. Tú estás maduro para ella y para lo que constituye nuestro gran deseo común: *Por nosotros se puede salvar la Francia*. Ya te acordarás de lo que decía el juéves pasado: no hay transformación repentina de clases, y hay clases puesto que hay familias, así como hay familias puesto que hay sociedad... Para que las familias aumenten se necesita tiempo. Estas no llegan sino por etapas. Tu abuelo y tu padre han creído, así como el país entero desde hace cien años, que se puede saltar la etapa. Pero no se puede. Han creído en el gran poder del mérito personal. Este mérito no es fecundo ni bienhechor sino cuando es familiar. La naturaleza, más fuerte que la utopía, y que no consiente que se marche contra sus leyes, obliga á todas las familias que pretenden forzarla, á hacer en el sufrimiento esa etapa que no hicieron en salud. Tu padre ha sido tu experiencia. Los sufrimientos que ha padecido, en él y en los suyos, han acabado de abrirte los ojos... Fundarás un hogar porque has adquirido por sus pruebas, comprendiéndolas é interpretándolas, la certeza que á él le ha faltado. Le fundarás tanto más sólido cuanto que ejercerás el mismo oficio que él. Es otra de las leyes profundas de la Naturaleza Social. Es más que probable que tendrás horas difíciles, cuando su espíritu entre de nuevo, respecto de Brigida y de ti, en lucha con su corazón. Pero es tu padre y ha hecho la Etapa por ti dolorosamente. No lo olvides jamás...

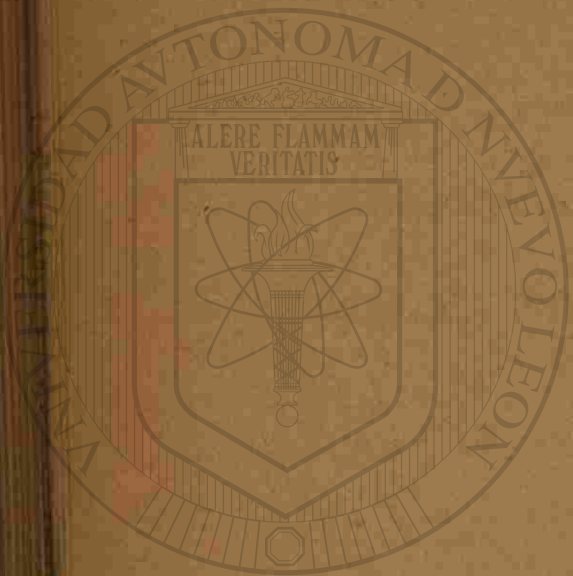
FIN



ÍNDICE

I. Un enamorado	4
II. El obstáculo.	22
III. Los Monnerón.	40
IV. Inquietud de inteligencia y de corazón.	65
V. La <i>Unión Tolstoi</i>	89
VI. El camino del crimen	118
VII. Los hermanos y la hermana.	143
VIII. Un corazón de soltera.	171
IX. Un corazón de soltera (<i>continuación</i>).	195
X. <i>Et ne nos inducas</i>	227
XI. La catástrofe	265
XII. El padre y el hijo	293
XIII. Brigida Ferrand	332

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Importantes obras nuevas que acaban de salir á luz.

EL FANTASMA

Novela inédita de Pablo **BOURGET**, de la Academia francesa.

1 t. 42 Rústica, cubierta ilustrada.

OHNET (Jorge)

EL VENDEDOR DE VENENO

1 t. 42 Rústica, cubierta ilustrada.

POR LA HONRA

NOVELA CONTEMPORÁNEA

Basada en el argumento de un drama francés, por Juan **B. ENSENAT**, C. de la Academia Española de la Historia.

1 t. 42 Rústica, cubierta ilustrada.

TRITÓN

NOVELA DRAMÁTICA

Del mismo Autor, 1 t. 42 Rústica.

RUBÉN DARÍO

Peregrinaciones, t. 42. Tela.

BIBLIOTECA FLAMMARIÓN

Cada tomo con una bonita pasta de tela, cortes de color.

- Curiosidades de la Ciencia. 1 t. 12.
Excursiones al Cielo. 1 t. 12.
Lo Desconocido. 1 t. 12.
El Mundo de los sueños (2ª parte de Lo Desconocido.) 1 t. 12.
Elementos de astronomía. 1 t. 12.
Los terremotos. 1 t. 12.
Vida de Copérnico. 1 t. 12.
Dios en la naturaleza. 1 t. 12.
Estela. 1 t. 12.
El fin del mundo. 1 t. 12.
Los mundos imaginarios y los mundos reales. 1 t. 12.
Narraciones de lo infinito. 1 t. 12.
Noches de luna. 1 t. 12.
La pluralidad de los mundos habitados. 1 t. 12.
Urania. Novela astronómica. 1 t. 12.
Las tierras del Cielo. 1 t. 12.
Viajes aéreos. 1 t. 12.
Historia del Cielo. 1 t. 4.

BIBLIOTECA

DE LOS MEJORES NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

BOURGET

- La Etapa. 1 t. 12.
El Fantasma. 1 t. 12.

COPPÉE (FR.)

- El Culpable. 1 t. 12.

A. DAUDET

- La capilla del Perdón. 1 t. 12.
Cabeza de Familia. 1 t. 12.

DE BRAY

- La venganza de una madre. Episodio de la guerra de Cuba. 1 t. 12.

C. FLAMMARIÓN

- Urania. Novela astronómica. 1 t. 12.
El Fin del mundo. 1 t. 12.
Estela. 1 t. 12.

LOUYS (P.)

- Afrodita. (150 grabados). 1 t. 12.

MAUPASSANT (G. DE.)

- El buen mozo (más de 100 gr.) 1 t. 12.

J. OHNET

- El Vendedor de veneno. 1 t. 12.
Camino del amor. 1 t. 12.
El Aventurero. 1 t. 12.
La Tenebrosa. 1 t. 12.
La gente alegre. 1 t. 12.
En el fondo del abismo. 1 t. 12.
El Rey de París. 1 t. 12.
El Cura de Favières. 1 t. 12.
Inútil riqueza. 1 t. 12.
La hija del diputado. 1 t. 12.
Un antiguo rencor. 1 t. 12.
La dama vestida de gris. 1 t. 12.

M. PREVOST

- Virgenes á medias. 1 t. 12.

*Cada tomo se vende á la rústica
con una bonita cubierta ilustrada ó en tela con relieves de colores.*

BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS

BLEST-GANA

La aritmética en el amor. 2 t. 12. | El pago de las deudas. 1 t. 12.
El ideal de un calavera. 2 t. 12. | La Fascinación. 1 t. 12.
Martín Rivas. 2 t. 12. | El primer amor. 1 t. 12.

CABARRUS

Comerciante de Perlas. 1 t. 12.

CASTERA (PEDRO)

Carmen. H. de un corazón. 1 t. 12.

CHATEAUBRIAND

Atala y René. 1 t. 12.

CISNEROS

Edgardo o un joven de mi generación. 1 t. 12.

DECOURCELLE

Los dos Pilletes. 2 t. 12.

DE LOS RIOS

El Oficial mayor. 1 t. 12.

ALEJANDRO DUMAS

Obras completas.

DUMAS HIJO

La Dama de las Camelias. 1 t. 12.

ENSENAT

Tritón. 1 t. 12. | Por la honra. 1 t. 12.

FERNANDEZ Y GONZALEZ

Dama de Noche. 1 t. 12.

FRONTAURA

Caricaturas y retratos. 1 t. 12. | Galería de matrimonios. 1 t. 12.

GAMBOA (FEDERICO)

Suprema ley. Novela Americana. 1 t. 12.

GENLIS

El sitio de la Rochela. 1 t. 12.

GÓMEZ CARRILLO

Del amor, del dolor y del vicio. | La bohemia sentimental. 1 t. 12.
1 t. 12.

HUGO

De orden del rey. 4 t. 12.

IBO ALFARO

Malditas sean las mujeres. 1 t. 12.

JORGE ISAAC

María. Novela Americana. 1 t. 12.

P. DE KOCK

El Prado de amapolas. 2 t. 12.

LARRUA (A. C.)

La Corte del Indolente.

P. LOTI

Mi hermano Ives. 1 t. 12.

MEJORES AUTORES ESPAÑOLES

Novelas cortas. 1 t. 12. | Mejores cuentos. 1 t. 12.

NOMBELA

Historia de un minuto. 1 t. 12. | El secreto de la vida. 1 t. 12.
La novela de una joven. 1 t. 12. | Bisutería literaria. 1 t. 12.
La piedra filosofal. 1 t. 12. | El último duende. 1 t. 12.
La realidad de un sueño. 1 t. 12. | La dicha de un desdichado.
1 t. 12.
Un hijo natural. 1 t. 12. | La semilla y el fruto. 1 t. 12.
La niña de oro. 1 t. 12.

PEZA (JUAN DE DIOS)

Memorias, reliquias y retratos. 1 t. 12.

RAMIREZ

Avelina. Gabriela. 1 t. 12. | Celeste. Ella y Nosotros. 1 t. 12.

RUBÉN DARÍO

Peregrinaciones. 1 t. 12.

SIERRA (JUSTO)

Cuentos románticos. 4 t. 12.

SINUES DE MARCO (M. del Pilar)

Sofía Restaud de Cottin.

SIENKIEWICH

El Diluvio. 2 t. 12.

ANDRÉ THEURIET

Flavia. 1 t. 12.

VARGAS VILA

Aura. Emma. Lo irreparable. | Flor del Fango. 1 t. 12.
1 t. 12. | Copos de espuma. 1 t. 12.
Las Rosas de la Tarde. 1 t. 12.

WISEMANN

Fabiola. 2 t. 12.

ZOLA (EMILIO)

La caída del Pado Mouret. | Los Misterios de Marsella. 2 t. 12.
2 t. 12.

ALEJANDRO DUMAS

- El capitán Pablo. 1 t. 12.
El caballero de Casa Roja. 2 t. 12.
El caballero de Harmental. 2 t. 12.
La Hija del regente. 2 t. 12, continuación del Caballero de Harmental.
Compañeros de Jehú. 2 t. 12.
El conde de Montecristo. 7 t. 12, con la continuación la Mano del Muerto.
La condesa de Salisbury. 1 t. 12.
La guerra de las mujeres. 2 t. 12.
Memorias de un médico. 6 t. 12.
El collar de la reina. 4 t. 12, continuación de las Memorias de un médico.
Angel Pitou. 2 t. 12, continuación del Collar de la reina.
La condesa de Charny. 5 t. 12, continuación de Angel Pitou.
Los mil y un fantasmas. 3 t. 12.
Los Mohicanos de París. 10 t. 12.
Napoleón. 4 t. 12.
La reina Margarita. 2 t. 12.
La Dama de Monsoreau. 3 t. 12, continuación de La reina Margarita.
Los Cuarenta y Cinco. 4 t. 12, continuación de La Dama de Monsoreau.
La San Felice, Emma Lyonna. 8 t. 12.
Sultanetta. 1 t. 12.
Los tres Mosqueteros. 3 t. 12.
Veinte años después. 4 t. 12, continuación de Los tres Mosqueteros.
El vizconde de Bragelonne. 6 t. 12, continuación de Veinte años después.
Isabel de Baviera. 2 t. 12.
La Regencia. 1 t. 12.
Luis XV. 2 t. 12.
Las Lobas de Machecoul. 3 t. 12.
El Speronare. 2 t. 12.
El capitán Arena. 4 t. 12, continuación de El Speronare.
El Corricolo. 2 t. 12, continuación de El capitán Arena.
El mediodía de la Francia. 2 t. 12.
Un año en Florencia. 1 t. 12, continuación de El mediodía de la Francia.
La Villa Palmieri. 1 t. 12, continuación de Un año en Florencia.
Las orillas del Rin. 1 t. 12.
Quince días en el Sinai. 1 t. 12.
La Suiza. 3 t. 12.

LOS DOS PILLETES

NOVELA

ESCRITA EN FRANCÉS CON EL TÍTULO DE
LES DEUX GOSSES

Por Pierre DECOURCELLE

Vertida al español por Juan B. ENSEÑAT

Esta novela sentimental y conmovedora se ha representado ya más de 1,000 veces en uno de los teatros más grandes y concurridos de París, y ha sido puesta en escena en el teatro español, alcanzando un éxito tan glorioso como en la capital francesa. Con decir que ha sido ya traducida en más de 10 lenguas, queda completado su elogio.

De las novelas que se han publicado hasta ahora, ninguna, como ésta, cautiva y deleita más el alma, conmoviendo a veces tanto el corazón, que desborda por los ojos deshaciéndose en dulces lágrimas.

RELATO DE UNA HERMANA

Recuerdos de Familia

Recogidos por Mma Augustus Craven. Obra coronada por la Academia Francesa. Traducida de la 47ª edición francesa. 2 t. 12. Tela.

Mejores cuentos de los mejores autores españoles (Pérez Galdós, Echegaray, Blasco Ibáñez, Pardo Bazán, Palacio Valdés, etc., etc. 1 t. 12 (1902).

Novelas cortas de los mejores autores españoles (Juan Valera, Menéndez Pelayo, J.-M. de Pereda, etc., etc. 1 t. 12 (1902).

POR EL CAMPO DE LA ELECTRICIDAD ®

Por Jorge DARY

Obra nueva, con artísticas ilustraciones, que contiene todas las aplicaciones hasta 1901: Magnífica obra para regalo ó para premios. 1 t. 4.

BIBLIOTECA DE POETAS AMERICANOS

Cada tomo in-12 encuadernado en tela con plancha de oro

Antología colombiana, coleccionada por D. Emiliano Isaza, correspondiente de la Real Academia Española. 2 t. 12.

Armonías, por R. Palma, libro de un desterrado, con una Introducción por J. M. Torres Caicedo. Nueva edición. 1 t. 12.

Ingenuas (Creer-crear), por D. Luis G. Urbina (con retrato). 1 t. 12.

Obras poéticas de Espronceda, ordenadas y anotadas por J. E. Hartzembusch; á saber: El Palayo. — Poesías líricas. — El estudiante de Salamanca. — El diablo mundo. — Nueva edición aumentada con poesías publicadas la primera vez. 1 t. 12, con retrato.

Obras poéticas y dramáticas de Marmol (José), coleccionadas por D. José Domingo Cortés. 1 t. 12.

Poemas, por Amado Nervo. 1 t. 12.

Poesías originales, por Bello (Andrés), con apartes biográficos por J. M. Torres Caicedo. 1 t. 12, con retrato.

Poesías de Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva edición. 1 t. 12.

Poesías de Felipe Pardo, precedidas de su biografía y acompañadas de algunas notas, por M. Gz. de la Rosa, 1 t. 12 con retrato.

Poesías escogidas, por Javier Santa María. 1 t. 12.

Poesías profanas y otros poemas, por Rubén Darío. 1 t. 12.

Poesías de Manuel Gutiérrez Najera, con un Prólogo de Justo Sierra. Única edición autorizada por la viuda del autor. 2 t. 12 con retrato.

Cantos del hogar, por Juan de Dios Peza. 1 t. 12 con ilustraciones.

Poesías de Salvador Díaz Mirón. 1 t. 12.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
CIUDAD JUÁREZ
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR